

LA
REVISTA NUEVA

Año I.—TOMO II

m

LA
REVISTA NUEVA

LITERATURA, CIENCIAS, ARTES, & &

AÑO PRIMERO.—TOMO SEGUNDO

Agosto, setiembre, octubre i noviembre de 1900

SANTIAGO DE CHILE

CARLOS BALDRICH, Editor

HUÉRFANOS, 961

EL DERECHO DE PROPIEDAD

Orijenes del derecho de propiedad territorial.—Juicio de los fundadores de la economía política.—Opinion de J. S. Mill.
—Id. de Henry George.

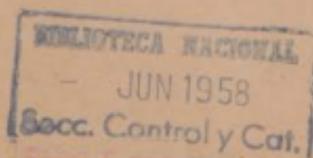
Durante el feudalismo, el derecho de propiedad emanaba de la corona, que lo distribuía entre algunos de sus vasallos a condición de que éstos le prestaran cierta especie de servicios, principalmente militares, i a cuyo poder volvía si el concesionario moría sin heredero o quebrantaba la lealtad. Diferentes de los verdaderos propietarios en el sentido moderno de la palabra, esos señores, agentes del rei en el territorio que se les había concedido, en nombre de éste administraban la justicia civil i criminal; i a su turno, i mediante el pago de contribuciones o el desempeño de ciertos deberes, concedían lotes mas o ménos considerables a los villanos o cultivadores, los cuales se los trasmitían de padres a hijos, dependiendo, en todo caso, del número i bienestar de los inquilinos, el poder i la influencia del señor. Modificadas por la acción del tiempo las obligaciones existentes entre el rei i los grandes, desapareció para estos últimos la necesidad

de proporcionar al primero un contingente de hombres armados, i en consecuencia, la de mantener en vigor las asignaciones de tierra que habian hecho primitivamente. A fines del siglo XVI, el desalojamiento de los villanos se habia practicado en vasta escala, i para detenerlo la lei ordenó fijar una estension determinada a las familias que se hallaran establecidas en cada propiedad. En el curso de algunas jeneraciones, se reivindicó aquella estension, i acrecieron al dominio de los nobles los retazos de suelo comunal donde los vecinos humildes apacentaban sus gansos i sus puercos i de donde estraian su combustible; i de este modo, con el derecho del mas fuerte, al cual no puede resistir ningun derecho tradicional, el propietario, es decir, el heredero de los que, siglos ántes, habian sido favorecidos por la corona, se ha enriquecido poco a poco mediante la adquisicion gratuita de superficies que no figuraban en la merced orijinal.

Miéntras los reyes, únicos dueños del territorio, lo distribuian entre sus íntimos, i miéntras éstos se apoderaban paulatinamente del prójimo, la naturaleza del derecho de propiedad no se discutia. Sus transferencias violentas eran efecto de la confiscacion, pena que llenaba las arcas de los príncipes, o de la conquista, fenómeno frecuente en épocas de fuerza; ni los filósofos ni los jurisconsultos se preocupaban de buscar su raiz fuera del texto escrito de las leyes, i los fundadores de la economía política lo contemplan con caracteres puramente relativos. Adam Smith no lo analiza, i J. B. Say declara que procede de una espoliacion violenta o fraudulenta, reciente o antigua. Ningun propietario puede probar que la tierra se haya transferido hasta él, desde el primer ocupante, a título oneroso, o por donacion o por herencia; pero este derecho es necesario, aun cuando su cuna sospecho-

sa dé lugar a la existencia de grados diferentes de legitimidad para las diferentes propiedades, todas las cuales consagra la sociedad en interes de sí misma.

A juicio de J. S. Mill, se confirió primitivamente la propiedad individual, no con el objeto de fijar derechos, sino pura i simplemente para reprimir violencias i terminar conflictos, que desaparecen a influjo del carácter legal de la primera ocupacion. Si hubiera que optar entre el comunismo con todos sus azares i el presente estado social con todos sus sufrimientos e injusticias, i si, en virtud de la propiedad particular, el producto del trabajo hubiera de distribuirse siempre en proporcion inversa del trabajo ejecutado, recibiendo la mayor parte aquellos que no trabajan nunca o cuyo trabajo es casi meramente nominal, i disminuyendo la remuneracion a medida que el trabajo es mas penoso i repulsivo, hasta el punto de que no tenga la seguridad de procurarse las cosas necesarias para la existencia el hombre que en el trabajo fisico agota su fuerza corporal, en tal caso las grandes i las pequeñas dificultades del comunismo no pesarian mas que un grano de arena en el criterio de Mr. Mill. «Las leyes de la propiedad nunca se han conformado a los principios que justifican la propiedad privada. Propiedad han hecho ellas de cosas que nunca debieron serlo, i propiedad absoluta han creado allí donde no debe haber sino una condicional». Las leyes han aumentado los obstáculos que embarazan la marcha de muchas criaturas, i han dado al resto de la sociedad ventajas de gran consideracion. «Cuando se habla del carácter sagrado de la propiedad, es menester acordarse de que este carácter no pertenece en el mismo grado a la propiedad de la tierra. La tierra es la herencia primitiva de toda la especie humana. Su apropiacion depende enteramente de la utilidad jeneral. Si la propiedad



«privada de la tierra no es útil, es injusta». Aun para sus mas obstinados partidarios, ella se diferencia de todas las otras especies de propiedad en que la tierra es el patrimonio de una pequeña e insignificante minoría, i en este patrimonio carece de participacion la inmensa mayoría de la humanidad. Para reconciliar a esta inmensa mayoría con la deprimente situacion que los arreglos sociales le han formado, los propietarios del suelo se invisten de una especie de magistratura moral i legal, i sus derechos a la posesion se subordinan, en consecuencia, a la política jeneral del estado. El principio de la propiedad no les otorga un derecho inalienable al suelo mismo, sino a una indemnizacion por aquella parte de que les priva el estado, el cual tiene el derecho de tratar la propiedad segun las exigencias de los intereses jenerales de la sociedad. «Yo miro como un axioma que la propiedad de la tierra debe interpretarse de una manera estricta, i que en todos los casos dudosos la balanza debe inclinarse en contra del propietario», a la inversa de lo que sucede cuando se trata de valores mobiliarios i de todo lo que es producto del trabajo. El individuo a quien se permite llamar suya la tierra de que está en posesion, debe saber que tal permiso le es otorgado por la tolerancia de la sociedad, bajo la implícita condicion de que ésta podrá, por lo ménos, sacar de esa tierra los mismos bienes que le habria producido en caso de permanecer sin propietario.

Los principios de la escuela económica dominante se apoyan en el estudio de un estado social en que los capitalistas dan en arriendo tierra i toman en arriendo trabajo, i el resultado de este punto de partida es que se considera al capital como primer motor de la produccion i como elemento necesario e indispensable aun ántes de que el trabajo haya comenzado a

ejercerse, como el sol i el centro de que dependen todos los fenómenos del sistema industrial. En el último cuarto del presente siglo, sin embargo, se ha desarrollado una tendencia cada día mas poderosa a colocar el trabajo en la posición que primitivamente ocupaba el capital en el sistema de la teoría económica; i Henry George es uno de los que con mas esfuerzo han procurado destronarlo i hacer que el trabajo lo sustituya. Este movimiento ha sido tan enérgico, que hoi se reconoce, aun en pequeños libros destinados a la enseñanza elemental, que, aunque difícilmente sea posible concebir lo que ocurriria si de improviso se alejara de la industria todo el capital i quedara el trabajo sometido enteramente a la acción de sus propios recursos, en las etapas iniciales de la industria el capital es creado por el trabajo i no el trabajo por el capital. (1)

Entrando a bosquejar la argumentación del distinguido economista norte-americano, vemos que, para ejecutar cualquier trabajo, es menester que haya tierra; que, para que se produzca algun capital, es menester que algun trabajo se haya ejecutado; que el capital es hijo del trabajo, el cual se vale de él en sus producciones ulteriores, i que siendo una fuerza inicial i activa, es el patron del capital i puede desplegarse únicamente en la tierra, de la que hai que estraer la materia que va a transformarse en riqueza. «En consecuencia, la tierra es la condicion precedente, el campo « i el material del trabajo. El orden natural de los factores de la producción es tierra, trabajo, capital, i la « tierra, i nó el capital, debe ser nuestro punto de « partida. El capital no es un factor necesario de la « producción. El trabajo puede producir riqueza sin el

(1) H. DE B. GIBBINS,—The Economics of Commerce, 1894.

« auxilio del capital, i en el jénesis necesario de las cosas, la riqueza se produce necesariamente ántes de que el capital pueda existir.»

Por trabajo se entiende todo esfuerzo humano, manual o intelectual, practicado con el objeto de producir riqueza, prosperidad o felicidad; i por salario, cualquiera utilidad con que ese esfuerzo sea remunerado. El salario se diferencia del interes, en que éste significa la utilidad que se percibe por el uso del capital, i se distingue de la renta, en que ésta es la utilidad que el propietario percibe por el uso de la tierra. Los productos del suelo son el salario de un hombre que lo trabaja por sí mismo; i si este hombre, ademas de trabajar por sí mismo, desarrolla su esfuerzo personal i usa su capital propio en tierra suya, se dice de él que gana salario, interes i renta.

Es mas complicada la idea de capital.

«Aquella parte de la riqueza, que, empleada en la produccion, consiste en alimentos, ropas, herramientas, materiales brutos, etc., necesarios para dar eficacia al trabajo»;—«todas aquellas porciones de la industria de una nacion que pueden emplearse directamente para sostener la existencia humana o para facilitar la produccion»;—«todo lo que está destinado a suministrar trabajo productivo, junto con la ayuda, proteccion, herramientas i materiales que la obra necesita, i a alimentar i sostener al obrero durante sus tareas»;—«toda sustancia sobre la cual el trabajo tenga que ejercerse, i la materia a la cual la industria va a conferir o ha conferido valor, i los medios de subsistencia que sostienen al sér miétras está empeñado en realizar la operacion»;—«el instrumento por el cual el hombre obtiene el dominio de la naturaleza, con inclusion de los poderes fisicos i mentales del hombre»;—«todo lo que aparte del

« hombre, tenga algun valor i de cuyo uso resulte un « aumento o provecho pecuniario»;—«la tierra que « produce una cosecha, el arado que surca el suelo, « el trabajo que asegura el producto, i el producto mis- « mo, si de su empleo ha de derivarse un provecho « material» (1), etc., etc., tales son unas pocas entre « las innumerables definiciones de esta voz.

Teniendo presente que, al hablar de los factores de la produccion, siempre se emplea la palabra *capital* en oposicion a *tierra* i *trabajo*, se ve que propiamente no puede darse el primer nombre a nada que sea susceptible de comprenderse bajo uno u otro de los dos últimos. La voz *tierra* abraza todos los materiales, fuerzas i oportunidades naturales, i la voz *trabajo*, todo esfuerzo humano. No entra en la categoría de capital nada de lo que la naturaleza suministra libremente, ni ninguna de las facultades o poderes del hombre, sean naturales o adquiridos. Un campo fértil, una rica veta de metal, una abundante caída de agua, no son capital, como tampoco lo son los conocimientos, la habilidad o la industria de un hombre. La superioridad de aquellos objetos i de estas cualidades puede, como el capital, aumentar la renta de su poseedor; pero el aumento de la renta se deberia al aumento del poder de trabajo de este último, i nó a la existencia inerte de aquellas oportunidades naturales ni de estas condiciones personales.

El alcance comun de la palabra *capital* es el de riqueza destinada a procurar mas riqueza, segun la define Adam Smith; i las ambigüedades de que se resiente el uso de esta palabra, provienen de las de la palabra *riqueza*, que se aplica jeneralmente a cuanto tiene un valor de cambio. En estilo económico, con todo, ella es de

(1) Ricardo, Mac-Culloch, Mill, Wayland, Carey, Nicholson.

una significacion mucho mas definida. Hai cosas que tienen valor de cambio, por cuanto representan el poder de obtener riqueza, pero que en realidad no son riqueza, por cuanto la riqueza no se siente afectada por el aumento o disminucion de esas cosas.

« Tales son los bonos, hipotecas, pagarées, billetes
« de banco, u otras estipulaciones de transferencia.
« Tales son los esclavos, cuyo valor representa mera-
« mente el poder de que una clase dispone para apro-
« piarse las ganancias de otra clase. Tales son las tie-
« rras i otras oportunidades naturales, cuyo valor no
« es sino el resultado del reconocimiento, en favor de
« ciertas personas, de un derecho exclusivo a usarlas,
« i no representa sino el poder que se da a sus propie-
« tarios de exigir una parte de la riqueza producida
« por aquellos que las usan. El aumento en la suma
« de bonos, hipotecas, pagarées o billetes de banco,
« no aumenta la riqueza de la comunidad, en la cual
« figuran tanto los que están obligados a pagar como
« los que tienen títulos para recibir. La esclavitud de
« una parte de las jentes no aumenta la riqueza de un
« pueblo, porque los esclavizados pierden lo que ganan
« los esclavizadores. El aumento del valor territorial
« no significa aumento en la riqueza comun, porque el
« mas alto precio que ganan los dueños de la tierra,
« lo pierden los arrendatarios o compradores, por
« quienes ese alto precio es desembolsado. I toda
« esta riqueza relativa, que no se distingue de la rique-
« za real ni en el pensamiento, ni en el discurso, ni en
« la lejislacion ni en el derecho, puede aniquilarse
« enteramente, sin necesidad de que se destruya o
« consuma otra cosa que unas cuantas gotas de tinta i
« i pedazos de papel. Por obra del poder político so-
« berano, las deudas pueden cancelarse, los esclavos
« emanciparse i la tierra resumirse como propiedad

« comun de todo el pueblo, sin que disminuya en un
« ápice la riqueza colectiva, porque lo que unos per-
« dieran, otros lo ganarian. La riqueza destruida en
« esa forma seria exactamente como la creada por
« Isabel Tudor al acordar monopolios a sus cortesa-
« nos, o por Boris Godoonof al convertir a los labrie-
« gos rusos en propiedad comerciable».

Si se dice que la Inglaterra ha aumentado su riqueza desde hace unos cincuenta años o que California es hoy un país más rico que cuando pertenecía a Méjico, ello no implica que en Inglaterra o California haya hoy más tierra, ni que los poderes de la tierra sean más grandes, ni que su población sea más numerosa que en otro tiempo, sino que hay un aumento de cosas palpables, provistas de un valor real i no meramente relativo, como construcciones, ganados, herramientas, maquinarias, productos agrícolas i minerales artículos, manufacturados, buques, ferrocarriles, etc. El aumento o la disminucion de estas cosas constituye un aumento o disminucion de riqueza, i la más rica de las comunidades es la que en proporcion al número de sus miembros contiene más cosas de esa especie. El carácter comun de estas cosas es que ellas consisten en sustancias o productos naturales que el esfuerzo del hombre ha adaptado al uso o satisfaccion humana, dependiendo su valor de la suma de trabajo que su adaptacion ha requerido. No es riqueza nada de lo que la naturaleza suministra al hombre sin que éste trabaje, i el esfuerzo del trabajo no produce riqueza si lo que de él resulta no es un producto que tenga i retenga la facultad de satisfacer un deseo. Todo capital es riqueza, es aquella parte de la riqueza que se dedica a ausiliar la produccion, pero no toda riqueza es capital. En consecuencia, el capital es definido por H. George como *rique-*

za en vía de cambio, cambio en que se incluyen, nó simplemente las trasferencias de mano en mano, sino tambien las trasmutaciones procedentes de las fuerzas naturales que se utilizan para aumentar la riqueza. De este modo, es capital el torno en que un carpintero fabrica cosas destinadas al comercio, i no lo es aquel en que mata el ocio o da enerjía a sus músculos un banquero. La riqueza empleada en la construccion de un ferrocarril, una línea telegráfica, un teatro, un hotel, etc., está en vía de cambio, aunque este cambio no se efectúe de una sola vez, sino mui lentamente i con un indefinido número de individuos.

Sin el trabajo, el capital es una materia inerte, un lavadero cuyas arenas auríferas van al mar, un tesoro sepultado en que se opera una lenta i continua oxidacion. Para convertirse en capital los materiales suministrados por la naturaleza, es menester que el trabajo los haya modificado parcialmente i los haya puesto en vía de cambio. El capital no anticipa los salarios, los cuales son para el obrero la parte que ya ha ganado del producto de sus tareas, ni mantiene al obrero miéntras éstas duran. «El hombre que produce parcial o totalmente algo que le sea posible cambiar por artículos de subsistencia, produce virtualmente estos artículos. . . El capital no limita la industria: el único limite de la industria, es el acceso al material de la naturaleza; pero el capital puede limitar la forma i la productividad de la industria, limitando el uso de las herramientas i la division del trabajo», que es la característica indispensable de toda alta civilizacion; i haciendo reservas mas o menos considerables de los artículos producidos, consigue que la abundancia de hoy supla las insuficiencias de mañana. El trabajo, léjos de ser la criatura, es el

creador del capital. Aunque no hubiera máquinas de coser, se cosería; aunque no se conocieran los actuales arados, siempre se cultivaría el suelo, i siempre existiría el trabajo, aunque el cambio no existiera.

«I decir que el capital *puede* limitar la forma o
« productividad de la industria no equivale a decir
« que el capital las *limite* efectivamente. Examinados
« con atencion, aparecen mas teóricos que reales los
« casos en que con verdad pueda asegurarse que en una
« comunidad el capital limita la forma o productividad
« de las industrias. Es evidente que en países como
« Méjico o Túnez el uso mas jeneral i amplio del ca-
« pital modificaria considerablemente la forma de la
« industria i aumentaria enormemente su productivi-
« dad; i de estos países se repite a menudo que nece-
« sitan capital para desarrollar sus recursos. Pero ¿no
« hai detras de esto alguna causa que orijina la falta
« de capital? La rapacidad i los abusos del Gobierno,
« la inseguridad de la propiedad, la ignorancia i las
« preocupaciones del pueblo, ¿no son las causas que
« impiden la acumulacion i el uso del capital? La
« verdadera limitacion está en esas cosas, i nó en la
« ausencia de capital, el cual no se usaria, aunque
« allí existiera. Podemos, pues, imaginar una comu-
« nidad en que la falta de capital sea el único obs-
« táculo para aumentar la productividad del trabajo;
« pero esto solo puede hacerse imaginando un conjunto
« de condiciones que raras veces ocurren, si ocurren
« alguna vez, a no ser por accidente o en circunstan-
« cias transitorias. Las únicas comunidades que pueden
« presentar ejemplos de esta naturaleza, son aquellas
« en que la guerra, el incendio o las convulsiones de
« la tierra han destruido el capital, o comunidades
« compuestas de hombres civilizados que acaban de
« establecerse en un territorio nuevo. Sin embargo,

« se ha reconocido, desde hace mucho tiempo, la
« enorme rapidez con que el capital destruido se re-
« produce en las comunidades asoladas por la guerra,
« i con que el capital que no existia, se produce en
« toda nueva comunidad.»

Ningun obrero recibe su salario ántes de haber concluido toda su tarea o una parte de ésta misma, es decir, ántes de haber producido un valor que hasta en el mas desfavorable de los casos será mayor que el del salario que recibe. Durante un mes, una quincena, una semana o un dia, el obrero enciende la fragua, acepilla la madera, asea al taller, atiende al parroquiano, enseña la leccion, administra la justicia, enriquece al patron o a la sociedad con el resultado de su esfuerzo, i el salario es el valor de la ejecucion de este esfuerzo. Léjos, pues, de nacer del capital, los salarios proceden directamente del producto del trabajo remunerado con ellos; i la situacion del obrero al percibirlos es igual a la del que, cobrando un depósito bancario i recibiendo metálico o billetes que no son el mismo metálico o los mismos billetes depositados, no hace sufrir al capital del banco ninguna disminucion. El obrero, por el simple hecho de trabajar, crea realmente el fondo del cual se estraen sus salarios i, en consecuencia, estos salarios no tienen por qué disminuirse a causa del aumento en el número de obreros. Por el contrario, a mayor número de obreros corresponde evidentemente mayor eficacia en el trabajo, i a trabajo mas eficaz corresponden salarios mas elevados.

La naturaleza no reconoce al hombre otros derechos que los que proceden de los esfuerzos del hombre; se entrega solamente al trabajo, i el ejercicio del trabajo en produccion es el título único de la posesion continua. El derecho de propiedad que surge del

trabajo, excluye la posibilidad de todo otro derecho de propiedad. Si un hombre tiene derecho al producto de su trabajo, ninguno puede tenerlo a la propiedad de una cosa que no sea producto de un trabajo propio o del trabajo de alguien cuyo derecho se le haya transferido. No existiendo derecho al libre uso de las oportunidades ofrecidas por la naturaleza, no puede existir derecho al producto del trabajo, i admitir el derecho de propiedad de aquellas oportunidades es negar el derecho de propiedad de este producto. Cuando se afirma que un hombre puede con justicia reclamar la propiedad exclusiva de su propio trabajo incorporado en cosas materiales, se niega que otro pueda con justicia reclamar la propiedad exclusiva de la tierra.

«Lo que impide ver la injusticia de la propiedad privada de la tierra, es el hábito de incluir en una sola categoría todo aquello que es materia de posesión, o el de distinguir entre propiedad personal i propiedad raiz, o cosas muebles i cosas inmuebles. La distinción real i verdadera debe hacerse entre cosas que son producto del trabajo i cosas que son oferta gratuita de la naturaleza, o, para adoptar los términos de la economía política, entre riqueza i tierra. Estas dos clases de cosas son muy diferentes en su esencia i sus relaciones, i clasificarlas ambas como propiedad es confundir el pensamiento cuando se considera la justicia o injusticia de esta última.»

El terreno en que una casa se ha edificado i la casa misma, son cosas muy diversas: ésta, producida por el trabajo humano, es lo que, en lenguaje económico, se llama riqueza, i el terreno, parte de la naturaleza, es lo que se llama tierra. Lo que ha dado existencia a la casa, es el esfuerzo humano, independientemente del cual existe el sitio en que ella se ha construido. La justicia natural sanciona la propiedad de la casa,

i desconoce la del sitio. La sancion de la primera coloca a todos los hombres en pié de igualdad i a cada uno de ellos asegura la recompensa merecida por su trabajo; pero el reconocimiento de la última, reconocimiento que a los que no trabajan permite tomar la recompensa debida a los que trabajan, es la negacion de la igualdad de derechos entre los hombres. No se ha incorporado trabajo de ninguna especie en el terreno, que existe, existia i existirá, sea que se construyan o no se construyan casas sobre él.

Todo lo que es de produccion humana, se ajusta al derecho esclusivo de propiedad. Sea cual fuere la serie de manos por las cuales haya pasado algun producto del hombre, hai trabajo humano al principio de esa serie: el hombre que con su propio esfuerzo se ha procurado aquel producto, tiene respecto de él un título contra todo el resto de la humanidad, i este producto puede lejítimamente ir de un poder a otro, por venta o por donacion. Pero ¿al fin de qué cadena de escrituras de ventas i donaciones se puede exhibir algo que parezca título a una parte del universo material? Los esfuerzos que hai que poner en ejercicio para desmontar un bosque o disecar un pantano, no dan derecho a la tierra sobre la cual se hallaron estos accidentes, sino a un valor que corresponda al ejercicio de aquellos esfuerzos; i así el que los ejecutó como los demas miembros de la comunidad, participan por igual del valor que el crecimiento de ésta ha agregado a la tierra. Cuando esos esfuerzos producen un adelanto que no es posible distinguir de la tierra misma, el derecho individual se deslíe i desaparece en el derecho comun: la naturaleza no procede del hombre, sino el hombre de la naturaleza, a cuyo seno el hombre i todas sus obras tienen que volver.

«Se dirá, sin embargo: Pues todos los hombres

« tienen derecho al uso i goce de la naturaleza, el que
« está usando la tierra inviste el derecho exclusivo de
« usarla, para que le sea posible obtener el beneficio
« íntegro de su trabajo. Pero sin dificultad puede de-
« terminarse dónde se estingue el derecho individual
« i dónde principia el derecho comun. El valor sumi-
« nistra una exacta i delicada piedra de toque, con
« cuyo auxilio no es difícil, sea cual sea la densidad
« de la poblacion, determinar i asegurar el derecho
« exacto de cada uno i los derechos iguales de todos.
« El valor de la tierra es, como se ha visto, el precio
« del monopolio. Lo que determina su valor, no es la
« capacidad absoluta, sino la capacidad relativa de la
« tierra. Sin prestar atencion a sus cualidades intrín-
« secas, puede no tener valor una tierra igual'o infe-
« rior a las otras que hayan estado en uso. Así, el
« valor de la tierra espresa en forma exacta i palpable
« el derecho de la comunidad a tierra poseida por un
« individuo; i la renta espresa la suma exacta que el
« individuo debe pagar a la comunidad para satisfacer
« los derechos iguales de todos sus otros miembros.
« Si concedemos, pues, a la prioridad de posesion el
« tranquilo uso de la tierra, reconciliamos, mediante
« la confiscacion de la renta, la fijeza de posesion que
« es necesaria para el adelanto, con el pleno i comple-
« to reconocimiento del igual derecho de todos al
« uso de la tierra.»

La defensa mas absurda que puede hacerse de la propiedad territorial, es deducir de la prioridad de ocupacion un derecho perpetuo i exclusivo a la superficie de un globo en el cual se suceden jeneraciones infinitas. El invitado que llega primero a un banquete, tiene el derecho de hacer a un lado todas las sillas i de exigir compensacion a los que, llegando mas tarde, desean servirse de lo que a él se le está sirviendo?

El primero que en un teatro presenta su boleto, ¿adquiere por su prioridad el derecho de cerrar las puertas i de presenciar él solo la función? El primer pasajero que sube a un tren, ¿tiene el derecho de esparcir en todos los asientos su equipaje haciendo que permanezcan de pié los que suben con posterioridad? La prioridad de ocupación ¿da derecho a un hombre para adquirir i transmitir el derecho exclusivo a una cuadra, a mil cuadras, a toda la tierra de una ciudad, de un estado, de un continente? Un hombre que lograra concentrar en sí mismo todos los derechos individuales al territorio de un país, ¿tendría derecho para espulsar de ese territorio a todos los habitantes? Un hombre que lograra concentrar en sí mismo todos los derechos individuales a la superficie entera del globo, ¿tendría el derecho de espeler del globo a toda la población desbordante de la tierra?

«I esa esclusión», termina H. George, después de referirse a las que se han hecho en territorios incultos de California i a la que los pocos propietarios ingleses tienen la facultad de hacer en las islas británicas, «i esa esclusión, por la cual unos cuantos centenares de miles podrían desterrar del suelo natal a «mas de treinta millones, aunque mas grave, no sería «mas repugnante al derecho natural que el espectáculo «que se presencia hoy, de una gran masa de ingleses «compelidos a pagar enormes sumas a un reducido «número de individuos, por el privilegio de que se «les permita vivir en una tierra que apasionadamente «llaman propia, que les hacen cara recuerdos tiernos «i gloriosos, i por la cual tienen el deber de derramar «la sangre i de perder la vida en caso de necesidad.»

Como se ve, ni el fondo de estas opiniones ni el de los argumentos que les sirven de sosten, son originales de Henry George. La quinta-esencia de las unas

i los otros está incidentalmente esparcida en trabajos de los pensadores modernos, para quienes la tierra no es ni puede ser propiedad a la manera de las cosas muebles: todo sér humano, por el hecho de haber nacido en este planeta, está obligado a vivir sobre la tierra, la cual, en todos los países, es propiedad de la nacion que los ocupa; que unos cuantos hombres privan a otros de sus derechos al uso de la tierra, es un crimen inferior en perversidad solo al de quitarles la libertad o la vida; la propiedad raiz, a diferencia de la personal, impone limitaciones a la accion i a la industria del hombre i al bienestar de la comunidad, i el principio de la espropiacion compulsiva es admisible i hasta ortodojo (1).

Pero la compilacion metódica i la seleccion prolija de estos antecedentes diseminados, su robustecimiento por medio de numerosas observaciones personales i de elocuentes amplificaciones, la estrecha cohesion de los razonamientos jenerales que forman la estructura íntima de *Progress and Poverty*, todo hace que esta obra sea considerada como la de un artífice que comienza su labor despues de una larga cadena de sucesivos i múltiples mejoramientos, i que, variando las dimensiones de una rueda o imprimiendo mayor rapidez a un volante, produce un mecanismo mas potente, manejable i económico que los usados hasta el dia.

FANOR VELASCO.

(1) J. A. FROUDE, H. SPENCER, W. E. GLADSTONE, etc.

EL SITIO DE TALCAHUANO DE 1817

Diario del Jeneral don José Ordóñez

DIARIO DE LOS SUCESOS ACAECIDOS EN ESTA PLAZA DE TALCAHUANO CON LAS NOTICIAS QUE EN ELLA SE HAN RECIBIDO DE LOS ENEMIGOS DESDE JULIO 2 A AGOSTO 31 DE 1817.

Julio 2.— En este dia se presentó a las cinco i media de la mañana una partida enemiga que intentó sorprender nuestra avanzada, habiéndola perseguido hasta los fuegos de la plaza. Luego que aclaró el dia se vieron como cuatrocientos hombres montados, formados en batalla, a dos millas de este punto, de los cuales dos partidas avanzaron por el camino real hasta ponerse a tiro de cañon; pero en una formacion demasiado abierta para evitar el daño que debia causarles nuestra artillería, la que sin embargo de las órdenes que tengo dadas para que no se desperdicien las municiones, sino en cantidad regular de los enemigos, dispararon algunos tiros de bala rasa i metralla, acompañados de las dos lanchas cañoneras, apostadas en

el puerto de San Vicente, con el casual i buen resultado de haberles muerto dos soldados i herido veinte, con lo que huyeron a galope los restantes, reuniéndose a los demas citados.

El 3 volvieron a incomodar nuestras avanzadas a las ocho de la noche, i alarmada la línea, hicieron fuego de cañon algunas baterías i lanchas cañoneras, sin efecto por la oscuridad, retirándose en seguida dichos enemigos.

El 4, a las dos de la mañana, empezaron a tirotear nuestras avanzadas, con lo que se alarmó la línea, tirándose de una batería tres cañonazos, porque ignorando el número de enemigos a causa de la gran niebla que impedía su reconocimiento, creyeron su aproximacion; con cuyo hecho se aterraron i huyeron, llegando poco despues a esta plaza un sarjento europeo que estaba al servicio de ellos, el cual aseguró el número indicado de enemigos anunciado el dia 2 i el estrago que sufrieron sus dos partidas; dió noticia de haber construido en Concepcion ocho lanchas chatas, o sin quilla, que tenian para contrarrestar a nuestras cañoneras; i que la plaza de Arauco se habia reconquistado por los indios, perdiendo su guarnicion, de que solo se salvaron cinco soldados enemigos; i que intentaban mandar refuerzos para ocupar de nuevo la frontera.

El 5, a las cuatro de la tarde, repitieron acometida desde las casas de Manzano, retirándose, a gran golpe, luego que conocieron la bizarra resolucion de acometerlos nuestra avanzada. En la noche di orden para que saliesen sesenta hombres de caballería que debian recorrer el campo i castigar a los rebeldes que encontrasen, los que, a poca distancia de esta plaza, reconocieron un grupo enemigo, superior en número, i se restituyeron con arreglo a las instrucciones.

El 6 llegaron dos paisanos con un oficio del comandante de la plaza de Arauco, don Juan Bautista Díaz, en que refiere los acontecimientos de la reconquista de Arauco por los indios i españoles fieles. En seguida dió las órdenes convenientes a efecto de que se auxiliase a aquélla con lo que las circunstancias del dia proporcionan en ésta.

El 8 salió una lancha i un bote cargado con añil, sal, azúcar, tabaco, municiones para infantería i artillería, las competentes instrucciones para el comandante de Arauco i cartas oficiales a los caciques que habian ayudado a la restauracion de aquella plaza.

El 15 se fondeó en la playa de San Vicente el bote que habia salido en convoi de la lancha para el puerto de Arauco, cuyo patron me noticia haber llegado a las orillas del rio Tubul, donde le avisaron estar tomada por segunda vez por los rebeldes la plaza de Arauco, que los indios i la guarnicion se habian retirado al interior, i que las partidas de los rebeldes estaban emboscadas para apresar a las embarcaciones que arribaren allí; con este motivo se regresó la lancha i el bote para ésta; pero un fuerte temporal les obligó a arribar a la isla de Santa María, en lo que apurando mas el tiempo hizo varar i hacer mil pedazos en las peñas a la lancha en que se conducian los efectos anteriormente dichos, de los que mui pocos se salvaron, i felizmente toda la jente.

El 16 se premeditó levantar una partida de guerrilla que debia mandar José Zapata, hombre arrojado, práctico i de conocimientos grandes de hombres de su jenio; en efecto, se le dió la orden i se le hizo marchar con siete paisanos, elejidos por el mismo Zapata, se le dieron municiones i armas, se embarcaron con direccion a la costa del Tomé, a donde lle-

garon luego, i, haciéndose de buenos caballos, principiaron sus empresas.

Desde aquella fecha no hubo novedad hasta *el 22* que, con todo el aparato de un sitio estrechísimo, se presentaron los enemigos en las casas de Manzano con todo su ejército, carros, artillería, etc.; situaron sus carpas; formaron en la punta mas inmediata a esta plaza una batería i colocaron sus avanzadas al frente de las nuestras. A las cinco de la tarde de este mismo dia se anunció un parlamentario, el que, con las precauciones debidas, se me presentó en la línea con un oficio de intimacion, del que es copia el señalado con el N.º... .; mi contestacion fué conforme a su contenido, i, aunque fué verbal, era lo bastante para que conociesen los rebeldes que nada mas querian las tropas del Rei que ser atacadas por ellos, porque conocen que se les acercan los momentos de vengar los ultrajes inferidos en las acciones parciales, que indecorosamente suponen acciones jenerales.

Al anochecer de este dia, dirijieron desde su batería algunas granadas, las que cayeron i reventaron, unas a las inmediaciones de esta iglesia i otras entre los cerros en que están colocados los cuarteles de caballería.

(El oficio de intimacion de O'Higgins i la respuesta de Ordóñez son los siguientes:

«Llegó ya el momento de atacar esta plaza; pero es del Derecho de Jentes (que respeto) hacer a US. esta intimacion. Veo con sentimiento la rivalidad tan frenética como injusta que los opresores de América sostienen contra los hombres libres; i esto persuadido a creer que imitándoles acaso US., se repetirán o llegarán a su máximum las escenas sangrientas de los Potrerillos, Guardia de los Andes, Putaendo, Chacabuco, Cumpeo, Curapalihue, Gavilan, Carampan-

que i otras mas parciales. No nos alucinemos por mas tiempo. Las débiles trincheras con que US. quiere evadir el golpe que le amaga, no pueden detener seis minutos a un Ejército infinitamente superior, proveído con superabundancia i familiarizado con el triunfo. Tome US. el partido que mas le agrade, es preciso ceder a tiempo o esperar la funesta decision del vengador acero de los asaltadores. Espero de la urbanidad de US. permita regresar al capitan parlamentario don Nicolas Arriola, a la hora que lleva designada.—Dios guarde a US. muchos años.—Cuartel Jeneral frente a Talcahuano, 22 de julio de 1817.—*Bernardo O'Higgins*.—Señor jeneral don José Ordóñez.

Contestacion.—Este oficio lo recibió el señor jeneral a las cuatro i media de la tarde, en una de las baterías de la línea, i contestó de palabra que tenia pólvora i balas, que estrañaba que en tres meses diez i siete dias no se hubiesen resuelto a atacarle, que la suerte de las armas decidirá la de Talcahuano, que no contestaba por escrito por no tener a la mano preparativos de secretaría, i que si alguna vez lo hiciese seria en términos de razon i de política, i no con insultos, porque era militar. Al mismo tiempo le dijo al oficial conductor que estaba en libertad para marcharse cuando quisiera, lo que verificó al momento.—(Es copia.)

El 23, al amanecer, las lanchas cañoneras apostadas en el canal que forma la isla nombrada del Rei, dirijieron sus fuegos contra aquella batería enemiga i de ella se contestó con algunos tiros de obus avanzado que tenia en la misma; las nuestras, que estaban dotadas de cañones del calibre de a 24, hicieron tambien sus tiros de bala rasa en direccion a la del enemigo a fin de desalojarlo i hacerle desmontar el obus, o, a lo ménos, obligarlo a retirarle de aquel punto, lo que se verificó.

A las diez del día, bajaron del campamento enemigo como 600 infantes i 400 caballos con direccion al rastrillo de la plaza; de esos infantes i caballos avanzaron como 300 entre unos i otros, haciendo alto los restantes, i en una formacion bastante abierta, i al gran galope los unos i marcha forzada los otros, se avanzaron casi al morro o flanco izquierdo de nuestra línea, que se cubre con las lanchas en la mar creciente, i como era hora de la baja, estaba indefenso; mas el fuego flanqueado de algunas baterías i la brillante resolucion del oficial de avanzadas, que retirándose en el mejor órden a la vista del enemigo, que le cargaba en número superior a su fuerza, echó pié a tierra i tomando la primera altura del morro les hizo un fuego vivo i acertado, consiguiendo así por esto, como por el de las baterías, hacer retirar al enemigo con alguna pérdida i grande precipitacion a su campamento, juntamente con los que habian quedado de reserva bajo de su batería.

En lo restante del día no hicieron movimiento alguno en su alojamiento, que indicase tentativa a esta plaza, hasta que se vieron desfilando hácia el frente de ésta; mas la espesa niebla i fuerte temporal de agua que se siguió, impidieron ver si era efectivo este movimiento, por lo que se permaneció en continua vijilancia toda la noche. Al siguiente *día 24*, luego que amaneció, se divisó que habian levantado el campo i nuestras avanzadas hicieron la descubierta, i no encontraron mas que los rastros de una retirada precipitada, en que se dejaron en el campo i camino recto a la plaza de Concepcion carros cargados de tablazon i ligazon, algunos fusiles, bayonetas, cargas de municiones de fusiles i otras especies de guerra, entre ellas porcion de escaleras i puentes de construccion desconocida e inadaptable para el objeto que se proponian,

cual era pasar los fosos i subir los escarpados cerros, encontrándose a mas la orijinal invencion de unas almohadas con dos correas que, segun declaracion de cinco prisioneros, eran para cubrir los pechos a los negros i libertarlos del estrago de las balas.

No se puede ménos que recomendar el mérito que en estos dos dias han contraido los dos Alféreces de Dragones de la Frontera, don Tomas Alcántara i don José Ugarte, el primero en el dia 23 i el segundo en el 22; se han portado con una bizarría ejemplar i que confesaron los mismos rebeldes.

El dia 25 i siguientes no hubo novedad en el Ejército, i no se tuvo noticia cierta del enemigo, ni de la costa hasta el 29 que se supo que la guerrilla de Zapata perseguia a los insurjentes i habia tenido varios ataques con las partidas de los mismos.

Desde el dia predicho hasta el 10 del presente no hubo novedad particular en la plaza, ni noticias de fuera de ella.

El 11 se presentó un paisano con oficio del Comandante de Arauco, retirado en lo interior de los indios, en que me comunica la retirada que hizo de aquella plaza.

El 12 se presentó en ésta Zapata, el que habia sido atacado por los insurjentes cinco o seis veces, en distintos dias i en diferentes puntos; habiendo tenido hasta 150 hombres armados i bien montados a sus órdenes, con ellos entró a las villas de Cauquenes, Lináres i San Carlos, exijió algunas cantidades para pago de su partida, tomó calzados que conducian los rebeldes para su Ejército en Concepcion e interceptó correos, últimamente entró en Chillan i fué atacado en la ciudad por la mayor parte de la caballería enemiga, se dispersó su jente i él se vino por medio de ellas a ésta,

El 15 recibí un oficio de don Joaquín Martínez en que avisa al Gobernador de esta plaza hallarse con una partida avanzada en el río Tubul i próximo a atacar segunda vez la plaza de Arauco, en virtud de lo que hice alistar una lancha para salir a la costa.

El 17 salió una lancha con municiones para infantería, piedras de chispas, azúcar, añil, tabaco i sal, con algunos individuos que deben componer una guerrilla, en cuya clase son excelentes la que va mandada por Zapata.

El 20 se ancló en el puerto la fragata *Candelaria*, procedente de Lima, con 45 artilleros para este ejército, 90 infantes para la escuadra i víveres que recibió con gusto todo el ejército i vecinos de esta plaza.

El 21, a las dos de la mañana, se presentaron los enemigos, sin duda con el intento de sorprender nuestra avanzada; mas, ésta, vigilante como acostumbra, sintió al enemigo i, dejándolo aproximarse, hicieron fuego los centinelas del campo, a lo que contestó el enemigo con un vivo fuego; el oficial de Dragones que mandaba la avanzada nuestra conoció en la descarga que el número de enemigos era superior al que él tenía e hizo reunion, i con una serenidad grande se mantuvo haciendo fuego a los que le tenían casi rodeado. Los enemigos huyeron i dejaron el campo regado de las proclamas mas indecentes i ordinarias que se han oído, de las que se acompañan algunas de las muchas que se han recojido.

El 23 llegaron tres paisanos conduciendo oficios del comandante de Arauco, retirado a lo interior de la tierra de los indios, el que avisa tener todos los caciques, gobernadores i capitanes adictos i prontos a tomar los tercios de Arauco; avisa tambien haber lamentado con los principales indios i todos se ofrecen gustosos a defender i echar los insurjentes de las

plazas de la frontera; asimismo avisa haber recibido auxilio de plata, jente, municiones, ropa i regalos para los indios araucanos por el señor Gobernador de Valdivia.

El 30. el oficial de Dragones que estaba de avanzada, con la mitad del número de soldados que tenia de servicio, se avanzó hasta las goteras de Concepcion i en la hacienda de Costmito le quitó a los rebeldes 40 reses i 50 animales mas entre mulas, caballos i potros.

Cuartel Jeneral en Talcahuano, 31 de agosto de 1817.

DIARIO DE LOS SUCESOS ACAECIDOS DESDE EL DIA 25 DE NOVIEMBRE DE 1817, EN QUE SE ACAMPÓ EL ENEMIGO AL FRENTE DE ESTA PLÁZA, HASTA EL 1.º DE ENERO DE 1818.

El 25 se presentaron los enemigos sobre las casas de Manzano, distantes dos millas de esta plaza, estableciendo su campo desde este punto sobre la derecha de las Lomas hácia San Vicente, colocando un cañon para impedir la aproximacion de las lanchas apostadas en la inmediacion de la isla del Rei. Su número, segun ha permitido calcularse por anteojos, es de tres mil hombres, entre ellos mas de 2,000 de infantería, 500 caballos i el resto milicianos i artilleros. Sus aprestos de viveres, ganados i otros útiles acreditan su decision, i la formacion de galpones para su abrigo manifiesta que piensan permanecer constantemente. En el mismo dia, como a las 11 de la noche, formaron cerca de su campamento una partida de 100 hombres que hicieron un fuego vivo i graneado de fusil con direccion a las lanchas apostadas; éstas, aunque sin la menor ofensa por falta de alcance, les contestaron

con tres cañonazos, bastante remedio para que cesase a la media hora.

El 26, despues de algunas cortas salidas de doscientos, trescientos i mas soldados enemigos que miran siempre con respeto el alcance de nuestros fuegos, se introdujeron en la media noche en la cortadura o foso antiguo como doscientos hombres de fusil, que hicieron por mas de dos horas un fuego vivo sobre las lanchas del morro: éstas i la batería del Peral correspondieron a cañonazos i algunas otras baterías mas imitaron i repitieron con ardor; mas, luego que observé este desórden, ordené cesase el del Peral i las lanchas, con lo que sufrieron bastante daño, retirándose a su campamento.

El 27, a la una del dia, salieron como ochenta soldados montados a reconocer en dispersion algunos puntos de las riberas hácia la isla, en la tarde colocaron en un morrito el obus que trajeron anteriormente, tirando granadas a las baterías con bastante alcance hasta el pueblo. A las once de la noche salieron dos partidas enemigas, protegida de la oscuridad, la una hácia San Vicente, como de quinientos hombres de infantería i caballería; la otra, con mas de doscientos, pasó por el Rastrillo con direccion al morro de la playa, quedando en el centro otra division grande en observacion. Las baterías i balandras de San Vicente, luego que las sintieron, hicieron fuego de cañon, i la guardia del Rastrillo, de fusilería, retirándose los enemigos con bastantes pérdidas, dejando algunas tercerolas, dos muertos i llevando los heridos que pudieron. Continuaron el fuego de su cañon i del obus, introduciendo muchas granadas sin algun daño, i se correspondieron con el cañon del morro i otros de las baterías.

El 28 continuó el fuego de los dos cañones i el

obus sobre las lanchas i baterías, i a las once i media de la noche atacaron la plaza con poco mas fuerza que el dia anterior i por los mismos puntos i con ménos decision, porque el fuego graneado no alcanzaba a la distancia en que hicieron alto. Las baterías de la línea, balandra, cañoneras i lanchas apostadas, correspondieron con balas i metrallas con toda energía i acierto. Creemos hayan recibido bastante daño porque tocaron a la hora retirada. En seguida se pasó un oficial jóven, don Francisco Cotera, hijo de Santiago, con mucho riesgo por el fuego que sufría, i dijo que los enemigos componian las fuerzas de tres mil hombres escasos, que el 27 atacó el rejimiento número 11 con mil hombres, quinientos a cada punto de los citados, que el número 1 atacó en este dia 28, siendo el número 11 de tropa mas resuelta i el número 1 mas cobarde. Que les han hecho entender que dentro de 8 dias toman a Talcahuano, i que todas las noches, ante de salir la luna, deben alternativamente atacar al cuerpo que le toque. Esto es decir que existirá Talcahuano.

El 29 se continuó el fuego de los cañones i obus del enemigo, el que mudó otro obus por haberse desmontado el primero. El cañon de a veinticuatro de nuestro morro de la playa hizo en la mañana varias punterías sobre el campo enemigo, con particular acierto tres tiros, que en medio de una columna les causó estragos i heridos. En este dia se supo por un espía que las lanchas chatas se disponian a atacar las cañoneras. Una señal indicada despues de la oracion, desde la cerranía de Gualpen, dió indicios de que salian. A las once i media de la noche se vieron 4 chatas que se dirijian al fondeadero; pero apénas sintieron el fuego de nuestra balandra i bote con su cañon de la fragata Venganza, cambiaron rumbo de

huida con la mayor celeridad. La falta de la cañonera de la fragata Tomasa, que por la mar gruesa no pudo llegar a tiempo, impidió la realización de un plan para apresarlas.

En este día tuve noticias positivas de que la guerrilla que mandé organizar en la costa enemiga de Coliumo hacia sus correrías contra los insurjentes en lo interior, i despaché órdenes al oficial don José Alvarez, que destiné a este fin con armas, lanzas i municiones, para que reuniendo todas las milicias atacase o sorprendiese la ciudad de Concepcion, que estaba con mui pocos soldados, mandándole una lista de los vestuarios, municiones i cajas que tenia en varias casas, a a fin de tomarlo todo i remitirlo a esta plaza.

El plan de aproximarse los indios i milicianos sobre San Pedro i de atacar la plaza de Nacimiento, cuya orden comuniqué al comandante de la frontera don Manuel Pinuer, ha tenido buen resultado, pues distrae por retaguardia las miras ambiciosas del enemigo sobre esta plaza.

Llegó por la costa un espía que observó en Concepcion los efectos de los ataques desde el día 25 hasta el 27 i me informó de los muchos muertos que habian tenido, i que era mui grande el número de los heridos que estaban en el hospital; cuyos efectos causan ya una desercion incontenible, haciéndoles ya suspender su arrojo, pues, aunque tenian ordenado atacar hoi como los anteriores días, no lo hicieron. Nuestros soldados, que se enseñorean en el campo, recojieron porcion de cartuchos, baquetas, bayonetas, morriones, que desecharon con el pavor, dejando regado el suelo de sangre.

El 30 repitieron el fuego de los cañones i obus en la mañana, tarde i noche, sin daño alguno de la plaza i sin frutos sus granadas. Las lanchas apostadas i

el cañon de a 24 del morro correspondieron, pero con mucho acierto este último, que introdujo varios tiros en medio de las columnas enemigas, deshaciendo su formacion i destrozando sus tiendas de campaña. A las doce del dia se presentaron por la parte de Gualpen dos chatas, dirijiéndose a la parte opuesta, porque divisaron una lancha nuestra que venia al fondeadero de San Vicente. Inmediatamente ordené saliese en su alcance el bote con su cañon, al mando del teniente de fragata, don José María Butron, i en seguida la mismo lancha que habia llegado, haciéndola marinar i armar completamente. Luego que las chatas observaron esta dilijencia, huyeron sin ponerse a la vista en todo el dia. A las doce i media de la noche se presentaron los enemigos en bastante número en la cortadura o foso antiguo, haciendo fuego al apostadero i amagando ataque al morro de la playa; luego que se sintieron sus movimientos, nuestras baterías hicieron un fuego imponente, con el cual se retiraron, i volviendo a situarse por tres veces, aconteció la misma operacion, en que se conoce el respeto que han tomado por la pérdida sufrida en los dias anteriores.

Diciembre 1.º Entre 6 i 7 levaron anclas las balandras, lanchas i botes cañoneros del apostadero de San Vicente, recorriendo la costa enemiga de Lenga i Gualpen para descubrir las chatas. En Lenga divisaron una partida enemiga con un cañon; le hicieron fuego hasta alejarla i regresaron al fondeadero. Entre diez i once del dia una partida de mas de cien hombres de caballería al galope se acercó a nuestras baterías desde el Peral, dispersándose por ambos costados. Las baterías los recibieron con un fuego activo de bala i metralla, que los hizo ocultarse en los médanos, alternándose en salir i entrar. Dos columnas

grandes de infantería estuvieron observando, hasta que, viendo el daño que recibían, les tocaron retirada. En este intermedio se pasó un soldado de los reclutados en Parral con fornitura i bayoneta a todo escape. A las ocho de la noche tuve aviso de que el enemigo intentaba atacar con toda su fuerza; i, para recibirlo en toda regla, di órdenes mui estrechas a los comandantes de las baterías para que redoblasen la vijilancia, teniendo entendido que usan del ardid, a beneficio de la oscuridad, de hacer fuego por retaguardia avanzando por vanguardia bajos los fuegos nuestros, i di otras disposiciones para batirlos. A las once i media se acercaron al Rastrillo i morro en bastante número, a una cuadra de distancia rompieron el fuego de fusil i todas las baterías de la línea izquierda lo contestaron con mucho acierto, causándoles bastante daño. Este no puede puntualizarse porque recojen con mucho cuidado sus muertos i heridos, i solo dejan los campos teñidos con la sangre derramada, cartuchos, morriones i otros útiles. En la misma noche se pasó un soldado artillero.

El 2 se observó en la mañana alguna novedad en los enemigos por retaguardia. A las once del dia dió parte el vijía de San Vicente que seis lanchas chatas se dirijian como en batalla del rio Bio-Bio a la parte de San Pedro, dando lugar a creer que los naturales i partida de guerrilla de la frontera los incomodaban desde San Pedro. En la tarde se presentó una partida de caballería, escaramuceando en el campo, i empezaron a disparar granadas a la plaza, sin fruto como en los dias anteriores, reventando cuatro en el mismo lugar de su salida. La batería del morro con el de a veinticuatro i la de Campo Santo con una culebrina, contestaron con acertados cañonazos. Como a las doce de la noche destacaron un cuerpo cerca

del Rastrillo i mandé no hiciese fuego la plaza para calcular su decision i objeto de aproximarse. Hicieron muchas descargas con algazara i mis tropas les llamaban con amenazas. En seguida se pasaron tres, los que aseguran que el dia anterior la batería del morro con sus tiros desmontó el cañon de los enemigos, con muerte de un artillero, i otro se introdujo en una columna desordenándola i matándole diez hombres.

El 3, en todo el dia, no han hecho los enemigos manifestacion al frente de esta plaza, ni han tirado granadas. El número de sus fuerzas no se ha presentado a la vista como en los anteriores, por lo que consideramos que la plaza de San Pedro i la guerrilla de la costa llaman su atencion por retaguardia. En la noche, i sin aproximarse a las baterías, hicieron fuego de fusil por tres ocasiones, sin haberse contestado por desprecio. La batería del morro, balandra i cañonera de San Vicente dirijieron algunas balas de a 24 al campamento enemigo para incomodarlo. Por un soldado que se pasó, se ha sabido que nuestros tiros le han desmontado un obus i que el otro se inutilizó.

El 4 no hubo movimiento alguno en todo el dia. A las 12 de la mañana se pasó un soldado recluta de los que trajeron de Parral. A las 12 i media de la noche empezó el obus enemigo a dirijir granadas, que fueron unas 19, las mas hácia el Rastrillo, algunas al morro de la playa, que correspondia con el cañon de a 24, i otras al Peral i Galpon de infantería. A las 2 destacó el enemigo un cuerpo sobre la línea derecha de San Vicente, haciendo fuego una compañía en retaguardia, i sin hacerlo su vanguardia, la introdujeron con bastante número muy cerca de nuestros escuchas. Estos se mantuvieron firmes en el puesto haciéndoles fuego, con cuyo indicante todas las baterías de la es-

presada línea, balandras, lanchas i botes de San Vicente repitieron sus descargas de cañon con tanta actividad que, aturcidos los enemigos i con el daño que es consiguiente a su posicion, huyeron despavoridos a su campamento.

En todo el resto del dia 5 no hubo cosa notable. El enemigo seguia en su campamento incomodando nuestra línea con algunas granadas que dirijia hácia el castillo de la plaza. En la noche se observó un silencio particular de parte de los enemigos, i la continua vijilancia i observancia de nuestra tropa hacia mas notable el silencio. A las 12 de la noche algunos fogonazos de fusil retirados por la parte de la playa de San Vicente i hácia la cortadura del camino del morro, o foso viejo, alarmó mas nuestra vijilancia.

El 6 acaeció el asalto i defensa que consta de la copia adjunta. (1)

El 7 no hicieron los enemigos tentativa alguna sobre esta plaza; pero, sin embargo, la vijilancia fué redoblada i se esperó segundo ataque; mas los enemigos no se movieron de su campamento. Al amanecer se pasó un soldado del campamento enemigo, i, segun su declaracion, habian perdido los insurjentes en el asalto del dia 6 mas de 500 hombres i echaban de ménos 25 oficiales de graduacion i concepto entre ellos. La dispersion i desercion habian sido grande. Los batallones números 11 i 7, que son sus mejores cuerpos de infantería, habian tenido una baja considerable. A las 8 de este dia se avisó estar a la vista un buque i pocas horas despues fondeó en este puerto.

(1) La copia a que se refiere Ordóñez es el parte del asalto de Talcahuano, fechado el dia 7 de diciembre de 1817, i dirijido al Virrei del Perú. Ese documento se publicó en la *Gaceta de Lima* del 30 del mismo mes. Posteriormente Vicuña Mackenna lo reprodujo en una nota de la Memoria Histórica de don Salvador Sanfuentes.—(N. del E.)

Era el bergantín de S. M. el *Justiniani*, que venia de Chiloé i Valdivia con 135 hombres de infantería, 25 de artillería, 120 quintales de harina, 700 libras de carne salada i otros ausilios de víveres. Su feliz llegada llenó de gozo al valiente Ejército i fiel vecindario. En la noche no hubo cosa particular.

El 8 solo hicieron sus escaramuzas las patrullas enemigas, que se acercaban ya a la avanzada de caballería i a los escuchas de San Vicente; pero sin empeñarse cosa mayor. En la noche no hubo cosa particular, solo sí haber tirado mas de veinte granadas sin daño alguno nuestro.

El 9, en la madrugada, repitieron sus escaramuzas por los mismos puntos i sin empeñarse nada. En el medio dia se presentó una guerrilla como de 30 hombres que escaramuceó con nuestra avanzada de caballería. En la noche volvieron a tirar granadas i en la mayor parte de la noche se oyeron algunos tiros de nuestros escuchas i avanzadas contra algunos que, sin duda, venian a ver si estaban dormidos i podrian sorprenderlos.

El 10, en la madrugada, creyó sin duda la infantería del morro i las artillerías que nuestra avanzada era enemiga porque le hicieron un fuego vivo i solo por la velocidad de sus caballos no sufrieron daño alguno. En el medio dia no hubo cosa particular. En la noche se repitieron los tiros de granada, mas sin perjuicio nuestro.

El 11 hubo en la madrugada algunos tiros entre la avanzada i algunos soldados enemigos que hacian la descubierta. A las doce salió el bergantín *Potrillo* a apostarse en la bahía de San Vicente. En la tarde, como a las siete, tiraron los enemigos en su campamento 24 cañonazos como salva; i en la noche tiraron algunas granadas.

El 12, al amanecer, hicieron algunos tiros los fusileros de la guardia del morro enemigo. Sin duda creyeron se acercaban los nuestros. A las once se avistó próximo al fondeadero de San Vicente el bergantín *Potrillo* i a las doce ancló. Los enemigos, al pasar el bergantín por la línea de su campamento, le tiraron algunos cañonazos de a cuatro sin daño nuestro. En la tarde trajeron de la costa cuatro hombres desertores del campo enemigo, los que son contestes en sus declaraciones i dicen que en la acción del 6 fueron infinitos los heridos que ellos mismos condujeron, que el hospital de Concepción está lleno i a más el convento de Santo Domingo i que a los oficiales heridos les tienen en casas particulares. Uno de ellos, mui racional, asegura que le oyó a un oficial de la patria que disputaba con otro, que las pérdidas entre muertos, heridos i desertados pasaba de mil hombres, en su mayor parte de la mejor i más arrojada tropa. En la noche estuvieron haciendo sus descargas de artillería, cuyos tiros de bala rasa de a 4 i granadas de 7 pulgadas, dirigidas por elevación, caían, ya al bergantín *Potrillo*, apostado en San Vicente, ya en el Rastrillo, galpon de infantería i trincheron del crucero.

El 13 continuaron en la madrugada con el mismo fuego anterior, al que se contestaba por nuestra parte de cuando en cuando. La vijilancia i exactitud en el servicio de este día i noche ha sido como en los anteriores, pues por datos mui fidedignos se sabe que el enemigo hace los mayores esfuerzos por sorprender una avanzada o escucha nuestras. Al medio día hicieron sus escaramuzas ocho soldados de la caballería enemiga a las avanzadas nuestras, con el intento de sacarlas fuera de los Pozos de Lobo, a un llanito que está rodeado de médanos de arena, tras los que tenían

un doble número al nuestro de caballería oculta. Mas habiéndose advertido éste desde las alturas, se gritó a los nuestros no pasasen de los Pozos de Lobo. Sirvieron en este caso las bocinas que hai en cada una de las tres partes en que está dividida nuestra línea. En la noche repitieron la misma operacion del dia anterior, avanzando hasta nuestras trincheras los espías enemigos con el intento de observarnos de cerca.

El 14, al amanecer, continuó el mismo fuego de artillería que en la pasada noche. A las seis de la mañana, ancló en el puerto de San Vicente la lancha que hace de correo marítimo a la costa de Arauco, la que condujo gravemente herido al comandante de la frontera don Manuel Pinuer i varios soldados, todos de resultas del brillante asalto que hizo la division de Pinuer a la plaza de Nacimiento. Ya estaban los nuestros sobre las trincheras cuando desgraciadamente fué herido el comandante Pinuer i se abandonó la empresa.

Esa accion tuvo lugar el 9 del actual, con doscientos hombres de infantería, otros tantos de milicias de lanza i mil indios con la misma arma. La pérdida del enemigo fué grande, pues ya habia entrado la confusion entre ellos, cuando se retiraron los nuestros despues de haber dominado por algunos minutos las mejores obras de la plaza. Nuestra pérdida fué de doce muertos i diez i nueve heridos.

En toda esta mañana se ha estado viendo formado sobre las alturas del frente todo el ejército enemigo que sitia esta plaza. Como a las ocho vinieron a escaramucear seis soldados de la caballería enemiga, i despues de un largo rato dos de ellos se pasaron a nuestra avanzada, haciendo ántes fuego a sus mismos compañeros que intentaron alcanzarlos cuando conocie-

ron que se venian a nosotros. Estos, que son bastante racionales, han confirmado las noticias que teníamos anteriormente de la accion del 6 i de los intentos i conversaciones mas válidas en el campo enemigo. Por una carta interceptada en la costa, escrita a Talca por José Manuel Borgoño, comandante de la artillería enemiga, hemos sabido que llevan mas de ciento treinta granadas tiradas a esta plaza i algunos tiros de bala rasa a la cañonera de San Vicente. A medio dia no hubo cosa particular. En la tarde, a las oraciones, bajaron un cañoncito de a cuatro i tiraron al *Potrillo*. Este, las balandras, lanchas i baterías hicieron esfuerzos por hacerlos retirarse; mas, defendido por los médanos de arena, ofendia sin poder ser dañado. En la noche tiraron algunas granadas i no sucedió mayor novedad.

El 15 amaneció sin presentarse el enemigo cerca de esta plaza. Se mantuvo todo el dia sin moverse de su campamento i en la noche repitió sus granadas sin hacer mal a nadie.

El 16 amaneció del propio modo que el dia anterior. Se dispuso que el bergantin *Potrillo* volviese a la bahía, i se reemplazase con dos lanchas cañoneras mas, debiendo anclarse en lo mas inmediato al trincheron de la playa, i con tres lanchas cañoneras defendiese el paso que puede hacer la infantería tras el morro. En la noche repitieron sus granadas sin hacer daño a nadie.

El 17 estuvo ya el *Potrillo* al amanecer en franquía, quedando las lanchas en su lugar en la bahía de San Vicente. Los enemigos permanecen en su campamento i ya no repiten sus escaramuzas a medio dia. Luego que refrescó el viento dió la vela el *Potrillo* para dar la vuelta al apostadero de la playa del trincheron. En la noche tiraron unas cuantas granadas que nuestra ar-

tillería correspondió con algunos tiros. Nuestra tropa estuvo con la vigilancia que acostumbra.

El 18 ya amaneció el *Potrillo* en las inmediaciones de su apostadero. Los enemigos no hicieron movimiento alguno en su campo que llamase nuestra atención. A medio día ya estuvo el *Potrillo* en su apostadero, colocado a tiro de metralla del paso del trincheron. Con esta defensa i dos cañones mas que se aumentaron en este día a la batería del dicho trincheron, se ha considerado defendido este punto. Una obra de fortificación que figura varias cortinas de baluarte con un escape, foso i sus trincheras que se defienden con poca jente, corta la dilatada línea del camino del morro, que ha quedado abandonado. En la noche no hubo cosa particular.

El 19 al amanecer, se dirigieron las lanchas apostadas en San Vicente al frente del campo enemigo e hicieron varios tiros de cañon con direccion a él. Contestaron con otros tantos tiros de un cañon de 4 que tenían en la playa. Al medio día tiraron algunas granadas sin daño alguno. Anocheció sin cosa particular.

El 20, al amanecer, se dirigieron nuestras lanchas cañoneras hácia la desembarcadura del rio Lenga, donde los enemigos tienen baradas sus lanchas planas, a los que le hicieron bastante fuego de cañon. Los enemigos lo contestaron desde los montes de la derecha de Gualpen con fusilería. En seguida tiraron los enemigos a esta plaza algunas granadas. Al medio día no hicieron movimiento alguno que causase atención a nuestra línea, ni ménos en la noche, escepto en la costa del Tomé, donde hicieron algunas descargas de fusilería.

El 21, al amanecer, se oyeron bastantes tiros en la costa, que sin duda eran de las guerrillas enemigas

que habian ido con intento de cortar la comunicacion i el comercio de víveres que tenia esta plaza con los fieles de aquella costa. En seguida, tiraron algunas granadas hácia el foso del Rastrillo, con intento sin duda de impedir los trabajos de la fortificacion. Se le dirijieron algunos tiros de bala rasa de a 24 hácia la batería en que tienen colocado el obus; mas, esa batería está cubierta por una altura del morro i poco se logró. En el resto del dia i en la noche no hubo cosa particular i solo se volvieron a oir tiros en la costa.

El 22 amaneció estando todo nuestro Ejército en la exactísima vijilancia que se acostumbra; mas, los enemigos no hicieron movimiento alguno. A las 7 de la mañana tiraron algunas granadas i se contestó por la artillería nuestra de a 24. En todo el dia no vinieron canoas ni víveres de la costa. Ni aun en la noche hicieron los enemigos movimiento de atencion para nuestro Ejército.

El 23 amaneció como el dia anterior i desde las ocho del dia hasta las diez estuvieron tirando granadas que caian en puntos delicados de nuestra línea, en el pueblo i mui cerca del almacen de pólvora; mas, ninguna hizo daño a persona alguna. Es de admirar que de 200 i mas granadas que llevan tiradas a esta plaza no hayan hecho mas daño que herir un casco a una burra. De resultas de haber caido a la inmediacion del Almacen de Pólvora una granada, se trasportó el resto de la cartuchería a un paraje mas distante i mas seguro. En todo el dia no hubo cosa particular i en la noche solo tiraron, a eso de las 12, tres tiros de fusil por debajo del morro en que tienen colocada la batería de obuses.

El 24 amaneció como los dias anteriores. A pocas horas se recibieron avisos seguros de Concepcion de

que el enemigo habia hecho conducir, por el camino del Maule, con direccion a Santiago parte de su material i que pensaban repetir su ataque a esta plaza i que, si salian mal de él, incendiarian a Concepcion i todo lo útil que hubiese en la provincia. El ataque se cree que sea dentro de uno o dos dias i, en esta inteligencia, se tomarán desde este mismo momento todas las medidas de prevencion para resistir i rechazar los malvados intentos del enemigo. En la noche de este dia tiraron algunas granadas.

El 25 amaneció sin que se observase movimiento alguno de importancia en el enemigo. Desde las ocho de este dia comenzaron a tirar granadas. En el medio dia ni en la noche hubo cosa particular.

El 26 desde las ocho del dia, estuvieron tirando granadas; las mas de ellas caian en el espacio que media entre el Rastrillo i la batería del Campo Santo, en cuyo espacio estan los cuarteles de infantería i caballería, i siendo el punto mas ocupado de tropa, se ha visto que no han hecho mal a nadie, en lo que se conoce la proteccion del cielo. En la tarde, volvieron a tirar granadas, con las que completaron el número de 31 de las tiradas en este dia.

El 27 al amanecer, repitieron sus granadas i algunas de nuestras baterías i la balandra apostada en San Vicente contestaron con sus tiros de a 24. En la tarde tambien tiraron granadas hasta despues de anochecer i en lo restante de la noche no hubo novedad.

El 28 amaneció sin que se notara novedad alguna en el campo enemigo. Tiraron sus granadas. Ni en el medio dia, ni en la noche hubo cosa particular.

El 29, amaneció del propio modo que el dia anterior con respecto a los enemigos. Mas, a las siete del dia empezaron a formar sus tropas i a recojer las tiendas de campaña. Sucesivamente marcharon quemando

las ramadas i ranchos de paja que a uso del pais habian construido. Su caballería quedó en el campamento bajo. Entre tanto las lanchas cañoneras apostadas en San Vicente se dirijieron a enfilar sus tiros con la tropa que tenian formada los rebeldes i la incomodaron cuanto pudieron, tanto que se vieron obligados a bajar un cañon de a 4 de los que tenian enganchados para hacer fuego en la playa a la lanchas; mas despues de algunos tiros se retiraron, haciéndolo tambien sus tropas del campamento mui pausadamente. La caballería enemiga permaneció en el campo hasta el medio dia, i despues de esta hora se retiró con el mismo órden. A pocos momentos nuestra avanzada de caballería salió a hacer la descubierta i la verificó mas de una legua distante de esta plaza i no vió mas que la retirada del enemigo en mucho órden. Por la tarde salió toda la caballería i varios jefes hasta el sitio nombrado el Letrinal, tres cuartos de legua ántes de Concepcion, i no se notó cosa particular. En la noche se permaneció en la línea con la misma vijilancia que cuando estaban los enemigos al frente.

El 30 se presentaron varios infelices que venian a refugiarse, huyendo de los rebeldes, que obligaban a todos los vecinos a que se retirasen a Chillan, lo que habian conseguido con unos, otros estaban escondidos en los montes i otros querian perecer ántes que abandonar sus hogares. Estos declararon que estaban pegando fuego a todos los sembrados i estaban llevando los ganados.

El 31 se recibió correo del comandante de la guerrilla de San Pedro en que avisa haber abandonado los enemigos las plazas de Nacimiento i los Anjeles, que se llevaban algunos ganados, que ya no habia un insurjente de la orilla izquierda del Bio-Bio a la fron-

tera, que el Ejército de la Patria estaba en Concepcion acampado aun en la Alameda i Castillo de Chepe. De la costa tambien se avisó no haber enemigos i que la guerrilla que teniamos allí estaba recojiendo i quitando a los enemigos algunas vacas i cabalgaduras. Se avisa estar el enemigo acampado en la Alameda, que todas las familias habian salido de la ciudad i que ésta estaba poco ménos que desierta, i que unos aseguraban que le iban a pegar fuego i otros que no.

Cuartel Jeneral en Talcahuano, 1.º de enero de 1818.

JOSÉ ORDOÑEZ.

REMEMBRANZA

(DE STECCHETTI)

Era una noche como ésta: el viento
Mi puerta, aullando, sacudia en vano:
Triste como un lamento
La media noche en el confin lejano
Sonaba; en las crujías
Azotaba la lluvia, i tú partias.

¡Partias para siempre! Sobre el lecho,
Yo, vuelto el rostro a la pared, callaba;
Latíame en el pecho
El sollozo del llanto, i no lloraba....
Así tú, ingrata, huiste,
I el beso del adios no me lo diste.

Ya mas nunca te vi ni de tí supe;
Tal vez, de tu estravío en el exceso,
Quien mi lugar ocupe
Con impaciencia buscas, i tu beso,
Tal vez, junto a la puerta,
Pregonas sin rubor. Quizá estás muerta.

Tal vez—i de los males que preveo
Ninguno tanto el corazon me azora—
De un feliz himeneo
La paz sencilla disfrutando ahora,
Besas con labio pío
Los hijos de un amor que no es el mio.

En el tiempo esperé, que torna fuerte
El corazon amedrentado i grácil;
Muerta anhelé creerte,
Porque a los muertos olvidar es-fácil;
I en acentos supremos
Al alma le grité: ¡Basta! ¡Olvidemos!

I vano el grito fué. Llevo en mí mismo
Oculto el mal que la quietud destierra;
En mi dolor me abismo,
I reniego del sol, i odio la tierra,
I maldigo la vida,
Porque no espero mas... ¡Tú ya eres ida!

¡I para siempre! ¡Sí!—Mas ¡ai! si siento
La lluvia herir mi celosía en vano,
I a media noche el viento
Como un gemido resonar lejano,
Con mis recuerdos lucho,
I anheloso i febril, callo i escucho.

I mal despierto, así, de tu semblante
El trasunto gentil veo en mi mente;
Calla i duerme un instante
La carcoma tenaz que lentamente
Mi existencia devora,
aun por tu vuelta el corazon implora.

Puede el alma olvidar todo un pasado,
Pero en mi carne vivirán eternos
Los besos que me has dado,
Los en que te inicié, misterios tiernos
De amor, las noches mias,
Tus secretos deleites i alegrías.

Pronto despierto del sopor, i toco
En la horrible verdad mi desventura;
Ciego, desnudo, loco,
Alzo los brazos en la noche oscura,
I me rinde el quebranto,
I en la garganta se me anuda el llanto.

¡Ah! no puedo llorar!...—Númen sombrío,
Si ya, como el amor, no eres mentira,
Escucha el grito mio:
¡Maldita sea tu soberbia ira,
Que con mi síno juega,
I hasta el consuelo de llorar me niega!

¡Oh! Si una sola lágrima me hiciese
La muerte derramar, i una hora sola
De amor tuyo me diese!...
Pronto el acero que al suicida inmola,
Cual fúnebre meteoro,
Allá, en mi hogar, despertaría el lloro.

JULIO VICUÑA CIFUENTES.

MEDIOEVAL

(DE STECCHETTI)

Era la noche lóbrega;
Mudo el castillo señorial yacia;
I el rubio paje en tétrica,
Solitaria prision, así jemía:

«¡Ai! que mui alto, misero,
Subí! Del rei, sin advertir la injuria,
Amé a la hija; él súpulo,
I vivo aquí me sepultó su furia!

«Mas, si una sola lágrima
La hiciese derramar mi cautiverio,
Esta mazmorra lúgubre
No trocaría yo por un imperio.»

Dijo. Una imájen pálida,
Como evocada, apareció en la puerta,
La vió el doncel, i trémulo
«¿Quién eres, preguntó, quién, pobre muerta?»

«Muerta no estoi, respóndele
La aparicion jentil, ¡mírame! ¡tocal...
Los guardias duermen... ¡Álzate!
¡Soi la hija del rei: besa mi boca!»

JULIO VICUÑA CIPUENTES.

¡SIN CUARTEL!

(A MI AMIGO CÁRLOS MARTÍNEZ VIJIL)

Acerba sunt bella fratrum.

Estábamos en la mitad de este siglo, i'un dia del caluroso mes de enero, el padre dominicano Frai Inocencio Fuenzalida i el síndico, don José Bonilla, mantenian animada conversacion en la portería del convento.

—No es posible, reverendo padre, tengo mucho que hacer, decia Bonilla.

—No sabe usted lo que pierde, observaba el padre Fuenzalida, insistiendo en su invitacion para ir a una hacienda que poseia el convento, a pocas leguas de la ciudad.

—Lo sé, replicaba Bonilla; aquello es mui hermoso, conozco el lugar, i aunque hace tiempo que lo visité, calculo lo que habrá añadido a su belleza la laboriosidad de los reverendos padres.

—Yo insisto, replicó Frai Inocencio, no solo por la belleza del lugar, sino porque tenga usted el gusto de visitar aquellos campos, donde, yo se lo aseguro,

pasaremos mui buenos dias. Se trata de perder una semana en el fundo, si usted llama perderla descansar de sus penosas tareas; ademas algo ganará su salud cambiando de objetos i respirando el aire puro del campo.

—Ya veo que no hai modo de resistir a usted, reverendo padre; usted me ha vencido, i no hai mas que decir.

—Me alegro de verlo mas dócil a los cariños que el convento quiere hacerle. Vamos a pasarlo mui bien en el fundo, dijo Fuenzalida.

—I ¿cuándo es la partida? dijo el señor Bonilla.

—Partiremos el lúnes, a las seis de la mañana; somos seis: usted, cuatro relijiosos i un estudiante, que es una pieza completa; vamos a estar mui contentos.

—¿Tengo que venir al convento con mi maleta? preguntó el síndico.

—No, replicó el padre Inocencio; usted nos espera en su casa el lúnes a la hora indicada, i nosotros pasamos por usted.

—Perfectamente.

—El jóven estudiante vendrá al convento, porque así está convenido; pero usted no tiene que hacer otra cosa que dejarse guiar; pues no faltaba mas que al dueño de casa le fuéramos a imponer tamaña incomodidad! dijo el reverendo padre.

—Usted es mui amable, reverendo Frai Inocencio, exclamó Bonilla; yo no soi en el convento mas que un humilde servidor de los intereses de la comunidad.

—Dejemos cumplimientos a un lado; vamos al grano; quedamos en que el lúnes a la seis de la mañana pasaremos por usted, i yo le ruego me permita dejar tan amable compañía, porque son las nueve de la mañana i aun no he dicho mi misa de obligacion.

—Perdone usted, padre Inocencio; Dios lo llene de felicidades, i esté usted seguro de que el próximo lunes estará listo a la hora indicada.

—Dios quiera guardar por muchos años a nuestro piadoso síndico, honra i prosperidad del convento, replicó el dominicano.

Así arreglado el viaje, nada faltaba sino esperar que llegara el lunes para ponerse en marcha. El convento tenia una especie de carretela cerrada que servia precisamente para viajes de esta naturaleza. Cabian dentro de ella ocho personas, i siendo seis las que iban, los viajeros tenian toda la comodidad necesaria. Los padres fueron exactos: a las seis de la mañana en punto estuvieron en la casa de Bonilla, llevando con ellos al estudiante, de que ya tiene noticias el lector.

Apénas el síndico subió a la carretela i acomodó, lo mejor que pudo, su maleta, los caballos partieron al galope. Miéntras los padres pedian al cochero que los llevara despacio, porque el síndico era hombre mui tímido i nervioso, el estudiante, que seria un mozo de veinte años i que se llamaba Felipe Castillo, preguntó al padre Inocencio qué distancia habia entre la ciudad i el fundo.

—Habrà unas cinco o seis leguas, respondió el relijioso, o lo que tanto vale, estaremos en el fundo en un par de horas mas o ménos.

—No es asunto de poca monta esto de saber a qué horas vamos a llegar al fin de nuestro viaje, porque, mire usted, que desayunar a las doce del dia, sin tener que decir misa, seria dura cosa, dijo Castillo.

—No tenga usted cuidado por eso, replicó uno de los relijiosos, que no hablamos de convidar a ustedes para hacerlos ayunar; todo está calculado para que no pasen ustedes trabajos, en estos pocos dias que van a permanecer entre nosotros.

—¡Qué dice usted de pasar trabajos! dijo el síndico Bonilla, terciando en la conversacion. Los padres dominicanos, cuando convidan a álguien, lo tratan como si fuera un príncipe de sangre real, i el señor estudiante, al insinuar que podia no llegar a tiempo para tomar su desayuno, está demostrando que esta es la primera vez que viene al fundo i que hace poco tiempo que tiene amistad con los reverendos padres.

—Asi es, señor, dijo Castillo; i yo añadiré que no solo eso demuestra mi insinuacion, sino que demuestra ignorancia de lo que en materia de bucólica saben todas las órdenes relijiosas.

Los padres se pusieron a reir, i el síndico Bonilla, que tomaba las cosas en serio, guardó silencio.

A poco, la conversacion se jeneralizó; el sol empezaba a calentar, i aunque soplaba un airecito fresco, el cochero azotó a los caballos, por aquello de que, *el mal trago, pasarlo pronto.*

Los padres tenian razon cuando decian que de la ciudad al fundo habia dos horas mas o ménos; eran las ocho i cinco minutos de la mañana cuando la carretela entraba por la calle de álamos que conducia a las casas de la hacienda. Un lego vino a descargar las maletas, i pronto los reverendos padres i sus dos compañeros quedaron instalados en las casas del fundo.

Despues de tomar el desayuno, cada cual hizo lo que le dió la gana: unos se echaron a dormir, otros salieron a visitar los alrededores de las casas, i uno de los padres, que estaba encargado de atender a los convidados, se dirijió a la cocina para ver como marchaba *aquello.*

El padre Inocencio habia simpatizado mucho con el estudiante, i ambos se retiraron de las casas para dirijirse a un bosquecillo, conocido del padre Ino-

cencio, donde hacia un fresco mui agradable i podrian conversar a sus anchas.

—De modo, dijo el padre Fuenzalida, que usted cree que nuestros estudios son insuficientes.

—Eso es claro, dijo Castillo; para convencerse de ello, usted no tiene sino reflexionar un poco. Ustedes pretenden dirigir *al siglo* i *el siglo* sabe mas que ustedes. ¿Cómo pueden ustedes dirigirlo?

—I esto no tiene remedio por el momento; para eso seria necesario reformar el plan de estudios del *noviciado*, dijo el padre; i vaya usted a meterles en la cabeza a los superiores . . . cuando ellos creen que con los santos padres todos los problemas humanos se resuelven. Pero dejemos a un lado problemas insolubles por ahora: usted sabe que yo soi padre predicador i que necesito, mas que nadie, tener alguna instruccion, aunque no sea mas que para probar a mi auditorio que no soi un ignorante. Usted me hablaba hace algunos dias de la necesidad de estudiar ciencias naturales . . .

—Indiscutible, Frai Inocencio; en este mundo no hai mas que dos cosas que estudiar: el hombre i la naturaleza; todo lo demas es broma.

—Sí, pero la dificultad es hallar libros en que estudiar estas cosas.

—No faltan: hai muchos, i entre los amigos del convento, debe usted encontrar quien le preste algun libro de ciencia; trate de estudiar ciencias naturales.

—No echaré en saco roto sus indicaciones, replicó Frai Inocencio; yo tengo, para mí, que el conocimiento de las obras de Dios hace conocer mejor al autor de todo lo creado.

—No solo es cierto lo que usted acaba de decir, dijo el estudiante, sino que el estudio de las ciencias abre al espíritu nuevos horizontes i da al predicador mas

elocuencia, mas novedad en las imágenes, mas profundidad en los pensamientos, mas unción, puesto que conoce mejor a Dios.

—Usted tiene mucha razón, dijo el padre Fuenzalida, con los ojos fijos en el suelo, como un hombre que se halla absorbido por una idea.

—Le repito, padre, busque usted libros que le permitan vislumbrar siquiera las ciencias naturales; usted se sentirá otro hombre en el confesionario, en el púlpito i en el *siglo*.

El padre Fuenzalida tenía mucha simpatía por Felipe Castillo; le atribuía mucho talento i un corazón noble i abnegado, i, siempre que tenía ocasión, conversaba con él con esa confianza, con esa lealtad con que se hablan dos amigos de la infancia. Hacia poco tiempo que se conocían; pero habían simpatizado de tal manera, que se trataban como viejos amigos. El padre Inocencio era el de mas alta jerarquía entre los que estaban en el fundo, i, por consiguiente, lo que él mandaba se hacía.

—Mi querido amigo, no creí nos demoráramos tanto en nuestra conversacion, dijo el padre; habría querido darle una sorpresa, pero lo dejaremos para mañana; usted estará bien descansado del viaje i lo haremos con la frescura de las primeras horas del día.

—¿De qué se trata? preguntó el estudiante.

—Ese es mi secreto; i por ahora volvamos a las casas, donde probablemente nos esperan.

Aquel día se empleó en los paseos a los alrededores de las casas, en el almuerzo, en la comida i en las partidas de malilla i de tresillo. Cuando llegó la noche de aquel día i daban fin las partidas de tresillo, el padre Inocencio avisó a los convidados que al siguiente debían levantarse a las seis de la mañana para ir

a cazar. Con esta notificación todos fueron a acostarse para levantarse temprano.

El día siguiente llegó, i ya a las seis de la mañana el padre Inocencio despertaba a los convidados, cuyos caballos estaban listos para la partida.

En diez minutos los cuatro padres, el síndico i el estudiante estaban montados i prontos para salir; detras de la comitiva iban cuatro inquilinos montados en buenos caballos.

—¡En marcha! gritó el padre Inocencio, i uno de los inquilinos se adelantó para servirles de guía.

—Sí, dijo el estudiante, todo está mui bien; pero yo no veo escopetas.

—Pues no faltaba mas, observó el padre Inocencio, que los hijos de Santo Domingo necesitaran de escopeta para tomar unas cuantas perdices.

—Pues ¿cómo vamos a tomarlas? insistió Castillo.

—Ya lo verá usted, contestó el padre, que ya entramos en el potrero de las perdices. Es necesario que hagamos una batida para levantar la caza; pongámonos a cierta distancia i en fila.

El día era hermosísimo, el sol iluminaba la campiña con vivos resplandores i el céfiro soplaba blandamente, cargándose con todos esos vagos perfumes del sembrado; las cercanas cordilleras cubiertas de nieve en las alturas, levantaban en su falda sus picachos prismáticos i azulados, en tanto que alguna vertiente salpicaba con su blanquísima espuma los helechos i las violetas, tan frecuentes en nuestras montañas.

De repente una perdiz se levanta piando con ese piar de infinita tristeza que tienen estas tímidas ave-citas: i el secreto se descubrió: un halcon se desprendió de la mano del inquilino que servía de guía i se lanzó detras de la perdiz tocando un cascabel que lle-

vaba en una de las patas; aquel halcon tocaba a muerto; sus poderosas alas alcanzaron bien pronto a la que pereció entre las garras de aquel bandido de los aires; el halcon comió la cabeza de su víctima. Cuando llegaron al lugar en que la perdiz habia sido muerta, ya el halcon estaba en manos del inquilino, que era el halconero del fundo.

Estaban cerca de un *rancho* donde vivia un inquilino; la mujer estaba hilando; el marido habia salido al trabajo. La batida empezó de nuevo.

A poco andar se levantaron dos perdices, tomaron direcciones diferentes, i una de ellas se metió entre las matas, miéntras la otra era perseguida por el veloz halcon. La perdiz en peligro, sin esperanza de salvarse, pues el enemigo estaba ya mui cerca de ella, dió un grito agudo, i cambiando de direccion, se elevó hácia el cielo hasta perderse de vista, con aquel piar melancólico en que el espanto habia introducido las amargas notas de la desesperacion. Durante algunos momentos la perdiz se vió mui pequeña, como un punto en el espacio; miéntras el halcon, seguro de su fuerza, se mantenía a la misma altura esperando que la perdiz vendria a entregarse, cuando le faltaran las fuerzas para mantenerse en el espacio.

Así sucedió: pronto le faltó el aliento, se paralizó el movimiento de sus alas, cayó como muerta, i el implacable rapaz la recibió en sus sangrientas garras i a picotazos esparció las leves plumas en el viento.

Aquel cuadro de horror, aquella lucha desigual entre la debilidad i la fuerza, provocaba las carcajadas de todos, ménos el estudiante, cuyos ojos se humedecieron al contemplar aquel cuadro enternecedor.

--Volvamos, dijo el padre Inocencio; por aquí se ha estroviado una perdiz i la levataremos al volver.

I entónces la batida se hizo de oriente a poniente.

Poco tardaron en encontrar la perdiz que se habia ocultado entre las matas.

Se levantó piando a no mas de un metro de la superficie de la tierra, i le soltaron el halcon, un poco tarde, porque habia sido preciso desenredar el cascabel de las patas. Aquello poco importaba: un halcon puede dar a una perdiz todas las ventajas imaginables: siempre acabará por alcanzarla.

La pobre perdiz, desesperada, creia que el halcon se acercaba cada vez mas; llegó un momento en que la pobre avecilla gritaba desesperadamente, llegaba al nivel en que se hallaba el *rancho* que encontraron los cazadores a la ida; ya el halcon iba a tomarla, cuando la misera avecilla viéndose perdida, cambia de direccion i el halcon la pierde de vista.

Nadie supo, en el primer momento, donde se habia ocultado; llegaron a saberlo cuando, al pasar frente al *rancho*, la mujer, que todavía hilaba, llamó a los reverendos padres para mostrársela: habia ido a refugiarse en las faldas mismas de la *inquilina*.

Cuando los padres se desmontaron i se acercaron para verla, todavía piaba, en las faldas de la pobre mujer, acurrucándose desconfiada.

El estudiante quiso tener aquella perdiz i la compró por unos cuantos reales a la buena hilandera.

Como ya se acercaba la hora de almorzar, se dió por terminada la cacería, i los reverendos padres i sus convidados volvieron a las casas de la hacienda.

—¿Qué le ha parecido a usted la partida de caza? dijo Bonilla al estudiante, a quien no le perdonaba aquello de lo mucho que los padres sabian en materia de bucólica.

Juzgó el estudiante que debia repetir la dósís i contestó:

—¿Qué quiere usted que diga sino que los padres no

solo son maestros en bucólica, sino en todo lo que es darse buena vida? Mire usted que resucitar la caza con halcon para regocijo de la comunidad, es cosa que solo puede ocurrírsele a mi excelente amigo el reverendo Frai Inocencio. Yo le puedo asegurar a usted que por un momento, miéntras el halcon cruzaba los aires, me he creído príncipe de sangre real, porque este jénero de cacería no es diversion de pilluelos ni de granujas.

El síndico tomó de nuevo su aire adusto i guardó silencio, como cuando el asunto de la bucólica. Los padres se echaron a reir del buen humor del estudiante, i miéntras los relijiosos se divertian con las bromas ingeniosas de Felipe Castillo, llegó el lego, diciendo:

—El almuerzo está servido.

Nada de nuevo, que merezca contarse, ocurrió en los ochos dias de recreo que pasaron los relijiosos i convidados en el fundo perteneciente al convento de Santo Domingo. Frai Inocencio estrechó mas sus relaciones de amistad con Felipe Castillo, i cuando los padres volvieron al convento, era mui raro el dia de fiesta de guardar, en el que el estudiante no estuviera de visita en la celda del padre Fuenzalida.

Uno de esos dias de fiesta departian afectuosamente Frai Inocencio i Felipe Castillo.

—No lo crea usted, amigo mio, decia Frai Inocencio; estoi tan léjos de tener la salud que usted me atribuye, que hace como año i medio me vi precisado a pedir a Roma permiso para secularizar. Hace años que padezco una afeccion del estómago que, sin duda alguna, debe ser atribuida a que no puedo seguir la regla de la órden.

—¿I usted recibió ese permiso? preguntó con intereses Castillo.

—En la época en que pedí a Roma este permiso me sentía muy mal; pero esperando que Nuestro Señor se apiadara de mí, i no necesitara yo salir del convento, pedí el permiso para usar de él cuando en mi conciencia lo creyera necesario.

—Pero, ¿tiene usted ese permiso? volvió a preguntar Castillo.

—Ciertamente, lo tengo: me llegó hace ocho meses. Un sacerdote que iba a Roma se encargó de este asunto, i como tuviera alguna amistad con uno de los cardenales, el asunto se tramitó con rapidez i obtuve pronto lo que deseaba.

—Pues, me parece muy bien que usted tenga puerta de escape; porque usted sabe, el claustro es un callejón sin salida, i el día que usted tenga un enemigo en el convento, usted tiene que comer con él, que vivir con él i que dormir bajo el mismo techo que él; i esto *velis nolis*.

—Sí, dijo Frai Inocencio; pero para eso están la paciencia i las demás virtudes a que conduce la vida contemplativa.

—No discutamos sobre este asunto i acepte mis felicitaciones por el permiso de secularizar que usted ha recibido de la Santa Sede. Si usted tiene las virtudes que da la vida del claustro, perfectamente; pero si no las tiene, siempre tendrá usted la puerta de escape: la secularización.

—El Señor ha de querer que viva en paz i concordia con mis hermanos.

—Dios lo oiga, dijo Castillo; pero no olvide que el claustro es el mundo en pequeño, donde hai pasiones tremendas, i precisamente porque es un mundo pequeño, usted no tiene a donde escapar, si llega la tempestad; usted es un hombre de talento, que tiene

ganas de ilustrar su espíritu, i esto le dará a usted émulos i envidiosos.

—No lo crea usted: yo no tengo ambicion; yo estoy contento con la vida que llevo; i si deseo estudiar es solo para cumplir mejor mis deberes, dijo Frai Inocencio.

El padre Fuenzalida no habia echado en saco roto las observaciones que oia a Castillo, i tenia preparado un sermon que le habian encomendado, en el que el estilo i la forma jeneral del discurso se separaban de lo que en el convento solia escucharse. El padre tenia talento i habia hecho un sermon en el que a la profundidad de los pensamientos se juntaba la belleza de las imájenes, i yo no sé qué frescura primaveral en el estilo. El padre Fuenzalida convidó a Castillo para que oyera su sermon, que debia pronunciarse en algunos dias mas en el mismo templo de Santo Domingo.

El estudiante Castillo, que era mui dado a las letras, se apresuró a aceptar el convite de su amigo i fué a oír el sermon.

Era, en efecto, un discurso bien pensado i bastante cuidado en la forma; habia en él verdadera elocuencia, dignidad en la manera de pronunciarlo, novedad en los pensamientos i frescura en las imájenes.

Castillo tuvo mucho gusto de oírlo e hizo una visita al padre para felicitarlo.

No dejó de notarse en el convento la visita de Castillo en dia de trabajo, pues solo visitaba a Frai Inocencio en los dias de fiesta.

Esta visita extraordinaria de Castillo no fué obstáculo para que el domingo fuera de nuevo al convento como tenia de costumbre.

Encontró a Frai Inocencio bastante desagradado.

—Veamos, dijo Castillo al ver la cara de Fuenza-

lida, dígame usted si llego a destiempo; yo no quiero molestarlo en nada.

—Al contrario, lo estaba esperando a usted; sabe que no tengo otro amigo de confianza que usted, i esto le dice que siempre llega a tiempo.

—Vuelvo a darle mi mas sinceras felicitaciones por su hermoso sermon, dijo Castillo.

—No me diga usted nada sobre este asunto; es precisamente el discurso de ayer lo que me trae desazonado.

—¿Por qué?

—Figúrese usted, dijo Frai Inocencio, que el prior, que es el padre Juan Carmona, un pobre anciano mui bueno, pero mui ignorante, me llamó despues del sermon de ayer, i en presencia de todo el convento, me echó la mas tremenda reprension que jamas se ha visto. Impugnó mi discurso; dijo que carecia de emocion, que eso no era sermon, ni era oratoria sagrada; que aquello era fárrago indijesto, sin seriedad i fuera de sentido, i que la única cosa que aquel fárrago probaba era mi falta completa de espíritu cristiano, el absoluto desconocimiento de la oratoria sagrada i mis tendencias mundanas i poco conformes con las reglas de nuestro santo fundador.

—¿I usted qué hizo?—preguntó Felipe Castillo.

—Me arrodillé en presencia del prior i le dije que estaba pronto a recibir el castigo que quisiera imponerme por aquella falta completamente involuntaria; que le rogaba que no me encomendara ningun sermon, pues ya tenia conocida mi incapacidad, i que inclinaba mi frente en presencia de mi superior.

—Pero, siguió Frai Inocencio levantándose, nunca, amigo mio, sentí la amargura del ultraje penetrar en el fondo del alma con dolor mas tenebrante. Nó, dijo a Castillo, no tengo las virtudes del claustro para sacri-

ficar mi dignidad de hombre; no soi bastante virtuoso para dejarme ultrajar por la demencia encanecida. Yo probaré a Frai Juan que hai ultrajes que no quedan jamas sin castigo.

I los ojos de Frai Inocencio tomaron la espresion satánica de la venganza.

—Seréne-se usted, amigo mio, dijo Castillo; seréne-se usted.

—Tiene usted razon; perdóneme usted este desahogo, del que ya estoi arrepentido, dijo Frai Inocencio con los ojos llenos de lágrimas.

—Usted debe mirar este ultraje con el mas solemne desden; si usted puede salir del convento mañana, ¿qué puede importarle a usted Frai Juan Carmona?

—¡Ah! dijo Frai Inocencio, yo no puedo salir del convento; yo no debo separarme de Frai Juan.

De quien me voi a separarme es de usted, amigo querido; usted es una persona sospechosa para el superior; yo he recibido la orden de decirle a usted que no vuelva mas al convento. Este accidente no disminuye en nada la estimacion que le profeso; usted volverá al convento cuando yo lo llame.

—¿I cuándo me llamará usted?

—Yo lo veré algunas veces en el mundo; pero usted vendrá al convento cuando me esté muriendo o cuando tenga otra felicitacion que hacerme.

Los dos amigos se abrazaron, con las lágrimas en los ojos, i Felipe Castillo atravesó los largos corredores que conducen a la portería del convento, en que talvez no volveria a ver a Frai Inocencio Fuenzalida.

El padre Inocencio no olvidó jamas las observaciones que Felipe Castillo le hacia, se proporcionó libros i continuó estudiando con una gran constancia, de tal manera que los demas padres del convento lo consultaban cuando tenian alguna duda.

Vivia Frai Inocencio encerrado en su celda, cumpliendo sus deberes i estudiando, sin ocuparse para nada en lo que se referia a los intereses materiales del convento. Despues de cuatro años de reclusion en su celda, Frai Inocencio empezó a llamar la atencion de la comunidad. El prior era el mismo Frai Juan, que habia sido reelejido i empezaba a disgustar a muchos padres que deseaban un prior mas ilustrado, mas jóven i mas activo. Muchos volvian los ojos a Frai Inocencio; pero cuando se le hablaba de este asunto, Frai Inocencio decia que lo dejaran en su celda, que él no habia nacido para mandar.

Entre tanto el tiempo pasaba i ya los padres faltaban un poco el respeto al prior, riéndose hasta de las faltas de ortografía del padre Juan. Tuvieron los padres una reunion i acordaron que dos de los asistentes fueran a la celda de Frai Inocencio i le ofrecieran el priorato.

El padre Fuenzalida recibió a la comision con mucha amabilidad, i cuando los comisionados le ofrecieron el priorato, les contestó que no podia aceptar este elevado puesto; que siempre habia rogado a Nuestro Señor que lo libertara de tamaña responsabilidad i que apartara de sus hombros una carga tan pesada; que ya hacia ocho años que vivia aislado en su celda i que no queria salir de su dulce retiro.

—Desearia, dijo uno de los comisionados, que el reverendo padre se hiciera bien cargo de lo que le proponemos. El actual prelado nos gobierna hace diez años, i el convento no solo no progresa, está peor de lo que estaba cuando él tomó las riendas del gobierno: los estudios están completamente abandonados, las entradas se gastan sin saber en qué, no se llevan libros; en fin, hai necesidad absoluta que tome las riendas del gobierno un hombre ilustrado i progresis-

ta, que levante el convento al puesto que le corresponde.

Cuando nosotros venimos a ofrecer al reverendo padre Frai Inocencio el puesto de prior, no le traemos una batalla en perspectiva; le traemos el triunfo seguro de su candidatura; tenemos una gran mayoría, tan grande, que no solo asegura la victoria, sino que prestigiará grandemente a nuestro candidato.

—Yo no debo oponerme a la voluntad del que todo lo puede, dijo Frai Inocencio; yo no estoy organizado para mandar; pero si es la voluntad de Dios que yo sea prior de este convento, que este pobre pecador suba a las alturas del poder, cúmplase su voluntad soberana i no la mia.

—De modo, dijo uno de los comisionados, que aceptais el puesto?

—Contando con la ayuda de mis hermanos en el Señor, en las pesadas tareas a que Dios quiere condenarme, dijo Frai Inocencio.

Los padres saludaron al candidato i volvieron a la reunion para comunicarle el resultado de la mision que se les habia confiado.

Cuando se supo la aceptacion del padre Fuenzalida, hubo una alegría mui grande; pero se acordó entre todos guardar reserva hasta el dia de la eleccion.

Miéntras esto se acordaba, el candidato, de pié en su celda, recordaba la escena que habia seguido a su último sermon.

—Si, decia, lo recuerdo como si fuera ahora; el me ultrajó, me humilló delante de mis hermanos, azotó mis mejillas con el látigo sangriento de la injuria, abusó de su poder para hacerme arrastrar en el polvo, mintió cobardemente llamándome anticristiano, i faltó de nuevo a la verdad cuando me acusaba de haber atropellado las reglas de nuestro santo fundador.

¡Ah! aquí no tiene razon sino el prior; el pobre fraile es un pária, es un esclavo en cuyas espaldas pone látigo sangriento, despiadado mayoral. Pues bien, esta vez el prior soi yo.

Llegó la eleccion i se hizo en medio de la mayor tranquilidad; las fuerzas de que disponia Frai Inocencio eran tan grandes, que no hubo lucha: el padre Fuenzalida venció por una abrumadora mayoría.

El nuevo prior empezó por la reforma de los estudios, que estaban en un estado deplorable; pero como tenia que examinar las cuentas, tardó poco en convencerse de que, para no cargar con graves responsabilidades, tenia que acusar al prior anterior de malversacion de los fondos del convento.

El padre Juan era un hombre honrado a las derechas: era probable que el estravío de los fondos era desgreño i torpeza del prelado anterior; pero nadie podia asegurar cuál era la causa precisa del estravío de los fondos.

El nuevo prior se presentó al Consejo para que Frai Juan Carmona respondiera a la acusacion entablada contra él.

Aquel mismo dia Felipe Castillo comió con el nuevo prior.

Despues de un proceso, que duró poco, el padre Juan Carmona fué condenado a destierro temporal por malversacion de fondos del convento de Santo Domingo.

Frai Inocencio Fuenzalida envió al anciano desterrado, cuando salia del convento, el desden de una insolente sonrisa.

I volviéndose a Felipe Castillo, que estaba a su lado, le dijo, con satánica satisfaccion:

—¡Para inflijir este castigo, he esperado en mi celda diez años!!

Felipe Castillo, que tenia buena el alma, miró con horror aquella venganza por tantos años esperada.

El nuevo prior continuó sus reformas i obligó a los religiosos a seguir estrictamente las reglas del convento, lo que en breve le trajo el desagrado de sus propios partidarios i la mala voluntad de los que estaban acostumbrados a la relajacion de esas reglas.

Poco a poco se fué formando un grupo de religiosos que hacian desembozada oposicion al jóven prior, i cuando se trató de elegir otro, la escision era tan grande, que la comunidad pedia a gritos, para prior, al padre Juan Carmona, que habia cumplido su condena.

El anciano Frai Juan fué recibido en palmas de manos a su vuelta del destierro, i pocos dias despues fué elevado a la dignidad de prior por una gran mayoría de votos.

Frai Juan miraba al padre Fuenzalida como una presa segura, saboreaba de antemano los placeres de una venganza tremenda.

Por su parte, Frai Inocencio mantenía toda la altivez de su carácter i miraba al prior como un infeliz a quien no habia por qué temer.

Un dia el prior encontró a Frai Inocencio i le dijo:

—Parece que están cambiados los papeles.

—Para mí nada ha cambiado, replicó Fuenzalida.

—Estais en mi poder, dijo Frai Juan con intencion.

—Os engañais, padre Carmona.

—Sois mi súbdito.

—Vos sois un pobre anciano que pierde la memoria.

—Retiraos a vuestra celda, dijo el prior, como quien impone un castigo.

—Yo os ruego me esperéis en la vuestra, dijo Frai Inocencio con insolente desden.

El padre Fuenzalida fué a su celda a sacar el permiso de la Santa Sede para secularizar cuando su conciencia lo estimara conveniente.

Volvió a la celda del prior, i presentándole la autorizacion con todos los requisitos indispensables, le dijo:

—Nada me liga a vos. No soi vuestro súbdito, porque hoi mismo dejo de ser fraile de este convento.

I salió de la celda del prior.

ADOLFO VALDERRAMA.

DANIEL CALDERA ⁽¹⁾

II

De las obras dramáticas de Caldera solo conocemos dos, pero sí sabemos, de buena fuente, que había empezado a escribir otro drama, titulado *Lautaro*, cuyos manuscritos no han podido ser encontrados.

Examinemos, primeramente, el drama histórico i en prosa *El Tribunal del Honor*.

La escena pasa en San Felipe en el año 183....

Don Juan Santibáñez, Comandante Jeneral de Armas de la provincia, es casado con doña María, cuyos padres la han obligado a aceptarle como esposo, obedeciendo únicamente a móviles lucrativos. María disfruta de las comodidades i expansiones que le permiten la fortuna de su esposo, su carácter apacible i las atenciones i caricias que la prodiga. Empero, no se siente enteramente feliz: en su corazon guarda un lugar preferente para don Pedro, su primer amor, jóven militar que, con motivo de una campaña al Perú,

(1) Véase número 1 de la REVISTA NUEVA.

tuvo que separarse de ella, no sin prometerse entrambos un amor sin fin.

Ese amor es causa de una lucha en la conciencia de María, entre el deber i el amor, lucha que se manifiesta en una suave melancolía que en vano ella quiere disipar, si bien logra ocultarla a los ojos de don Juan, que, por su parte, se cree el hombre mas dichoso de la tierra.

Ocurre, como a los diez años de casada María, que don Pedro es destinado como jefe de una guarnicion a San Felipe; don Juan le hospeda en su casa, a pesar de la negativa de doña María, que prevé lo funesto que puede serle tal huésped. Don Pedro, militar intrépido, apuesto e intelijente, aun la ama con vehemencia. Su obra empieza. María acepta una entrevista con él a fin de explicarle los motivos que la indujeron a casarse, i significarle que estima peligrosa para su honor su presencia en su tranquilo hogar. Pero don Pedro, evocando las dulces escenas de diez años atras, la lleva hasta inducir la a romper los sacratísimos deberes de esposa.

A don Pedro no le basta esto, sino que, procediendo como un seductor inescrupuloso i vil, continúa abusando del extravío de doña María.

Don Juan les sorprende en la primera entrevista: pero disimula; guarda silencio. Don Pedro se ausenta i entabla correspondencia mui secreta con su amada; don Juan, ya prevenido, intercepta la correspondencia, toma copia de ella, la deja ir a su destino, i acaba de formar con ella el espediente del estraño i lúgubre proceso con que venga su honor, actuando como juez, acusador, defensor i verdugo.

Al lado de esta accion principal figura una secundaria que puede sintetizarse como sigue:

Dolores, sobrina de doña María, i que vive a su

lado, ama entrañablemente a don Luis, jóven militar que no cuenta mas que con sus dos galoncitos, segun la frase de don Juan, quien quiere que Dolores se case con don Diego, caballero entrado en años, con fortuna, que la ama tiernamente, pero que al mismo tiempo es un simplon. Don Juan insinúa a don Diego que declare su amor a Dolores, que al ver tal cosa se rie en sus propias barbas con una finura i una gracia sumamente hirientes.

Don Juan i doña María consienten al fin en dar la mano de Dolores a don Luis, los que, aunque pobres, llegan a ser mui felices.

Como se ve, el plan es sencillísimo i verosímil, con lo que queda vencida la mas difícil i primordial condicion del drama; si a esto se añade la circunstancia de ser accesible a personas de diversa cultura, como es el auditorio, por la sencillez del estilo; i, todavía, si se toma en cuenta que no tan solo el público comprenda el argumento, sino que la accion vaya exitando de escena en escena el interes, hasta llegar al gran efecto, se tendrán trazadas las cualidades dominantes del drama.

El argumento es completamente histórico, i debe haberse hecho mui conocido de todo el mundo, pues nuestro distinguido vate, don Eduardo de la Barra, desarrolló este mismo tema en uno de sus poemitas o micropoemas, como él llamó a un volumen de poesias suyas publicado allá por el año 1888.

Los personajes reales eran: una hermana de Florin, el que fusiló al Ministro Portales, i que figura en la escena con el nombre de doña María; un conocido jeneral de nuestro ejército, muerto ya, aparece con el nombre de don Pedro; i por fin don Juan, el esposo burlado, era el sarjento mayor don José Antonio Sepúlveda, que despues de dar tan trájica muerte a

su mujer, mas nó al seductor, huyó al Perú en 1839, segun hemos podido averiguar en la biblioteca de don Benjamin Vicuña Mackenna, que parece que preparaba alguna narracion histórica sobre esta materia. (1)

Hecho este breve esclarecimiento, volvamos a nuestro intento.

*
* *

Nada que no importe un encomio puede decirse del pincel diestrisimo con que Caldera traslada a la escena

(1) Trascribimos a continuacion un fragmento de una carta que existe entre aquellos manuscritos i un decreto que confirman nuestra asercion.

Lina, octubre 2 de 83.

Señor don Benjamin Vicuña M.
Santiago.

Mi mui estimado señor i amigo:

Siento no haberme sido posible desempeñar el cometido encomendado por su apreciable del 9 del pasado.

El coronel don José Antonio Sepúlveda falleció en esta ciudad poco despues de nuestra entrada. He hablado con algunos de sus intimos amigos, pero dicen que jamas les promovió la conversacion sobre la tragedia de San Felipe.

Uno de sus hijos (todos son naturales) murió como oficial peruano en la Batalla de Dolores. De dos o tres mas que ha dejado, se ignora el paradero.

Durante la guerra, Sepúlveda permaneció oculto, segun se cree, en el valle de Cañete.

.....
Sin otro motivo, reciba un afectuoso saludo de su afmo. servidor i amigo.—
ALBERTO STUVEN.

Inspeccion Jeneral del Ejército.—Sesion de 30 de marzo de 1874.—«Teniendo presente que el sarjento mayor don José Antonio Sepúlveda ha justificado ante esta comision, por conducto de su apoderado don Ramon de la Fuente, haber servido en la época de la Independencia, desde el 30 de marzo de 1822 en que se le espidió despacho de teniente 2.º de 4.ª compañía del batallon número de infantería de linea, i continuando sirviendo hasta el 8 de mayo de 1839, fecha 7 en que se le dió de baja por haber pasado al ejército del Perú en su empleo de sarjento mayor efectivo, que obtuvo en el ejército de Chile el 28 de marzo del año ántes citado. En consecuencia, la comision es de dictámen que tiene derecho, como tal sarjento mayor, a los beneficios que establecen las leyes de 26 de noviembre i 17 de diciembre del año próximo pasado.—J. A. Villagran.—N. J. Prieto.—Silva.—Mardónes, secretario.»

los caracteres de sus personajes, que se mantienen indeleblemente hasta el fin.

Don Juan, con sus maneras de militar bonachon, cumplidor, difícil de irritar; pero que, herido en su honor, despliega una cólera solapada i fría llevada hasta el extremo.

Doña María, la mujer que se casa contrariando sus mas caros sentimientos, i sometida a la mas difícil i desventurada prueba ante un contendor que encarna las mas sobresalientes dotes de seductor. Nada pueden en ella su instruccion, ni sus sentimientos relijiosos, que pone en actividad, contra su natural sensible, contra su corazon asediado sin tregua por un cariño nacido en la niñez i evocado ahora con frases de fuego.

I este es el momento de hacer una breve consideracion: la caída de doña María ¿es motivada por no haber en ella una sólida virtud, como sostuvo ácremente un crítico de aquella época? En realidad de verdad, es este un tópico psicológico que merece fijar la atencion detenidamente; es un problema, planteado en varios dramas pasionales de Víctor Hugo, i sobre el cual falta la última palabra. Daniel Caldera, en su imperecedera pieza, ha dado pasos mui avanzados en este sentido.

Hai quienes sanchezcamente han roto el nudo gordiano, diciendo que ello es cuestion de temperamentos, i para éstos, que no son pocos, la virtud ¡oh disparate! seria innata.

Hai otros que sostienen que cuando ciertos resortes se tocan, la mas sólida virtud resbala i cae a la sima; para éstos no habria virtud, o bien, la virtud seria ocasional.

Nosotros conceptuamos que si doña María fué vencida, no fué por la carencia de virtud, sino porque don Pedro tenia un ascendiente incontestable sobre

ella: sus súplicas al Supremo i sus sentimientos fueron leves hojas que, arremolinándose en la superficie, fueron cediendo hasta precipitarse al fondo del torbellino.

Constituye, pues, esto un mérito principalísimo de la obra, por la singular perspicacia en la filosofía del corazón que pone en evidencia su autor.

El tipo de don Pedro es un personaje copiado del natural con suma habilidad: un hombre de buenos sentimientos, pero al mismo tiempo, de gran liviandad en el proceder: es el militar que busca siempre aventuras i emociones nuevas, aunque muy pronto se vea apesadado por ellas.

Don Luis i Dolores son caracteres trazados con no escaso colorido: uno, el joven amante, correspondido i tímido; el otro, la muchacha chispeante, discreta i que todo lo desecha por su amado.

*
**

Pasemos a analizar algunas escenas.

Veamos cómo se burla Dolores de don Francisco, que le declara su amor.

DOLORS.—Ah! Ud. aquí (Aparte) (I yo que quería hablar con Luis).

DON FRANCISCO.—Sí, Dolorcita, sí. (Aparte). (Animo). ¿Qué frío, eh?

DOLORS (con fastidio).—Si, estamos en invierno.

DON FRANCISCO.—El acaso es.....(Aparte) (Cómo empezar).

DOLORS.—¿Qué?

DON FRANCISCO.—Ya otras veces.....Ud. me ha oído..... I ahora no me atrevo.

DOLORS.—¿A tener frío?

DON FRANCISCO.—Nó, nó! Dígame Ud. (Con resolución). Yo soy rico!

DOLORS.—Lo sabía.

DON FRANCISCO.—Tambien tengo un corazon.....

DOLORES.—Lo creo.

DON FRANCISCO.—Pues bien! La amo a Ud., Dolores! ¡Consienta Ud. en partir conmigo esta fortuna i este corazon..... O mas bien ser propietaria de todo lo que poseo!.....

DOLORES.—(Riéndose). Ja, ja, ja! Se ha vuelto loco!

DON FRANCISCO.—Contésteme Ud!

DOLORES.—Gracias, señor! Tengo un miedo mui grande a las propiedades de Ud.

DON FRANCISCO.—Pero, Dolorcita!

Hai en esta cómica escena una graciosa rapidez, una lójica sucesion, una forma aguda e hiriente al par que propia en la circunstancia de Dolores, i, en fin, para condensarlo en una frase, un conjunto tal, que, sin temor de incurrir en una hipérbole, la equiparamos con las mas felices escenas del *Hombre de Mundo* de Ventura de la Vega, comedia reputada como una de las mejores de nuestros dias, i no sin razon.

Examinemos ahora algunas escenas dramáticas. En la sétima del acto primero, María pide al cielo su proteccion i espresa la lucha tremenda de su conciencia con su pasion de esta manera:

MARÍA.—(Presa de la mayor agitacion). (Pausa). Santa Virgen María! Tú que ves en mi corazon, que si consiento en hablarle, es solo para hacer que se aleje para siempre, dame fuerzas necesarias para resistir a su vista (en voz baja i mirando a todos lados, como temiendo ser oida) i a los impetus de mi amor!...

Porque es verdad que lo amo! (pausa).—Es necesario que todo venga ahora a mi memoria: la bondad, los beneficios, el cariño de Juan, el sentimiento del deber..... ¡todo!..... ¡todo!..... para salir victoriosa en esta terrible lucha..... (Dirijiéndose a la puerta de Dolores i cerrándola por fuera). Cerraré esta puerta, no sea que venga Dolores i me sorprenda. Voi a recibir aquí, bajo el techo de mi esposo, a quien viene con la intencion!.....(Cubriéndose el rostro) ¡Ah! Pero resistiré..... Le suplicaré de rodillas que me deje en paz.....Le

diré, si es preciso, que ya no le amo, que me es odioso el recuerdo del pasado. (Atemorizada). Mas, ¿podré hablar así cuando él esté presente? ¿Le podré decir a él que no le amo? ¿Tendré fuerzas? Dios mio! Nó! nó! (Tomando una resolución). Que no venga! Despues mejor! Le escribiré! Le diré a Juan que necesito salir de aquí por algun tiempo (Dirijiéndose a la puerta derecha del foro). Sí, sí! Encontrará cerrada esta puerta! (Va a cerrar la puerta i aparece don Pedro. —María retrocede lanzando una exclamacion).

En la escena VIII, don Pedro recorre las fibras del corazon de María, ora trayendo a la memoria los sufrimientos de la ruda campaña mitigados por la esperanza de ser su dueño; ora pintándole con despecho, amargura e ironía crecientes la última cita de amor; ora, en fin, descendiendo a la súplica i al perdon cuando dice:

—María. . . Perdóname lo que te he dicho. . . . He vivido dias tan amargos! Tengo el derecho de ser amado un poco! ¿Por qué callas? Mirame suplicante golpear a las puertas de tu corazon. ¡Qué cruel eres! Ni una mirada de piedad siquiera! (Sollozante) Ah!

María hace un esfuerzo supremo para contestarle.

—Nó, no te amo!

Don Pedro se dispone para partir i ántes de hacerlo le pregunta:

—María, si supieras que habia muerto, llorarias por mí?

María no contesta ni le mira.

—No respondes! Bien! Adios, María!

MARÍA.—¿I por qué habias de morir? (Don Pedro se aleja sin contestarla).—PEDRO, ¿qué vas a hacer? (Dirijiéndose a él i deteniéndole por un brazo) Respóndeme!

DON PEDRO.—¿Qué te importa?

MARÍA.—Pedro, nó, tú no buscarás la muerte: júramelo!

DON PEDRO.—¿Acaso los juramentos valen algo entre nosotros?

MARÍA.—(Después de una pausa, con dolor i convicción.) Me creía honrada, capaz de vencerme, i apenas te he visto he sucumbido! Ahora yo misma me encuentro despreciable! Una sola palabra de mis labios destruye para siempre la pureza de un noble hogar yo lo veo lo conozco lo sé i no tengo ni valor ni virtud para decirte que no te amo! oh! tienes razón! tú has sido muy desgraciado, yo muy feliz!

DON PEDRO.—(Tomando una resolución dolorosa). María, no hables así! Yo solo seré el desdichado! me iré!

MARÍA.—(Con exaltación). Oh! nó.—Tú no debías haber sabido esto! Ahí está el mal! Ya lo sabes! Yo no me defiendo. ¿Crees tú que se sostienen impunemente estos combates? Yo me moriría si te alejases I no quiero morir! Siento cierta rabia por ser feliz i por hacer que tú lo seas! Necesito decirte mil veces que te amo que no he amado a nadie mas que a tí! ¿Por qué he de sacrificarme?—Mira: yo tambien he estado a punto de maldecir, i ¿sabes a quién? ¡A mi padre! que llevado de una codicia estúpida, me entregó a la desesperación i a la muerte! Qué importa que ahora padezca otro por mi culpa! Honor! Deber! todo está roto olvidado! Pedro, te amo! como antes! mas que antes!

DON PEDRO.—Te juro, María, que a fuerza de abnegación i de ternura haré que seas dichosa! Huiremos, si quieres, lejos! muy lejos i se borran tan pronto los días desgraciados! Al oírte decir que me amas, yo creo que siempre he sido feliz! (Con ternura) Repítelo, María, porque creo que estoy soñando! ¿Me has amado? ¿Me amas?

MARÍA.—Siempre! Siempre! (llevándolo a la puerta del jardín) Pero, déjame! pudiera venir alguno!

DON PEDRO.—¡Cuán venturoso me has hecho!

(Aparece don Juan por la puerta izquierda del foro).

MARÍA.—Te amo! te amo! (Se abrazan.—Don Pedro parte por donde ha venido i María se dirige rápidamente a su habitación).

(Don Juan cae exánime exclamando, con voz ahogada por la sorpresa, la pena i la amargura, un trágico ¡¡Ah!!).

En obsequio a la brevedad que nos hemos propuesto, pasaremos por alto la esposicion de algunas preciosas escenas del tercer acto, en que el autor pone de relieve una vez mas el estudio acabado del tema i «el vigor dramático», para valernos de una espresion de don Alberto de Lista, traducido en la naturalidad con que se van sucediendo las escenas hasta llegar el momento en que don Juan lee a María la tremenda sentencia.

Hai en esta escena una frase que, con mucha razon, ha sido mui encomiada i que, en verdad, es digna de especial mencion: don Juan obliga a doña María a beber la copa de veneno i ella, al aproximarla a sus labios, le hace la postrer súplica de perdon diciéndole:

—Por ese Dios que acabas de nombrar, i que perdonó a la mujer caida!

DON JUAN.—El era Dios. . . . yo solo soi un hombre!

*
* *

Mucho se ha decantado contra la forma demasiado realista de las últimas escenas de esta meritoria pieza, i nosotros, a fuer de imparciales, reconocemos que su autor se descaminó un tanto en esto, que mui bien pudo palidecerlo sin desmejorar, en lo menor, su propósito. Otro lunar, es la última escena, no tan solo por su escasa verosimilitud, sino porque el espíritu quedaria mas impresionado sin ella. Empero, en la última edicion hecha en Iquique en 1894, leemos una nota del autor en la cual avisa que dicha escena puede ser suprimida en la representacion del drama.

De esto tomaron pié algunos criticos sectarios para arrebujar con sus sombríos mantos una pieza que figurará siempre, con honor, como el mejor drama chileno i tambien de la América Latina.

Sin embargo, nosotros sustentamos la opinion de que en el teatro deben presentarse las pasiones del corazon humano palpitantes i avasalladoras, como ellas son.

El teatro es la pasion, ha dicho el eminente critico cubano Piñeiro, i sin ella no hai drama posible. I si nó, volvamos nuestras miradas a Francia i a Inglaterra i comparemos sus escuelas i sus resultados: en Inglaterra, la sombra colosal de Shakespeare parece haber consumido todo jérmén de inspiracion dramática en el suelo de su patria: al paso que Francia ostenta a Víctor Hugo, a Sardou, a Dumas i a una innumerable falanje de dramaturgos de universal reputacion, cuyas piezas, un tanto trasformadas, son el alimento esclusivo de Inglaterra; una estudia i analiza, i la otra da preceptos. No somos de los que creen que se falte a la moral cuando se sirve al arte; por el contrario, pertenecemos al número de los que piensan que el estudio sincero de la verdad es mil veces mas moralizador que todos los sermones del mundo.

Ocurre aquí lo propio que en el Werther de Goethe: el problema no es una cuestion de moral, sino la esposicion poética de una situacion humana, verosímil e interesante.

Para mayor abundamiento, citaremos la opinion del célebre critico español don Alberto Lista i Aragon, vertida en el artículo II de su capítulo intitulado «De la moral dramática».

«Es un yerro mui notable, dice, en cualquier teoría, tomar por principio los corolarios, por mas intimamente unidos que estén los unos con los otros. En materia de poesta, el principio es la belleza: la virtud es una consecuencia, aunque imprescindible i necesaria. En el teatro, la moral es un corolario; el elemento principal la diversion i el placer. En el siglo

pasado se le llamó la escuela de las costumbres, quizá para impedir que los hombres concurriesen a la que lo es verdaderamente.

«Mas no por eso deja de ser la poesía dramática útil a la virtud. Si su objeto es interesar, es imposible que esto se logre, sin que el resultado sea favorable a los intereses de la moral. La mayor parte de los individuos que concurren al teatro, pertenecen a la sociedad culta. ¿Cómo pueden recibir placer en las representaciones inmorales? I aunque quisiésemos calumniarlos hasta suponerlos bastante corrompidos para complacerse en la *imitacion* de la maldad, concurren al espectáculo en compañía de sus mujeres i de sus hijos: ¿cómo es posible que gusten hacerlos testigos de escenas abominables, ni que se imbuyan en máximas contrarias a la virtud? Porque, no nos engañemos, hai mucha perversidad en el mundo; pero serán contados los padres i maridos que no procuren separar a sus hijos i consortes del camino de la corrupción, aunque talvez se hallen ellos mismos encenagados en sus lodazales.

«Por otra parte, es imposible que haya belleza moral sin virtud, i la belleza es el alma del teatro, así como lo es de los demas jéneros de poesía, i en cierto modo, aun mas: porque en el drama se describen exclusivamente acciones i caractéres humanos; i es imposible presentar el hombre a los espectadores, sin producir en ellos efecto moral. Tal es la simpatía que exita en nosotros todo lo que pertenece a nuestra naturaleza.»

*
**

Objeto de censura ha sido tambien en el *Tribunal del honor*, el episodio de don Diego, Dolores i don Luis, i se ha dicho que hace perder la unidad de acción. Nosotros estimamos que léjos de constituir

un defecto, es una dificultad hábilmente vencida, cual es la de entrelazar una especie de simil con un fin eminentemente moralizador. Nótese que mui contados dramas castellanos cuentan con esta singular circunstancia.

Por fin, la larga sentencia que pronuncia don Juan, como así tambien algunos períodos de alguna estension puestos en boca de doña Maria i don Pedro, no han escapado a las saetas mal intencionadas i solapadamente villerguescas. Séanos permitido, en despique, implorar mas confianza en nosotros mismos, pedir una vez mas que no se esgrima atolondradamente la proverbial frase de desprecio por todo aquello que vemos nacer aquí, como si no fuéramos tan capaces como los mismísimos europeos.

Este arraigado prurito es mui funesto para el arte: con esta parca cruel e insensata, que todo lo ahoga con sus potentes i mezquinos brazos, en vano se hablará en pro de una estética peculiar, frágiles serán las alas con que el verdadero talento pretenda remontar el vuelo a las rejiones sublimes de la gloria universal: todos nos iremos al fondo, semejantes a esos náufragos que, desesperados con las ansias de la muerte, van tomándose unos en pos de otros hasta perecer todos. ¡Deplorable situacion, por cierto!

Para probar cuán descarriadas han sido las opiniones cuando se sostuvo que esos períodos eran largos, bástenos recordar la aplaudida escena final de *Drama Nuevo* de Tamayo i Baus, reputado justamente como el mejor drama castellano de estos tiempos, i todavía varias escenas de Echegarai, tales como la IV del II acto del *Gran Galeoto*, en la que el discurso puesto en boca de Pepito tiene nada ménos que 132 versos!

AGUSTIN CANNobbio G.

DOS PALABRAS

SOBRE EL RECARGO ESCOLAR

Con motivo de un acuerdo tomado por el Consejo de Instrucción Pública, a indicación del consejero señor Toro, tendente a establecer cierto orden en la distribución de las tareas domésticas en los establecimientos fiscales de instrucción secundaria, se ha suscitado en la prensa i en el seno de una importante institución literaria un largo debate acerca de lo que se ha llamado *el recargo escolar*. Se dice que los alumnos de los liceos trabajan demasiado, que sus tareas casi no les dejan horas de descanso, lo cual, en lugar de realizar los fines de la instrucción, los compromete, porque perjudica la salud del alumno e impide el buen desarrollo de su organismo. Hai aquí algo muy grave,—se ha agregado,—a que es preciso poner pronto remedio.

Algunos distinguidos profesores de la enseñanza del Estado han contradicho estas afirmaciones, manifestando que en realidad no existe tal exceso de trabajo;

cosa que se hace bien patente cuando se compara el horario de nuestros liceos con los de establecimientos análogos de Alemania o de Suecia, naciones que van a la vanguardia en materias de instrucción secundaria.

Este debate interesantísimo, que ya llega a su término, va a darnos motivo para escribir unas cuantas líneas en que nos proponemos decir, en qué consiste mas o ménos el trabajo de los alumnos en nuestros colejos de segunda enseñanza.

Es este el punto fundamental del debate que no ha debido echarse en olvido ni por un momento.

Por esa razón, aun cuando algo se ha dicho ya al respecto, pretendemos volver sobre el punto teniendo a la vista los programas de instrucción secundaria vigentes i las últimas reformas hechas a estos programas por el Consejo de Instrucción Pública.

*
* *

La labor de los alumnos en los liceos no se limita a la asistencia a las clases del establecimiento: tienen tambien que hacer algunos trabajos en su casa. De modo que si queremos abarcar con lójica la materia de este artículo, debemos ante todo dividir el trabajo de los alumnos en dos partes:

- I. Asistencia a las clases.
- II. Tareas domésticas.

Horas de clase

Las horas de clase distribuidas por semana se encuentran perfectamente determinadas en los programas.

Hélas aquí:

HORAS SEMANALES DE CLASE

Preparatoria

Primera, 24 horas semanales.

Segunda, 27 horas semanales.

Humanidades

En todos los años de humanidades, desde el 1.º hasta el 6.º, los alumnos tienen 30 horas semanales de clase.

Como se ve, en la primera preparatoria los niños tienen 24 horas semanales de clase, o sea, 4 horas diarias; pero hai que tener en cuenta que entre estas clases hai 4 horas semanales de caligrafía i 3 de canto i gimnasia. Estas son clases que tienden principalmente al desarrollo de aptitudes físicas i que en realidad casi no exigen ningun esfuerzo intelectual; de modo que vienen a ser para el niño un alivio en vez de ser un trabajo. Tenemos entónces que las horas efectivas de trabajo intelectual que tiene un niño en la primera preparatoria son, no 24 horas semanales, sino 17 horas semanales, o sea, un poco ménos de 3 horas diarias. Esto no puede parecer a nadie un trabajo excesivo.

En la segunda preparatoria hai un total de 27 horas semanales, o sea, 4 horas i 50 minutos de clase al día. Hai que deducir aquí, por la razon dada mas arriba, 5 horas semanales de caligrafía, 3 horas semanales de canto i gimnasia i 2 horas de dibujo. Tenemos entónces 17 horas semanales de trabajo intelectual efectivo.

Si esto no pareció excesivo en la primera preparatoria, ménos ha de parecerlo en la segunda.

Entremos a las humanidades.

En primer año hai 30 horas semanales de clase. Entre estas 30 horas hai 4 horas de canto i gimnasia i 4 horas de dibujo i caligrafía, que habria que deducir. Tendríamos entónces solo 22 horas de trabajo intelectual efectivo.

En segundo año habria que deducir de las 30 horas semanales 2 horas de gimnasia i 3 horas de dibujo i caligrafía, es decir, un total de 5 horas semanales de clase. Serian entónces solo 25 horas semanales de trabajo intelectual.

En el tercer año, la deducción seria de 4 horas semanales por gimnasia, dibujo i caligrafía. Tendríamos entónces 26 horas de trabajo.

En el cuarto, quinto i sexto año, la deducción seria la misma, de modo que estos cursos tendrían también 26 horas de trabajo efectivo. Hai que notar sí que desde el quinto año las dos horas de clase de relijion están reemplazadas por 2 horas de lójica.

Podríamos, en consecuencia, hacer el siguiente cuadro:

| Horas semanales de clases | Horas semanales de clase que imponen solo trabajo físico, | Horas semanales de trabajo intelectual efectivo. |
|---------------------------|---|--|
|---------------------------|---|--|

Preparatorias

Primera

24 ménos 7 igual a 17

Segunda

27 ménos 10 igual a 17

Humanidades

Primer año

| | | | | |
|----|-------|---|---------|----|
| 30 | ménos | 8 | igual a | 22 |
|----|-------|---|---------|----|

Segundo año

| | | | | |
|----|-------|---|---------|----|
| 30 | ménos | 5 | igual a | 25 |
|----|-------|---|---------|----|

Tercero, cuarto, quinto i sexto años

| | | | | |
|----|-------|---|---------|----|
| 30 | ménos | 4 | igual a | 26 |
|----|-------|---|---------|----|

Vemos que no es igual el trabajo intelectual efectivo en todos los cursos.

En la preparatoria tiene su minimum de 17 horas semanales i alcanza su máximum de 26 horas en el tercer año de humanidades.

TAREAS DOMÉSTICAS

Este punto ofrece alguna dificultad.

Los programas, con el fin de dejar cierta libertad de accion al profesor, dan solo indicaciones jenerales en esta materia. No se puede, pues, determinar de una manera precisa cuántas son las horas que cada alumno debe dedicar en su casa a la realizacion de las tareas que se les impone en la clase. Solo podremos hacer una apreciacion prudencial de este trabajo.

Veamos, teniendo a la vista los programas, cuáles son las tareas que los profesores pueden imponer en cada año a los alumnos i hagamos un cálculo del tiempo que en ellas pueda emplearse.

En primera preparatoria solo hai tareas domésticas

en las clases de castellano i matemáticas. Las tareas de castellano pueden consistir en «copias i aprendizaje de algunas poesías»; las de matemáticas en «algunos ejercicios con los números de 1 hasta 1,000, i con algunas fracciones».

En la preparatoria, los alumnos tienen un solo profesor i éste puede distribuir prudentemente las tareas domésticas. Hemos consultado a algunos de estos profesores i nos han dicho que tienen cuidado de no imponer tareas que den a los niños un trabajo que exceda de un cuarto de hora al día.

Pero si no fuera suficiente esta declaración, podríamos hacer un razonamiento mui sencillo para demostrar que esto no puede ser de otra manera. Los profesores de primera preparatoria tienen 24 horas de clase a la semana o sea 4 horas diarias.

Supongamos que empleen solo una hora al día en preparar la distribución i el material de sus clases, tendríamos 5 horas de trabajo diario. Agreguemos a esta cifra una hora al día, para corregir las copias i ejercicios de aritmética hechos en su casa por los niños en un cuarto de hora (casi no hai curso de preparatoria con ménos de 30 alumnos), tendríamos un total de seis horas de trabajo al día. Cualquiera que haya sido alguna vez profesor, nos comprenderá. Seis horas diarias de trabajo escolar representan un esfuerzo enorme. Es imposible, íbamos a decir materialmente imposible, que el profesor de la primera preparatoria, dé mas estension a las tareas domésticas porque ello equivaldría a un trabajo de siete o mas horas diarias; i esto sí que sería, en verdad, un recargo de trabajo escolar.

En la segunda preparatoria los alumnos tienen tareas domésticas principalmente en las clases de castellano i matemáticas.

En castellano tienen copias, composiciones i aprendizaje de poesías; en matemáticas, ejercicios con fracciones de un comun denominador i problemas. Las tareas este año como el anterior no pueden exceder de un cuarto de hora al dia. Vale aquí con mayor fuerza el argumento que hicimos con respecto a la primera preparatoria, ya que en ésta segunda el profesor, que es tambien uno solo para todas las clases, tiene veintisiete horas de clase a la semana.

Podríamos dejar establecido, en consecuencia, que el trabajo doméstico de los alumnos en la primera i segunda preparatoria es de un cuarto de hora al dia o sea tres horas a la semana.

HUMANIDADES

Las tareas son mayores en las humanidades i como hai distintos profesores, es menester que se las regule prudentemente. Veamos las tareas que, segun los programas, se pueden imponer en cada ramo.

Hai tareas principalmente en las clases de castellano, frances, inglés, matemáticas i jeografía e historia.

Castellano.—Las tareas domésticas en este ramo consisten en reproducciones escritas de trozos tratados en clase, composiciones, i aprendizaje de memoria de poesías, con plena comprension de materia.

Frances e inglés.—Hai en estos ramos copias, aprendizaje de alguna poesías i formacion de composiciones.

Matemáticas.—En esta seccion las tareas consisten en ejercicios prácticos i resolucion de problemas.

Jeografía e historia.—Se trata aquí solo de formacion de mapas.

No todas estas tareas tienen igual importancia. Hai algunas, como el aprendizaje de poesías i las copias,

que no pueden imponer a los alumnos un trabajo de mas de diez minutos; i otras, como las composiciones en la clase del idioma patrio, la formacion de mapas i la resolucion de algunos problemas de matemáticas, que pueden imponer hasta una hora de trabajo continuo. Pero por esta misma razon, en la práctica estas últimas tareas se dan solo de tarde en tarde. I así, por ejemplo, en castellano tienen los alumnos composiciones solo una vez al mes; i en jeografía e historia, formacion de mapas solo cada mes i medio o cada dos meses.

Es cierto que en esta parte los programas no fijan exactamente las tareas que los profesores pueden imponer, de modo que a este respecto gozan cierta libertad de accion; pero debe entenderse que todos ellos comprenden los fines de la enseñanza i que son hombres racionales i sobre todo, que tienen su tiempo limitado, de manera que no pueden ocupar la mayor parte de las horas del dia en la correccion de las tareas domésticas. Es éste un punto hácia el cual llamamos especialmente la atencion. El trabajo que importa a los alumnos la realizacion de una tarea doméstica escrita, impone en jeneral para su correccion al profesor un trabajo que no puede estimarse en ménos que el producto que resulte de la multiplicacion del trabajo de cada alumno por la cuarta parte del número de alumnos que traen la tarea.

Si el alumno quedara estenuado por la tarea, ¿cuál sería la situacion del profesor? I téngase presente que hai algunos profesores que tienen treinta horas de clases semanales.

Los programas no fijan el máximum de tareas que pueden imponerle, pero como se ve este máximum está fijado por la fuerza misma de las cosas.

Por no pecar de demasiado prolijos, no entraremos

a hacer una demostración práctica del tiempo que cada alumno puede emplear en el cumplimiento de sus tareas. Hemos ya indicado en qué consisten ellas. Cualquiera persona culta entiende lo que significa ese trabajo.

Por nuestra parte, hemos hecho un cálculo según el cual los alumnos de los tres primeros años de humanidades tendrían, para cumplir sus tareas, que trabajar en su casa media hora al día, o sea tres horas a la semana, i los de los tres últimos cursos, tres cuartos de hora al día, o sea cuatro horas i media a la semana.

RESUMEN

Tendríamos entónces que en las preparatorias i humanidades el trabajo que semanalmente imponen las clases i las tareas sería el que sigue:

Preparatorias

Primera

| Clases | Tareas | Total |
|----------|---------------|--------------------|
| 24 horas | mas 1 i media | igual a 25 i media |

Segunda

| | | |
|----------|---------------|--------------------|
| 27 horas | mas 1 i media | igual a 28 i media |
|----------|---------------|--------------------|

Humanidades

Primero, segundo i tercer años

| | | |
|----------|-------------|------------------|
| 30 horas | mas 3 horas | igual a 33 horas |
|----------|-------------|------------------|

Cuarto, quinto i sexto años

| | | |
|----------|---------------|--------------------|
| 30 horas | mas 4 i media | igual a 34 i media |
|----------|---------------|--------------------|

Este seria el resultado tomando en cuenta a ciegas el total de horas de clase, sin fijarse en si imponen o no todas ellas un trabajo intelectual efectivo. Pero ya hemos dicho que hai algunas clases que no imponen esfuerzo intelectual, como los de canto gimnasia, dibujo etc. Hai necesidad de rebajar estas horas entón-ces, si queremos establecer los hechos tales como son.

Hemos hecho la rebaja del caso en un cuadro que figura mas arriba. Tomemos como base el resultado que arroja ese cuadro para apreciar el total de horas semanales de trabajo intelectual que se impone a los alumnos en los liceos del Estado.

Preparatorias

Primera

Horas de trabajo
mental efectivo
que imponen las
clases

Tareas

Total

17 horas mas 1 i media igual a 18 i media

Segunda

17 horas mas 1 i media igual a 18 i media

Humanidades

Primer año

22 horas mas 3 horas igual a 25 horas

Segundo año

25 horas mas 3 horas igual a 28 horas

Tercer año

26 horas mas 5 horas igual a 29 horas

Cuarto, quinto i sexto años

26 horas mas 4 i media igual a 30 i media

Claramente han hecho ver que este trabajo no es excesivo algunos otros profesores, comparando nuestro horario con los de otros países más adelantados. No necesitamos nosotros ir tan lejos para hacer esta demostración.

En los internados de los seminarios i colejos congregacionistas que existen en el país, los alumnos trabajan siete i ocho horas al día. Esto lo sabe cualquiera que haya estado alguna vez en uno de esos colejos. I téngase presente que decimos esto no con el propósito de condenarlos; por el contrario, reconocemos que en este trabajo está el secreto de los éxitos que en ocasiones han obtenido: lo decimos para mostrar cuán infundada ha sido esta cruzada emprendida en contra de la enseñanza del Estado por razón del recargo escolar.

Muchas veces habíamos oído predicar en contra de la ociosidad, en contra de la vagancia; es ésta una de las primeras veces que oímos hablar en contra del trabajo.

No conocemos en la historia nación alguna que haya perecido por exceso de trabajo intelectual o físico; en cambio, sabemos que Francia, Alemania, Rusia e Inglaterra se han hecho grandes por su perseverancia en el trabajo.

Se nos dirá que deben trabajar los hombres, pero no los niños. Los niños son los hombres de mañana, de ellos depende nuestro porvenir. Si no los educamos en el trabajo constante, es muy difícil que más tarde logren ellos vencer con el esfuerzo de su voluntad la tendencia de su educación. Es menester que comprendan prácticamente, que en nuestro tiempo el trabajo perseverante se impone con fuerza irresistible no solo como un deber moral, sino como una razón de existencia. El que no trabaja es arrollado i deshecho en la lucha por la vida.

I estas leyes del trabajo constante, sobre todo en pueblos jóvenes como el nuestro, que aspiran a conservar su independencia política, deben ser inculcadas en el espíritu de los niños con la fuerza del hábito que forma nuestra segunda naturaleza.

No son, pues, excesivas las tareas de los liceos del Estado. Solo se impone en ellos el trabajo necesario para que puedan los alumnos entender las materias que estudian i para el desarrollo de las facultades morales, intelectuales i físicas.

Durante la vijencia del sistema antiguo, el trabajo de los alumnos no era menor. Eso sí, que se dirijia principalmente al desarrollo de la memoria; en tanto que hoy día se trata de desarrollar conjuntamente todas las facultades del niño para que llegue a ser un hombre equilibrado. Por esta razón las tareas tienen que ser varias i distintas. Antiguamente todo consistia en aprender de memoria la lección del texto, hoy los niños hacen copias, forman mapas, resuelven problemas, escriben composiciones, etc., etc.

Talvez esta variedad misma ha hecho pensar a algunos que el trabajo es hoy día mayor que ántes, siendo que, por el contrario, esta variedad en el trabajo lo hace mas soportable, mas aliviado.

En conclusion, no hai razones para hablar del recargo escolar, pues tenemos en los liceos solo un trabajo moderado i prudente.

ARCADIO E. DUCOING.

EN EL CIRCO

(REMINISCENCIA JERMÁNICA)

Lleno se encuentra el circo: las mas hermosas damas
Asoman de la corte bajo el amplio dosel.
Al viento se estremecen los rejios oriflamas,
I, las cotas de acero brillando como escamas
Aquí i allá se esparcen por todo el redondel.

La nobleza i el pueblo con sus vistosos trajes
Asisten a una lucha famosa en el pais;
I la plata i el oro, la seda i los encajes
Con las plumas i golas confúndese en oleajes
A la luz meridiana, cambiantes de matiz.

A un oso, entre las garras, tiene ya moribundo
Un leon formidable que se alza vencedor.
En desafío lanza rujido tremebundo
Al pueblo, que responde con un clamor profundo
Que es mitad entusiasmo i otra mitad horror.

Wilda, la desdeñosa, la pálida condesa,
Asiste a aquella lucha radiante de beldad.
Un mancebo la mira... Cuánta dulce promesa
Escapa de sus ojos, aunque ella, fria, espresa
Que corazon no tiene, que ignora la piedad!

De pronto, sonriendo con estraña sonrisa,
La dama ve al mancebo i dice en alta voz:
—«El que llevar pretenda mis armas por divisa,
Devuélvame este guante, devuélvemelo aprisa
Si es que miedo no siente es digno así de nos»....

Wilda arroja su guante al pie del leon furioso
I vuelve hácia la corte su semblante, feliz.....
Ha humillado al que un dia no la deja en reposo,
Al que una vez le dijo: «Por llamarme ta esposo
Las hazañas cumpliera del célebre *Amadis!*»

Pero el mancebo, loco de amor i de despecho,
Salta sobre la arena, camina hácia el leon
Que le aguarda terrible al par que satisfecho,
Empapado de sangre desde la boca al pecho,
Con una garra en alto i la cola en tension.

El amante de *Wilda*, con el izquierdo brazo
Escúdase, envolviendo la capa en el revés,
I libre al primer choque del mas feroz zarpazo,
Rompe el cráneo a la bestia con un certero hachazo
Que de golpe i sin vida la rinde allí, a sus pies....

Gloria! gloria! repiten las voces por millares;
El rei se ha levantado: saluda al triunfador;
Vuelan al circo gorras i cintas i collares,
I *Wilda*, que ha seguido la lucha i sus azares,
Estendiendo la mano premiar quiere el valor.

Entónces, aguardando que calme aquella grita,
Dice a *Wilda*, el mancebo su guante al levantar:
«Guarda esa noble prenda que para mi es maldita!
«Un corazon honrado tu amor no necesita»,
«Fiera mas que las fiera que acabo de matar!»

CÁRLOS G. AMÉZAGA.

O JUAN, O LA MUERTE ⁽¹⁾

I

Ese domingo, a las diez i media de la mañana, el sacristan de la parroquia de los Santos Apóstoles, apareció bajo el portal de la antigua iglesia napolitana i empezó a repiquetear vivamente con una vieja campanilla de plata. Apoyado en el marco de la pesada puerta de encina hacia sonar a intervalos continuos la campanilla, con el brazo bien extendido. Era para advertir a los devotos de la calle Gerolomini, de la callejuela Grotta della Marra, del pasaje de Santa María-in-Verte-coeli, de la plaza de las Zarzas, que luego iba a empezar la misa cantada, la solemne misa de Pentecostés. De pronto, la campanilla calló; pero el sacristan se quedó junto a la puerta, en las

(1) En la literatura italiana contemporánea, Matilde Serzo ocupa un lugar prominente entre los novelistas. Las bellas cualidades de su estilo, llano, colorido, cálido, i la sentimentalidad simpática de sus obras, la hacen una de las autoras preferidas del público europeo en general, i en particular del público italiano. Sus novelas, *En el país de la Cucuña*, *La bailarina*, *¡Centinela, alerta!* *Al sol poniente*, i otras, han sido traducidas en varios idiomas. LA REVISTA NUEVA ofrece a sus lectores las primicias castellanas de una interesante i tierna novela de tan aplaudida escritora.

gradas, gritando cada dos minutos hácia la plazuela desierta:

—¡Apurarse! La misa va a entrar!

Sin embargo, nadie se apuraba: ni los despacheros, que pasaban i repasaban por las puertas entreabiertas de sus despachos; ni las patronas, que iban a la cocina a echar una última mirada sobre el gran trozo de carne que se asaba lentamente en salsa de tomate; ni las burguesas, que aun estaban en manos de la peinadora;—porque, para que entrara la misa cantada era preciso que el sacristan repicase tres veces. Apénas llegaban unas cuantas mujeres del pueblo, con sus vestidos negros de percala, una peineta de plata erguida sobre el lustroso moño, llevando sus chicos a remolque. Pero el sacristan, que despreciaba a esas pobres jentes, continuaba gritando con monótona voz:

—¡Apurar el paso! La misa va a entrar!

En esa mañana de día de fiesta, el palacio número 3 de la plaza de los Santos Apóstoles (1) estaba mas animado que de costumbre. Era un alto edificio amarillo, con ancho patio mal pavimentado, que los cocheros i palafreneros de la princesa de Santobuono llenaban de pozos de agua sucia al limpiar los caballos i los coches, esparciendo por todas partes acre olor a caballeriza. Precisamente a esa hora acababan de enganchar el landó de la princesa, en medio de gran alboroto de palafreneros i cocheros, entre el patear de los caballos, que debian caminar veinte pasos para tomar, en su casa, a la princesa para llevarla a la iglesia.

La escalera del palacio número 3 estaba mui descuidada: la casa no tenia portero, i los arrendatarios

(1) En Italia, i sobre todo en Nápoles, se llaman palacios—*palazzi*— las grandes casas particulares, i a veces hasta las simples casas de huéspedes.

eran los encargados de su aseo. Pero doña Ursulina, que vivía en el primer piso, estaba en cinta de cinco meses, i sus otros cuatro hijos no le dejaban un minuto de descanso, ni a ella ni a su criada María Gracia. I ese domingo, doña Ursulina no podía abotonarse su vestido de lana negro, mui usado i horribilmente corto por delante, i, alternativamente, se ponía roja, pálida, se le soltaban las lágrimas, maldecía el día en que, en vez de hacerse hermana de la caridad, se había sentido presa de loca i tonta pasión por Ciccio, empleado de correos.

En el mismo piso, la pareja Ranaudo se preparaba para ir a misa. Doña Pepina Ranando tenía cincuenta años: era gorda, mas ancha que larga, con una cara rosada i muñequil de mujer obesa que no ha tenido hijos, con una cabeza en que ya los cabellos empezaban a ralear. Su sirvienta Concha la ayudaba a calzarse unas enormes botas, mientras que Alfonso Ranaudo, su marido, agente de lotería i gran cazador ante el Eterno, que a las tres de la tarde había salido para Pomigliamo d'Arcoa en busca de caza, i que había regresado a las diez, se quitaba su chaqueta de castorina negra. Esos viejos esposos sin hijos, satisfechos con no tenerlos, felices i tranquilos, se sonreían, mientras reflejos pálidos brillaban en sus ojos.

En el segundo piso, a la izquierda, otra pareja feliz se alistaba para ir a misa: don Vicente Manetta, un viejo seco i largo, canoso, apergaminado, nariz de pájaro, piernas como palos, apasionado por la historia de Nápoles; i doña Isabel Manetta, excelente mujer, que, casada tarde, a los cuarenta i cinco años, conservaba un rostro delicado pero empalidecido de niña, i se teñía el pelo con tintura de Zempt, de tal modo que cambiaba de color todos los días, siendo ya rojo sombrío, ya café claro, o violeta oscuro, o verdoso

como las hierbas de los pantanos. Don Vicente, meticuloso, envuelto en un sobretodo negro que le llegaba hasta los talones, golpeaba el piso con el bastón, porque estaba ya no poco aburrido.

—Isabel, el sacristan ha llamado dos veces.

—Una no mas, una no mas—respondia paciente-mente doña Isabel, calzándose las manos con mitones de hilo.

—¿Quiéres entónces faltar a misa?

—Estoi buscando mi rosario.

—Isabel ¿en dónde has puesto las llaves?

—Las tengo en el bolsillo.

—¿En dónde está la gata?

—La encerré en el cuarto del carbon.

El sacristan repetia el repiqueteo: apenas faltaban diez minutos para que entrara la misa cantada. En el segundo piso, a la derecha, un gran departamento con doce piezas, se oyen de repente algunos portazos, idas i venidas, i una voz fuerte de mujer que gritaba:

—¡Clarisa! ¡Clarisa!

—¿Qué hai?—respondió otra voz que salia de una piecesilla cerrada.

Doña Gabriela, poniéndose en la muñeca un brazalete de oro, gritó de nuevo:

—Ya dieron el segundo repique para la misa.

—¡Bueno!—dijo la límpida voz de Clarisa, que no se movia de su cuarto.

—¿No quieres acaso ir a misa?—rujió doña Gabriela poniéndose un nuevo brazalete de oro, de grandes anillos macizos—¡Quieres perder tu alma!

—Cada una pierde su alma a su manera—replicó de adentro Clarisa, con voz estridente.

—¡Oyen, oyen, lo que se atreve a decir!—bramó doña Gabriela, que en vano queria colgarse a las ore-

jas unas pesadas caravanas de oro guarnecidas de brillantes i de perlas.

—¿No tengo ya ni el derecho de hablar, ahora?— chilló la jóven sin abandonar su cuarto.

—Debias avergonzarte de estar tan enamorada de ese Juanito; un mendigo, sí, un mendigo, i nada mas.

—Eso no le importa a usted—dijo Clarisa, que al fin asomó su bonita cara por la puerta entreabierta.

—¿Cómo que no me importa? Yo soi tu madre; i óyelo bien, yo mando.

—Usted no es mi madre, i usted no manda—replicó Clarisa, que apareció en enaguas i camisola.

Doña Gabriela, cuya rubicunda cara no alcanzan a empalidecer los polvos de arroz, i que se ahogaba en su chaqueta de terciopelo negro, se puso púrpura.

—¡Yo te haré ver si mando!

Clarisa avanzó algunos pasos i dijo con tranquila resolucion:

—Se lo repito: ¡o Juan, o la muerte!

I haciendo sonar la puerta, se encerró de nuevo en su cuarto para acabar de vestirse.

Poco faltó para que doña Gabriela corriera detras de ella; pero se contuvo por temor de que la sangre se le subiera a la cabeza. Sentada en su dormitorio, trataba de recobrar la calma. Esa pieza, amueblada con el amplio lecho conyugal en que dormia sus sueños de viuda, un monumental ropero de palisandro con espejo, dos anchas cómodas con mármol blanco i un peinador con mármol gris, estaba todavia en ese desórden matinal que reina en las casas napolitanas el domingo, dia en que todo el mundo se levanta tarde. En el peinador se veian muchos estuches de cuero i de terciopelo, de los cuales su dueña habia sacado las

alhajas con que se engalanaba. Doña Gabriela, que siempre tenia demasiado calor, tan gorda era i tanto se apretaba el corsé para adelgazarse el talle, se daba aire con un abanico de raso negro mui vulgar, pero atado a la cintura por una doble cadenilla de oro.

Cármen, la sirvienta, entró al dormitorio. Ya habia oido la misa de seis, porque era una devota ferviente que hacia *vida espiritual*, se vestia de negro riguroso i llevaba al cuello un escapulario blanco. Pálida i taciturna, de aire contrito, de mirada siempre fujitiva, Cármen no trabajaba sino por alcanzar la gracia de Dios, i suspiraba compunjada cuando le echaban una reprimenda.

—Esta muchacha me va a matar—dijo doña Gabriela a la sirvienta.

—Ofrezca Ud. sus votos al Padre Eterno en la iglesia de Santa Clara, murmuró la beata.

—El Padre Eterno bien podria concederme la gracia de componerle el cerebro, que lo tiene mas duro que una piedra.

—Es en castigo de sus pecados de Ud., replicó la beata.

Por fin, Clarisa salió de su cuarto, vestida, peinada, en punto de ponerse un par de guantes viejos. Su vestido negro de lana tambien era viejo, i su sombrero de paño habia durado ya todo el invierno.

Doña Gabriela examinó a su hijastra de piés a cabeza i frunció las cejas.

—¿Por qué te has puesto ese vestido viejo?

—No está viejo todavía.

—¿Te parece? Debias haberte puesto el vestido claro i el sombrero de media estacion que te acabo de mandar hacer.

—Ese traje está demasiado ancho para mí.

—No es cierto. I, además, si está ancho, ¿acaso no puedes angostarlo?

—Mañana.

—Anda a ponerte el vestido nuevo, Clarisa!—dijo imperiosamente doña Gabriela.

—Es mui tarde.

—Esperaré; pero quiero que te pongas ese vestido; de otro modo, dirán que te tengo como una mendiga porque eres mi hijastra.

—¡Si sólo dijeran eso!—murmuró Clarisa entre dientes.

—¿I qué pueden decir? ¿Qué chismean esas malas lenguas? ¿No saben lo que me cuestan? ¿No saben que doi mi sangre para mantenerte i vestirme como una duquesa?

—¿Su sangre? pregunto irónicamente Clarisa.

—Sí, mi sangre; i si tu no fueses una bribona ingrata i una mendiga sin corazon, sino pertenecieras a una raza de piojosos soberbios, como era tu padre i como debia ser tu madre, tú misma lo reconocerias.

La jóven se habia puesto lívida; sus ojos echaban chispas i sus bonitos labios rojos temblaban de rabia.

—Oiga usted doña Gabriela—dijo en voz baja— que me insulte usted a mi está bien, es preciso que se lo soporte porque Dios lo ha querido así. Que insulte usted a mi padre, a ese buen hombre, es preciso que tambien lo soporte, ya que hizo la bestialidad de casarse con usted. Pero que insulte usted a mi madre, esa alma santa, usted, que no es digna ni de besar las huellas de sus pasos, nó, nó, tan cierto como que hoi es Pentecostes, eso, yo no le soporto! ¿Dice usted que mi madre era una piojosa? ¡Era una señora, oye usted! Los vestidos que se ponía los compraba en el almacen; las alhajas que llevaba, eran alhajas de fa-

milia. Cuando salia a la calle todo el mundo le decia: —«Dios la guarde!»— ¡Era tan buena! I usted ¿quién es usted? Una piojosa rica i nada mas. La plata que usted tiene, es la de los pobres que le piden prestado al ciento veinte por ciento de interes; los vestidos que se pone usted, se los venden criadas ladronas; sus alhajas son las que se pierden en la agencia, i cuando la jente la ve pasar por la calle, maldicen en voz baja la dureza de su corazon. ¡No hable usted de mi madre, doña Gabriela! Mi madre está en el cielo. Para usted quizas creó Dios el infierno.

—¿Pero por qué no quieres ponerte el traje nuevo? —esclamó doña Gabriela, sofocada por la rabia, mientras que, por tercera vez, el sacristan de los Santos Apóstoles hacia sonar la campanilla, i Cármen, espantada, se santificaba rápidamente.

—No quiero decirlo—replicó Clarisa obstinadamente.

—Pero yo lo comprendo sin que me lo digas. ¿Te lo ha prohibido tu enamorado?

—¿I si así fuera?—preguntó Clarisa con audacia.

—Ese tísico, ese raquítico, ese espanta pájaros, él es el que se mete a dar órdenes, a hacerse el celoso!

—Sí ¿i qué?—preguntó de nuevo Clarisa, a quien la emocion hacia temblar.

—Ponte el traje nuevo, en seguida.

—¡Nó!

—No me hagas hacer alguna locura.

—La llevarian al hospicio.

I Clarisa hizo un movimiento como para volverse a su cuarto. Pero doña Gabriela dió un salto i con su gruesa mano, calzada con piel roja, le pegó en las dos mejillas. Uno de los pesados brazaletes con dije azotó el cuello de Clarisa, que se puso a llorar i a gritar desesperadamente.

— ¡Cállate!—decía doña Gabriela en voz baja i ronca.

— ¡No! ¡No!—gritaba Clarisa para hacerse oír de toda la casa.

— ¡Cállate! ¡Cállate!

Pero la jóven, presa de una violenta sobrexitacion nerviosa, gritaba convulsivamente.

En el descanso del primer piso, doña Ursulina, que salía empujando delante de sí su rebaño de hijos pálidos, estenuada por el embarazo, murmuraba, contando los centavos que tendria que pagar en la iglesia por las sillas:

—Cásense, niñas, cásenle. Ya verán lo que les pasa.

I se enojaba porque los chicos, pendientes de los gritos de Clarisa, no querian ya ir a misa.

Plácidamente apoyada en el brazo de su marido, i ayudándose, con la otra mano, de un baston para sostener su obesa persona, doña Pepina Ranaudo bajaba la escalera lentamente, balanceando la cabeza, mal poblada i cubierta con un sombrero mui primaveral, pero, que por lo ménos contaba seis primaveras.

—Esa es la vida que hacen de la noche a la mañana—dijo sonriendo con lástima.

—Las muchachas son como la lana. Los golpes las mejoran—respondió don Alfonso, que gustaba de los proverbios i de la alegría fácil.

Mas lentamente todavía, don Vicente Manetta, el escribano retirado por un gobierno perseguidor, bajaba del segundo piso dando el brazo a su mujer, doña Isabel.

—¿Traes tu libro de misa, Isabel?

—Es claro.

¿Sabes por qué grita Clarisa?

—Probablemente porque su madrastra le ha pegado.

—¡Ah! juventud, juventud!

En el tercer piso, todos los estudiantes que habitaban el ala izquierda, se habían asomado a las ventanas. Por la derecha, el profesor de inglés, en gorra i zapatillas, i cinco hermanas suyas, mas o ménos maduras, aparecían detras de los vidrios. I en el patio, la mirada al aire, el cochero de la princesa de Santobuono entonaba:

¡Papá no quiere, mamá no quiere!
¿Cómo lo haremos, cómo lo haremos?

miéntras que el *groom*, impertinentemente, cantaba de voz en cuello:

Falta dinero; no lo tenemos.
¿Cómo lo haremos, cómo lo haremos?

Al fin, doña Gabriela bajó con Cármen que, para ir a misa, se había echado un velo negro a la cabeza. Doña Gabriela bajaba irritada, pero se esforzaba en aparecer tranquila i finjía no oír los sollozos de Clarisa, a quien había encerrado bajo llave en su departamento. Las personas que estaban en las ventanas, en los balcones o en la escalera, se callaron; pero la madrastra comprendía bien que, a pesar de las sonrisas con que la habían saludado las cinco hermanas del profesor de inglés—sonrisas obligadas, porque el profesor le debía doscientas veinte liras para pagar cuyos intereses sudaba sangre i agua, sin conseguir nunca disminuir su deuda—comprendía bien que, a pesar de esas sonrisas, las cinco damas se compadecían de la pobre prisionera i lamentaban su suerte; i bien sabía que los estudiantes del tercer piso, que habían empeñado sus relojes i sortijas en su agencia, la saludaban

por irrisión. Al pasar por el descansillo del primer piso, doña Gabriela oyó las palabras que murmuraba doña Pepina Ranaudo:

—¡Pobre niña, pobre niña!! Al pie de la escalera oyó a doña Isabel Manetta que decía a su marido:— «¿Pero no tiene tutor?» a lo que el marido, hombre de leyes, majistrado,—como él se decía, no sin agregar *mui integro*—había contestado:— «Sí, querida Isabel, el tutor podría intervenir». En el patio vió la sonrisa burlona del cochero i del *groom* de la princesa. Doña Gabriela sentía que todas esas jentes la despreciaban, la aborrecían, i que todos con padecían a su hijastra, cuyos sollózos, agudos i profundos, turbaban el tranquilo silencio de esa mañana primaveral. Solo doña Ursulina, a quien encontró en el vestíbulo, empeñada en dirigir la marcha de su reb año de niños, le dió unos *buenos días* humildes, casi cariñosos. Es que a cada uno de sus partos, doña Ursulina se endeudaba mas con doña Gabriela: todo su pequeño tesoro de modestas joyas, de ropa blanca fina, de cacerolas brillantes, estaba empeñado donde la usurera, que continuamente la amenazaba con venderlo todo, porque la pobre mujer, tanta era su miseria, no podía ni siquiera pagar los intereses. Así, cada vez que la deudora encontraba a su gorda acreedora, bajaba la cabeza, empalidecía i la saludaba con temblorosa voz. Pero doña Gabriela se daba clara cuenta de que la humildad de doña Ursulina denotaba un odio sordo i confuso: el odio de la víctima que se resigna.

¡Ah! Qué peso se le quitó de encima a la prestamista, cargada de oro i alhajas, cuando franqueó el vestíbulo, atravesó la plaza en veinte pasos i entró a la iglesia, donde ya el órgano sonaba para la misa cantada! Se arrodilló cerca del altar mayor.—Doña Ursulina se había arrodillado en una silla, en una

capilla lateral, i rezaba con fervor, miéntras sus hijos oían la música con la boca abierta, mudos i un poco avergonzados. Don Vicente Manetta, despues de haber estendido en el suelo un pañuelo de yerbas, hincó una rodilla, i con las manos juntas sobre el puño de su baston, la cabeza apoyada en las manos, el sombrero cuidadosamente colocado en una silla, interpellaba a cada rato a su mujer, en voz baja:

—Isabel, reza un rosario por las ánimas del purgatorio.

—Ya lo recé.

—Isabel, recita la oracion a San Andres Avelino, para la buena muerte.

—Y a la recité.

—Isabel, no te olvides de las sesenta *Glorias*.

Doña Pepina i don Alfonso Ranaudo, sentado el uno al lado del otro, se sonreían mutuamente, sonreían a las reverencias del sacerdote, sonreían a los movimientos de los niños que manejaban los incensarios. De los labios secos de la beata Cármen, salía como un débil silbido que acompañaba su rápida i maquinal plegaria. Solo doña Gabriela, todavía ajitada por la cólera, furiosa contra sí misma i contra los demas, no atinaba a rezar i se consolaba mirando sus brazaletes, palpando sus sortijas bajo la piel de sus guantes, sintiendo en las orejas el peso de sus aretes de oro enriquecidos con brillantes i perlas. Todos los demas tenían el corazon tranquilo, o no sentían sino la contrición de un dolor inocente; pero ella, en su angustia, debia contentarse con parecer una vitrina, vieja i fea, de joyero, en que cada alhaja parecia hecha con lágrimas i sangre.

Durante ese tiempo, prisionera en la casa, Clarisa lloraba i sollozaba todavía, sentada en el suelo. Pero su crisis nerviosa empezó a pasar; poco a poco volvía

de su violenta emocion. Luego se alzó del suelo, se arregló el vestido, se alizó el cabello. Era una criatura simpática i buena, de fisonomía viva, ojos grises llenos de fuego, facciones delicadas. Su voluntad era indomable... A los pocos minutos ya habia recobrado el dominio sobre sí misma, i salió a una pequeña azotea desde la cual se dominaba el patio. Cada piso tenia una azotea semejante, i por las azoteas se divisaba el pozo, que servía a todos los arrendatarios del palacio Santobuono. Clarisa se acercó al borde de la azotea, como para sacar agua del pozo. De pronto, en la ventana del frente, apareció un jóven. La azotea i la ventana estaban a un mismo nivel, pero separados por el vacío del pozo con sus redes de cuerdas, de poleas, de baldes i de cadenas. Aun inclinándose mucho sobre el pozo era imposible darse la mano... Los dos jóvenes se miraron con tal intensidad, que esas miradas mudas fueron mas elocuentes que las mas afectuosas palabras. Despues, el enamorado —rubio, blanco, delgado— empezó a hablar en voz baja, mirando al rededor con inquietud, mientras la morena muchacha tenia los ojos fijos sobre él i sonreía sin decir nada, dominada por la emocion.

—¿No fuiste a misa? preguntó Juan.

—Nó.

—¿Por qué?

—Porque no quise.

—Habla francamente: doña Gabriela te ha pegado.

—Nó, nó.

—¡Dí la verdad, Clarisa!

I su voz se hizo mas calurosa, mas insistente.

—Hemos disputado un poco— dijo la jóven, ruborizándose, incapaz de mentir.

—¿I por qué disputaron?

—Porque te amo.

—¿Me amas de veras, de veras?

—Bien lo sabes, Juan.

—¡No, no lo sé!—suspiró él, fingiendo que dudaba.

—¡I bien! ¿Quieres saber lo que hoi, por centésima vez, le he dicho a mi madrastra? exclamó Clarisa, animándose súbitamente.—Por la centésima le he repetido: «¡O Juan, o lo muer te!» I doña Gabriela, exasperada por esa declaracion, me dió una bofetada.

—¿Te ha hecho daño? preguntó él a media voz, palideciendo.

—Algo, contestó ella con orgullo. Pero ¿qué importa?

—¡Pobre Clarisa! Pobre Clarisa!

—¿Por qué me tienes lástima? Yo no inspiro lástima—esclamó Clarisa con exaltacion.

Se callaron. Una bocanada de aire fresco subia del pozo sobre el cual se inclinaban sus juveniles cabezas. Profundo silencio los rodeaba. Clarisa se habia trepado sobre un monton de cuerdas húmedas, como para acercarse mas a su amante. Dos o tres de las hermanas del profesor de inglés habian aparecido detras de sus ventanas, pero luego se habian retirado discretamente.

—Esta vida no puede durar—dijo bruscamente Juan.

—No puede durar, replicó Clarisa como un eco.

—Entónces ¿qué hacemos?

—Huyamos juntos.

—Sí, ¿pero despues? preguntó Juan, visiblemente turbado.

MATILDE SERAO.

(Continuará.)

LA NOVELA CONTEMPORÁNEA INGLESA

En la primera mitad del siglo, en el período de Walter Scott, la literatura inglesa producía dos novelas por semana, i ya entónces parecía mucho. Hoi, sin contar los folletines i las novelas de revistas, la estadística revela una producción media de 40 novelas por semana, o 2,000 por año, siendo de notar que la mas modesta no se tira a ménos de 4,000 ejemplares, i que las producciones de los autores favoritos del público llegan frecuentemente a ediciones de 100 i de 200,000 ejemplares, i debiéndose tambien tener en cuenta que con las bibliotecas circulantes i las colosales máquinas de difusión, como la London Library, la Muddie Library i tantas otras, cada ejemplar pasa por las manos de cientos de lectores, llegando al máximum de su circulación.

La novela, en tales condiciones, deja de ser simple fenómeno literario para pasar al rango de fenómeno social; entra en la categoría de los objetos ordinarios de consumo como la cerveza, el té i el tabaco, i se somete necesariamente al proceso fatal de la industrialización. Los editores imponen al autor su criterio fijando el tamaño, el tipo, el carácter i hasta el estilo de las obras; los autores se convierten, de artistas, en simples manipuladores. La obra de arte se hace cada

vez mas rara, i el éxito perdurable es sustituido por el éxito efímero, pero lucrativo, del momento.

El público inglés (i en él entra el norte-americano, el canadiense i el australiano) que consume novelas, es uno de tantos productos psicológicos de la democracia industrial, i se distingue profundamente del novolatino i del eslavo; nuestro público español, frances, ruso o italiano, es un público restringido, pero de cultura refinada, si no varía i profunda; el público inglés es un público vastísimo, pero de cultura mas grosera; aquel está formado por propietarios, funcionarios i profesionistas, a quienes las necesidades de la vida material ocupan poco, i sus energías intelectuales, dirigidas largos años en liceos, gimnasios i universidades en el sentido de la cultura ideal, tiende a desenvolverse en el mismo sentido, enjendrando naturalmente una literatura sutil, delicada, refinada, propia para satisfacer los gustos aristocráticos de nuestros intelectuales; el público inglés está formado por las clases industriales, que no hacen ni pueden hacer de la cultura artística un fin, ni pueden tener el refinamiento del público latino-eslavo. En la sociedad agrícola-aristocrática, el campo i la agricultura forman el elemento principal: en la sociedad industrial, los términos se invierten i las ciudades obreras absorben la poblacion campesina. La ciudad industrial inglesa i la ciudad aristocrática italiana, son los símbolos de las dos almas diversas de ambos pueblos; en la una, brillan los marmóreos i artísticos palacios del Renacimiento, hoi muertos i solitarios; en la otra, las fábricas antiestéticas de hierro, llenas de vida i energía. La evolucion industrial ha destruido en Inglaterra la clase de propietarios medios i de funcionarios ociosos, que son el terreno propio para el desarrollo de la cultura refinada; ha concentrado la riqueza en manos de unos cuantos, sometiendo el resto de la poblacion al trabajo continuo; la clase artesana ha formado el proletariado manual, i la media el proletariado intelectual. En política, esta trasformacion ha producido un gran progreso; en moral, un progreso parcial; en arte, un retroceso.

El público inglés, poco culto i sujeto a la necesidad del trabajo mecánico, no se halla en condiciones de gozar el placer puro de la contemplacion intelectual, ni de acumular esas energías psíquicas que en un momento feliz irradian esplendorosamente produciendo la obra de arte. La meditacion tranquila, casi soñadora, que es el estado propio del espíritu que crea, i que apareciendo semejante al ocio encierra en realidad una actividad profunda, compleja i admirable, es incompatible con el mecanismo del trabajo diario. Tal es la razon por la que las sociedades materialmente activas i prácticas no son artísticas, i por que los períodos históricos de accion son pobres en artes i en pensamientos.

Otro carácter del público inglés es el predominio del elemento femenino: la mujer en Inglaterra lee mas que el hombre; los dos tercios de los abonados a las grandes librerías circulantes son mujeres; de aquí la gran influencia que los gustos i las tendencias de la mujer ejercen en la literatura popular.

La psicología del público explica los caracteres de la literatura. La vida práctica del público explica por qué la novela se ha desnaturalizado hasta convertirse en un vehículo de cuestiones prácticas, relijiosas, políticas i económicas del momento. Esta misma vida, con su monótona regularidad, explica el gusto por lo imprevisto, i por lo mismo, la novela fantástica, que hace en Inglaterra el papel del opio en la China, alegrando, con los vivos colores del sueño el horizonte uniformemente grisáceo de la vida. Toda esta literatura, buena por el momento, se pone en seguida rancia, i pasa con ella lo que con la lectura de los diarios: nada mas interesante que las noticias i discusiones del dia, ni mas atractivo que la lectura del periódico que las trae; pero un periódico atrasado parece un monton de cenizas. Lo mismo ocurre con toda esta literatura efímera, a pesar de la habilidad de factura con que frecuentemente se presenta.

I no es que Inglaterra carezca de autores distinguidos i de público culto; posee unos i otro. Pero así como la aristocracia histórica ha perdido la direccion de la

vida política i social, así la aristocracia literaria no tiene influencia alguna en el mercado de la literatura, i los mas insignes novelistas se quedan en la oscuridad, admirados por un público tan escojido como limitado, que no puede alcanzar a recompensar materialmente a sus autores en proporcion de la admiracion que por ellos siente. Uno de ellos sobre todo, que no tiene en la literatura moderna mas rival que Balzac, Jorje Meredith, cuya primera obra maestra data de 1857, no ha visto premiada su labor hasta estos últimos años.

De aquí el problema: ¿Está destinada a desaparecer la aristocracia literaria democratizándose, o se aristocratizará el industrialismo literario? ¿Matará el libro del día al libro del siglo? Miétras la sociedad inglesa siga siendo lo que es, la literatura industrial mantendrá su prepotencia, i la literatura artística seguirá siendo pasto de un público tan selecto como escaso.

La clase mas numerosa de novelistas i el tipo mas propio de novelas, es el relacionado con los problemas de la moral; esta preocupacion moral ha entrado en la literatura inglesa a fines del siglo pasado, se ha afirmado con Dickens i con Thackeray, i domina hoi como inviolable lei. Ha trasformado la novela en un sermon dramatizado, conquistando así el apoyo de la Iglesia; los *clergymen*, en sus predicaciones del domingo, desarrollan frecuentemente la tésis de las novelas en boga, i los fieles las compran.

El mas ilustre representante de esta escuela es la señora Humphry Ward, cuyas novelas, grises i monótonas, no solo desarrollan siempre una tésis moral, sino que están empedradas de trozos de elocuencia religiosa; María Corelli, de origen italiano, la ha sucedido i sobrepujado en el favor del público, no por su mayor valor positivo, sino por su fácil i profusa imaginacion meridional; en *Barrabas*, *Los dolores de Salanas*, *Una novela de dos mundos*, etc., se ponen en juego los grandes delitos i pasiones, riquezas fabulosas i misterios impenetrables, ánjeles i demonios i todos los elementos de la dramática popular. Otro escritor del jénero es Hall Caine; su último libro, *El Cristiano*, lleno de sensualismo disimulado i de misticismo román-

tico, es su obra maestra, especie de síntesis de lo que pasa ordinariamente a los ojos del pueblo londonense, despertando su curiosidad.

Dentro del mismo género, pero enfrente de la moral ortodoxa, está la heterodoxia. Los iconoclastas de la moral actual, interesados sobre todo en las cuestiones conyugales, han creado la novela *sexual*, cuyos principales representantes son Sarah Grant, Jorje Egerton, Mona Caird, Arabela Kenealy, Gran Allen i Tomas Hardy. Sarah Grant, la enemiga del varon, ha flajelado la brutalidad del hombre, que sacrifica la mujer a sus placeres, siendo sus obras mas conocidas *Heavenly Twin* i *Beth Book*; Mona Caird sostiene, en *Las hijas de Danao*, que la mujer no debe estar sometida ciega-mente a los deberes de la maternidad; Grant Allen ha patrocinado en sus obras la teoría del amor libre, i Hardy en las suyas ha pintado con vivos colores las desilusiones de la vida sexual.

El segundo puesto por la importancia i el primero por la profusion i la difusion, lo ocupan las novelas de intriga, la *plot-novel*, ramificada en multitud de especies: la criminal, la de aventuras, la de descubrimientos de tesoros, la fantástica i muchas otras. El mismo Darwin hacia de estas novelas su principal recreo intelectual, miéntras le dejaban frio los dramas de Shakespeare, fenómeno que él atribuía a la atrofia del sentido estético por el uso excesivo de la observacion. El *plot* o intriga ha llegado a ser un artículo de comercio, habiendo autores que se dedican a forjar *plots* para venderlos a escritores de poca imaginacion.

Los autores mas en boga de este género, son: Walter Besant, novelista de intrigas contemporáneas, cuya novela mas famosa es *All sorts and conditions of men*, Miss Braddon, la mas fecunda de todos; Merri-man, Carlos Benham i Frank Barrett, que han picoteado en todo género de intrigas; Antonio Hope, que se ha ceñido a una especialidad de narraciones; Rider Haggard, dedicado a la evocacion de tiempos i paises remotos; Clarke Russel, especialista en aventuras de piratas, i Wells, especie de Verne psico-metafisico.

La novela de costumbres, simple fotografia de la

realidad, es de las mas florecientes, i entre sus cultivadores figuran Norris, Zangwill, Morrison, Crocket, Emma Marshall i Maclaren, que han puesto a contribucion todas las clases i todas las provincias, creando la novela aristocrática, la profesional, la militar, la clerical, la del Norte i la del Sur, la escocesa i la irlandesa, la comercial i la burguesa.

Otro especialísimo jénero de novela lo ha dado la aficion de los ingleses a los viajes i el desarrollo inmenso de su poder colonial. Entre los novelistas de costumbres extranjeras figuran algunos de los mejores escritores contemporáneos, como Rudyard Kipling, el pintor de la vida de la India; la señora Steele, cultivadora de narraciones de la misma rejion; Oliva Schreiner, narradora de escenas de costumbres del Sur de Africa, i Luis Beck, cronista de los tiempos históricos de la conquista de Australia i del Pacífico.

Entre los miles i miles de novelas que produce Inglaterra, es rarísima la aparacion de una obra de arte. Entre los autores, si bien es cierto que la mayoría son simples manufactureros, no faltan quienes posean notabilísimas facultades artísticas. Kipling es escritor de vigor estraordinario, con vivísimo sentido de los efectos dramáticos; Hope tiene una imaginacion tan fina como graciosa; Morrison i Gissing, los pintores de la vida obrera de Lóndres, son observadores profundos. Pero la produccion literaria, hasta en sus mejores resultados, queda fuera del verdadero campo del arte, por la preocupacion didáctica i moral, por la necesidad de hacer interesante el libro a un público falto de sentido estético, adaptándolo, como un periódico, a las cosas del momento.

Los dos novelistas que en Inglaterra representan el arte puro son Jorje Meredith i Tomas Hardy; pero su éxito en el gran público ha sido escaso i lento, no habiéndolo llegado a medio conquistar sino a fuerza de producir obras maestras. Meredith ha cumplido ya sus setenta años i su labor puede estimarse conclusa; es una obra colosal, como la de Balzac. El primero de estos libros, *Ricardo Feverel*, es la mas alta representacion de la literatura inglesa del siglo, superior a

la de Dickens por la riqueza, variedad i altura de propósitos, i a la de Thackeray, por el poder creador i el esplendor poético que la colorea. La labor de Meredith es la gran epopeya de la juventud i de la actividad: de todas sus páginas parece brotar una voz que os dice: «Vivid, vivid como podais, sin dejaros jamas vencer por el sueño ni el dolor». Como psicólogo i pintor de la juventud, de sus ilusiones i sus jenerosidades, Meredith es único en la literatura universal; como psicólogo i pintor de mujeres no tiene quizá mas rival que Shakespeare; su galería de mujeres, no solo es la mas rica de la literatura moderna, sino que tiene propia orijinalidad por su maravilloso carácter objetivo. El arte de componer i el estilo de Meredith llevan tambien en su orijinalidad el sello del jenio; no falta quien tache de artificioso su método, pero representa, por el contrario, la reaccion de la verdadera naturaleza contra la naturaleza convencional.

Tomas Hardy es otro verdadero artista, aunque bastante distante de Meredith, por no tener ni la riqueza de su fantasía creadora, ni sus ideas múltiples i varias de la vida, ni su objetivismo i superior serenidad. Hasta representa la tendencia opuesta: el subjetivismo, el pesimismo doloroso i la sublevacion contra las leyes de la vida. Sus personajes, estraña procesion de figuras pálidas i mal vestidas, inútilmente intelijentes i buenas, presentan vivo contraste con la familia señorial de Meredith, rica de todos los dones de la naturaleza i de la sociedad. El arte de Hardy, si tiene ménos variedad de tonos que el de Meredith, tiene algunas notas mas delicadas i profundas, siendo mas directa e intensa su accion. La tristeza que se desprende de las obras de Hardy no es la tristeza del pensamiento, como en Leopardi, ni la del sentimiento como en Musset; es una especie de tristeza instintiva, mas fatal i profunda, que podia llamarse la tristeza natural de la vida por oposicion a la alegría de la vida, de Meredith. De los dos grandes procesos perennes de la naturaleza, el nacimiento i la muerte, el desarrollo i la decadencia, la formacion i la disolucion, Hardy está fascinado por el segundo, i en toda cosa i en todo

hecho siente la presencia de la muerte. A primera vista la idea fundamental de la labor de Hardy parece idéntica a la de Flaubert; pero la diferencia es profunda: Flaubert odia la vida, e intenta deprimirla i envilecerla; Hardy otorga amplia parte a la belleza i al bien, i esta fusion de la bondad i la tristeza, de la belleza i de la muerte, vela con magnífica poesía su pesimismo, dando a sus libros una orijinalidad i un encanto que los distinguen de todas las demas obras pesimistas de la literatura contemporánea.

OLINDO MALAGODI.

NOTAS E IMPRESIONES

EL DIARIO DE ORDOÑEZ.—

En otra seccion de este mismo número de la REVISTA se publica el diario del jeneral don José Ordóñez, durante el sitio de Talcahuano de 1817. Esa pieza histórica, inédita hasta ahora, fué descubierta hace poco tiempo i hoi se encuentra en la Seccion de Manuscrito de la Biblioteca Nacional.

Cuando el ejército realista fué derrotado por San Martín en la cuesta de Chacabuco, desempeñaba Ordóñez las funciones de Intendente de Concepcion. Durante largos meses sostuvo con un valor i una perseverancia nada comunes la causa del rei en el sur del país. Fuerzas patriotas, mandadas por Las Heras primero i por O'Higgins en seguida, lo obligaron a encerrarse en la plaza de Talcahuano. Allí permaneció durante cerca de nueve meses, hasta que los auxilios enviados por el virrei del Perú obligaron a los patriotas a levantar el sitio, i permitieron a los realistas emprender la campaña que tuvo su desenlace en la batalla de Maipo.

Creemos que los lectores de la REVISTA leerán con gusto esa interesante pieza histórica.

LA FABRICACION DE MONSTRUOS HUMANOS EN LA CHINA.—

Dice J. Drexelias en el *Mercure de France*:

«De cuando en cuando, las autoridades chinas, por medio de proclamas o de avisos en los diarios, ponen al público en guardia contra los robos de niños. En Europa, los saltimbanquis suelen todavia robar niños, a los que hacen los tormentos de la desarticulacion; en la China, los ladrones de niños son fabricantes de monstruos. Aun hai quienes creen que los autores de de esos raptos, poseen ciertar drogas que, administradas a las victimas, las ponen bajo su absoluta dominacion; pero no existen documentos que confirmen esa creencia, i se ignora cuáles podrian ser las sustancias que poseyeran tal virtud. Lo mas verosinil es que esas drogas produzcan una afasia que llegue hasta la pérdida completa de la palabra articulada. Si a ese tratamiento se agrega la reclusion en una cuadra enteramente oscura i unas cuantas deformaciones i mutilaciones, se obtendrán seguramente los resultados apetecidos por los fabricantes chinos de monstros humanos.

Quemar a fuego lento, desollar en vida, son torturas inventadas por el odio político o religioso. Los fabricantes de monstruos, que no tienen por objetivo hacer sufrir a sus victimas, gastan prácticas mucho mas espantosas i complicadas. He aquí como proceden para transformar un hombre en animal: arrancan a la victima la piel por medio de pequeños tajos, i sobre la sangrienta llaga aplican un pedazo de piel de animal, preferentemente, de oso o de perro. Esta operacion puede durar mucho tiempo, porque produce exesivo dolor, i ademas las heridas pueden inflamarse. Cuando la victima ha cambiado enteramente de piel, cuando ha quedado convertida en un hombre perro o en un hombre-oso, en una espantosa fiera, sin igual en la creacion, es menester volverlo mudo, tanto para completar la ilusion de monstruosidad cuanto para quitar a la victima el medio de poder revelar sus largas i terribles torturas.

Un diario chino, el *Hupao*, ha descrito el aspecto de un hombre transformado así en animal i que se exhibia en Kiangsi. Todo su cuerpo estaba cubierto de piel de perro, sustituida a su verdadera piel. Podia mantenerse en pie (a veces a los *monstruos* les cortan los pies para que se vean obligados a andar a gatas), pronunciaba sonidos inarticulados, se sentaba, hacia diversos jestos, en una palabra, se conducia como un hombre verdadero. Un mandarin oyó hablar de ese hombre-bestia, i le hizo llevar a su palacio, en donde su peluda piel i su apariencia absolutamente bestial, causaron tanto terror como admiracion.—«Eres hombre» le preguntó el mandarin a ese sér extraordinario, que respondió con una señal de cabeza afirmativa.—«Sabes escribir?» Un nuevo signo afirmativo fué la respuesta. Pero cuando le pasaron un pincel para que escribiera no pudo servirse de él porque le habian mutilado las manos. Entónces, el mandarin hizo derramar ceniza en el suelo, i el hombre-perro, agachándose, trazó sobre ella, con el muñon del brazo derecho, cinco signos que significaban su nombre i su provincia. El mandarin siguió averiguando, i se pudo saber que el monstruo habia sido robado i sometido a largas torturas. Su esplotador, condenado a la pena capital, declaró, en el curso del juicio, que apénas una víctima sobre ciento resistian al cambio de piel.

Para obtener monstruos, tienen los chinos otro procedimiento: injertan un niño en un hombre, pecho con pecho, imitando los casos de tetarolojia natural. Esa operacion es parecida a la del cambio de piel: consiste en poner en contrato, por medio de anchos cortes, ambos sistemas vasculares i obtener una especie de circulacion entre los vasos sanguíneos de los dos sujetos injertados. Segun denuncios del cónsul Cinatte, los chinos son mui hábiles en hacer esos injertos entre animales.

Parece que la privacion de la luz basta para convertir un niño en un monstruo bastante curioso, sobre todo, si se le alimenta de un modo especial i se le atrofian las cuerdas vocales. Así se fabrican Budas vivos, que las bonzos (sacerdotes) exhiben ante las piadosas

multitudes. Un niño, después de largos años pasados en una oscuridad absoluta, se volvió perfectamente blanco, casi como de nieve. Además, se le mantuvo inmóvil ese mismo tiempo, en la conocida posición de los Budas, no le hablaron jamás, ignoraba todo de todo; al fin, se convirtió en un sér casi vegetal, en una especie de callampa con vida. Exhibida ante los fieles, esa masa de carne con brillantes ojos, fué venerada por la multitud.

En Shanghai, algún tiempo después de la apertura del puerto al comercio europeo, se exhibía un monstruo de cabeza enorme, largas trenzas i anchos bigotes: tenía veintitres años i su cuerpo no era mayor que el de un niño de tres años. Se había obtenido ese resultado, manteniendo veinte años el monstruo, dentro de un jarro, del cual apenas salía la cabeza, que, por eso, había crecido tan extraordinariamente.»

LOS REYES DE ITALIA I EL PAPA.—

Leemos en una revista europea:

«La ruptura i la hostilidad entre los poderes que habitan en Roma, no están completa i violenta como pudiera creerse. Algunos temperamentos conciliadores han mediado entre ellos, i la ficción que permite al Papa distinguir entre el rei de Cerdeña i el rei de Italia, produce efectos útiles en la vida cotidiana.

Humberto I, aunque escomulgado, oye misa, recibe los sacramentos, i tiene capellanes piemonteses en Roma i en Monza. El día de su santo se cantan *Te Deum* oficiales en el reino de sus antepasados, i también en Lombardia i Venecia, arrancadas por la casa de Saboya al dominio austriaco. También el clero, en esas rejiones, asiste a las ceremonias públicas. El patriarca de Venecia, por ejemplo, bautiza los nuevos barcos de guerra en presencia de la familia real.

Entre el rei de Italia i la Iglesia, no debería haber, en principio relación alguna. Pero en el hecho no es así. Víctor Manuel, ántes de morir, recibió todos los

ausilios de la religion, con la formal autorizacion del Papa.

En Roma misma, el rei tiene una iglesia especial, el santuario del Sudario, donde en 1893 se celebraron fiestas religiosas en celebracion de las bodas de plata de Humberto i Margarita. El matrimonio religioso del principe de Nápoles con la princesa Elena de Montenegro, se verificó, en 1896, en la iglesia de Santa Maria de los Angeles, con el consentimiento de Leon XIII.

Esta estraña situacion produce muchos pesares a la reina Margarita, que es mui piadosa, i que a menudo ha espresado a los miembros del Sacro Colejio, su ardiente deseo de una reconciliacion que satisfaga su conciencia de cristiana i los intereses de la casa de Saboya.»

LO QUE GANAN LOS ESCRITORES EN ALEMANIA.—

En un artículo sobre esta materia, publicado por Tony Kellen en la revista berlinesa *Nord und Sud*, se lee que Enrique Heine fué el último poeta alemán a quien sus versos procuraron, mas o ménos, con qué vivir. El mismo Heine decia con orgullo:—«Mis versos son oro en barra». Ello era exacto para sus editores, que le pagaban precios irrisorios. Campe le dió 1,200 francos por el *Libro de los Cantos*; Cotta le compró en 20,000 florines el total de su produccion para tres diarios. Además, el mismo Campe compró a Heine todos sus derechos de autor en 20,000 francos, con los que el poeta apenas pagó sus deudas.

Después de Heine, la poesía nada produce a los poetas en Alemania, i los escritores se dedican al teatro i a la novela, que son mas reproductivos. Gustavo Freitag vendió su serie de los *Abuclos* en medio millón de francos. Hacklaenden recibió una suma casi igual por la totalidad de sus trabajos. Una sola reproduccion de *Fuegos fatuos i fantasmas* valió 22,000

francos a Max Kretzer. Reuter ha ganado con sus libros mas de 2.000,000 de francos.

Entre los autores contemporáneos, Sudermann i Hauptmann son los que mas ganan con sus trabajos literarios. *El honor* ha producido al primero mas de 100,000 marcos de derechos de autor en el teatro Lessing, amen de 2,000 libras esterlinas cobradas en Inglaterra, en donde se le pagaron 500 libras por el derecho de la primera representacion del *Fin de Sodoma*. Un diario pagó a Sudermann 25,000 francos por el derecho de reproducir una novela suya como foletín.

En cuanto a Hauptmann, las ediciones de sus obras se suceden en número creciente: los *Tejedores* han alcanzado 22 ediciones; la *Campana hundida*, 44; los *Solitarios*, 10; *Hannele*, 8; el *Cochero Henschel*, 8 en una sola semana.

Pero estas son escepciones raras. Muchos novelistas alemanes se dan por muy satisfechos cuando venden 500 ejemplares de sus mejores obras, i eso, merced a la *réclame* de los diarios.

LA ESCUELA DE LAS ROCAS.—

Conocida es de los lectores de *La Revista Nueva*, la agitacion producida en Francia, i en el mundo entero, por el célebre libro de Desmolins, *Aquoi tient la supériorité des anglo-saxons*. La publicacion de ese libro hizo honda impresion en todas partes, pues culpaba, en síntesis, de la decadencia de los pueblos latinos, al sistema de educacion en ellos usado. La discusion sobre las teorías de Desmolins, aun no ha concluido del todo; pero el escritor frances quiso tambien predicar con el ejemplo i fundó la *Escuela de las Rocas*, no léjos de Paris, respecto de la cual dice lo siguiente L. Belugou:

«Tenia curiosidad por ver de cerca la *Escuela de las Rocas*; durante dos dias, gracias a la amabilidad de su fundador i director, he podido visitarla i estudiarla; i he aquí, sin ningun prejuicio sistemático,

algunas de las observaciones que esa visita me ha sujerido.

En primer lugar, ese colejio no es un colejio, un enorme edificio som'brio, sino una casa alegre, habitada por una familia de cincuenta niños. Esos niños respiran alegría i salud; son injenuos sin timidez, al contrario de los demas colejiales.

La vieja máxima nacional de que «el maestro es el enemigo» es desconocida en este El Dorado, en donde ni los estraños son objeto de malevolencia alguna, como a menudo ocurre en los patios de un liceo.

La autoridad no es inquisitorial ni porfiada, lo cual hace que no se produzcan motines. Los alumnos, no son vijilados ni durante sus estudios ni durante las horas libres, i, cosa estraña, no abusan de esa falta de vijilancia. Al reves, adquieren el sentimiento de la responsabilidad, practican la libertad, i se preparan a ejercer virilmente su mision de hombres.

Refiriéndome a los estudios, diré que la superioridad de la Escuela es incontestable en la enseñanza de las lenguas vivas. Muchachos de diez a trece años hablan corrientemente inglés i aleman, cosa que la Universidad no obtiene sino despues de ocho años de áridos estudios. M. Desmolins ha tenido la injeniosa idea de agrupar a los niños, para las comidas, en mesas presididas por profesores estrañeros, de tal modo que en algunas mesas no se habla sino inglés i en otras solo aleman. Además, esos profesores no se dirijen a los niños sino en la lengua que les enseñan, lo cual produce espléndidos resultados.

La duracion de cada clase no pasa de una hora, i, siempre que ello es posible, se sustituyen las esplicaciones abstractas, por la presentacion de los respectivos objetos.

Los niños practican la jardinería, la carpintería i los sports atléticos mas en uso.

La iniciativa de M. Desmolins es, pues, alentadora i su ejemplo debe seguirse, si se quiere que se realice la tan anhelada reforma de la enseñanza.»

CONSEJOS DE UN POETA A LOS «JOVENES APRESURADOS».—

El conocido poeta frances Vielé-Griffin, da en *L'Ermitage* algunos consejos a los jóvenes apresurados que se lanzan, despreciándolo todo, a la conquista de la gloria.

«La gloria—dice Vielé-Griffin—no puede ser patrimonio de todos. No nace sino mediante la seleccion que su propia esencia supone. Cada cual es libre de criticar los métodos de esa seleccion, declararlos caprichosos, absurdos; ello no obsta para que la gloria so pena de anularse, no pueda ser de todos, como la luz del sol.

La memoria naturalmente perezosa del público pide un nombre, como el espíritu de síntesis de la crítica, pide una obra: eso es la gloria. Victor Hugo, personificado en su *Leyenda de los siglos*, fué el único que quedó del triunvirato romántico: Lamartine i Musset pasaron a segunda fila; los demas se perdieron en la sombra.

Esa sombra en que se ajitaron, codo con codo, Vigny i Baudelaire, Verlaine i Mallarmé; esa sombra en que vive Verhaeren, en que murió Laforgue, fué para aquellos a cuyo lado yo tomé conciencia de la vida, como la sombra de los laureles. Nos complaciamos en ella, porque el sitio era fresco i solitario, ántes que el fúnebre Verlaine, llevando tras sí una horda estraña, levantase el amargo polvo del bombo. Así fué violada nuestra soledad, i la turbulenta escolta se ha ido, con nuestros maestros, a no se qué luxemburgos senatoriales i oficiales.....

Vivamos, pues, bajo esa sombra; nuestra hora es buena; la gloria del sol luce para todos a traves de las ramas. Piensa, ambicioso, en que la corona de laurel no sienta bien sino en las tumbas en que se arrodillan los siglos; porque entónces, esa corona significa el asentimiento cierto de una multitud, pero de una multitud que ha ido aumentando a cada jeneracion; de una multitud que no fué primero sino una *élite*,

a la cual cada edad ha ido agregando otra, imponiendo así, victoriosamente, a la multitud efímera el culto de su pensamiento i el culto de sus admiraciones.»

UNA PÁJINA INÉDITA SOBRE LEOPARDI.—

Entre los papeles inéditos del célebre hombre público i escritor frances, Challemel Lacour, se ha encontrado la siguiente interesante página sobre Leopardi:

«Es poeta, es filósofo, escribe corrientemente obras maestras; pero ya el amor a la gloria, tan poderoso ántes en su alma, ha sido arrancado de raíz por el exceso de dolor. Encuentra amistades nobles; porque ese desesperado, ese melancólico, ese miserable a quien devora el fuego de la fiebre i a quien ajitan todas las tempestades del pensamiento, está lleno de esa indulgencia que es la gracia del jenio, i como es tanto mas inofensivo cuanto es mas basta su intelijencia, gana sin quererlo todos los corazones. Muere amado de todos, aunque abandonado; pero ni la amistad ni la gloria podian ya nada para amortiguar sus sufrimientos.

Cada invierno, empalidece, se seca, queda inmóvil i marchito, no viviendo ya sino una vida central, como un arbusto. El fuego en el cerebro; pero un fuego infernal i violento; se apacigua i reverdece en primavera.

Bien pronto esa misma primavera se hace demasiado fria, i le es menester un sol mas ardiente para reanimarla. Pobre, condenado a las privaciones, llevando sobre sus hombros precozmente abatidos el fardo de sus esperanzas desvanecidas, de su patriotismo desolado, de las opresiones que pesan sobre Italia i sobre él, Leopardi se arrastra penosamente de Florencia a Roma, de Roma a Nápoles, i a medida que avanza en la vida, es decir, que se hunde en el dolor, su pensamiento se alza mas viril i mas sereno, aunque mas entristecido, porque su tristeza no se parece a las blandas lamentaciones que enervan: no es sino el reflejo brillante i sombrío de la verdad intrépidamente mirada de frente.

Su existencia se convirtió en un suplicio de espantosa uniformidad. Al fin, sus enfermedades tienen nombre: se llaman tisis, hidropesía, escrófulas, lo que el vocabulario médico tiene de mas atroz. Los huesos reblandecidos no sostienen ya la débil armadura de carne, la llama consume la antorcha. Las carnes abiertas dejan ver todo el esqueleto, a través de una piel arrugada, pálida i ardiente. Los pulmones no se dilatan ya en su apretada prision; el corazon, ahogado en linfa, no tiene sino latidos raros, penosos, irregulares. Como una esponja, el cerebro bebió todas sus fuerzas vitales, i Leopardi pudo, en vida, contemplar el cadáver en liquefaccion al cual la naturaleza habia encadenado su jenio.»

CORREO DEL TEATRO

PARIS.—

Gran éxito alcanzó, en el teatro de la Puerta de San Martín, el nuevo drama de Edmundo Haracourt, *Juan Bart*. Se trata de algunas aventuras del célebre corsario. Juan Bart lucha con los ingleses, es hecho prisionero, se fuga, reconquista su buque, salva Dunkerke del hambre, i, al fin, es presentado a Luis XIV. El nuevo drama de Haracourt es variado, no languidece, i algunos de sus episodios son de lo mas entretenido. El autor ha sacado excelente partido de la famosa anécdota del barril de pólvora que Juan Bart amenazó encender, para volar él con los ingleses, si éstos no le devolvían su buque. La entrevista del célebre marino con Luis XIV es una de las escenas notables de la obra.—Una intriga amorosa entre Claudio de Yorbin i Elena de Frajes sirve de lazo de union entre los diversos cuadros.—Coquelin obtuvo nuevo i ruidoso triunfo en el papel de Juan Bart.

—En el Odeon fué mui aplaudida una comedia de Enrique Bataille, *El encanto*, cuyo autor goza ya de mucha reputacion entre los modernos escritores dramáticos franceses.

El encanto es el estudio de un caso psicológico mui curioso, hecho con sutil ingenio. La principal heroína de esta pieza es una jóven, casi una niña, Juanita, que ha sido educada por su hermana mayor, Isabel. Cásase ésta con Jorje Dessandes; pero el mismo dia de su boda, Juanita intenta suicidarse dejando escrita una carta en que dice que se mata porque ama al marido de su hermana. La jóven es salvada, i, como se comprende, se

plantea un grave problema para Isabel i su marido. ¿Qué hacer con ella? Resuelven llevarla a vivir con ellos al campo, confiando en que su pasion se tranquilice. Fácilmente se comprende la estraña situacion de Jorje, amado de dos mujeres, una de las cuales es hermana de su mujer, i viviendo con ellas en la misma casa. Para pintar esa situacion, Bataille ha hecho gala de su ingenio de escritor cómico.—La composicion de su obra es excelente i el estilo correcto i propio.—El desenlace del *El encanto* ya se sospecha: Juanita abandona la casa de su hermana, que tiene celos de ella, i se casa con un amigo de la familia.

—Otra comedia, *Francina o el respeto a la inocencia*, de Ambrosio Janvier, ha tenido tambien mui lijero éxito en el teatro de Atenea. *Francina* es una pieza llena de alegria i de buen humor, mui del gusto del público parisiense de los bulevares.

—En los Bufos se ha estrenado *Champignol malgré lui*, rejocijada comedia de Feydeau i Desorlières.

—Entre las reprises que, con motivo de la Exposicion, han dado algunos teatros, han llamado la atencion la de la célebre tragedia de Ponsard, *Carlota Corday*, representada en el Odeon por la compañía de la Comedia; i la de *Madame Sans gêne* por la compañía de la Rejane, artista que ha sido objeto de cariñosas manifestaciones de parte del público i de la prensa.

BRUSELAS.—

Grandioso fué el triunfo obtenido por Emilio Verhaeren en el teatro del Parque, con *El Claustro*, hermosa obra que, sin duda, recorrerá los principales teatros del mundo.

El crítico Herold dice lo siguiente sobre *El Claustro*:

«Hace mucho tiempo que no veíamos ni oíamos una obra drámatica tan sencillamente hermosa como *El Claustro*. El autor renueva con ella la tragedia pura: sin romper jamas la armonia de las líneas, Verhaeren nos presenta un drama íntimo terrible i violento. Todo en esta obra es sobrio, todo se dice donde i cuando debe decirse.

Despues del primer acto, mui claro, en que se esponen la situacion i el carácter de los personajes, llegamos en el segundo, a la escena en que, delante de los monjes, se confiesa don Baltasar. Luego sigue la deliberacion de los monjes, que deben juzgar a su hermano. ¡Con qué maestría, en unos cuantos rasgos,

ha sabido Verhaeren trazar los caracteres de esos hombres! I cómo adivinamos la intensidad de sus pasiones!

Don Baltasar, parricida impune, no encuentra el reposo para su conciencia en la confesion ante sus hermanos, como no lo habia encontrado en su ingreso al convento ni en su confesion secreta al prior. Absuelto por éste por segunda vez, no se absuelve él a sí mismo. I don Marco, el monje mas jóven, le dice:

—Hermano mio, es menester que te presentes a los jueces. I Baltasar comprende cuál es la espiacion necesaria. Esta escena es de maravillosa grandeza, i creo que, desde *Políuto*, no se habian oido en el teatro versos de tan pura forma i de tan arrogante belleza.

I en el último acto, el escándalo de la confesion pública, en la capilla. Esa escena es tambien admirable. Verhaeren, que es un gran poeta, ha escrito una hermosísima tragedia.»

BIBLIOGRAFÍA

Poesías, por SAMUEL F. LILLO.—Santiago, 1900.

Ocupa el autor de este libro, lugar de preferencia entre los poetas jóvenes que con sus obras están devolviendo su antiguo brillo i prestigio a la poesía chilena. Los versos de Lillo son armoniosos, enérgicos, ricos en espresion i bellos de forma, sin las deformaciones que suelen inflijir a sus versos algunos poetas mas amantes de lo nuevo que de lo bello. En todas las composiciones que contiene este tomo de *poesías*, se nota alta inspiracion i cumplida maestria en el manejo de la versificacion castellana. Tampoco adolece Lillo de los desequilibrios de sentimiento o de ideas que a veces hacen desmerecer algunas obras poéticas.

Un viaje a Valdivia, por JOSÉ A. ALFONSO.—Santiago, 1900.

Si todos los chilenos que viajan en su propio pais—que, por desgracia, no son muchos,—poseyeran el don de observacion del señor Alfonso i vaciaran sus impresiones en un libro, es seguro que mas conoceriamos nuestro propio pais i mas nos interesaríamos por su adelanto i su progreso. El señor Alfonso hizo a Valdivia un viaje por tierra, i pudo observar los progresos que esa rica provincia ha hecho merced al establecimiento en ella de una laboriosa e intelijente colonia alemana. Solo podria reprocharse a las páginas del señor Alfonso, cierta exajeracion en la admiracion de esos progresos, exajeracion que, en ocasiones, le lleva a hacer algunas observaciones injenuamente candorosas, que chocan con la exactitud i discrecion del libro considerado en conjunto. Las condiciones de escritor del señor Alfonso, son por lo demas mui dignas de estimacion.

Deuda Pública de la República de Chile en 1899.—Santiago, 1900.

La Direccion Jeneral de Contabilidad ha acumulado en este folleto todos los datos relativos a nuestros empréstitos internos i externos desde la época del Gobierno de O'Higgins. Las personas que necesitaban esos datos tenian ántes que imponerse una fatigosa labor para encontrarlos. Estaban ellos dispersos en diarios, boletines i otras publicaciones oficiales. Hoy están todos reunidos en un pequeño volúmen completo i de facilísima consulta.

El Amor Patrio, por RUPERTO OROZ.—Valparaiso, 1900.

El autor de esta monografía, funcionario distinguido del servicio de instruccion primaria, se propone ofrecer a sus colegas del preceptorado un guia para facilitarles su accion en una de las mas importantes i, ordinariamente, mas descuidadas tareas del educacionista: el cultivo i perfeccionamiento del amor patrio en el corazon de los alumnos. Ojalá los maestros estudien el libro del señor Oroz i se esfuercen por inculcar a sus alumnos las hermosas ideas que él contiene.

Dos pájinas de psiquiatria criminal, por José INGEGNIEROS.—Buenos Aires, 1900.

Con este título ha compilado en un elegante folleto, una serie de artículos publicados en la *Criminolojía Moderna*, revista de Buenos Aires, el jóven i ya distinguido médico i escritor argentino José Ingegnieros. Apartándose de la tendencia meramente imaginativa o politiquera que domina a los escritores jóvenes en los países americanos, Ingegnieros se ha dedicado desde hace algunos años a estudios de utilidad práctica, de carácter netamente científico, de esos que mas positivos servicios pueden prestar al progreso de nuestras incipientes nacionalidades. Ingegnieros es un apóstol enérgico i convencido del socialismo científico i ha tenido el raro valor de predicar la paz internacional en los momentos de mayor efervescencia de las pasiones bélicas en la República Argentina. Forma parte de la Asociacion Internacional de la Paz, que existe hoy en Buenos Aires, i cuyo objeto es hacer la propaganda del principio del arbitraje como medio de solucionar los conflictos de intereses internacionales.

La primera parte del folleto sobre psiquiatria criminal, es un compendio breve i sencillo de los estudios realizados por los mas eminentes médicos franceses, alemanes e italianos, en el campo casi vírjen de la delincuencia irresponsable por causa de enajenacion mental; i la segunda parte es una lijera esposicion de los progresos realizados en el réjimen de detencion de los

alienados peligrosos en la seccion especial destinada a ellos en el magnifico hospicio de alienados de las Mercedes, que dirige en Buenos Aires el especialista doctor Cabred.

La obra del doctor Ingegnieros es de lectura amena al par que útil, como que es produccion de un escritor acostumbrado a vencer las dificultades literarias.—J. G. G.

Congreso Latino Americano de Buenos Aires.—Seccion de Ciencias Físicas i Naturales. Tomo III.

Agradecemos el obsequio que el Comité Ejecutivo del Congreso Científico Latino Americano, que se reunió en Buenos Aires en abril de 1898, se ha servido hacernos del tercer volumen de los trabajos que a dicho Congreso se presentaron. Contiene numerosas memorias acerca de temas de ciencias física, químicas i naturales.

Recuerdos de Infancia i de Escuela, por EDMUNDO DE AMICIS.

En la Nueva Antología de 16 de mayo último ha comenzado a publicar el ilustre escritor italiano los recuerdos de sus primeros años. Uno de los capítulos, titulado «Qui, quæ, quos», en que cuenta su iniciacion en el estudio del latín, es una joya deliciosa, que hace recordar las mejores páginas de Alfonso Daudet.

Diario Intimo de Enrique Federico Amiel.—Madrid, 1900.

La empresa madrileña de la España Moderna ha tenido la felicísima idea de publicar una excelente version castellana de la obra maestra del sabio profesor de la Academia de Jinebra. Esa obra, casi desconocida entre nosotros, merece ser atenta i detenidamente estudiada. Ella fué entusiastamente aplaudida, en los momentos de su aparicion, por pensadores de la talla de Scherer, M. Arnold, Paul Bourgeh, Caro, Tolstoy, etc.

L'année Sociologique.—(1898—1899).

Esta importantísima publicacion dirigida por Mr. Emile Durkheim, ha alcanzado ya su tercer año de existencia. Contiene interesantes trabajos orijinales de Ratzel sobre el suelo, la sociedad i el estado; de Richard, sobre las crisis sociales i la criminalidad; de Steinmetz, sobre la clasificacion de los tipos sociales i una abundante bibliografía de todas las obras publicadas sobre materias sociológicas desde el 1.º de julio de 1898 hasta el 30 de junio de 1899.

Histoire de l'Economie Sociale jusqu'à la fin du XVI Siècle, por E. de GIRARD.—Paris, 1900.

Mr. de Girard es el profesor de la clase de Sistemas Sociales en la Universidad de Jinebra i se ha dado ventajosamente a conocer por sus estudios sobre «Ketteler i la cuestion obrera» i sobre las «Asociaciones Profesionales del Porvenir». En su nueva obra estudia la evolucion de las doctrinas económicas en la antigüedad, la edad media i el siglo diez i seis... Nos muestra las raíces de muchas ideas económicas modernas en el humanismo i en el lejismo de la época del renacimiento.

L'organisation de la Democratie, por CHARLES BENOIST.—Paris, 1900.

Es una conferencia en que su autor resume con mucha claridad i precision las ideas que desarrolló en su obra titulada «La Crisis del Estado Moderno».

Despues de demostrar que el réjimen parlamentario debe evolucionar, en un porvenir bastante próximo, hacia una representacion del pais mas verdadera, mas real i mas viva, en que las instituciones guarden armonía con el estado social, Mr. Benoist indica cuáles son, en Francia, las reformas inmediatas, las que deberian realizarse desde luego i permitirian esperar sin grave daño la trasformacion que se opera. Cita entre ellas la division efectiva de los poderes públicos, la emancipacion del Ejecutivo, la eleccion del Presidente de la República por los consejeros jenerales, la incompatibilidad entre las funciones legislativas i las de Ministro de Estado, la participacion constante i obligatoria del Consejo de Estado en la formacion de las leyes, la creacion de una Corte Suprema, la sustitucion de un parlamentarismo limitado al parlamentarismo ilimitado etc., etc.

La Faillite de l'Enseignement Gouvernementel, por PAUL FESCH.—Paris, 1900.

Las pájinas reunidas en este volúmen forman una violenta requisitoria contra la enseñanza francesa. Son las declaraciones prestadas ante la comision de investigacion por antiguos ministros de Instruccion Pública, por profesores, provisosores, rectores, etc.

Todos están de acuerdo para confesar que desde hace treinta años, la educacion ha sido falseada, descuidada, que las francesas han sido estúpidamente malbaratadas en construcciones inútiles, que los liceos i colejos ven disminuir año por año el número de sus alumnos, que la anarquía reina en el cuerpo docente, que los estudiantes son niños moralmente abandonados, de quienes nadie se ocupa.

L'Evolution Constitutionnelle du Second Empire, por HENRI BERTON.
—Paris, 1900.

Es un estudio estenso, documentado e imparcial sobre las constituciones sucesivas del segundo imperio. Las páginas que consagra al Imperio Liberal son particularmente interesantes.

Diplomatic Relations of the United States and Spanish America,
por JHON H. LATOUR—Baltimore, 1900.

Forman este libro una serie de lecturas hechas por su autor en enero de 1899 en la Jhon Hopkins University. Consta de los capítulos siguientes:

1.º La Revolución Hispano-Americana; 2.º Acción de los Estados Unidos i de la Inglaterra en la fundación de las Repúblicas Sud-Americanas; 3.º La diplomacia de los Estados Unidos en Cuba; 4.º El proyecto de canal en Centro América; 5.º La Intervención Francesa en Méjico; i 6.º El Estado actual de la doctrina de Monroe.

DIARIO

DE DON JOSÉ GREGORIO ARGOMEDO

DIARIO DE LOS SUCESOS OCURRIDOS EN SANTIAGO DESDE
EL 10 HASTA EL 22 DE SETIEMBRE DE 1810

Día 10.—Este día, a las 7 de la noche, corrió la voz en todo el pueblo de que al día siguiente se iba a hacer cabildo para acordar que el día 12 concurriesen todos los vecinos a cabildo abierto para establecer junta. Este rumor llegó a oídos del Presidente (1) quien se sorprendió demasiado.

Día 11.—A las 9 de la mañana hizo dicho Presidente llamar a su secretario, (2) i le ordenó que inmediatamente pasase a la casa de recojidas, i examinase con reserva si en aquella casa podia contarse alguna jente armada i cuánto número, para, en caso de algun tumulto, poner allí alguna tropa para sostener la autoridad del Gobierno. Fué el secretario a efectuar su comision, i creyendo las mujeres recojidas que se iba a tratar de lanzarlas de la casa i echarlas al hospicio, les dijo que

(1) Don Mateo de Toro Zambrano, Conde de la Conquista.

(2) El doctor don José Gregorio Argomedo, autor de este Diario.

el motivo de aquel reconocimiento no era otro que el ánimo que se tenía de refaccionar la casa i acomodarla mejor.

En el entretanto, se juntó el cabildo en la sala acostumbrada, i tratando de buscar algun arbitrio como tranquilizar al público, que estaba alarmado, acordaron enviar una diputacion al señor Presidente, compuesta de un alcalde (Eyzaguirre) (1) i un rejidor (Errázuriz) (2), suplicándole les permitiese al otro día celebrar un cabildo al que habian de concurrir dicho Presidente, la audiencia, jefes de oficinas i cuerpos públicos, i los principales vecinos que el cabildo señalase, i su señoría tuviese a bien citar. El Presidente de pronto respondió que dentro de media hora contestaría; i luego hizo llamar de las recojidas al secretario, con orden de que inmediatamente pasase a palacio, aunque no tuviese concluido el reconocimiento encargado. Pasó éste con prontitud; dijo que en la casa de recojidas bien cabrian hasta 250 hombres armados; i consultado por el Presidente sobre la contestacion que se debía dar al cabildo, fué de dictámen se le dijese: « Que el Presidente no podia concurrir al otro día a « las casas consistoriales por hallarse indispuerto; pero « que no habia embarazo para que el cabildo, única- « mente compuesto de sus individuos ordinarios, pasa- « se a palacio en dicho día, i que del acuerdo que se « tuviese resultaria si debian o no concurrir los demás « sujetos que pedia el cabildo». Este, en vista de la contestacion, hizo citar a los cabildantes para el día siguiente a palacio.

A las 7 de la noche aparecieron tres personajes en palacio solicitando ver al Presidente; lo vieron i le

(1) Don Agustin Eyzaguirre.

(2) Don Fernando Errázuriz.

dijeron que sabian de positivo que el cabildo estaba citando para cabildo abierto al otro dia a todos los principales vecinos, i que aun tenia escritas ya 300 esquelas para repartir a dichos vecinos; se les preguntó qué datos tenian para dar este denunció, i por qué les constaba la verdad de lo que decian; no quisieron asignar tales datos, i, de consiguiente, se hubo de despreciar aquella noticia, sin embargo de que se hizo llamar al portero de cabildo, i, examinado indirectamente sobre esto, dijo que solo habia tenido órden para citar a los cabildantes.

A las 9 de la noche se vino el secretario a su casa, i poco despues fué a palacio el alcalde Cerda (1) a decir al Presidente: «Que convenia mucho se citase para el «cabildo del dia siguiente a la audiencia i demas «currentes que solicitaba el cabildo; que engañaban «a su señoría los que le decian que el objeto de dicho «cabildo era de establecer junta; que no tenian otro «ánimo que apaciguar al pueblo, i ver modo de que «cesasen ya las bullas que lo tenian tan alborotado; «que, por consiguiente, mejor se podria acordar lo que «conviniere concurriendo aquellos vecinos de cuya «tranquilidad se trataba». Estando en esta conversacion llegó el Rejente (2), i dijo al Presidente: «Señor: «sepa US. de cierto que el ánimo del cabildo es mu- «dar de Gobierno i establecer precisamente una junta; «créalo US. sin la menor duda; i todo lo demas que «quisieran decir, es sorprender a US. i engañarlo.» Con estas espresiones, i otras mas que dijo en la larga conversacion que tuvieron, hizo que el Presidente dijese: «Pues, si eso hai, que mañana no haya ni aun «cabildo ordinario, nada, nada», i se dió órden para

(1) Don José Nicolas de la Cerda.

(2) Don Juan Rodriguez Ballesteros.

que se dijese a los cabildantes citados que ya no habia tal cabildo. Cerda se fué mui disgustado a su casa

Día 12 —Este día a las 9 de la mañana pasó el secretario (ignorando lo acaecido despues de que se vino a su casa la noche anterior) a palacio, a donde debia concurrir para asistir al cabildo, como se lo tenia ordenado el Presidente. Allí supo lo sucedido con Cerda i el Rejente, i luego se dirijió a la casa de Cerda, a quien encontró con el Rejidor Pérez; (1) preguntóles por qué no habia ya cabildo. I Cerda, mui disgustado, respondió lo mismo que ya se ha referido dijo el Rejente al Presidente. Entónces el secretario les dijo que por qué no procuraban sincerarse del testimonio que se les levantaba de que ellos precisamente querian una junta : que ya tenian hasta esquelas escritas para repartir a los que querian concurriesen al cabildo abierto; respondieron que trataban de eso i de que se castigase severamente a los que contaron al Presidente la especie de las esquelas, i determinaron ir a ver para este efecto a dicho Presidente. Se juntaron para esto cuatro, que fueron, Cerda, Eyzaguirre, Pérez e Infante. (2) Dichos cuatro fueron a palacio, vieron al jefe, i le hicieron presente, a mas de lo dicho, la necesidad de un acuerdo para tratar del sosiego i tranquilidad pública. El Presidente, movido de las razones que le espusieron, hizo venir inmediatamente a los cinco oidores que concurrieron prontamente. El cabildo pidió que tambien era necesario se citasen a todos los cabildantes, a quienes igualmente se hizo venir con la misma prontitud. Congregados todos entraron en acuerdo i el secretario tambien. Allí lo primero que propuso el cabildo fué que el mejor medio de tranquilizar al pueblo era tratar si debia establecerse una junta

(1) Don Francisco Antonio Pérez.

(2) Don José Miguel Infante.

gubernativa o nó. Este parecer fué tenazmente contradicho por el Rejente i los oidores, alegándose por el cabildo i la audiencia muchas razones, cada cuerpo en favor de su dictámen. Propuso asimismo el cabildo que era necesario resolver que no se debian admitir en este reino a Gárfias i Elio. (1) El secretario, luego que oyó esta proposicion, por la amistad que tenia con el último, se salió del acuerdo. Se llevaron controvirtiendo por mucho tiempo, i al cabo se terminó, aunque no como una cosa ya acordada, de que se publicase un bando, amenazando con gravisimas penas al que tratase de junta, o dijese que convenia mudar de Gobierno, etc. Los del cabildo quedaron mui descontentos, i estando ya al disolverse la sesion de este dia, i aun habiendo ya salido tres oidores del acuerdo, el secretario que habia vuelto a entrar dijo que podia tomarse un temperamento que conciliase la opinion del cabildo i de la audiencia, i que a él le parecia que esto se lograria adoptando el dictámen siguiente:

«Primero: que se declarasen desde luego que todas las autoridades i actuales empleados debian conservarse en sus respectivos destinos como nombrados por una soberanía lejitima;

Segundo: Que para que el pueblo se aquietase i estuviese cierto de que no se trataba de engañarlo, en todos los correos de España toda la correspondencia que viniese dirijida al Presidente, al cabildo i a la audiencia se abriese públicamente, i en una junta de dicho Presidente, cabildo i audiencia, i con la mayor franqueza, se hiciese saber su contenido al público, sin reservarle nada, ni aun los papeles mas secretos;

Tercero: Que desde ahora se declaraba que en el caso de que viniesen noticias positivas de la pérdida

(1) Don Francisco Javier Elio i don Antonio Gárfias, nombrados Presidente i Asesor del Reino por el Consejo de Rejencia de España.

total de España, o que ya se hallaba en estado de absoluta indefensa, debía haber precisamente una junta gubernativa del reino de Chile, provisional hasta entregar otra vez el mando en manos de Fernando VII, o su lejítimo sucesor;

Cuarto: Que a este efecto, se despachase un correo a los gobiernos de Concepcion, Valparaiso i Coquimbo, etc., previniéndoles nombrasen sin dilacion un diputado para que éste se viniese prontamente a Santiago, aguardando el éxito de España, i si debía o no establecerse la junta, a fin de que, llegado el caso de que la hubiese, pudiese instalarse con prontitud, i sin que se demorase, o se le pusiese nulidad, por la falta de estos diputados;

Quinto: Que asimismo se tratase de nombrar luego el diputado que como representante del reino de Chile debía pasar a la celebracion de las cortes, para que éste, si lo permitian las circunstancias de España, fuese a dicha península, o de no a aquel lugar de América que se designase como punto de reunion para tratar del gobierno de todas las Américas;

Sesto: Que sobre la no recepcion de Elío (en que fuertemente insistia el cabildo) se pidiese con toda reserva un informe a los cuerpos públicos del reino.»

Dicho dictámen acomodó a los concurrentes; adoptado por ellos, prometieron los oidores hacer que los que faltaban lo aprobasen, i lo mismo el cabildo. Con lo que se concluyó la junta a las dos de tarde, suponiéndose que lo acordado era conforme con el dictámen del secretario.

Pero a la tarde, consultados aquellos pocos cabildantes que ya habian salido del acuerdo cuando dió su dictámen dicho secretario, respondieron éstos que no se conformaban con él: primero, porque siendo el principal fin del cabildo i del público que no se re-

cibiese a Gárfias ni a Elio, si para establecer la junta aguardaban tanto requisito, se entrarían dichos Gárfias i Elio de repente en la ciudad, i ya sería inútil cualquiera providencia que se tomase; i segundo, porque si no se erijía luego la tal junta, se iría poco a poco acabándose la fermentacion actual, i, llegado el caso, no habría valor para su instalacion. Esto lo hablaban en secreto. Por lo que trataron de suplicar al Presidente permitiese celebrar otro cabildo para acordar lo conveniente respecto a lo que en el de hoy había quedado suspenso.

En este día, a la tarde, se formaban muchos corrillos para averiguar el resultado del acuerdo de la mañana i la jente estuvo bastante alborotada.

A la oracion pasó un europeo, dicen que Chopitea, (1) a casa del Presidente, i le dijo a don José Gregorio Toro (2) que ya estaba su padre perdido, porque los chilenos trataban de mudar de Gobierno en aquella noche, i formar su junta con otras cosas que querían hacer apoderándose al efecto de las armas, i que el único medio de precaver esos males, era encomendar el cuidado de dichas armas, i principalmente la artillería, a varios europeos que ya tenía hablados (él Chopitea) i aun se dice pagados, pues por la mañana anduvo uno ofreciendo un peso diario a cada europeo que velase en el cuidado de la artillería por cada noche. Este hecho es notorio. Don Gregorio Toro impetró del Presidente permiso para que fuesen los europeos a apoderarse de las armas. I de hecho, a las 10 de la noche, se congregaron sesenta i cuatro europeos, i marcharon presididos por Chopitea, Castillo, Albo i Arangua, (como representante de Arrué) para el par-

(1) El comerciante español don Nicolás de Chopitea.

(2) Hijo mayor del Presidente.

que de artillería, i Reina (1) tuvo la inadvertencia de entregarles la artillería en cuanto le dieron el recado verbal del Presidente. Allí tomaron espléndido ponche de ron, i luego cargaron un cañon a metralla, i se dice que lo subieron al techo del cuartel. Lo cierto es que en el tejado pusieron centinelas i cargaron 18 fusiles.

Sabido esto por los alcaldes, a las once de la noche, con la correspondiente patrulla, se dirijeron al cuartel de artillería i golpearon las puertas. Abrió el capitán, i viendo los alcaldes el número de jente que allí habia, tuvieron a bien volverse; pero los europeos empezaron a silvarles i hacerles pifias.

Enardecidos con esto, dichos alcaldes pasaron a esas horas a palacio, i pidieron al Presidente se les permitiese hacer un cabildo al día siguiente, al cual habian de asistir precisamente las corporaciones i algunos vecinos. El Presidente estaba en cama, ya recojido i no pudo negarse. Convino, pues, en que se citasen dos de los individuos del cabildo eclesiástico, dos oidores, dos vecinos i dos del tribunal del consulado para que al otro día, a las once, pasasen a palacio a tener un cabildo. La eleccion de estos sujetos quedó al arbitrio del cabildo, que nombró por el cabildo eclesiástico a don Vicente Larrain i a don Juan Pablo Fretes, por el consulado a don Celedonio Villota i don Joaquin Gandarillas, por el vecindario al señor don Fernando Márquez Plata i a don Ignacio de la Carrera, i no quisieron citar a ningun oidor.

A las dos de la mañana desampararon los europeos el cuartel de artillería.

Día 13.—A las diez de la mañana pasó el secretario a palacio, i noticioso de lo acaecido la noche anterior,

(1) El coronel don Francisco Javier de Reina.

preguntó al Presidente si era cierto el permiso dado para formar cabildo este dia; el Presidente lo negó.

Congregados ya todos los que debian asistir (ménos los oidores) el procurador jeneral don José Miguel Infante dijo lo necesario que era acordar algunos medios que aquietasen al pueblo sumamente inquietado, i establecer cuál debia ser el gobierno del reino, i que esto parecia debia hacerse con acuerdo de todos los vecinos de Santiago. Ello es que despues de dos horas de junta, se acordó que el mártes 18 del corriente se celebrase un cabildo abierto al que debian concurrir todos los vecinos i corporaciones para determinar si era conveniente o nó que hubiese junta, i en qué términos debia ésta erijirse; que el cabildo se celebraria en el consulado para que cupiese la jente que tenia que concurrir; i que se tomasen las medidas convenientes para conciliar el buen órden. Se estendió firmó por todos los concurrentes este acuerdo.

En dicha tarde, pasó la audiencia un oficio al Presidente diciéndole: «Que sabia el tribunal que su « señoría, contra lo acordado el dia 12, habia permiti- « do se celebrase nuevo cabildo, en el cual se habia « acordado convocar para un cabildo abierto, i que su « señoría no tenia facultad para revocar aquel pri- « mer acuerdo despues de haberse conformado con « él. Que por lo mismo, i en atencion a lo pernicioso « que era citar para dicho cabildo abierto, firmase su « señoría la acta que se le remitia estendida (en todo « el oficio suponen que se acordó el dia 12 la publi- « cacion del bando, que mandaba castigar severamen- « te al que hablase de junta)». Se les contestó que tuviesen presente que el dia 12 nada habia quedado determinado.

«Que el cabildo habia solicitado con empeño ce- « lebracion de nuevo cabildo, para determinar lo que

« habia quedado suspenso en el anterior, i que el go-
« bierno no pudo negarse a una súplica tan respetable;
« que si los oidores tenian algo que oponer contra lo
« resuelto en el nuevo cabildo, concurriesen a las 4 de
« la tarde del dia siguiente, donde se les oiria, i oido
« igualmente lo que dijiese el cabildo, se resolveria o
« nó la reforma del nuevo acuerdo, en intelijencia
« que si no concurrían, serian responsables de lo que
« acaeciese por su culpa de no asistir.»

En esta noche 160 patricios fueron a una herrería que hai en la plazuela de la Moneda, bien armados i llenos de furia, a esperar si iban los europeos a echarse sobre la artillería, para acometerlos i hacerlos pedazos; no fueron dichos europeos.

Dia 14.—Por la mañana pasó oficio la audiencia al Presidente diciéndole que tuviese entendido su señoría que todos los que le proponian partidos de juntas o cabildo abierto eran unos sediciosos i revolucionarios i debian castigarse; que firmase el acuerdo (que le habian remitido) como debia hacerlo; i que la audiencia no podia concurrir a la junta de las 4 de la tarde porque esto seria comprometer mas su autoridad i esponerse a sufrir mayores vejaciones, supuesto que si la pluralidad habia de decidir, ellos no podrian hacer valer su opinion siendo solo cinco, i opinando todos los demas concurrentes por cabildo abierto.

Sin embargo, el cabildo pidió se celebrase junta a las 4 de la tarde, compuesta de los mismos de ayer, para determinar en ella el modo o como se habia de celebrar el cabildo abierto, i se evitasen los desórdenes que pudieran ocurrir, a cuya peticion accedió el Presidente.

En este cabildo se acordó que concurriesen al cabildo abierto las corporaciones i vecinos principales

de la ciudad, hasta el número de cuatrocientos o mas, mandándose al efecto imprimir otro tanto número de esquelas, las cuales habian de ir selladas por el Presidente, i que se acordonase la plazuela del consulado con tropa para contener cualquier desórden i permitir que solo entrasen al cabildo aquellos que llevasen dichas esquelas.

A las 8 de la noche pasó Reina a decir al Presidente que temia que aquella noche fuesen a echarse sobre la artillería, i que le pusiese algun refuerzo para defenderla, i el Presidente hizo pasar, fuera de los artilleros, cuarenta soldados mas de infantería para que custodiasen el parque.

A esas mismas horas se presentó el provincial de San Agustin diciendo que sabia se estaba tratando de mudar el gobierno español i establecer junta, para lo que él ni su comunidad habian sido citados, i así pedia se le tuviese presente para cualquier junta o cabildo que se celebrase con este objeto. Se le puso la siguiente providencia: «Dígase al devoto padre provincial de « San Agustin, se estraña mucho juzgue que se trata « de mudar el gobierno español en este reino; que « solo se procura conciliar la quietud i la tranquilidad públicas, i para este efecto hará que su devota « comunidad interponga sus oraciones i ruegos con la « Majestad Divina, como se le encarga lo verifique, « conforme al saludable i único objeto de su instituto.»

En esta noche se supo que en casa del Rejente habia una junta, se fué a examinar i se halló que no habia tal. Hubo muchas rondas por las calles en toda la noche.

Se cuentan hasta 300 personas que han salido de la ciudad temerosas de estas bullas, i muchas de ellas en esta tarde con todo el aguacero.

Esta noche hizo otra presentacion el provincial de

la Merced, idéntica a la del de San Agustín; el decreto fué el mismo.

Día 15.—Este día, a las 8 de la mañana, comenzaron a ocurrir al Presidente prelados i papeles de monjas pidiéndole que se suspendiese la convocatoria para la cual ya se imprimían esquelas. Entre dichas personas fué una la mujer del señor oidor Concha, que lloró con la mayor ternura las desgracias que le había hecho concebir su amable esposo; estas lágrimas doblaron un poco al Presidente. No debe permitirse que habiendo llegado en este momento el secretario i sabiendo que algunas lenguas mordaces le hacían autor de lo que no había imaginado, litigó con energía una hora larga con el Presidente, a presencia de muchos capitulares que se hallaban en palacio, sobre que se le admitiese la renuncia que repetía de su ejercicio; en cuyo acto llegó a violentarse tanto en descompasados gritos que, después de serenado, ha tenido que arrepentirse. Los cabildantes i el Presidente sostuvieron con eficacia que debía continuar, i mirando que ni los ruegos ni la furia aprovechaban, dejó allí el despacho, i se retiró a su casa. A las doce volvió, con pensamiento de insistir en la misma dejación; pero se le hizo ceder a persuasión de muchos concurrentes.

Por la tarde ocurrió el señor oidor Aldunate (1) al palacio, tuvo una larga sesión privada con el jefe. De sus resultas mandó éste suspender las esquelas de convite. Sabido por el cabildo, vino prontamente. En este intermedio, se recibió otro oficio del tribunal insistiendo en lo mismo que había dispuesto el Presidente, i exigiendo pronta respuesta. El cabildo representó que no había arbitrio para la reforma, el Presi-

(1) Don José Santiago Martínez de Aldunate.

dente le previno que informase por escrito sobre todo i se hizo así con una acta de fuego. En vista de ella repitió el Presidente que si el cabildo garantía las resultas, desde luego le daría gusto. Se convino en dicha garantía, se ordenó al asesor que contestase los oficios del tribunal, i al secretario, que se había llamado, que se estendiese el auto, fundándose en el acta del cabildo i en la fianza de éste, que para mayor seguridad debia suscribirla. Cumplido así, instó de nuevo el Presidente que aun aquello no era bastante, i que se le había de dar otro documento, en que constase que solo por las instancias del cabildo adhería a la convocatoria. Tambien se convino el ayuntamiento, i lo firmó todo, evacuándose la sesion a las nueve de la noche. En el resto de ella se continuaron las patrullas i rondas de la anterior. Estuvieron sobre las armas todas la tropas veteranas, los dos rejimientos del Príncipe i la Princesa, i quinientos mas de las intermediaciones al mando de don Ignacio de la Carrera.

Día 16.—El autor, estando en este día a la una i media de la mañana en una casa particular, a donde había sido convidado para una merienda, sintió un gran ruido en la calle, i la curiosidad le movió a informarse de él, i encontró que era causado por el doctor don Bernardo Velez, que de orden superior comandaba una patrulla, acompañado de jente decente, i entre ella dos nietos del señor Presidente, i trataban de prender a dos soldados de otra patrulla.

A las 9 de la mañana se ha mandado pasar revista de comisario a toda la jente para pagar a cada soldado el prest de ordenanza. A las 10 se espidió decretos para entregar algunas armas a los soldados que carecian de ellas. El resto de la mañana lo han pasado la audiencia i cabildo en la novena de Mercedes, rogando aquel tribunal por que se deshaga la junta, i el ayuntamien-

to por que se verifique cuanto ántes. En el aliento de la confianza hubo muchas caras verdes i otras inflamadas. No se divisa movimiento i es la una del dia.

Son las 2 de la tarde, i acaban de decirme que en un pleito mujeril de doña I... A... con doña M... V..., ha dicho la primera a la segunda que esta noche aguarda a su marido con un rejimiento entero, de que es coronel, para oponerse a la junta. Se cree fanfarronada desesperada. El señor Presidente, luego que comió, se fué a su chacra, a donde se ha retirado la Dumont (1) a llorar la junta. A la oracion volvió con la idea de que de ninguna manera convenia ya ni en junta ni en asistir el mártes a la convocatoria. Su hijo, don José Joaquin se empeñó en convencerle, i no pudiendo, se valieron de don Joaquin Sotomayor, quien tampoco avanzó cosa alguna hasta las 8 de la noche que se empeñó con él. La cosa se ha dividido en bandos que ya van tomando mucho calor. He oido en la tarde i noche a muchos europeos opinar ya por junta. A las 9, estando en el billar de la calle de Ahumada, aseguró una persona fidedigna que la audiencia habia mandado recado al cabildo diciendo que no hacia ya mas jestion, i se convenia con él. Lo dudo mucho. Han seguido las patrullas de ronda i nada de particular ha ocurrido. El pueblo está ya mas quieto i seguramente presumo que la junta se instala. A las 11 tres cuartos de la noche tres soldados, milicianos de caballerta, sorprendieron en la esquina del Seminario a don Domingo Salomon, le dieron un golpe i le quitaron la capa.

Amaneció este dia el Presidente algo disgustado con que hubiese cabildo abierto. Luego que se avisó esto al cabildo, pasó don Ignacio Carrera a ver a dicho

(1) Doña Josefa Dumont, esposa del hijo mayor del Presidente.

Presidente, i se estuvo con él mas de una hora, convenciéndolo sobre la necesidad de este cabildo, dejándolo al cabo conforme con que lo hubiese. Pero aun se temia que algunos de palacio, parientes del mismo Presidente, volviesen a hablar a éste. Con este motivo se trató de hacer ver a todos los de la casa cuán necesario era el cabildo, i las ventajas que podría traer a todo el reino lo que en él se resolviese, i quedaron todos admirablemente concordés i gustosos que hubiese cabildo abierto.

A las 11 se repitió la misma escena de ayer, a saber, el enojo con que al ir a la novena de Mercedes se miraban mutuamente el cabildo i la audiencia.

Dia 17.— Por la tarde de este dia se recibieron dos oficios del tribunal al gobierno, reducidos en sustancia: el primero, a que se llevase adelante la disposicion del bando dispuesto por dicho tribunal, i el segundo, a que en el caso de hacerse el congreso de mañana, lo presidiese necesariamente el gobierno, que de ninguna manera consintiesen junta, i que si de algun modo el tribunal se presumia instrumento de la revolucion, se separaria retirándose al campo. Se contestó a ambos que la cosa era irremediable i la licencia inconcebible. Posteriormente dirijió otro el oidor señor Concha ofreciéndose a servir la asesoria que habia renunciado, i se le respondió que tampoco habia arbitrio ya para despedir al asesor Marin (1).

Se denunció al gobierno, a las 5 de la tarde, que don Manuel Talavera reclutaba jente i recojia armas para oponerse a la junta; se le llamó, i averiguado el hecho, resultó falso.

En casa de don Domingo Toro están juntos algo mas de ciento de los convidados, tratando sobre quie-

(1) Don José Gaspar Marin.

nes deban ser los vocales de la junta, suponiendo ya la mayor votacion por ella. Entre todo aquel congreso están uniformes en el actual presidente, el obispo, Márquez de la Plata, don Juan Rozas, don Ignacio Carrera i don Joaquin Gandarillas. Como traten de que sean 7 discordan en el uno; pero la mayor parte está convenida por don Juan Enrique Rosales: Cisternas, Hurtado i don Manuel Valdivieso eran los otros. Dicen que todos han de votar, por lo que se han sentido algunos cabildantes. El que mas llevaba la voz en esta junta, era el licenciado Correa (1). Son las diez i media, i aun no se ha disuelto.

A consecuencia, trajo recado don José Joaquin Toro del comandante Reina, avisando que repentinamente se habia enfermado. El gobierno, por no entrar en competencia sobre a quién debia señalarse para el mando de la artillería, mandó mudar al momento, el cuartel de San Pablo, manteniendo dos cañones cargados para la seguridad de aquel cuartel. Reina se quejó despues de cumplida la orden, por un oficio, i se le satisfizo con otro mui honroso, manifestándole la seguridad con que descansaba el gobierno en su fidelidad.

Se denunció tambien de que el sarjento de dicha artillería era sospechoso, i se mandó arrestar en San Pablo a disposicion del comandante Vial (2).

Se ha nombrado de tercer ayudante mayor de plaza al capitan Mackenna (3). Feliú (4) desde ayer está, o se ha hecho enfermo. Son las 7 de la noche, i han avisado los comisionados estar acabadas de repartir las

(1) Don Cárlos Correa.

(2) Don Juan de Dios Vial Santelices.

(3) Don Juan Mackenna.

(4) Don Manuel Olaguer Feliú.

esquelas de convite. Varios oficiales, a quienes tambien se repartieron, han ocurrido a esta hora a consultar si deberán dejar sus puestos para ocurrir al congreso. Se pasó decreto al sarjento mayor de plaza para que les previniese que podian ocurrir, dejando en su lugar a los que les sucediesen, i procurando volver a ocuparlos con la posible brevedad. Andan muchas jentes i corrillos por las calles, pero siguen las rondas.

Se ha dado orden para que mañana amanezcan cubiertas de tropas las plazuelas de San Agustin, Consulado, Merced, San Pablo i Moneda, la plaza mayor i calles inmediatas, i que un rejimiento entero, o mas si era necesario, ronde todo el dia la ciudad, repartiéndose en compañías por todas las calles.

Toda la noche ha estado la tropa sobre las armas, repartida por toda la ciudad.

Se han visto en el palacio del señor Carrasco (1) sesenta corderos abiertos i tres terneras. Se dió parte, i preguntado dicho Carrasco poreal objeto para que tiene aquellas provisiones, ha respondido que para dar de comer a los presos. Sin embargo, se está a la mira de que no sea esta señal de algun levantamiento de los europeos, i se han tomado las medidas correspondientes.

Dia 18 —A las 4 de la mañana se cubrieron de dos filas de soldados todas las plazuelas i calles mandadas custodiar el dia anterior, i a esta misma hora un rejimiento entero, dividido en compañías, precedido por sus oficiales respectivos, comenzó a rondar todas las calles, principalmente el Picadero del Palacio del señor Carrasco

A las 7 se dieron las órdenes respectivas al sarjento i ayudantes para guardar la ciudad, i las entradas a

(6) El ex-Presidente, don Francisco Antonio Garcia Carrasco.

la plazuela del Consulado, prohibiendo estrechamente que ninguno se introdujese a ella sin manifestar la esquila de convite. ¡Qué orden se vió en todo pueblo! A las 9 ya el cabildo estaba en casa del jefe para acompañarlo a aquella casa. Pasaron de 450 los concurrentes que ya esperaban. Unidos todos, dijo el Presidente a su secretario, con la mayor entereza, las siguientes palabras: «Secretario: cumpla Ud. con lo que le he prevenido». Se levantó éste de su asiento, i vuelto a los concurrentes, habló así: «Señores: el M. I. S. P. « hace a todos testigos de los eficaces deseos con que « siempre ha procurado el lleno de sus deberes. La « Real Orden de sucesion de mandos lo elevó al pues- « to que hoi ocupa; lo abrazó con el mayor gusto, « porque sabia que iba a ser la cabeza de un pueblo « noble, el mas fiel i amante a su soberano, relijion i « patria. Persuadido de estos sentimientos, se ofrece « hoi todo entero a ese mismo pueblo, aguardando en « las circunstancias del dia las mayores demostracio- « nes de ese interes santo, leal i patriótico. En manos « de los propios súbditos que tanto le han honrado con « su obediencia, deposita el baston, i de todos se pro- « mete la adaptacion de los medios mas ciertos de « quedar asegurados, defendidos, i eternamente fieles « vasallos del mas adorable monarca Fernando. El ilus- « tre ayuntamiento los propondrá primero; i todos como « amantes hermanos, propenderemos a un logro que « nos hará honrados i felices. Este es el deseo, i en- « cargo del M. I. S. P.; i cuando yo he sido el órgano « de manifestarlo, cuento por el mas feliz de mis dias « el presente». Se me olvidaba advertir que estaban presentes al congreso todos los prelados de las relijio- nes, dos canónigos por el cabildo eclesiástico, los jefes de oficinas, a escepcion del contador mayor i del tribunal de la audiencia. Luego que acabó el secreta-

rio, pidió el procurador jeneral (1) que se leyese todo el espendiente del caso, i concluido, peroró media hora, esponiendo la necesidad de establecer una junta gubernativa provisional, interin se congregaban los diputados de las provincias. Fundóse en muchas razones, en los ejemplares de la Central de Sevilla, de otras provincias de la península i principalmente de la de Cádiz al frente del consejo de rejencia, en los impresos enviados por ésta con oficio de rejencia, i con espresion de que podria servir de modelo a todos los reinos que quisiesen elejir un Gobierno digno de la confianza, i concluyó con que, habiéndose mandado por el consejo de rejencia que no fuesen pretenciones a la corte de gracia i justicia, sino solo planes de guerra, era forzoso subvenir a esta necesidad de algun modo. Todo el congreso exclamó en altas voces, que se instalase la junta en el momento. Al momento volvió a levantarse el procurador, i dijo que debia hacerse bajo de los principios siguientes: manteniendo a las autoridades i empleados, con subordinacion a las leyes i obediencia al consejo de rejencia. Todos convinieron, i aclamaron con el mayor júbilo al capitan jeneral como Presidente perpetuo, vice-presidente al señor obispo Aldunate, primer vocal al señor Márquez de la Plata, segundo a don Juan Rozas, tercero a don Ignacio Carrera; i aquí se suscitó disputa sobre si debian elejirse dos demas. Cesó brevemente porque tambien se avinieron en la eleccion; pero continuó sobre los sujetos, i se acordó que se votase. Don Francisco Javier Reina resultó electo con noventa i nueve votos, i don Juan Enrique Rosales con noventa i ocho. Fueron los que sacaron mas. Don Joaquin Gandarillas, sacó veintidos; Campino, sesenta; don Manuel

(1) Don José Miguel Infante.

Salas, nueve; don Francisco Cisternas, setenta i ocho; don Celedonio Villota, cuarenta i siete; don Manuel Matta, uno; don Agustin Eyzaguirre, catorce; don Manuel Valdivieso, tres; el provisor, tres; el fiscal de Lima Eyzaguirre, uno; i don Martín Encalada, uno.

Luego acordaron que el tratamiento que debia darse a la junta seria el de excelencia, i a cada vocal el de usía, solo en el tribunal; pero despues, en la acta que se estendió, se ha mandado que el Presidente dentro i fuera de la junta tenga el de excelencia, i los vocales, del mismo modo, el de señoría.

Inmediatamente pasaron a prestar su juramento los electos, del modo siguiente: «¿jura usted defender la « patria hasta derramar la última gota de sangre para « conservarla ilesa, hasta depositarla en manos del « señor don Fernando VII, nuestro soberano, o de su « lejítimo sucesor; conservar i guardar nuestra reli- « jion i leyes; hacer justicia i reconocer al supremo « consejo de rejencia como representante de la ma- « jestad real? » Sí juro. Llegando a tomarlo al secretario Argomedo, dijo éste: «señores, yo ¿qué juro? Yo no he adquirido nuevo empleo; el plan que se formó al principio de este cabildo i que propuso el procurador jeneral fué que todos los empleados se declaraban lejítimamente constituidos en su actual empleo; yo era un secretario de gobierno, i cuando me recibí de tal, hice el juramento que hoi se me exige; nada he adquirido, pues, de nuevo, supuesto que me quedo de secretario de la misma junta que representa el gobierno». Respondióle don Ignacio Carrera: «Usted tiene hoi voto informativo en esta junta del cual carecia ántes, i ha adquirido de nuevo el principal cargo de su empleo». Juró, pues, como todos los demas.

En seguida se declaró la junta con facultad para nombrar los empleos vacantes i que vacasen en aten-

cion a que el consejo de rejencia, en una real órden, tenia dicho que procuraria desentenderse de todas las pretensiones de gracia i justicia, poniendo sus cuidados solo en las de guerra.

Reconocida la junta por el cabildo secular, los religiosos, los tribunales (cuyos jefes asistieron), i por los jefes de oficinas i demas concurrentes, gritaron varios de éstos que se hiciese venir a los oidores a reconocerla i prestar juramento de obediencia. El cabildo dijo: «Señores, son ya las tres de la tarde, una hora « mui intempestiva; no es regular mortificar a estos « hombres i hacerlos venir; mañana a las once del dia « harán este reconocimiento, para el cual se les citará « hoi». «Nó, gritaron siempre dichos concurrentes: « ahora mismo se les ha de hacer venir». El cabildo no lo permitió, i les iustó, por segunda vez, que se aguardasen hasta mañana.

Concluido, pues, de este modo, el cabildo (en el cual no hubo cosa particular en cuanto a los votos, sino que solo tres hablaron con concierto, i todos los demas se remitieron a lo dicho por el procurador jeneral, o si no eran de esta opinion, a lo dicho por Izquierdo, (1) i otros gritaban: ¡que haya junta! ¡que la haya!) entre muchos vivas i aplausos se condujo al Presidente a su casa i los demas vocales.

Luego rompieron todas las campanas de las iglesias con repique jeneral. Se empezó a estender la acta de lo acordado, i se remitió oficio a la Audiencia, previniéndole pasase todo el tribunal mañana a las once del dia a reconocer i jurar la junta.

Miéntas estaban celebrando el cabildo abierto, el ajente fiscal Sánchez andaba dando vuelta por la plaza

(1) Don Santos Izquierdo, comerciante español. Izquierdo quiso oponerse a la instalacion de la junta; pero la concurrencia le impidió terminar su discurso.

i decia: «No habrá junta, i si la hai, es nula. Yo digo de nulidad contra ella». (1)

A esta hora se empezó a estender el bando que se habia de publicar mañana, anunciando al público la instalacion de la junta i a trabajar el oficio que se habia de remitir a todas las subdelegaciones.

A la oracion denunciaron a la junta que el escribano Revolleda habia hablado mucho contra ella, diciendo que era un establecimiento sedicioso i revolucionario, hecho por unos revoltosos i otras cosas mas. Se le formó su causa criminal i se despachó mandamiento de prision. Conducido esa misma noche a la junta para tomarle su confesion, se presentó aquel infeliz llorando amargamente. Los de la junta tenian ánimo formal de castigarlo con mucha severidad. Revolleda dijo: «Señor Excelentísimo: suplico a V. E. « me mire con caridad; mi mujer está mui enferma i « se muere seguramente si tiene noticia de mi posi- « cion: yo soi un pobre i solo subsisto de mi trabajo « diario, i pereceré de necesidad si estoi en la cárcel. « Si he hablado alguna cosa ha sido sin reflexion i « V. E. perdóneme». El secretario Argomedo sabia de la enfermedad de la mujer de Revolleda e intercedió mucho por él, pero los jueces se mantenian siempre inflexibles, especialmente Rosales, quien dijo: «En « este punto es inútil cualquier empeño, pues que no « puede haber remision para un delito en que es poco « castigo el mas cruel». Fueron necesarias muchas lágrimas i muchas reconvenciones de Argomedo para conseguir que no se le pusiese preso. Fué tremenda la reprehension que llevó; i salido dicho Revolleda, dijo Rosales a Argomedo: «Usted en adelante bien « puede escusarse de semejantes empeños, en inteli-

(1) Don José Teodoro Sánchez,

« jencia que ellos en este punto serán desatendidos
« i mirados con desprecio.»

¡Qué iluminacion tan hermosa hubo esta noche!
¡Qué banderas! etc. Mucha alegría jeneral en todo el pueblo. El señor Carrasco, no contento con poner luminarias en la puerta de su palacio que cae a la plaza, puso en el Picadero. Una orquesta de música, la mas completa que ofrece el pais, estuvo dando un esquinazo en casa del Excmo. Presidente i cada uno de los vocales siguieron las rondas.

Cuentan que anoche, avisándole a Campino varios de los concurrentes al cabildo de hoi, que lo iban a elejir de vocal, juró no admitir el empleo, aunque lo hiciesen presidente.

Dia 19.—Se siguió trabajando los papeles i oficios que debian remitirse a las subdelegaciones, i se dieron órdenes para prevenir las solemnidades con que hoi se habia de publicar el bando.

A las 9 del dia pasó oficio la audiencia al Presidente diciendo: «que habia recibido el tribunal un « oficio en que se le avisaba concurriese para el dia de « hoi a prestar reconocimiento a una junta, que decian haberse instalado; que ellos no tenian noticia de « tal cosa, i en caso de que la hubiese, la reputaban « por ilejítima; i que así era necesario se les mandasen « las actas de la instalacion para examinarlas, ver con « qué fundamentos se habia establecido, i resolver, con « maduro acuerdo, si debian o no reconocerla». Le dan al presidente tratamiento de US. i rotularon el oficio de este modo: «Al M. I. S. don Mateo de Toro Zambrano, Conde de la Conquista, caballero cruzado de la orden de Santiago, brigadier de los reales ejércitos, gobernador i capitán jeneral del reino de Chile i presidente de su real audiencia».

Se les contestó: «que sin demora menor pasasen

a hacer el reconocimiento que se les previno en el « oficio; que esto se les amonestaba con amor i dulzura, para evitar desaires, porque seria mui doloroso para la Junta usar con ellos de todo el lleno de su « autoridad». Este es el contesto literal de los oficios, que este último nada mas decia. Cosa particular: ántes de diez minutos ya estaban en palacio la audiencia, con su agente fiscal Sánchez, prontos a hacer el reconocimiento. Los señores vocales de la Junta acordaron, ántes de que entrasen los oidores, recibirles paseándose por la sala, i al tiempo de sentarse no guardar ceremonia ni preferencia en los asientos, todo a fin de no disgustar mas a la audiencia, sino sentarse conforme fuesen llegando a las sillas.

Se presentaron los oidores, i dijeron que ya estaban allí, que se les hiciese saber el modo con que se habia establecido la Junta. Se les respondió que allí debian ir a reconocer dicha Junta, i jurarle obediencia. Dijo el rejente: «pero este reconocimiento i juramento no « se halla prevenido en lei alguna, i en caso de que « el tribunal entre por este partido, será con la protesta formal de que no perjudicará en lo menor a « nuestros derechos i dignidad i que, en caso de declararse ilegítima, la Junta deba tenerse por no hecha, « porque en la realidad él es bajo de condicion i para « solo el caso en que S. M., a quien ya tenemos dado « cuenta de los sucesos del dia, la apruebe». Contestóseles que jurasen i la reconociesen i fuese con la protesta que quisiesen. Juraron, pues, obediencia a la Junta i la reconocieron por superior. Luego pasaron a sentarse, i fué en el orden siguiente: el Presidente, despues se habia sentado el señor Plata, pero cedió su asiento a Ballesteros, despues de Plata, Concha, de ahí Carrera (que dicen cedia tambien su asiento a Aldunate, i éste no lo admitió), despues Aldunate,

Reina, Baso i Rosales. Sentados en esta forma, les dijo el Presidente que ya podian leer las actas de la instalacion (acaso estaria advertido el Conde para permitirles leer las actas solo despues de reconocida la Junta). De facto las leyeron, i no hallaban cómo dar satisfaccion de la oposicion que habian hecho; dijeron que presumian no hubiese sido instalada con tanto acuerdo i sabiduría. Solo Rosales pareció mal.

Hecho este reconocimiento, salieron los señores de la Junta i todos los tribunales con la mayor solemnidad a publicar el bando para que se reconociese. No se ha publicado otro mas solemne. Dos rejimientos enteros, con su música, iban escoltando a los tribunales. En cada esquina de la plaza se botó mucho dinero. ¡Qué gustoso iba el Cabildo!

Concluida esta funcion, verdaderamente magnífica, volvió todo el acompañamiento a dejar a la Junta en palacio.

En esta tarde se concluyeron todos los papeles que deben remitirse a todo el sur hasta Valdivia.

Propuso el doctor Argomedo, como un medio mui capaz de conciliar los ánimos del Intendente de Concepcion al partido de la Junta, declarar que ésta iba a proveer todos los empleos de milicias, que de cuatro años a esta parte se hallaban allí vacantes en los oficiales de aquella tropa mas meritorios. La eleccion de Rozas tuvo por objeto atraer los de Concepcion al partido de la Junta.

Siguió esta noche la iluminacion de las calles lo mismo que la anterior, i hubo la misma orquesta de música en casa de los vocales.

Se dieron órdenes para hacer mañana la jura de la Junta públicamente en la plaza i que alli la reconociese toda la tropa. Para este fin, i para hacer mas

solemne la publicacion del bando de hoi, han hecho permanecer aquí todos los rejimientos.

Se ha hecho una suscripcion para recompensar a la tropa los servicios con que ha trabajado estos dias rondando, i las mas noches sin dormir. En poco mas de seis horas están ya juntos mas de 700 pesos.

Se acaba de denunciar que el marques de Cañada Hermosa, don Tomas de Azúa, está acampado en el camino de Valparaiso, inmediato a la ciudad, con 1,000 hombres, i que viene contra la Junta. Se ha conmovido el pueblo. Se ha empezado a formarle a dicho Azúa causa, i se han despachado exploradores para averiguar la certeza de este hecho. Ha resultado falso, i Azúa ha entrado a la ciudad.

Dia 20.—Se construyó un hermoso tablado en medio de la plaza para la jura. Llegada la hora, (a las 10 del dia), pasaron todos los tribunales, (escepto la audiencia) con los prelados de relijiones, a sacar a la Junta de palacio i con la mayor solemnidad salió a la plaza. Subió al tabladillo, rodeada toda la plaza de tropa, i allí fué reconocida i jurada por todos los jefes militares. Se botó bastante dinero. No hubo por entónces salva de artillería, por la multitud de jente i especialmente por la tropa de caballería que habia en la plaza. Concluida la ceremonia (a la cual se debe advertir que no asistió la audiencia porque no se halló por conveniente citarla), volvió la Junta con el mismo acompañamiento i muchos vivas a palacio.

Se dió comision a don José María Rozas para que llevase a todas las provincias del sur hasta Concepcion los pliegos de la instalacion de la Junta. Lleva tambien la órden para que presentasen los oficiales de aquella tropa sus respectivas hojas de servicio, para que proveer en ellos, segun sus méritos, las vacantes.

Igual comision se dió al rejidor Errázuriz para que llevase los pliegos a Valparaiso para el gobernador i cabildo, i otros para los comandantes militares, con oficios de los jefes militares de Santiago, avisándoles el reconocimiento i jura que hoí han hecho las tropas. Ambas comisiones ya se han estendido por escrito, i mañana salen los comisionados.

En los oficios dirigidos a los cabildos se les pide nombren con brevedad su diputado para que concorra a la nueva eleccion de vocales.

Despachó la Junta un oficio a cada uno de los provinciales de las relijiones diciéndoles «que estaban « obligados ellos i sus comunidades a estimular al « pueblo pública i privadamente, para que reconocie- « se i contase con la Junta como con un Gobierno el « mas benéfico i en que estribaba su felicidad. Que « debian hacer esto con la mayor eficacia, como que « dichos provinciales habian sido testigos del rego- « cijo i satisfaccion jeneral con que se habia instala- « do, i que la obligacion de hacerlo así era tanto ma- « yor cuanto que ellos mismos habian permitido se « predicasen en sus conventos varios sermones en « que pintaban a la Junta como un gobierno sedicioso « i revolucionario».

Se despachó asimismo el siguiente oficio a la audiencia: «Ordenamos i mandamos que en todos los casos « de vacante de fiscal supla por él i haga su oficio « durante la vacante, el oidor mas moderno de la « audiencia donde sucediese, habiendo en ella sufi- « ciente número de jueces para la espedicion i despa- « cho de los negocios fiscales i de parte, de suerte « que el oidor no haga falta en ellos. Este es el espre- « so tenor de la lei 29, tit. 16, lib. 2.º de Indias. Cuán- « to no fué el dolor de US. cuando vió quebrantada « i menospreciada esta soberana disposicion en el an-

«terior Gobierno del señor don Francisco Antonio
 «Carrasco, en que sin embargo de las representacio-
 «nes que hizo US., se mandó continuar despachando
 «la fiscalía a los ajentes. No tuvo otro consuelo la
 «amargura de US. que elevar sus quejas al trono, es-
 «perando de allí el cumplimiento de una lei tan ter-
 «minante. Pero hoi que vive US. bajo un Gobierno
 «justo i celoso, ya debe contar con el remedio de
 «estos males. Mande, pues, US. que en el dia se en-
 «cargue del despacho de la fiscalía el oidor ménos
 «antiguo, a cuyo efecto hará separar de él a los ajen-
 «tes.—Dios guarde a US. muchos años.—Santiago,
 setiembre 20 de 1810.—*El Conde de la Conquista.*—*Fernando Márquez de la Plata.*—*Ignacio de la Carrera.*—*Francisco Javier de Reyna.*—*Juan Enrique Rosales.*—*S. S. del Real Acuerdo.*

En viendo los oidores las firmas de los de la Junta i que el oficio empieza: «ordenamos i mandamos», se mueren de cólera; i para darles este mal rato, se ha hecho así.

Día 21.—No ha habido cosa particular. A la noche ha llegado un propio de Buenos Aires, de apellido Caroca, arriero de don N. Quiroz. Cuenta i lo escriben igualmente de Mendoza por la relacion del mismo, que en el camino en la capilla de las Cruces, donde se dividen Córdova con Buenos Aires, una partida de setenta hombres alcanzó a la que conducia a Liniers, Concha, Allende, Moreno i Rodríguez del dicho Córdova, i manifestó las órdenes que traia de la Junta para darles muerte, concediéndoles solo tres horas para los ausilios de cristianos. Liniers suplicó al comisionado les concediese siquiera ocho horas mas, i por consideracion se les dió una hora mas. A las cuatro horas los amarraron a una carretilla i los abalearon. Al Obispo lo condujeron a Buenos Aires;

todos los cinco fueron enterrados en la capilla i a los dos dias pasó por allí la mujer de Concha para Buenos Aires, sin saber todavía este suceso, porque nadie tenia valor de contárselo. El Caroca asegura que presencié el suplicio. Con el correo llegó la confirmacion de la muerte de los presos de Córdoba, i unos anónimos que refieren el temor tan grande que tiene la Junta de Buenos Aires, i las precauciones que toma para resguardarse.

No quiso dicha Junta confiar la ejecucion de la sentencia ni a su jeneral que tomó a Córdoba, ni al oficial que conducia a los reos para Buenos Aires. Comisionó al señor Castelli, vice-presidente de la Junta; i éste, temiendo que no solo no quisiese auxiliarlo el oficial conductor para la ejecucion, sino que aun se echase sobre dicho Castelli, pidió que lo fuesen custodiando sesenta hombres.

Llegó al lugar de la Cabeza de Tigre, i preguntando allí por los reos, se le respondió que no habian pasado, i que sin duda venian caminando, aunque ya estarian cerca de aquella posta; los esperó, i en cuanto divisó la tropa que los traia, hizo formar sus 60 hombres, i apénas llegaron los reos cuando Castelli mandó al oficial hiciese poner en fila los coches en que venian los reos. Puestos así les previno a éstos bajasen a un tiempo, i ya el secretario que llevaba Castelli estaba prevenido para leerles la sentencia en cuanto pusiesen el pié en tierra, como lo verificó. Liniers fué el que habló, i dijo: «Obedezco la sentencia; ¿qué he de hacer?, pero solo me admira que « vengan aquí firmados dos que son mis hijos i que « me deben la representacion i fortuna que allí gozan « (lo dijo por Castelli i Saavedra) Ud. mismo i sobre « todo Saavedra, a quien yo saqué de la oscuridad « en que vivia ¿cuándo habian de creer ahora cer-

« ca de tres años que habian de ser los que conde-
« nen a muerte al virrei Liniers? pero muero gusto-
« so por mi rei i la fidelidad que le juré; quise soste-
« ner esta parte de sus dominios, que la Junta, con
« pretestos de conservarlos, ha tratado de usurpárse-
« los. Tres horas es mui poco para prevenirme, no
« me son suficientes, ni aun para conformarme con la
« muerte. Siquiera que se me concedan seis horas
« mas » Se negó Castelli a esta prorrogacion de tiem-
po; pero por las súplicas del oficial que los condu-
cia, dijo: «Vaya, se le concede a Ud. una hora mas
« para que se conforme con que ha de morir, i las
« tres para que se disponga.» El mismo rancho de la
posta les sirvió de capilla; a cada uno lo pusieron en
una esquina de él, i al quinto a la puerta. Cumplido
el término, pidió Liniers que a él fuese al primero
que arcabuceasen, i lo consiguió. A la tercera descarga
murió, por que la primera no le causó el menor daño;
a la segunda, aunque le rompió el pecho, siempre
quedó hablando, i dicen que entónces un dragon se
desmontó de su caballo i a boca de cañon le tiró con
una pistola por un oido. Siguióse Allende i despues
Concha.

Dia 22.—Esta noticia conmovió mucho a todo el
pueblo de Buenos Aires, a que se agregó que la Jun-
ta mandó nuevamente desterrar a varios sujetos i
confiscar sus bienes; i hoi se ha averiguado que no
ha habido tal destierro sino que a todos los han
muerto secretamente, porque no han llegado hasta
hoi al castillo a donde dijo la Junta iban destinados.
Lo mismo se cree haya sucedido con Ansay i los ofi-
ciales reales de Mendoza que tampoco han llegado a
Buenos Aires.

Toda la artillería que habia en el Retiro, la hizo pa-
sar la Junta al fuerte, donde se ha hecho poner 500

hombres de centinela i mandado que en las cuatro boca calles de la plaza se hagan fosos de cuatro varas de ancho i las mismas de profundidad. Ya están hechos. De dia, para el tránsito de la jente, se ponen unos tablones, que se alzan de noche. El 1.º de setiembre se huyeron seis vecinos i obligaron al dueño de una falúa los condujese a Montevideo para llevar estas noticias. Luego que llegó el dueño de la falúa, se echó sobre él la Junta, i no le valió decir que lo habian obligado por fuerza, i a puro escapar dió gracias que solo lo condenasen a trabajar en las obras públicas junto con lo facinerosos.

Han llegado a Buenos Aires las siguientes noticias de Montevideo: el navío San Pedro, procedente del Callao, arribó allí i dejó al gobernador 100,000 pesos, de los que llevaba al consejo de rejencia, el gobernador dijo que no necesitaba mas dinero porque esperaba tropas i dinero del Brasil. De cierto, la Carlota mandó a aquella plaza 200,000 pesos, i avisó estaba ya en Rio Grande, próxima a partir, la tropa que al mando del marques de Casa Trajo habia determinado despachar para subyugar los rebeldes de Buenos Aires.

No ha llegado carta, ni la menor noticia de España; así me lo dijo Formas. Una voz vaga corre de que don Joaquin Fernández se halla en el consejo de rejencia, como diputado del Reino de Chile.

El señor Irigóyen, lleno de amarguras por la junta i la muerte de sus hermanos i cuñados, ha pedido licencia para retirarse por unos dias al campo. En los fandangos que se dieron a los vocales de nuestra junta, en los dias siguientes a su instalacion, pasaban por casa de cada oidor i le tocaban la marcha de la guillotina.

Ayer 25, ha despachado la Junta el siguiente oficio a la Audiencia: «Cuando el dia 19 del corriente pasó

« US. a presentar su reconocimiento i obediencia a
« esta Junta Superior, tuvo ella el placer de ver apro-
« bada su instalacion, con el voto del ministerio i
« fiscal que mas se habia opuesto a su estableci-
« miento. Al tiempo de firmar hizo US. una protesta,
« que la Junta tuvo que disimular, por no turbar el
« gozo jeneral de aquel dia. Hoi se ha sabido que US.,
« en sus conversaciones públicas i privadas, habla
« de esta protesta como de un acto por el cual no
« deben prestar, como todos, su ciega obediencia a
« las disposiciones de la Junta. Sirvase US. avisar si
« entiende que todo cuanto espresó en los oficios re-
« mitidos al anterior gobierno, ántes de la instalacion
« de la Junta, se comprendió en la protesta que hizo
« el dia 19, porque en este caso se le ordena a US. dé
« una satisfaccion pública a la Junta de que la pro-
« testa no debe entenderse en esa forma; en intelijen-
« cia que, en caso de resistirse a tal satisfaccion, sa-
« bria este Gobierno Superior tomarlo por sí, cum-
« pliendo en esto con la obligacion que tiene todo
« majistrado de hacer respetar su dignidad.»

JOSÉ GREGORIO ARGOMEDO.

UNA NUEVA EDICION FRANCESA

DE «LA ARAUCANA»

L'ARAUCANA, POÈME ÉPIQUE PAR D. ALONSO DE ERCILLA
I ZÚÑIGA. MORCEAUX CHOISIS...., PAR JEAN DUCAMIN.
Paris, Garnier.—1900. 8.º

Casi a raíz de la muerte de Ercilla salió a luz en la ciudad francesa de Perpignan, limítrofe puede decirse de la frontera española, una edición de *La Araucana*, edición que debió sin duda su origen a la popularidad de que gozaba en la Península el poema i que pasando los Pirineos se extendía ya en Francia. Que esa edición estaba destinada a servir a los lectores de las provincias meridionales de Francia, donde el habla castellana era i es bastante popular, nos parece fuera de cuestion; así como las que ántes i despues de ella habian visto la luz pública en Ambéres, estaban enderezadas a los lectores españoles que por aquel entonces, esto es, en el último tercio del siglo XVI, debían ser no pocos, en su mayoría soldados que hallaban en los hermosos versos de Ercilla celebradores de ha-

zañas militares, agradable entretenimiento para sus ocios de cuartel.

Pasadas aquellas especiales circunstancias destinadas a favorecer la reproduccion por la imprenta de una de las obras maestras de la literatura castellana, hubieron de cesar las prensas de los Países Bajos en su tarea vulgarizadora de *La Araucana*; pero como las que dominaban en Francia eran mucho mas sólidas i estables, derivadas de la vecindad, de un habla de origen comun i de las recíprocas influencias de ambas literaturas, no puede parecer extraño que hayan salido en Francia, en el trascurso de este siglo, no ménos de tres ediciones de la obra de Ercilla.

Mas aun: de 1824 hasta ahora se han publicado en aquel pais dos traducciones (1); un estudio literario mui estenso de M. Royer, profesor del liceo de Dijon, que vió la luz pública en 1879, i en lo que va corrido de este año en que estamos, el librito con cuyo título encabezamos esta noticia bibliográfica.

Destinado a formar parte de la coleccion anotada de autores clásicos españoles que ha comenzado a editar la casa de Garnier bajo la direccion de M. E. Merimée, profesor de la lengua i literatura españolas en la Universidad de Tolosa, por alumnos o correspondientes de la Facultad de Letras de aquella ciudad, bajo las apariencias de un testo de estudio, ha resultado un libro mui interesante, sobre todo para los chilenos: nos referimos a los pocos que todavía en nuestro pais consideran que el solaz de la vida no está solo en los placeres que proporciona el dinero i en que no todo debe sacrificarse al vellocino que Jason fué a buscar en Cólquida.

(1) La primera, en compendio, es de Gilibert de Melhiac, Paris, 1824, 8.º; i la segunda, completa, de Alexandré Nicolas, Paris, 1809, 2 volúmenes, 8.º

Precede al libro una breve i nutrida advertencia de Merimée, en la que manifiesta con sobrada razon cuánta falta hace poseer ediciones anotadas de los clásicos españoles, tan abundantes en Francia, Inglaterra i Alemania. I sin embargo, espresa el ilustrado catedrático: «Cuán necesarios no serian . . . Hacemos de ello jueces a los que han tratado de leer, aun en las colecciones mas acreditadas, un testo de los siglos XVI i XVII ; Cuántas frases dignas de reparo! ¡Cuántos descuidos de redaccion! ¡Cuántos versiones satisfactorias, sea de parte del autor, sea de la del impresor! Se puede afirmar i se ha afirmado, en efecto, aun en España, que salvo raras escepciones, hai que rever o fijar todos esos testos».

Por de contado que, como el mismo crítico modesta i juiciosamente lo reconoce, no se ha pretendido llegar a realizar por completo ese ideal por lo que toca a *La Araucana*, habiendo tenido desde luego que ceñirse a la edad i preparacion de los lectores a quienes está destinada la edicion; si bien por nuestra parte nos es grato manifestar que en ese campo han adelantado no poco los editores del librito de que nos ocupamos, fijando el testo que dan despues de anotar las variantes que se hallan en algunas de las ediciones primitivas de nuestro poema épico nacional, que así podemos llamar a *La Araucana*.

El estudio de Ducamin abarca, ademas de la constitucion del testo que da de los trozos que ha transcrito, de ordinario perfectamente elejidos, una multitud de notas aclaratorias del sentido de los versos, digresiones gramaticales, históricas i jeográficas tan discretas como eruditas; i para que los estudiosos, sin necesidad de leer todo el poema, puedan seguir la hilacion del relato, extracta en breves rasgos las estrofas que preceden a las que copia por entero.

Al fin de la obra ha insertado largas notas gramaticales, muchos apuntes relativos a la versificación, un léxico castellano de palabras anticuadas o de difícil interpretación para el estudiante francés, i un índice de nombres propios, con breves noticias biográficas a veces, i, por fin, ha reproducido para la mejor inteligencia de la parte jeográfica, el mapa del territorio araucano que acompaña a la edición madrileña de Sancha.

A pesar de la labor enorme que supone haber realizado satisfactoriamente la tarea que dejamos enunciada i en la cual el jóven anotador de *La Araucana* reconoce ha sido auxiliado por tres literatos españoles que nombra, todavía ha hecho algo mas, i que por serlo mas interesante para nosotros, hemos querido mencionar a la postre: nos referimos a la introduccion que precede a la obra, i que consta de tres partes:

—La biografía del poeta;

Estudio bibliográfico, publicacion i composicion de *La Araucana*.

—Estudio literario, con los siguientes tópicos: plan de la obra; inspiracion; héroes del poema; caracteres de españoles i araucanos; color local; arengas; descripciones i comparaciones; lo maravilloso; filosofía de Ercilla; estilo; influencias sufridas por el poeta; jenio de Ercilla; sus insuficiencias; lugar de *La Araucana* en la literatura española; éxito del poema; *La Araucana* i la posteridad; virtud educadora de Ercilla.

La mera enunciacion de estos temas deja ya ver cuánto interes i novedad a la vez reviste el estudio de que damos cuenta, sin contar con que en la biografía de Ercilla, aprovechándose de los documentos publicados últimamente, Ducamin ha adelantado muchísimo sobre lo que hasta ahora se conocia. No quiere esto decir que el biógrafo francés no haya in-

currido en errores de hecho i apreciaciones históricas i jeográficas, algunas de ellas chocantes para lectores chilenos; pero, con todo eso, nos sentimos tentados a reconocer que, hoi por hoi, i dados los elementos de que ha dispuesto, mui cerca ha andado de alcanzar aquel *punctum* de que Horacio hablaba como de tan difícil logro.

En realidad de verdad, a la vez que aplaudimos de todo corazon el trabajo del jóven erudito frances, sentimos cierta especie de rubor al considerar que llegue del extranjero a Chile, donde, como él mismo dice con tanta exactitud, Ercilla debe considerarse como «una especie de Homero que ha cantado los orígenes heróicos de este pueblo nuevo», que nos llegue del extranjero, decimos, un libro que desde tiempo atras debia haberse publicado aquí.

JOSÉ TORIBIO MEDINA.

EL CANTO DEL ODIO

(DE STECCHETTI)

Cuando tú duermas olvidada i fea
bajo la tierra crasa,
i la enseña de Dios erguida sea
sobre tu negra casa;

cuando goteen tus carrillos huecos
entre tus dientes flojos,
i los gusanos bullan en los secos
abismos de tus ojos;

para tí el sueño de la muerte pio
será otro amargo insulto,
porque un tenaz remordimiento frío
jerminará en tí oculto.

Remordimiento atroz, que inexorable
devorará tus sesos,
i a despecho de Dios, lento, implacable,
te roerá los huesos.

¡Yo seré aquel remordimiento! Errando
por la mortuoria alcoba,
lámia que huye la luz, vendré ladrando
como ladra una loba,

I con mis uñas cavaré la tierra,
allá en la noche oscura,
i el sucio leño rasgaré que encierra
tu fétida envoltura.

¡Cómo en tu desnudez, ántes bizarra,
el hierro haré que éntre!
¡Con qué alegría clavaré la garra
en tu impúdico vientre!

I atraído por él, sobre él echado,
dormiré el sueño eterno,
monstruo de la venganza i del pecado,
espanto del infierno.

I allí, a tu oreja, tan hermosa un día,
murmuraré inclemente
versos que abrasarán tu carne fría
como un hierro candente.

I cuando tú me digas:—¿Por qué hincaste
tu garra aquí en mi cuello?
Yo te responderé:—¡Qué! ¿Ya olvidaste
cuánto un día fué bello?

¿I olvidaste también los bucles rubios
que velaban tus hombros,
i los ojos de luz, llenos de efluvios,
de misterios i asombros?

¿I de tu cuerpo la esbeltez, i aquella
desenvoltura franca?
¿O no recuerdas ya cómo eras bella,
provocativa i blanca?

Mas ¿no eres tú la que desnudo el pecho
mostraste a ojos extraños,
i, sedienta Licisca, el torpe lecho
brindaste sin regaños?

Mas ¿no eres tú la que a los ebrios diste
acojimiento un día,
i al anónimo beso descendiste
con mengua tuya i mía?

¡I yo te amaba! ¡I yo te amo!... ¡Escucha!
¡Cuántas veces, sí, cuántas,
con tus miradas en tremenda lucha,
morir ansié a tus plantas!

No lo quisiste tú... ¿Por qué?—Tus brazos
¿por qué, como a un protervo,
negar al hombre que a tu amor los lazos
reclamaba del siervo?

¿Por qué decirme *nó*, ceñuda, brusca,
cuando imploré tus dones,
miéntras las calles, del inglés en busca,
corrian tus lenones?

¿Ries?... ¡No mas!—A hozar en tu sepulcro
ya mi furor comienza;
tu cuerpo, un día voluptuoso i pulcro,
ya saco a la vergüenza.

I es la vergüenza, el yambo en que te arrojó
al vituperio eterno;
a injuria tal, que envidiará tu enojo
la injuria del infierno.

Te haré morir de nuevo, con templanza,
sin prisa, lentamente,
i la deshonra tuya i mi venganza
te clavaré en la frente.

Z. Z.

O JUAN, O LA MUERTE ⁽¹⁾

(Continuacion)

—Despues, nos casamos.

—¿Sin plata?

—Sin plata.

—Ese es un proyecto mui a la desesperada,—observó indolentemente el mozo, que conocia la vida i temia sus crudezas.

—Cuando hai amor, hai plata. Dí, ¿me amas tú?

—¡Oh, Clarisa! Si te amo...

—Entónces no tenemos necesidad de plata. Huyamos.

—Pero sin plata no se puede hacer nada...

—¡Eres un cobarde!—esclamó la jóven indignada.

—Clarisa, hermosa mia, tú bromeas—replicó él sonriendo.

—Nó, no bromeo. Tú tienes miedo, piensas en la plata, no sabes amar, eres un cobarde.

—Clarisa, yo te adoro.

—Nó.

(1) Véase el número 5 de LA REVISTA NUEVA.

—Tú sabes que te adoro, Clarisa.

—Nó.

—¡Te adoro, Clarisa! Te lo juro por mi alma.

—Nó.

Pero esta tercera negativa fué ménos enérgica que las anteriores. Clarisa miró a Juan en lo negro de los ojos, i su cólera quedó vencida.

—Tienes razon—dijo.

—Puesto que esta vida no puede seguir así—continuó Juan—busquemos otra cosa.

El problema de la existencia volvía a atormentar su espíritu.

—Yo, Juan, no encuentro nada. Mi madrastra es mui cruel.

—¿Es tan cruel como dices? ¿No habrá modo de suavizarla?

—No quiero intentarlo—dijo Clarisa con una mueca de desprecio. Yo no puedo humillarme.

—No seria humillacion, porque es como tu madre.

—¡No lo quiera Dios! exclamó la jóven santiguándose.

—Si me permitieses que la hablara... Dí ¿quieres que le hable?

—No ganarias nada.

—¡Quién sabe!

—Doña Gabriela es una mujer vil, que no quiere sino el dinero.

—¡Ah! Bella cosa es el dinero, despues del amor!

—Es una mujer que no ha querido nunca a nadie.

—Si tú la quisieras, quién sabe si te querria a tí.

—¿I cómo he de quererla si me pega, si me deja encerrada en la casa? Me tiene bajo cerrojo como a los presos. Si viniera ahora i nos sorprendiera conversando, verias cómo me pegaba!

—Entónces me voi.

—¡Nó, Juan! Te lo suplico, no te vayas, no te vayas!

Habia tanta pasion en la mirada de Clarisa, tanto amor en su súplica, que el jóven palideció de amor.

—No volverá tan luego—murmuró Clarisa, con la vista clavada en los ojos de su amante.—I despues de todo, si vuelve ¿qué me importa?

—Dame la mano, Clarisa—suspiró Juan, magnetizado por el amor.

—No puedo, no alcanzo—dijo la jóven inclinándose hácia él, con las lágrimas en las pestañas—no puedo, no alcanzo.

—Clarisa, yo quiero hablar con tu madrastra.

—I, suponiendo que no te despida, ¿qué le vas a decir?

—Estoi seguro de que no me despedirá. En cuanto a lo que yo le diga, no lo sé todavía... Le diré la verdad, que nos amamos...

—I que preferimos morir ántes que renunciar el uno al otro—agregó ella injenuamente.

—¡No pienses en la muerte! Le diré que soi mui pobre, pero que nadie podrá quererte como yo; que, sostenido por la fuerza del amor, espero triunfar de la mediocridad, de la secreta miseria en que vejeto...

—Es una mala mujer—balbuceó Clarisa.—No te creerá.

—Sin embargo, haré la prueba. No puedo verte sufrir así. Me hace mucho daño.

I se miraban conmovidos por el drama de su amor contrariado.

En la vieja iglesia de los Santos Apóstoles, la misa cantada acababa de salir. Primero, llegó el coche vacío de la princesa de Santobuono. Luego entraron al patio los Manetta. Miraron a los enamorados que se contemplaban en silencio.

—¿Isabel?

—¿Qué quieres?

—¿Te acuerdas del día en que te ví por primera vez en Santa María de Capua?

—Sí, me acuerdo.

—¿Te acuerdas, Isabel, que no querías salir del pueblo?

—Sí, me acuerdo.

—¿Acaso no te sientes mejor en Nápoles?

—Mucho mejor.

—¡Gracias a Dios!—esclamó el buen escribano.

La pareja Ranaudo entró lentamente, i, al ver a los amantes, sonrieron paternalmente.

—Las bofetadas no han servido de nada—hizo notar doña Pepina, sonriendo.

—«No se ama bien en la ausencia», cantó don Alfonso, que se vanagloriaba de tener una voz fenomenal.

Los Manetta i los Ranaudo subieron la escalera lentamente, miéntras que en las ventanas i balcones aparecían los inquilinos del tercer piso.

Ajenos a todo, los amantes continuaban mirándose fijamente.

—Clarisa, dime por última vez que me amas.

—¿Por última vez? Por siempre, por siempre te amo i te amaré!

—Dame la mano.

Para alcanzar a darle la mano, la jóven amontonó los cordeles unos sobre otros. Precisamente en ese momento, doña Ursulina entraba al patio, i sabía que doña Gabriela venía pisándole los talones. Ursulina levantó la cabeza, los vió i pensó inmediatamente en el peligro que los jóvenes corrian de ser sorprendidos; i, a despecho de todo, se puso a toser fuerte, con una tos que llamaba, que advertía, que se esforzaba

por salvar. I en ese mismo instante de esa tibia mañana primaveral, los enamorados, triunfantes, acababan de sentir juntas las puntas de los dedos, i se sentian trasportados de felicidad por esa caricia inocente, entre las sonrisas mudas de todos esos testigos que finjian no ver nada...

Doña Gabriela entró i tambien lo vió todo. Pero el silencio indulgente i cariñoso de todas esas pobres jentes, viejos, enfermos, o desgraciados; de esas buenas jentes de alma tierna, que veian i perdonaban, suavizó las iras de ese corazon duro que no sabia ni rezar ni perdonar.

II

Sentada en su cuarto, cerca del balconcillo, Clarisa se esforzaba en vano por disimular la impaciencia de la espera. Su espíritu era presa de profunda turbacion. Maquinalmente, habia intentado rezar, decir un rosario para encomendar a la Madona la felicidad de su vida: porque el momento decisivo habia llegado. Pero sus labios no acertaban a pronunciar las santas palabras de la oracion, i sus dedos permanecian inmóviles sobre las cuentas del olvidado rosario. A fin de distraerse, habia querido tambien continuar el bordado de paño al crochet para los muebles del salon; pero tampoco habia podido continuar ese trabajo automatico. La tarde le parecia interminablemente larga.

¿No hacia dos horas que Juan estaba allí, en el salon, con doña Gabriela, intentando vencer la tenaz crueldad de la madrastra? Sí, cierto, dos horas; i Clarisa, sola en su cuarto, no atreviéndose a ir al salon, no atreviéndose a llamar a nadie, enervada por sus ensueños, i mas todavia, por el silencio i la soledad, aguzaba el

oido para sorprender algun ruido de pasos, una voz, el golpear de alguna puerta. . . I no oia nada.

Durante largo tiempo, por instintivo temor, por vaga aprension de males peores todavia, Clarisa se habia opuesto a que Juan hablase con doña Gabriela; pero el jóven se habia obstinado en ello, convencido de que ése era el único camino bueno, i un dia, sin advertir a Clarisa, escribió a doña Gabriela pidiéndole una conferencia. Cosa rara, la madrastra consintió en el acto i hasta puso buena cara. I esa misma tarde, ambas mujeres comian en silencio—sus comidas eran siempre taciturnas o interrumpidas por violentos discursos—cuando doña Gabriela dijo de repente:

—Juan me ha escrito.

—Ah!... ¿I qué quiere?—preguntó Clarisa, procurando ocultar un movimiento de temor.

—Quiere verme. Vendrá mañana.

I no habian hablado mas. La madrastra se habia espresado sin cólera, pero secamente: era visible que no queria ser interrogada. Tambien, por orgullo, Clarisa no hizo nuevas preguntas; pero pasó una noche inquieta i febril, en un semi-sueño lleno de visiones que le parecian realidades, de realidades que le parecian visiones. Tan pronto la helaba un terror loco, como la mas dulce esperanza la enardecia el corazon. No pudo reposar un minuto. I al dia siguiente, cuando, a las tres, oyó sonar la campanilla, su primer impulso fué salir a encontrar a Juan i decirle:—¡Véte!—Pero no se movió de su cuarto: el choque nervioso la paralizó. I se puso a esperar, inmóvil, incapaz de hacer nada, pareciéndole siglos los minutos.

¿Qué podian hablar tan largo Juan i doña Gabriela? Como era fácil suponerlo, ésta no se dejaba vencer; i, sin duda, Juan le suplicaba, le pedia que no labrara la desgracia de dos séres que se adoraban.

Pero ¿por qué suplicar a esa mujer sin corazón? Clarisa no lo había hecho nunca: era demasiada orgullosa i prefería el peor dolor a la humillación de una súplica...

Luego, para calmar su emoción, para disipar sus tristes pensamientos, se puso a mirar hácia la calle. En la calle, una remendera que zurcía una camisa en la puerta de su tenducho, meciendo con el pié el canasto de mimbre en que dormía su guagua. En el balcon de doña Pepita Ranaudo había una gran lata con conserva de tomate, cuyo olor acre se esparcía por todas partes. Las moscas bullían en enjambres; i cerca de San Juan de Carbonara, un vendedor de limones, con voz melancólica, recomendaba la frescura de su mercadería.

Pero Clarisa estaba como en estado de sonambulismo: la frente apoyada en el vidrio verde de la celosía, no oía ni los gritos de los muchachos, ni la voz de los vendedores. I su agitación se parecía mucho a la desesperación: le parecía imposible que la entrevista de Juan con doña Gabriela pudiera tener buenos resultados. Esperaba con ansiedad; pero esperaba solo cosas malas, nuevos tormentos inflijidos a su amor. Despertaban sus rencores contra su madrastra, avivados por la excitación en que vivía desde hacia veinte horas. Nó, ella jamás había recibido un beneficio de esa mujer; lo que de ella siempre había recibido, eran torturas, daños, todas las horas negras de su existencia. ¿Por qué, hoy, había de esperar algo bueno de ella? Solo podía esperar mal, un mal desconocido, misterioso, que aun no había sufrido... Al fin, el miedo vencía a los otros sentimientos, i Clarisa, aniquilada de nuevo en su silla, la vista perdida, esperaba el peligro desconocido; i cada minuto que pasaba le parecía de una lentitud mortal.

Detras de ella, una voz dijo, mui bajo:

—Señorita Clarisa . . .

—¿Qué quiere usted?—preguntó la niña, como saliendo de un sueño.

—Su madre la espera en el salon—anunció Cármen.

Clarisa alzó los ojos sobre la beata, que tenía el rostro mas verdoso que de costumbre, i los labios apretados i secos de cólera. La jóven no respondió ni hizo movimiento alguno.

—Señorita, su madre le manda que vaya.

—¿Está sola? preguntó la pobrecilla.

—Nó. Está acompañada—respondió malignamente la beata —i quiere hablar con usted.

—Está bien; dile que ya voi.

Maquinalmente Clarisa tomó su rosario, besó un retratito pálido de su madre, que conservaba a la cabecera de su cama, echó, sin verse, una mirada al espejo, i se dirijió al salon.

Doña Gabriela, vestida con un peinador cargado de encajes, que le habia revendido la camarera de la duquesa de Episcopio, estaba sentada en el gran canapé amarillo. Llevaba en las orejas dos magníficos solitarios; i en los brazos, desnudos casi hasta el codo, en los dedos, rojos i gordos, brillaba como una constelacion de brazaletes, sortijas i pedrerías. En el pecho, una pesada cadena de oro se perdía entre los encajes; i el abanico, que metódicamente ajitaba, no alcanzaba a suavizar el carmesí subido de su cara, en la cual los ojillos brillaban como ascuas.

Juan estaba en un silloncito; vestido modestamente, pero con natural elegancia, algo pálido, pero tranquilo. Ambos parecian contentos, i miraban a Clarisa que, sin mirarlos, avanzaba tambaleante, palpitándole fuertemente el corazon.

—Acércate, querida Clarisa, le dijo doña Gabriela, con insólita amabilidad.

De nuevo, sin saber por qué, Clarisa tuvo miedo i se puso a temblar. Pero Juan, con la mirada i la sonrisa, la invitaba a acercarse.

—Ven, ven—repitió la madrastra tiernamente.

La jóven se acercó, sin decir nada. Su manito blanca i fria, que temblaba febrilmente, fué aprisionada entre las manos coloradas e hinchadas de doña Gabriela.

—Quiero hacer tu felicidad—dijo gravemente la usurera. Porque parece que así es la voluntad de Dios; i ademas, Juan, aquí presente, me parece un buen jóven. Ya lo ves, tu propia madre no te trataría mejor. Con la ayuda del Señor, ustedes se casarán lo mas pronto. ¡Vamos, dame un beso!

La carnuda boca de doña Gabriela cayó sobre la delicada de Clarisa; pero los labios de la jóven no se movieron, i ardientes, silenciosas lágrimas corrieron por sus mejillas hasta el seno.

Juan miraba a su novia con tranquila satisfaccion.

—Llámame mamá—dijo doña Gabriela a Clarisa, con voz conmovida.

En vez de responder, Clarisa continuó llorando en silencio.

—¡Llámame mamá! repitió la usurera, con aire de humildad suplicante.

—¡Mamá! ¡Mamá! gritó por fin Clarisa, estallando en sollozos.

Cuando la sirvienta contó, mirando oblicuamente, lo ocurrido a los vecinos, hubo contentamiento jeneral.

El prolongado espectáculo de ese amor fiel, invencible i desgraciado habia conmovido el corazon de los vecinos, les habia inspirado profunda simpatía por los jóvenes enamorados.

—Doña Gabriela ha tomado una santa resolucion—

dijo Pepita Ranaudo, regateando en el patio una canastilla de pejerreyes que quería comprar.

—¡Nada es santo delante de Dios!—dijo la beata, que siguió su camino haciendo la señal de la cruz.

A pesar de sus insinuaciones malévolas, a pesar del silbido viperino de su voz, Cármen solo veía sonrisas de alegría en las personas a quienes daba la noticia.

—Oiga usted—le dijo doña Ursulina, estenuada ya por lo avanzado de su preñez i por el calor canicular, sin dinero i sin fuerzas para trabajar—oiga usted, Cármen: tengo tanto gusto como si Clarisa fuese hija mía. El matrimonio es una servidumbre, sí! Pero es bueno que las niñas se casen.

—No todas—replicó agriamente la beata.

Hasta las viejas señoritas del tercer piso, las hermanas del profesor de inglés, espresaron su alegría enviando cariñosos saludos a Clarisa.

La novia inclinaba la cabeza i se ruborizaba. Se sentía como envuelta por esa ola de simpatía i bajaba la cabeza para ocultar su emoción. Se sentía feliz; pero su felicidad era amargada por una desconfianza invencible. Sin embargo, su vida, a lo que parecía, era de perfecta felicidad. Juan, considerado ya como novio oficial, podía escribirle cuando quisiera, i ella contestarle. Los juéves i domingos en la noche la hacía visitas de tres o cuatro horas. Cuando la joven salía, Juan se arreglaba de modo de encontrarla en la calle como por casualidad, sin que doña Gabriela protestase.

A la verdad, doña Gabriela siempre asistía a las entrevistas de los novios no dejándolos solos un segundo; pero esa era la costumbre del país, i ni uno ni otro pensaba en quejarse de ella. Por otra parte, ¿qué les importaba la presencia de la madrastra?

Eran unas veladas llenas de encantos. Clarisa, entonces, sentía desvanecerse el sentimiento de amarga desconfianza que marchitaba su alegría; la mirada de Juan la rodeaba de una atmósfera de ternura; su voz la acariciaba como un soplo de amor, i cuando hablaba con el tono bajo i seductor que solo él poseía, Clarisa cesaba involuntariamente de tejer, i sus manos quedaban inmóviles mientras que una oleada de sangre hacia colorear sus mejillas.

La madrastra, desde que dió el consentimiento solemne, les manifestaba un cariño imprevisto, pero persistente. Parecía que de repente, por no se qué sortilejo, Juan hubiera concluido con el odio profundo que antes hacía chocar a ambas mujeres, ablandando el duro corazón de doña Gabriela i doblegando el orgulloso corazón de Clarisa. Las noches que Juan no las visitaba, las dos mujeres pasaban la velada solas; pero esas noches, Clarisa se ponía algo nerviosa, i doña Gabriela cabeceaba, olvidándose de ajitar el abanico para hacer brillar sus joyas. A cierta hora, un silbido vibraba en la plaza de los Santos Apóstoles. Clarisa temblaba.

—Es él—decía en voz baja.

—Es él—decía en voz alta doña Gabriela.

En efecto, era Juan, que se iba al café de la puerta de San Javier, a matar el tiempo.

Juan silbaba para hacerse oír, i ese amoroso silbido quería decir:

—«Aquí estoy, te amo, acuérdate de mí! . . .»

—¿A dónde va a esta hora? preguntaba la madrastra despues de un rato.

—Al café—respondía tranquilamente la jóven.

—Sí, a gastar dinero—murmuraba doña Gabriela.

I Clarisa la miraba de frente; pero sin decir palabra: guardaba todo su orgullo, i le repugnaba contestar que,

si doña Gabriela hubiese permitido a Juan visitarlas mas a menudo, no iria al café a gastar su dinero, porque esa respuesta hubiera parecido una súplica i Clarisa estaba resuelta a no suplicar jamas a su madrastra.

Las horas de felicidad que pasaban sobre la jóven cabeza de Clarisa, habian reprimido en su corazon la efervescencia de la indignacion juvenil que ántes sentia contra esa mujer; sin embargo, el recuerdo de las penas paternas i de sus propias penas, no lo habia perdido del todo. No queria pedir nada: eso era todo. Si habia juzgado mal a su madrastra, si habia tenido contra ella prevenciones injustas, consentia en cambiar de opinion; pero solicitar una gracia, un favor, nunca! I Clarisa se encerraba en su carácter demasiado sensible, excesivo, caprichoso, pronto a las emociones, pero incapaz de olvidar. Doña Gabriela, de mal humor, golpeaba el brazo del sillón con su abanico. Al fin, fastidiada por el taciturno rostro de Clarisa, que no se alteraba ni una línea, llamaba a Cármen, que dormitaba en la cocina, mascullando sus oraciones.

—Recemos el santo rosario— decia doña Gabriela, sin moverse del sillón en que estaba hundida.

La sirvienta tomaba una silla, se arrodillaba en el suelo desnudo, apoyaba los codos en el asiento de la silleta, i con la cabeza apoyada en las manos empezaba a recitar el *Misterio*.

Doña Gabriela, atenta, movia levemente los labios, como si dijera algo. Clarisa cesaba de tejer, dejaba el crochet i el hilo en el mármol de la mesa, i se cubria la vista con la mano como para reconcentrarse en la oracion.

— . . . *fructus ventris tui, Jesu*, decia la beata.

—*Sancta Maria* . . . continuaban doña Gabriela i Clarisa, en voz baja ésta, en alta aquélla.

Cuando llegaban a las hermosas letanías de la Virgen, Clarisa se arrodillaba como Cármen. Solo doña Gabriela permanecía sentada, porque a causa de su gordura le era difícil arrodillarse; pero se inclinaba un poco, respetuosamente.

Algunas veces, durante las letanías, un segundo silbido vibraba en la plaza de los Santos Apóstoles. Era Juan, que volvía del café, i que daba las buenas noches a su amada.

—«Aquí estoy, te amo, acuérdate de mí! . . .»

I temblaban los hombros de Clarisa.

Doña Gabriela se distraía i dejaba de rezar las letanías.

I la sirvienta, a quien nada se le escapaba, alzaba la voz rabiosamente, como un llamamiento al orden, i rezaba como si estuviera injuriando a alguien. Luego, concluido el rosario, la beata se marchaba furiosa, i lo decía de nuevo, por su cuenta, en la cocina, sola, porque estimaba que con todas esas *tentaciones*, el primer rosario no valía nada ni para el alma ni para el cuerpo.

MATILDE SERAO.

(Continuará)

LOS NOMBRES INDÍJENAS

DE LOS FERROCARRILES (1)

Decíamos en un artículo anterior que la investigación de las etimologías indígenas se hacía mas clara i sencilla desde que se penetraba al antiguo territorio de la Araucanía.

En efecto, siendo los términos jeográficos jenuinamente araucanos, del moderno o del antiguo lenguaje del pueblo que lo habita o que lo habitó, no presenta otra dificultad que dar a uno que otro nombre la forma primitiva; para lo cual es preciso revisar los vocabularios de los padres misioneros de siglos pasados.

Con el conocimiento del *mapuche* o del araucano actual o con la direccion de un intérprete entendido, es fácil, por lo demas, explicar las voces modernas, como pasamos a hacerlo.

DIUQUIN es la primera estacion de nombre indijena que hai al sur del rio Laja. Viene, segun la opinion

(1) El primer artículo sobre esta materia se publicó en el número 3 de esta misma REVISTA.

de un hábil hablista *mapuche*, de *diuqueiñ*, que significa «alcanzamos».

COIHUE, estacion al sur del Biobio, es el nombre de un árbol gigantesco que entra en abundancia en la composicion de los bosques australes (*Fagus Dombeyi*).

RENAICO, lugar donde se bifurcan las líneas del valle central i de Traiguén. Quiere decir «fuente de agua cavada», de *rúngan* (se pronuncia *rongan*, con g nasal), pozo cavado, i *co*, agua.

MININCO, estacion que continúa hácia el sur por el ferrocarril del este. Su significado es «agua crecida», *mangin* (*mangin*), avenida del río, i *co*, agua.

COLLIPULLI, de *colli*, castaño o colorado, i *puúlli*, tierra o loma: «lomas coloradas».

PIDIMA, se llama un paraje i estacion que sigue un poco al sur de la anterior; lo que en *mapuche* quiere decir «tardarse poco», de *pichima*, estándonos a la opinion de nuestro director en la traduccion de estos nombres de la jeografia indijena.

PAILAHUEQUE, lomo o espalda de *hueque*. Tal es el nombre del llama domesticado que tenían los araucanos cuando llegaron los españoles a Chile.

QUILQUILCO, de *quilquil*, una clase de helecho, i *co*: «aguada del *quilquil*». Antes i despues de este lugar están las poblaciones de Ercilla i Victoria, que hicieron desaparecer naturalmente los nombres indijenas de sus respectivos sitios.

PUA, estacion situada al sur de esta última ciudad. Se deriva de *pu*, entre, en medio de, i *hua*, maiz: «entre el maiz».

PERQUENCO, estacion i aldea de *perquin*, penacho, i *co*, agua: «penacho de agua». En su forma actual tiene una significacion que no sería propio trascribir aquí.

QUILLEM, palabra que en la forma escrita quiere decir

«regalo de provisiones o de cosas de comer». Es de advertir que en esta comarca hubo parlamentos, en los que se agasajaba a los indios con licor i comida. *Cúllin* significa «apuntar con flecha» i *ciyen*, «luna» (ú, letra parecida a la u francesa).

LAUTARO, es el nombre de una poblacion floreciente, asentada a las orillas del rio Cautin. El significado de este nombre célebre es *lau*, pelado, i *traro* ave. Créese que haya sido escrito de esta manera por Ercilla, por razon de eufonia; pues debió ser primitivamente *leutaru* o *leotaru*, que significaria «traro lijero», de *lev*, rápido, veloz, i *traru* o *traro* (*Polyborus vulgaris* o *Caracara vulgaris*).

PILLANLEBUN, «llano del diablo»; *lelvun*, llano: *lelvun mapu* rejion del llano; *lelvunche*, habitante del llano.

TEMUCO, quiere decir «agua del *temu*», árbol (*Eufenia temu*).

METRENCO, estacion que sigue al sur de Temuco. Viene de *metrem*, morro, i *co* agua «agua del morro».

QUEPE, a continuacion de la anterior. El padre Febrés le da el significado de «cespedon», césped mas grande i recio que el comun.

TOLTEN, nombre formado de *trol*, frente, i *trem*, cosa alta, crecida. Viene a significar, por lo tanto, «frente grande». Coincide esta designacion con el aspecto que ofrecen las aguas del rio Tolten, la corriente mas caudalosa i magnífica del sur despues del Biobio.

PITRUFQUEN, su traduccion literal es: «dice ceniza», de *pin*, decir, i *trufquen*, ceniza. La traduccion libre seria «lugar donde se ven cenizas».

En el ramal de Traiguen siguen, a partir desde Renaico, las estaciones que se espresan:

TIGUERAL, palabra que ha sido formada con el nombre de un árbol llamado *tique*.

ANGOL, viene de *Encoln*, forma anticuada. Quiere decir «subir a gatas», haciendo referencia quizás a la dificultad con que se suben los cerros inmediatos a esta ciudad.

TRINTRE, estación que continúa de Angol. Significa «crespo» i proviene del nombre de un cacique cuyo señorío estaba en esa comarca.

QUILQUEN, vocablo que viene de una planta que los indios denominan *guidquen*, al decir de nuestro coadyuvador.

TRAIGUEN, significa «chorrillo que forma pantano». Esta denominación se amolda perfectamente a la configuración pantanosa de esta ciudad.

No ofrece mayor dificultad el estudio etimológico de los nombres jeográficos de los demas ferrocarriles que cruzan la Araucanía, ya sea en dirección a la costa o al oriente.

TOMAS GUEVARA.

Temuco, agosto de 1900.

TRIPTICO

A Enrique Hurtado i Arias

I

¡Oh, risueña niñez! Fresca alborada
de la vida, en que el hombre no ambiciona
llevar sobre la frente otra corona
que el santo beso de la madre amada.

¡Oh, dichosa canción que una bandada
de ruiseñores en el aire entona,
i que la edad alegre i juguetona
escucha con el alma alborozada!

A tu eco dulce, de poder divino,
se dilata el azul sin una nube
i se cubre de flores el camino;

i cuando entorna la pupila el sueño,
se posa junto al lecho albo querube
que en él destila celestial beleño.

II

¡Oh, loca juventud! Ansia vehemente
de un algo ignoto que jamás se alcanza;
ambición que envenena la esperanza;
de anhelos fatuos perdurable fuente,

Ensueño a cuyo halago no se siente
cómo la vida silenciosa avanza,
mientras en los jiros de revuelta danza
nos arrebató la pasión ardiente.

¡Oh, loca juventud! No en tí reflejan
la virtud i la fé: de la memoria
las dulces preces del hogar se alejan.

Porque tan solo a la ilusión propicia,
al martirio te arrojas tras la gloria,
i pospones la gloria a una caricia.

III

¡Cansada senectud! Noche sombría
de la existencia; despoblado cielo,
al que la estrella que forjó el anhelo
no alumbra ya como alumbró algún día.

Hada fatal que la esperanza enfría
que abate i postra de la mente el vuelo;
i muestra al alma descorrido el velo
de la ilusión, la realidad bravía.

Cuando crispada tu rugosa mano
oprime el pecho que entregó la suerte
encadenado a tu capricho vano,

su último lloro la materia vierte,
i el espíritu noble i soberano
se refugia en los brazos de la muerte.

ABELARDO VARELA.

LA ECONOMIA POLÍTICA

(LECCION INAUGURAL DEL CURSO DE 1900)

SUMARIO

- I. Las ciencias sociales.—II. Concepto i definicion de la Economía Política.—III. Lugar que la Economía Política ocupa entre las ciencias.—IV. Carácterés científicos de la Economía Política: La Economía Política i el altruismo.—V. Importancia de los estudios económicos.

I

Cuando Montesquieu publicó, en 1749, el *Espiritu de las Leyes*, escribió en la primera página de su grande obra esta frase memorable: «Las leyes son las relaciones necesarias que se derivan de la naturaleza de las cosas». I ántes, en el prefacio del libro, habia dicho: «No he deducido mis principios de mis prejuicios sino de la naturaleza de las cosas».

Por la misma época, el doctor Quesnay i los escritores que con él formaban la llamada *escuela fisiocrática*, sostenian que la vida de las sociedades humanas está rejida por «un órden natural, un código armo-

nioso i benéfico, establecido por la naturaleza, anterior a las instituciones humanas i que suministra el modelo a que éstas deben conformarse».—Uno de los fisiócratas, Mercier de la Rivière, publicó, en 1767, una obra a la cual puso este significativo título: *Orden natural i esencial de las sociedades humanas*.

Esta idea de que hai leyes sociales que gobiernan la vida de las agrupaciones humanas, bien así como hai leyes físicas que gobiernan los fenómenos del orden físico, o leyes biológicas que gobiernan la vida de los seres animados; esta idea que hoy nos parece evidente por sí misma, constituía, sin embargo, en el momento en que así la formulaban los escritores del siglo XVIII, una verdadera novela, i una novedad muy fecunda, pues esa idea, precisada i desarrollada después, iba a dar base sólida i existencia propia a las ciencias sociales.

En efecto, en la antigüedad, en la Edad Media i en los primeros siglos de la Edad Moderna, los escritores no tuvieron, jeneralmente, una idea clara acerca de la existencia de leyes sociales, anteriores i superiores a los arreglos de las legislaciones positivas. La sociedad no se estudió como un ser aparte, distinto i separado del individuo: puede decirse que los escritores se cuidaron preferentemente de observar al hombre en sus cualidades individuales, persuadidos de que, conocido él, se conocía la sociedad, pues se juzgaba que los hombres organizaban ésta a su antojo, como querían.

Fué creencia comun i casi no discutida la de que la organizacion social era el producto de las convenciones arbitrarias de los hombres, i de que el gobierno, la familia, la propiedad, el régimen industrial i todas las instituciones sociales, se habian organizado en la forma en que estaban, no por obra de fuerzas

espontáneas, de tendencias inmanentes de la sociedad misma, sino en virtud de las disposiciones del legislador. Se juzgaba, en consecuencia, que cada organización social, como quiera que había sido creada por la ley, podía también, sin inconveniente, ser cambiada por acción legislativa. Una vez organizada una sociedad de cierto modo por obra de las leyes, se tenía por seguro que esa organización no había de variar ni un ápice mientras otra ley no viniera a variarla, i se de conocía, por lo tanto, la verdad, hoy vulgarizada, de que cada sociedad es un cuerpo que vive, que progresa, que cambia sus condiciones de existencia i que va haciendo caer en desuso las leyes que no resultan adecuadas e imponiendo de un modo irresistible las que cada nuevo estado necesita. Esto sirve para explicar el empeño, que hoy nos parece a primera vista pueril, con que en la antigüedad todo gran filósofo elaboraba su respectivo proyecto de constitución para deshacer la sociedad existente i reorganizarla de un modo definitivo, con arreglo a ciertos principios metafísicos i con prescindencia de los antecedentes históricos i de las condiciones particulares de cada sociedad.

Se comprende sin esfuerzo que, cuando dominaban tales ideas, los estudios sociales no podían existir con el carácter científico que hoy tienen. Se estudiaron, es cierto, aspectos parciales de la vida social, se formularon verdades aisladas; pero puede asegurarse que ningún escritor tuvo la idea ni el propósito de formular un conjunto científico i distinto de principios sobre la ciencia de la sociedad. La política no fué tampoco un arte basado en leyes naturales, universales i permanentes, sino un agregado de postulados empíricos sin jeneralidad ni fijeza.

Los siglos anteriores al XVIII no proporcionaron,

pues, un conjunto sistemático de doctrinas sobre materia social, sino tratados parciales, algunos por cierto muy notables, acerca de cuestiones aisladas.

Mas, desde que se proclamó i vulgarizó la verdad de que las sociedades humanas son como organismos cuya vida se rige por ciertas leyes naturales distintas de las que gobiernan la vida de los individuos, los estudios sociales adquirieron razon de ser, fueron aun indispensables. Hubieron de formarse necesariamente ciencias encargadas de estudiar esas leyes sociales. I cuando Augusto Comte formuló su conocida clasificacion de las ciencias, dando en ella un lugar propio i distinto a la sociología, quedaron con eso precisadas i ordenadas, en un sistema lójico, ideas que ya habian hecho en parte su camino.

Hoy se estudian, pues, los fenómenos sociales, como los elementos de un órden regular de conocimientos científicos, con propósitos i métodos positivos, para descubrir las leyes a que obedecen. I como su variedad es enorme, ha sido necesario, para estudiarlos con provecho, separarlos en diversos grupos, cada uno de los cuales constituye el objeto de una de las *Ciencias Sociales* (1).

II

La Economía Política es una de las mas importantes entre estas ciencias. Ella estudia los hechos socia-

(1) «Los seres que constituyen el universo i los fenómenos de que éste es teatro, cuerpos celestes, tierra que nos sostiene, elementos contenidos en su seno, animales i vegetales que pueblan su superficie, constituyen otros tantos objetos de ciencias distintas, que se llaman *ciencias físicas o naturales*.—Mas en este vasto mundo, hai otros objetos bien dignos de nuestro estudio, que son los hombres mismos como seres que viven en sociedad, que de otro modo no podrian vivir. Las relaciones que sostienen entre si i los fenómenos de que estas sociedades son teatro, forman el objeto de otro grupo de ciencias, que se llaman *ciencias sociales*.» GOS.—*Principios de Economía Política*.

les en cuanto tienen por causa un móvil de utilidad, en cuanto persiguen la satisfacción de las necesidades humanas i el aumento del bienestar comun.

Los hombres, por lei de su naturaleza, experimentan necesidades de todo orden i cuyo número viene aumentando sin cesar; para satisfacerlas, trabajan; i como no viven aislados sino en comunidad, se produce entre todos ellos una amplia cooperacion social, que reviste las mas variadas formas i que es tanto mas activa, intensa i rica cuanto mas civilizada es la sociedad en cuyo seno se realiza.

Agrupados en familias i en naciones; sometidos a un gobierno que provee a mantener las condiciones colectivas del orden i el progreso; reunidos en asociaciones privadas formadas para mejor realizar ciertos fines superiores a las fuerzas de un individuo solo, los hombres viven ejercitando su actividad a fin de procurarse el conjunto de los bienes necesarios para su conservacion i su perfeccionamiento.

A este fin, reparten entre sí las diferentes funciones, profesiones, artes i oficios que deben existir en un pais; especializan las varias operaciones de cada produccion; realizan, en el interior de los talleres, una amplia division del trabajo; i en fin, hacen nacer en todas partes el cambio i el comercio, creando las variadísimas instituciones que requiere su mas eficaz funcionamiento, i todavía, traspasando los límites de cada nacion, los hombres crean i fomentan relaciones económicas cada vez mas activas entre todas las rejiones del globo.

Desarrollada en grandes proporciones la produccion, mejoradas las vias de comunicacion i de transporte; aumentados la riqueza, el crédito, el cambio i el comercio, ha resultado que en el seno de cada familia i de cada asociacion privada, dentro de cada

nacion i entre las diversas naciones, circula la vida económica con actividad siempre creciente. Los hombres mantienen entre sí relaciones económicas mas i mas estrechas; i se produce por causa de ellas, una vasta serie de fenómenos sociales, que constituyen el objeto del estudio de la Economía Política.

I aquí es preciso formular una distincion fundamental, que ha sido espuesta por L. Cossa en los siguientes términos:

«El estudio de los fenómenos que son el resultado de esta actividad humana, forma el objeto de dos disciplinas distintas, cuyos respectivos fines son del todo diferentes i que algunos escritores han procurado determinar, con mas o ménos precision. Ellas son: la *tecnología*, que estudia las riquezas desde el punto de vista físico i objetivo i que, utilizando las verdades enseñadas por las ciencias matemáticas i naturales, indica los procedimientos que deben seguirse para obtener productos enteramente adecuados al objeto para que deben servir; i la *economía*, que estudia las riquezas desde el punto de vista moral i subjetivo, es decir, en sus relaciones con la compleja red de los intereses privados i públicos que nacen de la lucha incesante del hombre con la naturaleza. El agricultor, que desmonta un terreno, que lo siembra, que lo cultiva para recojer sus frutos, se inspira en criterios *técnicos*, cuando se procura las semillas, las máquinas i los instrumentos apropiados para la obtencion de los productos que desea; i se inspira, por el contrario, en criterios *económicos*, cuando prepara, organiza i ejecuta los trabajos agrícolas de manera que pueda obtener la mayor utilidad posible con la menor suma posible de esfuerzos, de sacrificios i de riesgos »

La Economía Política no es, en efecto, una ciencia natural que estudie relaciones del hombre con la na-

turaliza; es una ciencia social que estudia relaciones de los hombres entre sí.

Pero, aun precisado en esta forma, el concepto de la Economía Política queda envuelto en cierta confusión i vaguedad.

En efecto, la Economía Política estudia los fenómenos sociales. Pero las demás ciencias sociales estudian también esos mismos fenómenos; i de aquí resulta una verdadera dificultad para individualizarlas.

Es cierto que la Economía Política estudia los fenómenos sociales en cuanto son influidos por móviles económicos, es decir, en cuanto corresponden a la satisfacción de las necesidades humanas i al propósito de aumentar nuestro bienestar material; al paso que el Derecho o la Moral estudian aquellos fenómenos en cuanto prevalece en ellos la influencia jurídica o la influencia moral, es decir, en cuanto corresponden, ya al fin de realizar la justicia, ya al de aplicar los principios morales. Filosóficamente, es ésta una diferencia suficiente para individualizar cada una de las ciencias sociales.

Pero desde que se intenta llevar a la práctica esta noción para determinar cuáles hechos ha de estudiar cada ciencia, las dificultades surgen i la oscuridad reaparece: Momento a momento se realizan, en medio de las complejas sociedades humanas, los fenómenos, los hechos sociales, i muchas veces será punto ménos que imposible determinar qué parte corresponde en cada hecho al móvil económico, qué parte al móvil jurídico o qué parte al moral, por la sencilla razón de que los hechos sociales son realizados por los hombres, i los hombres son seres que obedecen, en su conducta, a muchos móviles, que actúan simultáneamente en su espíritu i que varían, en número e intensidad, de una persona a otra. El hecho social es

uno solo, i no es posible descomponerlo como si se tratara de un compuesto químico cuyos elementos fundamentales es fácil separar materialmente, hai que aceptarlo i examinarlo tal como se produce; i por lo tanto, inevitablemente un mismo hecho tiene que ser estudiado talvez por todas las ciencias sociales.

Hai, es verdad, un cierto número de hechos sociales en los cuales se ve claramente la influencia exclusiva o por lo ménos predominante, ya del móvil económico, ya del jurídico, ya del moral. Así, por ejemplo, la organizacion del crédito, la difusion del maquinismo i de la division del trabajo, el sistema monetario i algunos otros, son fenómenos sociales en que, ciertamente, la influencia preponderante es la económica: ellos se producen, casi exclusivamente, porque realizan la forma socialmente mas útil. Por la inversa, hai otros fenómenos sociales, como la constitucion política, la organizacion de la familia, el derecho sucesorio, etc. en que se ve dominando sobre los demas el móvil jurídico: son producidos porque realizan la fórmula socialmente mas justa. I hai todavia otros de estos fenómenos que aparecen influidos sobre todo por un móvil moral.

Tratándose de fenómenos o hechos sociales de esta clase, se puede decir que su estudio correspondrá, de un modo especial, ya a la Economía Política, ya al Derecho, ya a la Moral; si bien, aun respecto de ellos, necesitará cada una de esas ciencias la ayuda de las demas para la completa apreciacion del fenómeno, su naturaleza, sus causas, sus resultados, etc.

Pero hai un gran número de otros hechos sociales en que no se destaca con tanta claridad el móvil que los informa, en los cuales, mas bien dicho, tienen una influencia igualmente decisiva los móviles económico, jurídico i moral. Así, la estension de las facultades

des del Estado, la emigracion e inmigracion, la organizacion de la propiedad, el réjimen del salario, el alcoholismo, la asistencia a los indijentes, etc., son hechos sociales en cuya realizacion tanto influyen las consideraciones económicas como las jurídicas o las morales. Su estudio por solo el aspecto económico, o por solo el jurídico, o por solo el moral, quedaria forzosamente incompleto i, por lo mismo, llevaria a consecuencias erróneas.

Resulta de aqui que las varias disciplinas científicas que estudian hechos sociales viven en constante contacto, internándose unas en otras, i sin poder nunca precisar sus respectivos limites.

Esta continua e inevitable penetracion de las ciencias sociales unas en otras constituye, por cierto, una séria dificultad para su vida independiente: a cada paso necesitan auxiliarse entre si, pues las nociones aisladas de una sola de ellas no serian bastantes, tratándose de la jeneralidad de los hechos sociales, para la exacta apreciacion de su naturaleza i de sus causas.

Deberá tenerse presente, pues, que las diferentes ciencias sociales estudian los mismos hechos, pero que cada una los estudia por un aspecto particular i diverso. Agréguese que estas ciencias se hallan todavía en formacion, i en formacion necesariamente lenta i penosa, dada la complejidad de los hechos; i no parecerá estraño el que sea difícil deslindarlas i el que su concepto respectivo quede siempre rodeado de una irreductible vaguedad. (1)

(1) Estas mismas circunstancias han hecho fracasar hasta ahora las tentativas de los escritores para dar una definicion, satisfactoria i no sujeta a revision, de la Economía Política. Puede decirse que cada economista ha propuesto una definicion nueva.

Copiamos a continuacion algunas, propuestas por economistas de reconocida importancia científica:

«Ciencia de las leyes naturales que rijen la produccion, circulacion, distribu-

Aun cuando no satisfaga plenamente, habremos de contentarnos, pues, con el concepto que ya hemos expresado de la Economía Política, diciendo que es una ciencia social que estudia las relaciones de los hombres reunidos en sociedad, en cuanto esas relaciones son producidas por un móvil de utilidad. Jeneralizando mas aun, puede decirse con Paul Cauwès:

cion i consumo de la riqueza».—*Z. Rodriguez*. Esta definicion es casi idéntica a la de J. B. Say.

«Ciencia que traza las leyes de los fenómenos sociales que resultan de las operaciones combinadas de la humanidad relativamente a la produccion de las riquezas, en tanto que esos fenómenos no han sido modificados por la persecucion de otro objeto».—*John Stuart Mill*.

«Ciencia que constata las leyes jenerales que determinan la actividad i la eficacia de los esfuerzos humanos dirigidos a la produccion i goce de los diferentes bienes que la naturaleza no concede gratuita i espontáneamente al hombre».—*Paul Leroy-Beaulieu*.

«Ciencia social que estudia las relaciones entre los hombres reunidos en sociedad, en cuanto esas relaciones tienen por causa la satisfaccion de nuestras necesidades materiales i el aumento de nuestro bienestar».—*Charles Gide*.

«Ciencia que tiene por objeto las leyes de utilidad aplicables al trabajo de la sociedad, i por fin el bienestar individual asi como la prosperidad colectiva, por medio de una equitativa reparticion de los servicios i de las riquezas».—*Paul Gauwès*.

«Teoría del orden social de las riquezas, estudiado en su esencia, en sus causas, en sus leyes racionales i en sus relaciones con la prosperidad pública».—*Luigi Cossa*.

No solo la definicion de nuestra ciencia, sino tambien su denominacion despierta controversias: en reemplazo del nombre de Economía Política, que no es, en efecto, rigurosamente propio, se han propuesto varios para designar esta ciencia: por ejemplo, Catalectica [ciencia de los cambios], Crematística [ciencia de las riquezas], Ciencia de los Valores, Ciencia Económica, Económica [simplemente, como se dice Física, Química, etc.] Economía Social, etc.

No puede esperarse fundadamente que desaparezca pronto esta anarquía de opiniones acerca de la denominacion i la definicion de la Economía Política, pues ella es inevitable en el periodo de formacion de una ciencia, i ese periodo, para la Economía Política, no ha concluido aun.

Hai que decir, por lo demas, que estas cuestiones, si bien son interesantes, no tienen una importancia fundamental, si se las compara con las que dicen relacion al concepto, al carácter i a los limites de la ciencia misma. Cuando exista acuerdo respecto de estas últimas, él se producirá tambien respecto de aquéllas; i en cambio, mientras se halle pendiente esa investigacion trascendental, parécenos condenada a esterilidad irremediable la tentativa de definir, esto es, de resumir en pocas palabras la naturaleza i los limites de una ciencia que no ha acabado todavia de formarse por completo.

«La Economía Política es la ciencia de lo *Útil*, como el Derecho es la ciencia de lo *Justo* i como la Moral, es la ciencia de lo *Bueno*».

III

Así, pues, cada una de las ciencias sociales estudia un aspecto particular de la vida de las agrupaciones humanas; i la existencia separada de cada una de ellas se explica por las necesidades prácticas i concretas del estudio de fenómenos tan numerosos, variados i complejos como son los que constituyen el objeto de sus investigaciones.

Peró no debe olvidarse que es el conjunto de esos diversos aspectos, económico, jurídico, moral, etc., lo que constituye el fenómeno social vivo, tal como se produce de hecho en la sociedad. I precisamente por esto se ha sostenido que, si se creara una ciencia de conjunto, encargada de estudiar la vida social completa i que reuniera, así, en una síntesis armónica, las enseñanzas i leyes parciales de la Economía Política, del Derecho, de la Moral, etc., desaparecerían la actual deficiencia científica i los inconvenientes prácticos que resultan hoi de disyectar i disgregar cada fenómeno, sometiéndolo al sucesivo exámen parcial de cada ciencia.

Fué esta una de las ideas que inspiraron la clasificación de las ciencias que propuso Augusto Comte i que es hoi jeneralmente aceptada en sus bases fundamentales. (1)

[1] Se sabe que Comte clasificó las ciencias en seis órdenes fundamentales:

- a. Ciencias matemáticas;
- b. Ciencias astronómicas;
- c. Ciencias físicas;
- d. Ciencias químicas;
- e. Ciencias biológicas; i
- f. Ciencias sociológicas

Esta clasificación se reconoció, según su autor: 1.º porque se conforma con

A. Comte pensaba que la Sociología, es decir, la ciencia de la sociedad, debía constituir una disciplina aparte, encargada de estudiar las leyes de la estática i de la dinámica sociales, por todos sus aspectos. La Sociología debía ser la síntesis, la ordenación científica i armónica de las nociones, hasta entonces aisladas e incompletas, de las diversas ciencias sociales. Augusto Comte ha dicho, refiriéndose a la Economía Política, que ésta «no debe existir como ciencia particular, que no debe haber una ciencia especial de los fenómenos económicos, porque éstos se hallan indisolublemente unidos a los del orden intelectual, moral i político». I, dentro de la lógica del sistema, por una razón análoga debían desaparecer el Derecho, la Moral, etc., como ciencias independientes, para refundirse en la Sociología.

Como es sabido, la grandiosa creación de Augusto Comte provocó un fecundo movimiento científico i comunicó un grande impulso a los estudios sociológicos.

Sin embargo, su pretensión de suprimir las diferentes ciencias sociales i crear, con la mezcla de todas

el orden histórico: las primeras nociones científicas del hombre han pertenecido al orden matemático, i sucesivamente han ido adquiriéndose nociones astronómicas, físicas, químicas, biológicas i sociológicas; 2.º porque consulta el orden de la creciente complejidad de los fenómenos observados: las nociones más simples pertenecen a la matemática, porque las relaciones del orden numérico son las más sencillas; i a medida que se observan los hechos del orden cósmico, del físico, del químico, del biológico i del sociológico, se les va encontrando más i más heterojéneos i complejos; i 3.º porque se adapta al orden lógico de la adquisición de los conocimientos: las nociones matemáticas las comprende el espíritu sin necesidad de ayudarse con nociones de otras ciencias; al paso que, para estudiar los hechos del orden biológico, por ejemplo, i para comprender sus leyes, es indispensable tener nociones matemáticas, cósmicas, físicas, químicas; i para formular las leyes sociológicas, hai que tener nociones de todas las otras disciplinas científicas; por lo cual, según Comte, esta clasificación tiene el mérito de no perder de vista la mutua interdependencia de las ciencias entre sí.

ellas, la vasta ciencia de la Sociología, no se ha visto coronada por el éxito.

Léjos de eso, cada una de aquellas ciencia especiales ha seguido desarrollándose separadamente, i sus cultivadores rechazan perentoriamente, para ellas, toda idea de fusion o de subordinacion científica.

La verdad es que la Sociología, como ciencias aparte, como cuerpo independiente de principios científicos, no ha logrado formarse todavía i no se ve próxima la época en que pueda existir; son tan vastos, tan complejos i tan heterojéneos los hechos sociales, que, si se quiere reducir el conjunto de ellos a jeneralizaciones científicas, hai que contentarse con ampliaciones vagas, sin alcance práctico.

El estudio separado de cada uno de los aspectos de la vida social, económico, jurídico, moral, etc., continúa siendo indispensable para lograr algun fruto positivo. I por eso, las actuales ciencias sociales tienen que subsistir como ciencias separadas, aunque no independientes ni indiferentes entre sí.

«No es dudoso por cierto, dice Luis Cossa, que, si se pudiese constituir una ciencia social acabada que lograrse, por medio de una profunda síntesis, descubrir las leyes jenerales de la vida social considerada en su universalidad, la Economía Política habria perdido toda razon para subsistir independiente. Pero, como nos encontramos léjos todavía (i quien sabe por cuánto tiempo mas) de un suceso tan feliz, como quiera que esa disciplina, bautizada por Comte con el nombre híbrido de sociología, se halla aun en estado embrionario; creemos que no se mirará como una excesiva temeridad el que rechazemos terminantemente las proposiciones de abdicacion que algunos positivistas intentan imponernos reprochando a la Economía Política su pretendida esterilidad i sus jeneralizaciones,

Mui léjos estamos nosotros de aceptar sin vacilaciones la profecía de Block, quien afirmaba recientemente que la sociología no podría adquirir jamás el carácter de una ciencia verdadera; de mui buen grado concedemos considerable mérito a los trabajos propedéuticos de Comte, de Spencer i de algunos de sus discípulos. Pero no podemos olvidar que la sociología moderna, que se gloria sobre todo de sus comparaciones fisiológicas inciertas i estériles, carece de aquellas garantías de consentimiento, de continuidad i de segura prevision del porvenir que los mismos positivistas exigen como características de las verdaderas ciencias.» (1)

Se puede decir, por consiguiente, que las ciencias sociales subsistirán como disciplinas separadas, i que la Economía Política, el Derecho, la Moral, etc., seguirán formando otros tantos conjuntos especiales de principios científicos.

La Economía Política puede reivindicar, pues, su derecho a una vida propia; i luego veremos que ella

(1) Es interesante conocer la opinion manifestada acerca de este punto por el eminente economista frances M. Paul Leroy-Beaulieu:

«Reconocemos sin dificultad, dice, que Augusto Comte ha hecho un verdadero servicio cuando ha mostrado toda la complejidad de los fenómenos sociales, su estrecho encadenamiento i, para servirnos de una palabra cuyo uso se ha extendido bastante, su «interdependencia»; i reconocemos tambien que, con éllo, nos ha puesto juiciosamente en guardia contra el exceso de dogmatismo de ciertos economistas que, sin ningun estudio de los fenómenos circundantes o contingentes, pretenden convertir todas las fórmulas científicas en reglas prácticas absolutas, sin atenuacion alguna.—Pero lo que no nos parece demostrado, lo que, sin duda, no se conseguirá nunca demostrar, es la existencia de una ciencia social unificada, reguladora de todos los fenómenos sociales, así los de la política, del derecho, de la religion o de la moral, como los de la economía. Esta ciencia social jeneral, decorada con el nombre de Sociología, no tiene, hasta ahora, nada de efectivo, i ningun indicio prueba que esté en vias de formarse. Ese término de *sociología* es simplemente una etiqueta pretenciosa i sonora bajo la cual se aglomeran, segun la fantasía, observaciones disparatadas o sistemas conjeturales. Ninguna coordinacion verdaderamente científica se descubre en estos ensayos de indefinida jeneralizacion.»

posee, en efecto, los caracteres que distinguen a las verdaderas ciencias.

Hai que decir, con todo, que, si la tentativa de los positivistas para formar una sola ciencia social parece por hoy irrealizable, no han sido estériles las enseñanzas que ellos han dado sobre la naturaleza de los hechos sociales: despues de las investigaciones de Comte, de Spencer, etc., ha pasado a ser una verdad incontes- table la íntima conexion de todas las ciencias sociales, el carácter parcial de sus respectivas enseñanzas i la consiguiente necesidad de no guiarse exclusivamente por un criterio, ya de utilidad inmediata, ya de justicia seca, ya de moralidad absoluta, cada vez que se trate de la resolucion práctica de cualquier problema social. (2)

Resumiendo las observaciones anteriores, podemos decir que la Economía Política forma parte del numeroso grupo de las ciencias sociológicas; que le incumbe estudiar los fenómenos sociales en cuanto los inspira un móvil de utilidad, a fin de determinar las leyes de la organizacion i desarrollo económico de los pueblos. Forma una ciencia aparte, con un objeto i un fin pre-

(2) John-Stuart Mill, uno de los mas eminentes cultivadores de los estudios sociales, filósofo i economista de universal renombre, ha escrito sobre este punto las siguientes frases, dignas de ser continuamente recordadas por economistas, políticos i moralistas:

«En sus aplicaciones, la Economía Política se liga por modo indisoluble a otras numerosas ramas de la filosofía social. Si se exceptúan las materias de simple detalle, no existe talvez ninguna cuestion práctica, aun entre aquellas que tienen un carácter mas exclusivamente económico, que pueda ser resuelta únicamente por argumentos económicos. I precisamente porque Adam Smith no perdió nunca de vista esta verdad, porque en sus aplicaciones de la Economía Política hizo referencia siempre a consideraciones diversas i mas amplias que las que suministra la Economía Política pura, precisamente por eso su libro da al lector ese sentimiento bien fundado de la plena posesion de los principios aplicables a cada materia, gracias al cual la *Riqueza de las Naciones*, caso único entre los tratados de Economía Política, no se ha popularizado solo para el comun de los lectores, sino que tambien ha dejado profundas raices en el espíritu de los hombres de negocios i de los legisladores.»

cisos idistintos; pero no debe desarrollarse aislada sino en continua relacion con las ciencias afines: de esa relacion frecuente, de la mutua influencia que ejercen unas en otras las verdades de estas varias ciencias, resulta el criterio adecuado para la resolucion práctica de los problemas sociales.

ARMANDO QUEZADA A.,

Profesor estremoordinario de la Universidad
de Chile.

(Continuara).

SELVA DE HORROR

(POEMA SIMBOLISTA)

FRAGMENTOS)

I

Los árboles

Ilá en el núcleo de las tinieblas donde el Espanto
silba en la noche con sus mil sierpes de cascabel,
como esqueletos altos i negros están los árboles
altos i negros, como esqueletos que están en pié.

Parecen hombres torvos i enormes que meditaran
con sacrilejios, miéntras escuchan de algun requiém
las dolorosas lúgubres notas que dan los tubos
roncos i graves de un negro armonium que no se ve.

I silenciosos en un silencio lleno de angustias,
sí pasa el viento, pesadamente ellos se inclinan
i abren los brazos que balancean como a compas.
I silenciosas con un silencio lleno de angustias,
cuando la noche, muchos han visto bajo los árboles
vagar fantasmas, trájicas sombras, i nada mas...

II

Los agoreros

Hieráticos buhos silentes atisban las sombras;
sus ojos siniestros expanden extraño fulgor.
Se ajitan sus alas trazando los fríos presajios,
los lúgubres signos que anuncian los pasos del cruel segador.

I vuelan los tres mensajeros de muerte en la sombra,
debajo de un cielo negruzco, del Norte hasta el Sur;
i surge blanqueando en la sombra la frígida lengua
filosa, la lengua que lame i que mata, la corva segur.

I vuelan los tres mensajeros de muerte en la sombra,
batiendo lijeros las alas con fosco temblor
i un hacha desgaja los troncos de alerces i pinos,
el hacha que ha siglos no deja la mano del cruel leñador.

A. BÓRQUEZ SOLAR.

EL DIENTE ROTO

(CUENTO)

A los doce años Juan Peña, combatiendo con unos granujas, recibió un guijarro sobre un diente, la sangre corrió lavándole el sucio de la cara i el diente se partió en forma de sierra. Desde ese día principia la edad de oro de Juan Peña.

Con la punta de la lengua Juan Peña tentaba sin cesar el diente roto, el cuerpo inmóvil, vaga la mirada—sin pensar. Así de alborotador i pendenciero, tornóse en callado i tranquilo.

Los padres de Juan, hartos de escuchar quejas de los vecinos i transeuntes víctimas de las perversidades de su hijo, i que habian agotado toda clase de castigos i reprimendas, estaban ahora estupefactos i angustiados con la súbita trasformacion de Juan.

Juan no chistaba i permanecia horas enteras en actitud hierática, como en éxtasis; miéntras allá adentro, en la oscuridad de la boca cerrada, su lengua acariciaba el diente roto—sin pensar.

—El niño no está bien, Pablo, decia la madre al marido; hai que llamar al médico.

Llegó el médico, grave i panzudo, i procedió al diagnóstico: buen pulso, mofletes sanguíneos, excelente apetito, ningun sintoma de enfermedad.

—Señora, terminó por decir el galeno despues de un largo exámen, la santidad de mi profesion me impone declarar a usted.....

—¿Qué, señor doctor de mi alma? interrumpió la sofocada mamá.

—Que su hijo está mejor que una manzana. Lo que sí es indiscutible, continuó con voz misteriosa, es que estamos en presencia de un caso fenomenal; su hijo de usted, mi estimable señora, sufre de lo que hoi llamamos el mal de pensar: en una palabra, su hijo es un filósofo precoz, un jenio talvez.

En la oscuridad de la boca Juan acariciaba su diente roto—sin pensar.

Parientes i amigos se hicieron eco de la profecía del doctor, acojida con júbilo indecible por los padres de Juan. Pronto en la ciudad toda se citó el caso fenomenal del «niño prodijio», i su fama se aumentó como una bomba de papel hinchada de humo. Hasta el maestro de escuela, que lo habia tenido por la mas lerda cabeza del orbe, se sometió a la opinion jeneral por aquello de que voz del pueblo es voz del cielo. Quien mas, quien ménos, cada cual traía a colacion un ejemplo: Demóstenes comia arena, Shakespeare era un pilluelo desarrapado, Edison, etc.

Creció Juan Peña en medio de libros abiertos ante sus ojos, pero que no leía distraido por la tarea de su lengua ocupada en tocar la pequeña sierra del diente roto—sin pensar.

I con su cuerpo crecía su reputacion de hombre sabio i «profundo,» i nadie se cansaba de alabar el talento maravilloso de Juan.

En plena juventud, las mas hermosas mujeres tra-

taban de seducir i conquistar aquel espíritu superior entregado a hondas meditaciones, para los demas, pero que en la oscuridad de su boca tentaba el diente roto—sin pensar.

Pasaron meses i años, i Juan Peña fué diputado, académico i ministro i estaba a punto de ser coronado Presidente de la República, cuando la apoplejía lo sorprendió acariciándose su diente roto con la punta de la lengua.

I doblaron las campanas i se decretó un riguroso duelo nacional; un orador lloró en una fúnebre oracion a nombre de la patria, i cayeron rosas i lágrimas sobre la tumba del grande hombre que no habia tenido tiempo de pensar

PEDRO EMILIO COLL.

SONETO

Arriba un cielo de color sombrío;
Abajo el mar amenazante i fiero.....
Escucha consternado el orbe entero
Del huracan el ronco vocerío.

El náuta en la cubierta del navío,
Nuevo Luzbel, gallardo i altanero,
Pasea con arrojo verdadero
La vista por el piélagos bravío.

Miéntas luchan las olas arrogantes
I tiemblan de terror los tripulantes,
El siente mas intensa su enerjía.

I, sin hacer de su valor alardes,
Observa compasivo a los cobardes
I el débil barco entre las ondas guía.

FEDERICO GONZÁLEZ G.

EL MOVIMIENTO SIMBOLISTA EN LITERATURA

El conocido escritor inglés, Arturo Symons, ha publicado un nuevo libro titulado *The Symbolist Movement in Literature*. Symons, poeta encantador, prosista perfecto, crítico eminente, es de los que mejor conocen, en Inglaterra, lo que se ha escrito en Francia en los últimos cincuenta años. Mas aun: es el único que conoce i aprecia a los mas recientes poetas i escritores franceses, porque—al revés de lo que a otros ocurre—cree que, para escribir un libro sobre un movimiento literario, no basta recorrer las tabernas del Cuartel Latino, ni copiar las fantásticas elucubraciones que le caen a las manos, ni aceptar como buenos los juicios emitidos por cenáculos melencólicos, mal juzgando, así a escritores de real valor e importancia, cuya única falta es no llevar la lamentable existencia de los bohemios noctámbulos i bebedores, rabiosos contra sí mismos i contra todos.

El talento no necesita nada de eso. Es cierto que nadie encontrará, corriendo de noche las calles de

Paris, a Enrique Regnier ni a Viéle-Griffin, a Verhaeren ni a Schwob, a Gide, ni a Merrill ni a Kahn, i a otros que mucho valen en la literatura del dia. Pero como, ordinariamente, Verlaine paraba en *El sol de oro* o en la *Taberna del Renacimiento*, los extranjeros creen que esas son las costumbres normales de los poetas franceses, i que su talento está en proporcion con el tiempo que se pasan bebiendo i fumando en los cafés.

Mejor informado, Symons ha tenido, muchas veces, ocasion de probar que comprendia, sin aprobarlas siempre, las tendencias i audacias nuevas del último movimiento literario en Francia. En el libro que nos ocupa, el escritor inglés busca los orígenes de lo que se llama el simbolismo actual, i le encuentra los siguientes precursores: Jerardo de Nerval, Villiers de l'Isle Adam, Arturo Rimbaud, Paul Verlaine, Julio Laforgue, Mallarmé, Huysmans, i Maeterlinck. A cada uno de estos escritores, Symons le consagra un estudio; pero me parece que no ha insistido bastante sobre el contingente que cada cual aportó al simbolismo, i que no ha conseguido establecer claramente cuáles son los lazos que les unen al presente movimiento literario. Artículos de revista, reunidos en tomo, esos estudios no tienen, en suma, mas union entre sí que el título i algunas ideas jenerales hábil i sábiamente espuestas i desarrolladas en una sustancial introduccion, i resumidas en una breve conclusion.

Pero esto solo basta para justificar ampliamente la publicacion de este libro. Primero, algunas palabras de Carlyle:—«El hombre, consciente o inconscientemente, vive, obra i existe en los símbolos i por los símbolos, i las épocas que pasan por ser las mas nobles son las que mejor reconocen i aprecian el valor del símbolo».—Todo es signo i signo de signos, se-

gun la concisa fórmula de Marcelo Schwob, i Symons comienza por declarar que sin simbolismo no puede haber literatura, ni siquiera lenguaje. Las palabras, revestidas de significaciones arbitrarias i convencionales, no son sino simbolos, i en literatura el simbolismo, no es sino una forma de expresion para una realidad invisible percibida por la conciencia. Esa forma, por perfecta que sea, es aproximada; i aunque esencial, arbitraria, en cuanto no ha adquirido la fuerza de una convencion. Se trata, pues, de encontrar signos nuevos i reconocibles de la realidad invisible, de enriquecer i renovar las convenciones de la expresion, de representar sin reproducir. «En un símbolo—agrega Carlyle, citado por Symons—hai un misterio, i una revelacion: de ahí, pues, por medio del silencio i de la palabra, que obran juntos, nace una doble significacion. En el verdadero símbolo, hai siempre, mas o ménos distintamente, alguna incorporacion i revelacion de lo Infinito. Lo Infinito se confunde con lo Finito, i se hace, por decirlo así, visible i tangible».

Pero entónces ¿no habrá que considerar como precursores del movimiento actual a todos los grandes escritores i poetas? Ellos persiguieron esa revelacion de lo Infinito, sin duda. Pero no tenian conciencia de la diferencia existente entre una representacion i una reproduccion; i lo que distingue, precisamente, al simbolismo actual, es que tiene conciencia de sí mismo. «Las fuerzas que ajitan el pensamiento humano cambian, o la resistencia que los hombres les oponen se debilita,—dice Symons;—los cambios del pensamiento humano producen las trasformaciones de la literatura, en su esencia íntima i en su forma exterior».

Despues del Romanticismo i sus consecuencias, el Parnaso i el naturalismo, vino un período indeciso,

difícil de caracterizar, i al cual se le dió el vago nombre de Decadencia. Es tan difícil—i tan ridículo—querer ser decadente, como comprometerse a ser virtuoso o corrompido. Decir que ha habido un movimiento decadente, es una contradicción, i si, durante un corto tiempo, algunos individuos secundarios i algunos jóvenes se llamaron decadentes, con el objeto de asustar a los burgueses, eso no fué jamás un movimiento, el resultado de una actividad, de una verdadera actividad intelectual. Mas amenudo todavía, algunos críticos ignorantes—suponiendo que procedan de buena fé—se sirven de ese término para hablar de los poetas i escritores de la jeneracion que sigue a la suya, o afectan identificar, en un mismo desden, ambos términos: simbolistas i decadentes.

Nunca se aplaudirá bastante a Symons, por haber dejado claramente establecido en su libro, que el decadentismo fué solamente la fantasía efímera de algunas pobres individualidades que, viendo la escena vacía, se pusieron a hacer raras contorsiones para atraer la atención del público. Pero durante ese tiempo se preparaba algo más serio. Se intentó, rompiendo las viejas trabas de la retórica, huyendo la esterilidad pura, espiritualizar la literatura, evocar cosas hermosas, en vez de fotografiarlas; se dejó volar las palabras i el pensamiento, al fin emancipados de moldes exactos i regulares; dejóse de temer el misterio i se le hizo lugar en todas partes; sin detenerse a catalogar las cosas, a transcribir manuales de botánica o de química, se buscó el acercamiento a la naturaleza; dejando a un lado la banalidad, la bajeza, la vulgaridad de la vida diaria i habitual, se persiguió el contacto con la humanidad,—i el esfuerzo continúa encaminado hácia todo lo que, en la humanidad, ha precedido al mundo o le sobrevivirá.

Es la *Vida*, la vida toda, en sus manifestaciones mas bellas, mas grandes, mas significativas, lo que seduce i apasiona a los simbolistas. Su obra es la rebelion contra la retórica hueca, las sonoridades vacias, la esterioridad i el materialismo repugnantes; el esfuerzo por desprender la última esencia, el alma de lo que existe o puede ser realizado por la conciencia, por encontrar algun símbolo mediante el cual pueda revelarse el alma de las cosas. I—concluye Symons— la literatura se hace una especie de relijion, con todos los deberes i responsabilidades de un rito sagrado.

Despues de esta brillante i soberbia esplicacion del simbolismo, Symons estudia los precursores del movimiento actual. Se ocupa poco de la biografía i bibliografía de esos escritores. Su libro contiene mas ideas que hechos, i este es el mejor elojio que se puede hacer de él.

Por lo demas, Symons luce sus conocidas cualidades de prosista elegante i conciso, de crítico sensible i fino, de verdadero artista, en fin.

H. D. DAVRAY.

LA TRACCION ELÉCTRICA

Entre las numerosas líneas de tranvías eléctricos que acaban de ser entregadas al público en París, un poco porque su necesidad se hacia sentir imperiosamente i un poco tambien porque a la Municipalidad parisiense no le disgustaba mostrar a los extranjeros, con motivo de la Esposicion, aquello de que es capaz, hai algunas que son verdaderamente orijinales i curiosas.

Son las líneas establecidas segun un sistema absolutamente nuevo, i para mejor decir, sin precedentes (esceptuando a Tours) en el mundo entero, llamado *sistema Diatto*, del nombre del ingeniero italiano que lo ha inventado.

La innovacion merece, verdaderamente, atencion especial i algunos comentarios esplicativos.

La aplicacion de la electricidad a los trasportes urbanos, en vez de los caballos o del vapor, no es tan sencilla como parece. En los paises nuevos, allí donde no existian anteriormente servicios públicos de trasportes, no se halla dificultad, i las cosas marchan de

por sí. Pero no sucede lo mismo en las ciudades viejas, llenas de obstáculos, que tienen sus tiránicas costumbres i sus preocupaciones irreductibles.

Ahí el problema es tan delicado i complejo que, hasta aquí, a fuerza de no poder darle una solución racional, había sido necesario contentarse con dar un corte a tanto inconveniente.

En toda instalación de tracción eléctrica, ya se trate de un ferrocarril propiamente dicho, o de un simple tranvía, es preciso tener en cuenta cosas muy distintas.

1.º El material rodante que sirve para arrastrar los fardos de toda especie, mercaderías o pasajeros. Esta es la parte inanimada i pasiva del sistema, como quien dijera el cuerpo.

2.º La energía motriz, o bien el alma, *mens agitans molem*, que es precisamente ese no sé qué intangible e indeterminado, de formas tan diversas, que se llama electricidad.

Hasta aquí, nada más sencillo: la fabricación de la electricidad en talleres especiales, por medio de aparatos i de procedimientos particulares, ha ya entrado en la práctica corriente, lo mismo que la construcción de vagones sólidos, cómodos i manejables.

En cambio, se tropieza cuando se trata de ligar la fuente de electricidad al material rodante, cuando hay que hacer obrar el alma sobre el cuerpo, dar movimiento i vida a esta masa inerte que es un coche o un tren.

¿Cómo, o en otros términos, por intermedio de qué combinaciones, se toma en la fuente la corriente eléctrica necesaria a la marcha del material rodante, se trae hasta el vehículo i se aplica a los motores, en estado de fuerza inmediata i regularmente utilizable?

En teoría, hay dos maneras de responder a esta pre-

gunta capital, en materia de traccion eléctrica, pues hai dos categorías de tranvías: 1.° Los tranvías de acumuladores; 2.° los de conductores.

Móviles i motores al mismo tiempo, los tranvías de acumuladores llevan consigo su provision de electricidad almacenada de antemano. Produciendo dentro de sí mismos toda su fuerza propulsiva, estos vehiculos autónomos se conducen absolutamente como si fueran de traccion animal, con esta diferencia: que sus caballos—que hai que cambiar en las paradas, pues se aniquilan, ni mas ni ménos que los caballos de carne i hueso, a medida que trabajan—van no en la delantera, sino en el interior, bajo la caja o bajo los asientos, invisiblemente escondidos en el fondo de cajas de plomo.

Este sistema seria perfecto si los acumuladores, ademas de ser mui embarazosos i pesados, no tuvieran, el imperdonable inconveniente de ser de una explotacion onerosa.

Se desprende de esto, que el empleo del tranvía de acumuladores, debe necesariamente limitarse, por lo ménos, miéntras no se haya encontrado el acumulador ideal, para ciertos casos escepcionales.

Los tranvías eléctricos de conductores son aquellos que, no llevando su fuerza motriz en sí mismos, están obligados a pedirla a una fuente exterior, por intermedio de un órgano suplementario.

Esta fuente exterior es una fábrica fija, establecida en un punto cualquiera, jeneralmente en una de las estremidades de la vía, i el órgano suplementario está constituido por un cable metálico paralelo a los rieles, por donde la corriente se trasmite de los dinamos jeneradores a los electro-motores que dan movimiento a las ruedas.

Falta saber cómo puede operarse esta trasmision,

al vuelo hasta cierto punto, en todos los momentos i en todos los puntos del trayecto.

Con mucha frecuencia, el cable conductor es aéreo, de la misma manera que un hilo telegráfico.

I en ese caso, el coche se pone en contacto con él, i toma la corriente que constantemente circula, por medio de una especie de brazo metálico articulado, que es a la canalizacion eléctrica lo que el tubo de caucho de una lámpara portátil es a la canalizacion del gas. Es el *trolley*.

En casi todos los países del mundo, este sistema, a la vez tan económico i tan sencillo, ha provocado una verdadera manía que ha sido en gran parte sin duda causa del prodijioso vuelo que ha tomado, desde hace algunos años, la traccion eléctrica.

La verdad es, sin embargo, que el *trolley* no está al abrigo de la crítica i que si el favor de que es objeto, es a veces justificado, hai numerosos casos en que su empleo provoca protestas.

Eso de tender bajo el cielo una gigantesca tela de araña, no tiene nada de gracioso.

En algunas ciudades de Alemania i de la América del Norte, particularmente, ese enrejado bárbaro que, en ciertos barrios, multiplica los soportes i enreda los hilos hasta el punto de interceptar la luz del día i de dar a los paseantes la sensacion de estar enjaulados, va diametralmente en contra de las exigencias de la estética.

Esto no es del gusto de las razas latinas, amantes, ante todo, del arte de la elegancia i de la belleza. En Francia especialmente, i sobre todo en Paris, el *trolley* no hace camino; la Municipalidad de la capital le ha prohibido espresamente el acceso de las calles i bulevares, i lo ha relegado a los suburbios.

Este escrúpulo le hace honor a la Municipalidad;

pero deja a París sumamente atrasado bajo el punto de vista de la tracción eléctrica, en comparación con la mayor parte de los demás países.

¿Por qué, se preguntará tal vez, no se entierra el cable conductor en vez de suspenderlo en el aire? Bastaría entonces, para recoger la corriente, con proveerse, por debajo de la caja del coche, de un hilo vertical que desempeñaría el rol de *trolley*. En el papel, nada más fácil! Desgraciadamente, en la práctica, es otro cantar: la instalación de un cable subterráneo de ese género, colocado en el entre-riel, dentro de un canal donde penetran las basuras, el polvo, el barro, la lluvia, etc., implica gastos de instalación i de sostenimiento tan considerables, que para semejante candil más vale vivir a oscuras.

Ha sido, pues, necesario buscar la solución por otro lado.

Se ha pensado entonces en un tercer procedimiento, consistente sencillamente en enterrar en el piso un cable aislado, conteniendo tomas de corriente escalonadas de distancia en distancia a lo largo de la vía, en forma de adoquines metálicos, con cuyo contacto el coche haría provisión de energía eléctrica.

Este era el buen camino.

No había más que encontrar un medio regular i preciso de poder cerrar el circuito justamente al pasar el vehículo sobre el adoquin electrizador e interrumpirlo inmediatamente después. Era preciso, en efecto, que los paseantes no estuvieran espuestos a recibir de improviso, al atravesar la calle, un sacudimiento fulgurante.

No se ha obtenido este resultado sin poco trabajo.

Varios proyectos, a cual más ingeniosos, han sido propuestos i hasta ensayados con éxito relativo. Pero casi todos eran de una complicación mecánica tal, que

resultaba una multitud de inconvenientes, de gastos i de enredos, bastante para desalentar las mejores voluntades.

Otro sistema, completamente distinto, es el sistema Diatto, inaugurado hace solo algunos dias en Paris, i cuya comodidad i sencillez desafian toda desventajosa comparacion.

Es imposible entrar aquí en los detalles técnicos, de una aridez desagradable para los profanos, que requiere una descripcion completa i circunstanciada de este curioso sistema. Me limitaré, pues, a indicar, en rasgos breves i rápidos, su principio esencial.

En comunicacion constante con el cable subterráneo donde circula la corriente eléctrica, cada uno de los adoquines de contacto es hueco en el interior, de modo que forma una especie de cubeta llena hasta la mitad de mercurio, i cubierta con una tapa fundida, forrada interiormente de una placa de carbon. En el mercurio—líquido que conduce admirablemente la electricidad—se sumerje continuamente un gran clavo de hierro con cabeza de grafito.

Cada coche lleva suspendido debajo de su caja un barrote imantado que, cuando pasa por un adoquin, atrae naturalmente el clavo, cuya cabeza (de carbon) se pega a la tapa (que es tambien de carbon) de la cubeta, quedando su punta siempre dentro del mercurio, cerrando así el circuito i transmitiendo la corriente eléctrica a los electro-motores de las ruedas.

Una vez que pasa el coche, cesando ya la influencia del barrote imantado sobre el adoquin metálico, es como si se hubiera cerrado un conmutador: el circuito se interrumpe, i el clavo, separándose del contacto de la caja, cae por su propio peso al fondo de la cubeta de mercurio, pronto siempre a alzarse de

nuevo al próximo contacto i a volver a abrir el paso a la corriente.

Estas tomas de corriente están colocadas a menor distancia que el largo del vehículo, de modo que éste, estando siempre ligado al cable subterráneo por un adoquin, por lo ménos, no puede nunca perder la conexión con la fuente de enerjía.

Muchas cosas interesantes podria aun agregar sobre los sutiles artificios a que ha sido necesario recurrir para asegurar la sequedad absoluta, para prevenir las chispas de ruptura, que habrian mui pronto oxidado el mercurio i gastado el carbon, las declinaciones, las pérdidas de tierra, los escapes magnéticos; para obtener la presion del arranque i la continuidad del circuito, etc.!

El sistema Diatto no existe aun, si no me equivoco, sino en Francia. Hace un año que se entregó al servicio en Tours, en un trayecto de 12 kilómetros, i que funciona regularmente con éxito completo. Los resultados han sido tan favorables, que le han valido para recibir carta de ciudadanía en Paris.

Este es un progreso considerable que me ha parecido útil señalar, en este momento, en que en todos los paises la traccion eléctrica está mas que nunca a la órden del dia.

EMILIO GAUTIER.

NOTAS E IMPRESIONES

LA PRENSA EN EL SIGLO XIX.—

Este es el título de un estudio que—en la serie *Nuestro siglo*—ha publicado no hace mucho, en *La Revue bleue*, el conocido publicista francés J. Cornely. Después de considerar los orígenes i desarrollo de la prensa francesa contemporánea, Cornely analiza su situación actual ante el grave problema de la libertad de la prensa, i llega a las siguientes conclusiones con que termina su estudio:

«Como todos los que piensan, soi partidario decidido de la libertad absoluta de la prensa, i estimo que un gobierno que no puede vivir bajo la fiscalización incesante, i aun malévola de los diarios, es un gobierno indigno de vivir. Creo, por consiguiente, que nadie debe ser molestado en el ejercicio del derecho de expresar su pensamiento por completo; que la resurrección de la censura es tan poco deseable i tan imposible como la de la tortura; que es inmoral, inicuo e

inútil aplicar impuestos especiales a la prensa i gravarla con otras cargas que las que pesan sobre todas las industrias. No creo que haya crímenes o delitos políticos, ni que decir ciertas cosas sea bueno bajo la monarquía i malo bajo la república, i viceversa.

«Pero yo desearia que los contemporáneos cesaran de confundir la libertad con la irresponsabilidad. La prensa es libre; pero no puede ser irresponsable. Soi partidario de la libertad de la prensa; pero no de su impunidad. La prensa debe ser responsable, es decir, que cuando causa perjuicios debe repararlos, segun las formas establecidas i bajo la dependencia de la justicia ordinaria. Cuando la prensa difama, debe ser castigada como los difamadores. Cuando la prensa insulta, debe ser castigada como los insultadores.

«En 1819, el conde Lanjuniais decia:—«Uno debe « tener libertad para publicar sus opiniones por me-
« dio de la prensa, como para hablar a los transeun-
« tes, para ir i venir por la vía pública». Es cierto. Es justo. Solo que la libertad de hablar a los transeuntes no implica el derecho para insultarlos. La libertad de ir i venir por la vía pública, no implica el derecho de atropellar a la jente.

«Lo que pido como remedio, i pido solo eso, no es, pues, sino que los particulares, víctimas de la prensa, adquieran el hábito de reclamar ante los tribunales las debidas reparaciones, i que los tribunales, por su parte, contraigan el hábito de concederlas.

«Bástenos considerar lo que ocurre en Inglaterra, para comprender que la responsabilidad de la prensa es, precisamente, la garantía de su libertad. Los diarios ingleses son hoy modelos de decencia i de saber. Hace un siglo, merecian el latigazo que les dió Chastann llamando a la prensa la prostituta privilegiada. I bien, para sacar a la prensa inglesa de su abyeccion,

para convertirla en lo que es, no ha sido preciso herir su libertad; ha bastado con aumentar su responsabilidad. I en ese pais en que reina la libertad absoluta, se ha visto a un tribunal condenar al *Times* a pagar un millon de pesos por daños i perjuicios ocasionados a Parnell, por haberle acusado como cómplice en en e lasesinato de lord Cavendish, virrei de Irlanda.

«Cesemos, pues, de ser como los niños, que no se creen libres hasta que atrapan una indigestion. No pidamos los periodistas, para nosotros mismos, la legislacion de los menores de edad, que escapan a las responsabilidades legales! ¡Seamos adultos i responsables! Que, a falta de espíritu cristiano, el temor de vernos obligados a reparar los daños que hacemos a otro, nos haga dudar ante la difamacion i el insulto. I sin haber perdido ni un ápice de la libertad de que goza desde hace veinte años, la prensa francesa será el retrato fiel de una sociedad en que el mal existe, puesto que es humano, pero que todavía ofrece muchas cosas buenas i sanas, muchas virtudes, muchas cualidades a la admiracion universal. Respetando a los demas, aprenderemos a respetarnos a nosotros mismos, a respetar nuestras tareas i nuestra mision. I entónces, el talento florecerá en una atmósfera purificada.

«¡Ojalá el siglo que viene nos traiga esa tan necesaria reforma!»

LA CUESTION DE LAS RAZAS.—

Desde que se planteó la tan debatida cuestion de las razas, muchos han sido los escritores, estadistas i sociólogos que se han dedicado a estudiar el problema de la superioridad de unas razas sobre otras.

Ultimamente, un escritor inglés, G. B. Wardon, ha

levantado una estadística, en lo posible exacta, del desarrollo de las diversas razas en los últimos siglos, a que con mas seguridad pueden referirse las observaciones que a este respecto se hagan.

He aquí un pequeño cuadro que es el resumen de los trabajos i estudios de Waldron:

| AÑOS | RAZA ANGLÓ-SAJONA | | LATINA | | ESLAVA | | GERMÁNICA | |
|-----------|-------------------|-----------------------------------|-------------|-----------------------------------|-------------|-----------------------------------|-------------|-----------------------------------|
| | Poblacion | Estension en kilómetros cuadrados | Poblacion | Estension en kilómetros cuadrados | Poblacion | Estension en kilómetros cuadrados | Poblacion | Estension en kilómetros cuadrados |
| 1400..... | 4.000.000 | 312,500 | 21.000.000 | 1.187,500 | 5.000.000 | 1.700.000 | 10.000.000 | 775.000 |
| 1700..... | 9.000.000 | 1.625,500 | 41.000.000 | 20.125,500 | 14.000.000 | 14.900.000 | 28.000.000 | 2.750.000 |
| 1800..... | 96.000.000 | 21.875.000 | 65.000.000 | 28.625.000 | 35.000.000 | 17.750.000 | 54.000.000 | 2.625.000 |
| 1850..... | 161.000.000 | 28.125.000 | 110.000.000 | 26.000.000 | 66.000.000 | 17.875.000 | 73.000.000 | 2.625.000 |
| 1875..... | 335.000.000 | 30.500.000 | 155.000.000 | 26.250.000 | 85.000.000 | 19.750.000 | 95.000.000 | 3.375.000 |
| 1898..... | 475.000.000 | 37.625.000 | 255.000.000 | 37.375.000 | 140.000.000 | 22.625.000 | 135.000.000 | 5.875.000 |

Como se ve por estas cifras, el progreso de la raza anglo-sajona, tanto en poblacion como en superficie poblada—es mucho mayor que el de las demas razas. Bien que conviene no perder de vista el hecho de que en esas cifras están comprendidas, en lo que respecta a los anglo-sajones, la India, los Estados Unidos, el Canadá, la Australia i otras rejiones, en que hai muchas otras razas que la anglo-sajona.

Estudiando estas cifras el escritor frances Enrique Nogresan, llega a la conclusion de que una de las causas del crecimiento i desarrollo de la raza anglo-sajona, es el alcoholismo que está desarrollado en menores proporciones en los paises anglo-sajones, que en los demas. En apoyo de su tésis, Nogresan cita la siguiente estadística, que demuestra el número de litros de alcohol de 100 grados que los diversos paises consumen, por año i por habitante.

| | |
|-----------------------|-------|
| Francia..... | 14.19 |
| Bélgica..... | 10.50 |
| Alemania..... | 10.50 |
| Islas Británicas..... | 9.25 |
| Suiza..... | 8.75 |
| Italia..... | 6.60 |
| Holanda..... | 6.25 |
| Estados Unidos..... | 6.10 |
| Suecia..... | 4.50 |
| Noruega..... | 3. |
| Canadá..... | 2.50 |

No escapan a la crítica los cálculos i cifras anteriores, que son discutibles desde muchos puntos de vista; pero nos ha parecido útil darlos a conocer a nuestros lectores, para que se formen una idea, mas o ménos cabal, del desarrollo de las diversas razas en los últimos siglos.

LUIS II DE BAVIERA I WAGNER.—

El escritor frances Jacobo Bainville ha publicado un interesante libro sobre Luis de Baviera, el rei loco, que tan trájica muerte tuvo en el lago de Stamborg. Muchas leyendas circulaban respecto de ese desgraciado rei, haciendo verdaderamente difícil poder diseñar exactamente su fisonomía intelectual i moral. Con todo, Bainville ha podido hacer una obra mas o ménos completa. Con la ayuda de los recuerdos de Madame de Kobell, de Heigil i del caballero de Halfinguen, Bainville ha conseguido hacer un libro interesante i mas o ménos ajustado a la verdad histórica.

Es un fenómeno verdaderamente curioso el de la dejeneracion de la casa real de Baviera, condenada al agotamiento por su propia antigüedad. Los Wittelsbach, en efecto, pretenden remontar sus orígenes hasta ántes de los Capetos i de los Hohenzollern. Pero hay razas, como hombres, en los cuales la antigüedad es señal de decrepitud. Luis I de Baviera sacrificó, primero, su corona a su enfermiza pasion por Lola Montes. Su hijo Maximiliano se perdió en las brumas de la mas abstrusa de las metafísicas. Luis II i su hermana Otto murieron locos.

Es conocida la apasionada admiracion que Luis II sentia por Wagner. Su afeccion era casi un culto. Las cartas que el soberano bávaro escribia al autor de *Lohengrin* eran mas ardientes que las del mas fogoso de los enamorados. Le llama su amado bien, su único, su todo. En 1865, le escribia lo siguiente, a propósito de la noticia, que le habia dado uno de sus familiares, de que Wagner iba a pasar una temporada en el castillo real:

«Amigo profundamente amado:—¡Quién hubiera

podido, hace un año, soñar con tan grande felicidad! Entónces envié a Phistermeister a ver al sol de mi vida, la fuente de mi salud. En vano le buscó en Viena i en Zurich. Sentí los estremecimientos de las mayores delicias cuando Phistermeister me dijo:—«El deseado está aquí i quiere quedarse aquí».—Oh! noche feliz en que tuve tal noticia! Uno i todo, síntesis de mi felicidad.....»

Este fragmento de una carta de Luis II a Wagner da idea del profundo cariño que el loco monarca bávaro sentia por el jenial músico. En los círculos maleantes de Europa se han hecho muchas audaces suposiciones acerca de esto; pero, en definitiva, el arte ha resultado ganancioso con ese cariño, pues Luis II alentó siempre i ayudó al autor de *Tannhauser*, que, en los principios de su carrera encontró ante sí otra cosa que aplausos i alientos.

EL PROBLEMA ANGLO-AFRICANO.—

Continúa preocupando a la opinion inglesa la cuestion del Africa del Sur. La prolongacion de la guerra, los enormes sacrificios que Inglaterra tiene que hacer para llevarla adelante, i la heróica tenacidad con que los boers defienden sus últimos reductos, provocan en Inglaterra amplias discusiones, en que cada cual espresa su opinion con entera, hermosa i deseable libertad.

Luciano Wolff sostiene en la *Fortnightly* que para Inglaterra es necesaria la anexion de las repúblicas africanas, bien que reconoce que está llena de peligros. Wolff querria que esa anexion se verificara de modo que Cecil Rhodes dejara de tener influencias en Africa.

Por su parte la *Westminster Review*, por boca de su colaborador A. W. Luiesey, dice lo siguiente:

«El momento del peligro llegará cuando se retiren las tropas inglesas de Africa, no dejando sino las guarniciones estrictamente necesarias para el mantenimiento de la paz pública. Entónces, cuando una mano hábil prepare planes subversivos i fomite el descontento de las poblaciones boers, esas pequeñas guarniciones serán sitiadas, i tendrán que rendirse i asistir a una nueva proclamacion de la independenciam de las repúblicas africanas. I pretender contestar otra vez por la fuerza a semejante proclamacion, seria una empresa absolutamente desesperada.»

Mui dividida está, pues, la opinion en Inglaterra por lo que hace al *modus operandi* que debe seguir a la conclusion de la guerra.

En cuanto se refiere a la cuestion del servicio militar obligatorio, que, como consecuencia de la guerra de Africa, se trata de implantar en Inglaterra, he aqui lo que dice *Un oficial* en la *Contemporary Review*: «Los ingleses no tenemos necesidad de los largos períodos de servicio que se usan en el continente. La mayor parte de la instruccion militar podria darse en la escuela, disminuyendo así el período de servicio en las filas del ejército. No deberia haber nunca sino un miembro de una familia bajo las banderas. La milicia continuaria reclutándose como ahora, pero estaria mas íntimamente asociada a los batallones de línea, en los cuales los reclutas harian seis meses de servicio.... Igualmente, podria formarse una reserva de voluntarios que aceptarían servir, en tiempo de guerra, en el ejército regular. Esos serian hombres escojidos a quienes se daria buenos sueldos. Por fin, seria menester abolir el sistema de la Yeomanry, que seria reemplazada por infanteria montada. Inglaterra, siguien-

do este plan, llegaría a tener, fuera de sus guarniciones coloniales, un ejército de 529,000 hombres.»

LA LEI HEINZE.—

Mui ajitado ha estado el mundo artístico e intelectual alemán a propósito de la lei Heinze, llamada así del nombre de un rufian que tuvo parte principal en un escándalo que produjo alguna sensación en Berlín, i que dió origen a la elaboración de la lei, presentada al Reichstag por el gobierno alemán. En esa lei se proponían medidas tendentes a moralizar el arte i la literatura, segun decían sus autores, pero que los artistas i escritores alemanes estimaron como coartadoras de su libertad i como precursoras de mas directas medidas en contra de la libertad de pensamiento i de imprenta.

La casi totalidad de los artistas, i sobre todo, de los escritores alemanes, encabezada por Sudermann, Hauptmann i otros, protestaron contra la lei Heinze i empezaron ruda campaña para hacerla fracasar. Se formó una liga, llamada *Goethebund*, liga de Goethe, con el único propósito de defender la libertad literaria i de atacar la lei Heinze, que encontró, fuera de los elementos oficiales, apénas unos cuantos defensores, entre los cuales figuró en primera línea Armando Bártels, escritor mui conocido en Alemania.

En el Reichstag, miéntras tanto, se iniciaba la discusión de la lei. Los católicos i los conservadores protestantes aprovecharon la oportunidad para agravar mas las medidas propuestas, por medio de agregaciones que casi anulaban todas las libertades. Por su parte, los liberales i los socialistas combatieron la lei con inusitada enerjía, alentados con los aplausos que les venían de los círculos literarios. La lucha fué lar-

ga. Los adversarios de la lei tuvieron que recurrir a la obstruccion para impedir que fuera aprobada, hasta que los *heinzeistas*, fatigados i reconociéndose incapaces de vencer esa obstruccion, cedieron, retiraron sus indicaciones i hasta aceptaron atenuaciones a la lei propuesta.

El recuerdo de esta lucha durará algun tiempo en Alemania, pues ha dado lugar a largas i brillantes polémicas en que han tomado parte los primeros escritores alemanes. El triunfo de los partidarios de la libertad del arte ha sido ruidoso. Ojalá no tenga la consecuencia de que la libertad decaiga en libertinaje, como teme Bartels.

ESTADISTICA DEL AHORRO.—

Juzgamos interesante publicar algunas cifras que manifiestan el constante desarrollo del espíritu de ahorro en algunos países.

La Caja Nacional de Ahorros de Francia ha tenido el siguiente movimiento, en millones de francos:

| | | | | |
|----------------|-------|-----|-----------|---------|
| 1882 | 47.6 | con | 211,580 | cuentas |
| 1887 | 223.5 | » | 979,597 | » |
| 1892 | 616.3 | » | 1.973,698 | » |
| 1897 | 844.2 | » | 2.892,476 | » |
| 1898 | 875.0 | » | 3.087,621 | » |

Las diversas cajas de ahorro que existen en Prusia han tenido el siguiente movimiento:

| | | |
|----------------|-------|--------------------|
| 1889 | 3,102 | millones de marcos |
| 1893 | 3,750 | » |
| 1897 | 4,968 | » |
| 1898 | 5,287 | » |

En el gran ducado de Luxemburgo habia en 1896, en las cajas de ahorros, 19,950 libretas con un valor de 10.636,131 francos; i en 1898 esas cifras habian, respectivamente, aumentado a 25,384 i 13.878,669. Las cajas escolares de ahorro tenian, el 31 de diciembre de 1898, 32,233 depósitos, con un valor de doscientos cincuenta mil francos.

En Estados Unidos, segun datos publicados por el *Mac-Clure's Magazin*, el valor medio de las imposiciones en las cajas de ahorros, que en 1894 habia sido de 1,845 francos, era de 2,099 francos en 1899.

Las siguientes cifras se refieren al movimiento de las cajas postales de ahorro en diversos paises, en 1897:

| | Número de depositantes | Sumas depositadas en francos | Término medio por depósito |
|-------------------|---------------------------|---------------------------------|-------------------------------|
| Austria. | 1.241,567 | 114.453,710 | 92.19 |
| Canadá. | 141,542 | 172.058,740 | 1,215.58 |
| Francia. | 2.892,476 | 844.207,699 | 291.86 |
| Hungría | 314,371 | 25.558,927 | 81.39 |
| Italia | 3.013,004 | 521.843,922 | 173.19 |
| Paises Bajos. . . | 627,409 | 126.375,285 | 202.41 |
| Reino Unido . . | 7.239,761 | 2,922.916,942 | 403.73 |
| Suecia | 495,383 | 80.711,294 | 162.93 |

CORREO DEL TEATRO

PARIS.—

Un jóven escritor, Enrique Bernstein, se ha iniciado como autor dramático, en el Teatro Antonio, con *El Mercado*.—Una mujer adora a su marido i quiere salvarle de una inminente ruina financiera. El, carece de enerjía i de voluntad i deja a su mujer el cuidado de dirigir sus negocios. Ella, se imagina que cediendo a los deseos de los acreedores que pueden acudir en su ayuda, restablecerá la situacion de su marido. Se equivoca: los banqueros solo dan promesas, i así, por amor al marido, la pobre mujer vá de amante en amante, i quién sabe en dónde i cuándo habría concluido si no hubiera encontrado, al fin, un buen hombre, mui rico, que la quiere de veras, i que la salva de la ruina solo en cambio de una promesa.

La situacion de esa mujer es de lo mas triste, i Bernstein ha sabido sacar gran partido de ella. Con suma habilidad, deja adivinar el medio que emplea para salvar a su marido, i en todo caso se ha manifestado como una bella esperanza de la dramaturjia francesa. La crítica le ha aplaudido con entusiasmo.

—*Grasse Matinée* ha sido tambien un feliz *debut* de un jóven escritor, Alfredo Athys, que ya se hacia notar por la lijereza i espiritualidad de su estilo.

—De la conocida novela de Edmundo de Goncourt, *La fille Elisa*, ha sacado Juan Ajalbert un drama que se estrenó en el Teatro Libre en 1890. Ultimamente, el Teatro Antonio lo ha puesto de nuevo en escena. A este respecto dice el crítico Fouquier:—«No puedo dejar de constatar, con ocasion del in-

discutible éxito que acaba de obtener *La fille Elisa*, la evolución que se ha operado en los espíritus, desde hace algún tiempo i que, seguramente, es un progreso debido a lo que se llama el feminismo. Los románticos, desde *Marion Delorme* hasta *La dama de las Camelias*, habían llevado a la escena tentativas de rehabilitación de la cortesana. Pero esas cortesanas eran mujeres ricas, bien educadas, de maneras mundanas, que formaban parte de la aristocracia de la galantería, i que, para llegar a la rehabilitación, pasaban por las pruebas de un amor profundo i exclusivo. Nada parecido en *La fille Elisa*. Salida del pueblo, la heroína pertenece a la última categoría de las cortesanas. No es una hetaira, diría un griego, sino una polaca. I lo que el autor pide para ella, no es el rescate de sus faltas por un sentimiento elevado, sino justicia i piedad para una situación que la fatalidad social ha creado. Este es un matiz que me parece digno de atención.»

—En el teatro de la Puerta de San Martín se ha puesto de nuevo en escena *Cyrano de Bergerac* con el mismo éxito de siempre.

No ha sido tan feliz la *reprisse de Los fósiles* de Curel en la Comedia francesa.

En cambio, en el Vaudeville, Mme. Rejane se hace aplaudir estrepitosamente en *Mme. Sans-gêne*.

—En el teatro de la Opera Cómica se ha estrenado *Haensel i Grettel*, cuento musical, letra de Adelaida Wette (traducida por Cátule Mendez) i música de E. Humperdinck.

Humperdinck es un músico alemán que por primera vez se hacia oír en París. La crítica se ha mostrado muy desacorde en la apreciación técnica de su obra; pero todos convienen en que encierra grandes bellezas, i en que Humperdinck es un aprovechado discípulo de Wagner.

Marta Guerrero.—En el Teatro Antonio de París —que es uno de los más concurridos— ha trabajado la compañía de la célebre artista española María Guerrero, que, según se dice, vendrá a Chile próximamente.

«María Guerrero—dice un crítico—es una artista de gran talento. Su mímica es muy expresiva, i—en tanto cuanto se puede juzgar una representación en una lengua que se conoce mal—dice con mucha inteligencia i expresión. Su acción es muy hábil, muy variada i de una verdad perfecta.»

BIBLIOGRAFÍA

Historia de Chile durante el gobierno del jeneral Prieto, por RAMON SOTOMAYOR VALDES.—Santiago, 1900.

Bastante conocido es, en nuestro país i fuera de él, el autor de este libro, como historiador distinguido i hablista elegante. Este libro es la reproducción del primer tomo de la obra que con el título de «Cuarenta años de la historia de Chile», empezó el señor Sotomayor a escribir hace algun tiempo. Ha parecido al autor demasiado vasto el programa que se habia trazado primero i ha reducido su obra solo al período relativo al Gobierno del jeneral Prieto, lo que le dará ocasion de estudiar la grandiosa figura de don Diego Portales, que aun no ha sido definitivamente fijada por la historia.

Este primer tomo de la obra del señor Sotomayor Valdes estudia los primeros años del gobierno de Prieto i los sucesos que inmediatamente lo precedieron, con gran copia de conocimientos i en el habitual elegante i correcto estilo del autor.

Vida de Franklin, por FRANCISCO VALDES VERGARA.—Valparaiso, 1900.

Si es necesario divulgar entre los niños, i aun entre los hombres, el conocimiento de la vida de aquellas personalidades que, por sus méritos i bondades, constituyen hermosas escepciones, es indudable que pocas vidas como la de Franklin se prestan para ese objeto. Estudiando la vida de ese hombre superior, el espíritu como que se siente reconfortado i alentado, al propio tiempo que nacen en el corazón nobles sentimientos de emulación en la práctica del bien i de la virtud.

Obra mui plausible ha hecho, pues, el señor Valdes Vergara, al publicar esta segunda edicion de su *Vida de Franklin*, escrita con el sobrio al par que correcto i elegante estilo que caracterizan a ese distinguido hombre público i escritor.

En la Manigua, por A. DE GERY.—Santiago, 1900.

Este libro contiene los artículos que publicó el autor en un diario de Santiago, valiéndose de los relatos de don Carlos Dublé, que actuó en la guerra de Cuba. Es una pintura colorida i en ocasiones conmovedora de los tristes caracteres que tuvo la guerra de la independencia de esa isla.

Album Militar de Chile, por P. P. FIGUEROA.—Santiago, 1900.

Interesante coleccion de biografías de los militares que mas se han distinguido en el servicio del país. Es un libro útil destinado a glorificar las glorias militares de Chile.

La idea del capital ante la Economía Política, por GUILLERMO SUBERCASEAUX.—Santiago, 1900.

Contiene este folleto la interesante conferencia que no hace mucho tiempo dió el señor Subercaseaux en la Universidad Católica. Se hace en ella un análisis completo de las ideas de producción, capital e intereses del capital. No pertenece el autor a la escuela ortodoxa o clásica de la Economía Política. Todo lo contrario, parece haber adherido de lleno—si bien con mucha independencia de criterio,—a las novaciones introducidas en esa ciencia por la escuela histórica. Economistas casi desconocidos en Chile, como Wagner, Böhm, Baeverk, Menger., etc; son familiares para él.

Coleccion de Documentos inéditos para la Historia de Chile. Tomos 20 i 21, por JOSÉ TORIBIO MEDINA.—Santiago, 1900.

En los tomos 20 i 21 de la Coleccion del señor Medina se publica una parte del proceso, desconocido hasta ahora, de Francisco de Villagra. Tan pronto como quede terminada la publicacion de ese proceso, la REVISTA NUEVA pedirá a alguno de sus colaboradores que se ocupen por estenso de esa importantísima pieza histórica. Bástenos por ahora decir que ella arroja vivísima luz sobre la historia de la conquista i primeros años del coloniaje. Con su auxilio podrá escribirse la historia definitiva de ese período.

El doctor Guillermo Rawson. Homenaje a su memoria.—Buenos Aires, 1900.

Coleccion de los artículos publicados en la prensa diaria i de los discursos pronunciados en Paris, en Montevideo i en Buenos Aires, en homenaje a las virtudes del eminente político argentino, fallecido en la capital del mundo civilizado en 1890. El doctor Rawson, por la rectitud de su carácter, por la elevacion de sus ideas i por la nobleza de su vida ejemplarizadora, ocupa uno de los puestos sobresalientes entre los políticos de la República Argentina, i puede compararse a la personalidad de don Manuel Antonio Matta en Chile. Rawson comenzó a figurar en la política nacional argentina despues de la caída del tirano Rosas i militó constantemente en las filas del partido mitrista.—J. G. G.

La Memoriam. Anjel Justiniano Carranza.—Buenos Aires, 1900.

Como la anterior, es una recopilacion de artículos i discursos relativos a una personalidad distinguida de la República Argentina. El doctor Carranza prestó un contingente importantísimo a la historia i a las ciencias naturales, i su nombre ocupa el primer puesto entre los bibliófilos i coleccionistas argentinos. Una vida entera consagrada al estudio i una laboriosidad infatigable, fueron las notas características del doctor Carranza.—J. G. G.

Invano, por H. SIENKIEWICZ.—Milan, 1900.

El famoso novelista polaco, hasta hace poco casi enteramente desconocido en Chile, se ha conquistado una gran popularidad con su obra «Quo Vadis». La novela que ahora anunciamos ha sido traducida al italiano por la señora Nina Romanowsky e impresa en Milan. Cuenta en ella, en una forma encantadora, sus recuerdos de estudiante. El mismo volumen contiene además dos preciosos cuentos.

Bibliothèque d'Histoire et de Géographie universelles.

La casa editora de Paris de Schleicher Frères, ha iniciado la publicacion de una Biblioteca titulada «Biblioteca de Historia i de Jeografía Universales». Dicha biblioteca, a juicio de sus editores, está llamada a llenar un vacío i a satisfacer una necesidad pública. En efecto, a todo el mundo ocurre tener que hablar i

oir hablar de países i pueblos desconocidos o mui imperfectamente conocidos. No existen libros que nos den a conocer la situación presente de los pueblos i sus condiciones físicas i morales de existencia de una manera sucinta i completa.

Los volúmenes de esta Biblioteca contendrán la descripción i la pintura de cada país, con su jeología, su jeografía jeneral, su climatología, su fauna i su flora, su hidrología, sus recursos, sus ciudades principales, sus grandes paisajes, etc.

Vendrán, en seguida, la historia, sus habitantes, razas i tipos, lenguas i dialectos, usos i costumbres, ideas i creencias, instituciones civiles i políticas, organización social, desarrollo económico, vida pública i privada, industria, comercio, agricultura, movimiento intelectual, artes, letras i ciencias.

El primer volumen de la Biblioteca ha aparecido ya. Se titula *Les Gaulois, Origines et Croyances*. Está redactado por el conocido publicista Mr. André Lefèvre. Están además anunciados los siguientes volúmenes:

- Nuestro Globo*, por E. Sierrin.
- Las Rejiones Boreales*, por E. Richet.
- El Estremo Oriente*, por Povourville.
- La China de los Mandarines*, por id.
- La China de los Letrados*, por id.
- La China de los Agricultores*, por id.
- El Mundo Oriental*, por E. Reclus.
- Los Jermanos*, por A. Lefèvre.
- Los Eslavos*, por id.

The English Radicals, por C. B. ROYLANCE KENT.—Lóndres.

Es un hermoso estudio sobre la política inglesa desde mediados del siglo último hasta nuestros días. Está dividido en tres periodos: el primero se estiende desde 1761 hasta 1789, el segundo desde 1789 hasta 1831 i el tercero desde este último año hasta el presente. Las figuras de Burcke, Bentham, los dos Mill, Cobden, Hunt, Grate, Bright etc., son estudiadas por Mr. Kent con gran acopio de datos i en una forma amenísima.

The Government of Municipalities, por DORMAN B. EATAN.—Nueva York.

En este libro, aparte de muchas observaciones peculiares a los Estados Unidos, Mr. Eatan formula algunas ideas de aplicación e interés jenerales. A su juicio, el problema capital de un buen self government local, la condición fundamental de una buena administración comunal, consiste «en llevar a las funciones municipales a los ciudadanos mas dignos i capaces». Afirma también Mr. Eatan que todas las fuerzas que tienden a perturbar

el libre i correcto funcionamiento del self government son insignificantes, de un valor despreciable si se las compara con la accion de los partidos políticos. La esperiencia nos enseña que la accion de los partidos políticos en la administracion comunal, ha sido corruptora, despótica i destructora de la independencia de los ciudadanos.

Mr. Eatan encarece la necesidad de que las altas clase sociales tomen una parte activa en la política local. Deben trabajar por buenos municipales i no escusarse de aceptar las funciones que el voto popular i la comuna les encomienden.

O JUAN, O LA MUERTE ⁽¹⁾

III

Un buen día, Juan empezó a hacer sus visitas, no una ni dos, sino tres veces por semana, con inmenso placer de la novia i sin la menor protesta de la madrastra. El novio observaba una conducta mui correcta: hablaba poco, a media voz; ántes de fumar, siempre pedia permiso; usaba, sobre todo con doña Gabriela, maneras tan finas, que esa mujer áspera, grotesca i cubierta de oro, se encantaba. De cuando en cuando, Juan se atrevia a conversar con Clarisa de su porvenir; i ella le escuchaba feliz, como si la mas suave música resonara en sus oídos. Antes de contestar, alzaba sobre su madrastra ojos tímidos; despues, respondia, en voz baja, dulcemente. Una noche que hablaban del *trousseau*, de jéneros i muse-linas, fué cuestion del tiempo que se necesitaria para coser, a la máquina, una camisa, una pollera.

(1) Véase los números 5 i 6 de la REVISTA NUEVA.

—Para una camisa, necesito dos dias—calculó Clarisa;—pero para una pollera, me basta un dia.

—Nó; mas tiempo, mas tiempo! observó doña Gabriela.

—Creo, Clarisa, que es preciso mas tiempo, agregó Juan sonriendo i sacudiendo la blanca ceniza de su cigarrillo.

¡Dulces coloquios! Al dia siguiente, Clarisa vió que un mandadero traia a la casa una pieza de fino jénero de Holanda i otra de muselina. La jóven, encantada, tocaba la tela para apreciar su finura, arrugaba la muselina para que arrojara el almidon; pero, de repente, notó algo que la hizo palidecer. Esas piezas de jénero i de muselina tenian una marca, una marca estraña, i, en el acto, Clarisa se dió cuenta de que todo eso provenia de la agencia de su madrastra. Empalideció, tembló: esas telas pertenecian a pobres que las habian empeñado por hambre i que no habian podido sacarlas! Un jénero, una muselina de lágrimas i de sangre, como los muebles del salon, como la cocina, como los vestidos de doña Gabriela, como sus pedrerías i sus alhajas!

La madrastra llegó.

—¿Te alcanzará?— preguntó, desplegando el jénero i la muselina para mirarlos contra la luz.

—Creo creo—murmuró Clarisa, turbándose.

Despues, con gran esfuerzo:

—Gracias,—agregó.

—¡Bah! Quería decirte, que si no es bastante, todavía me quedan jénero i muselina i linon, por centenares de piezas. La agencia está llena. Esos pobres se pasan la vida empeñando. ¿Quieres que lo midamos?

I se pusieron a medir, silenciosamente. Clarisa tenia ya en el corazon una llaga incurable.

En la noche, cuando llegó Juan, estuvo mas taciturna que de costumbre.

Pero doña Gabriela, para hacer admirar su munificencia, hizo llevar al salon los jéneros, cortados ya en parte. Juan alabó su calidad i preguntó el precio.

—¿Por lo ménos, Clarisa, habrás agradecido a nuestra buena madre el espléndido regalo que nos ha hecho?

—Sí se lo agradezco, murmuró la jóven sin quitar la vista de su labor.

—I yo tambien, querida mamá—dijo él con su acariciadora voz.

Doña Gabriela se abanicaba, encantada, en éxtasis. Pero la llamaron i debió salir del salon. Entónces Clarisa, en voz baja, dijo rápidamente a Juan:

¿Sabes que esos jéneros son de la ajencia?

—¿I qué importa? preguntó Juan, sorprendido.

—Mercaderías empeñadas ¿sabes?—agregó Clarisa asustada.

—Si sé; pero ¿eso qué importa? repitió él, sin alterarse.

Fué aquella una cruel herida para la jóven novia; pero como doña Gabriela volvia en ese momento, no se atrevió a decir nada.

Al dia siguiente, todos hablaban de la jenerosidad de doña Gabriela, que habia regalado a Clarisa una canastilla de boda digna de una princesa. Pero la novia, descorazonada, inquieta, no pudo cerrar los ojos en toda la noche. Solo durmió en la mañana, con mal sueño. Soñó que llevaba una fantástica camisa de lágrimas i una pollera de sangre, i que su traje hacia reir a carcajadas a Juan i a doña Gabriela. Pasaron varios dias ántes de que se calmaran sus escrúpulos, i su grande alma quedó herida por una nueva desilusion.

Por las noches cosía en su máquina, i el tic-tac de las ruedas la distraía de ciertos pensamientos enojosos. A veces se absorbía tanto en su trabajo, que la madrastra i Juan conversaban sin que ella lo notase. El jóven hablaba con respeto a esa mujer, i tomaba, escuchándola, aires de atención que halagaban el amor propio de esa gordiflona rubicunda i vanidosa. Pero tan pronto como Clarisa apartaba la vista de su costura, Juan se ponía a contemplarla con tal pasión, que la jóven se sentía morir de amor; la hablaba con tanta dulzura que, vencida, abandonaba su trabajo. A menudo, conversaban de su futuro hogar: Juan explicaba cómo amueblarían el dormitorio: un gran catre de bronce i un hermoso ropero de nogal con espejo.

—También necesitarán un peinador de nogal con mármol—indicaba maternalmente doña Gabriela.

—Un peinador, claro!—decía Juan—i un diván, que también se usa mucho ahora.

Oyendo esos dulces proyectos, Clarisa, que cada día amaba más a su novio, se desvanecía en los más deliciosos ensueños. Para ella, el día del matrimonio significaba la libertad, el olvido fácil del odioso pasado; el principio de una vida nueva, tranquila, en que los dos se enclaustrarían en su amor, solos, en la alegría como en el dolor; i ella sería libre, completamente libre para siempre; i la muerte los separaría solo materialmente, porque sus almas quedarían unidas en el más allá. ¡Oh! cuánto demoraba el día en que debía salir de esa casa, que la había visto sufrir tanto, para irse con su esposo a la suya, en donde sería la más feliz de las mujeres. . . . Tales eran los sueños de la enamorada jóven. Pero, una noche, Juan hablaba de una hermosa imagen de la Virgen, la madona del Valle de Pompeya, que pensaba colgar en el dormi-

torio, i Clarisa, interrumpiendo su trabajo, se atrevió a decir:

—¿I el salon?

—¿Qué salon? preguntó la madrastra sorprendida.

—¡El salon para recibir las visitas!

—¿No te basta con el mio? Es bastante bonito, me parece: todo en brocado amarillo, casi nuevo. Por otra parte, yo nunca recibo visitas, i ustedes podrán disponer del salon a su antojo.

—¡Ah! dijo Clarisa.

I fué todo. Desvanecido el sueño de libertad, de soledad, desvanecido miserablemente! Juan callaba, los ojos bajos. La madrastra no se movió en el sillón. Clarisa continuó su labor, un poco nerviosa, rompiendo a cada momento la aguja de la máquina . . .

Cuando Juan se levantó para irse, ella se levantó tambien, resuelta, i le siguió hasta la puerta. Le detuvo. Estaban solos. La luna alumbraba el pasillo, la escalera i el patio.

—¿Has oido lo que ha dicho mi madrastra?—preguntó Clarisa, jugando distraidamente con el picaporte de la puerta.

—¿Qué cosa? preguntó Juan, contrariado.

—Que no tenemos necesidad de salon. ¿Viviremos, entónces, con ella?

—¡Sin duda!

—¿I por qué?

—Porque no tenemos plata, respondió él, acariciándola lijeramente los cabellos.

Clarisa retrocedió.

—Entónces ¿vamos a vivir de sus limosnas?

—¿Sus limosnas? ¡Vaya! Es tu madre adoptiva; i es rica i no sabe qué hacer de su fortuna. Ademas, no tiene a nadie mas que a tí, i su deber es darte con qué vivir.

—Nó, Juan. Eres tú quien debe trabajar para darme con qué vivir. Consciento en no comer sino pan, pero que me venga de tí i no de ella.

—I yo tambien me propongo dártelo, Clarisa; buscaré trabajo i me ganaré la vida. Pero, ahora, tú comprendes . . . es difícil encontrar algo . . . En fin, buscaré.

—¡Prométeme que encontrarás!—dijo Clarisa, suplicante.

—Sí, te lo prometo . . . Sin embargo, al principio, será difícil, i para esperar, viviremos aquí . . . Ya verás, lo pasaremos mui bien.

—Pero despues—imploró Clarisa—despues, prométeme que despues nos iremos, que no viviremos de sus limosnas.

—Déjate de exajeraciones i de malas palabras. Eres algo estravagante, querida. Cuando no se tiene plata, es preciso ser razonable . . . Te prometo todo lo que quieras. Queda tranquila.

Se separaron, turbados los dos. Cuando Clarisa volvió, doña Gabriela, de pié en el comedor, parecia esperar su regreso con impaciencia.

—¡Te has demorado mucho en volver!

—¡Perdon! ¡Perdon!—i Clarisa rompió en sollozos.

Pero por mas que sus lágrimas corrieran, no se le quitaba el peso del corazon. No podia habituarse a la idea de que iba a seguir viviendo con su madrastra, comiendo el pan que le daba por caridad i que tantas veces le habia echado en cara: eso le parecia insoportable, para ella, para Juan, para la dignidad de su futura familia.

I, sin embargo, en todas partes oia hablar de la bondad de doña Gabriela: una santa mujer que, despues de haber regalado a su hijastra una canastilla de princesa, le preparaba un departamento suntuoso i le

cedia su salon de brocado amarillo i oro. Pero Clarisa no se consolaba con ello. Todos los dias preguntaba a Juan, angustiada, si habia buscado algo, si habia hecho algunas diligencias. El respondia vagamente, le hablaba de un empleo en los ferrocarriles; pero, para obtenerlo, era necesario una recomendacion al director jeneral. Le hablaba tambien de un concurso para una plaza de inspector de alumbrado, empleo municipal; pero era preciso conocer al alcalde i al jefe de ese servicio. Clarisa, por el momento, se tranquilizaba algo; pero, luego, comprendia que Juan no buscaba empleo sériamente i que la engañaba, para consolarla. I la novia insistia, insistia, con ansiosa obstinacion, que obligaba, por fin, a Juan a encojerse de hombros.

Por el contrario, casi todas las noches el novio hablaba de negocios con doña Gabriela.

En los primeros tiempos le habia promovido esas cuestiones con discrecion, como que se trataba de negocios ajenos, i la prestamista le contestaba evasivamente. Pero despues, poco a poco, doña Gabriela empezó a dar a Juan datos precisos, a hablarle de todo lo relativo al oscuro e innoble mundo de las agencias. Clarisa, confundida, escuchaba; i a veces miraba a Juan asustada, como si hubiese querido convencerse de que era él, i no otro, el que hablaba de esas feas cosas.

—*La oficina* decia doña Gabriela al hablar de la agencia.

—*La oficina* repetia Juan con aires de misteriosa solemnidad.

No se atrevian a pronunciar el brutal nombre. Pero hablaban de la agencia todas las noches, con gusto, a pesar de la dolorosa espresion que tomaba el rostro

de Clarisa cuando abordaban esa cuestion. Doña Gabriela se quejaba amargamente de las intermediarias, que llevaban los objetos a la agencia por cuenta de otros i cobraban una comision mui fuerte: una lira por cada diez.

—En suma ¿qué hacen esas viejas pícaras? decia rabiosamente doña Gabriela.

—Esperan a los pobres vergonzantes que no tienen valor para entrar a la oficina, les toman la prenda, i por ese solo trabajo, cobran tres liras en cada treinta!

—I no hai remedio, no hai remedio! . . . I pensar que yo tambien tuve ese oficio de intermediaria; pero yo lo hacia honradamente, porque no cobraba sino media lira. Así tambien, con la ayuda de Dios i la proteccion de la Virgen, tenia mucho trabajo.

—Usted ha sido siempre buena—esclamaba Juan conmovido, mirándola con admiracion.

En ciertos momentos, Clarisa temblaba como si escuchara cosas intolerables; i despues, su espíritu se entorpecía: no escuchaba sino un rumor vago de palabras, sufría sensaciones dolorosas, de un dolor sordo i continuo.

Una noche, para explicar algo a Juan, doña Gabriela fué a una pieza vecina a buscar los libros de la agencia. Los novios quedaron solos un segundo.

—¿Para qué quieres saber eso, Juan? preguntó la jóven, con febril ansiedad.

—¡Es bueno saberlo todo! contestó él con tranquilidad, arrojando la colilla de su cigarro.

Clarisa no respondió. Juan tenia sobre ella un poder absoluto. Ella le adoraba como a un Dios, pero como a un Dios que podia lo mismo hacerla reir que llorar. Sufría por causa de él; pero, obediente, sumisa, no le oponia resistencia. Toda esa noche, inclinados sobre los sucios libros, doña Gabriela i Juan se ocu-

paron en estudiar el terrible mecanismo destinado a que el prestamista esté siempre seguro de conservar el capital, a que cobre un interes monstruoso, i a que acabe por quedarse con una prenda que vale tres veces la suma prestada.

—Unas con otras, nos quedamos con el ochenta por ciento de las prendas—dijo triunfalmente doña Gabriela, cerrando su grande i sucio libro.

—¡Magnífico, magnífico!—murmuró Juan, quedándose pensativo.

I a pesar de las suplicantes miradas de Clarisa, pidió a doña Gabriela que le prestase sus libros el dia siguiente, que era domingo i no abria la ajencia. Quería estudiarlos profundamente, entreveía algo de nuevo, talvez podria darle algun buen consejo . . .

Al despedirse, cuando estrechó la mano de su novia, le pareció un pedazo de hielo.

—¿Qué tienes, Clarisa?—le preguntó al oído.

—Sufro; tú me haces sufrir—respondió ella, casi desfalleciente.

—¡Vamos! ¡Nada de tonterías! Déjame hacer i verás.

Despues de esa noche, no tuvieron sino cortas conversaciones de amor. Sin embargo, Juan iba todas las noches, sin que la madrastra dijera nada; pero las noches enteras se pasaban hablando de la oficina, de los empeños, del interes . . . Era un desfile de todo el sombrío cortejo de los lúgubres términos que rodean ese calvario de los pobres. Juan hablaba de todo eso sin disgusto, con desenvoltura: lo había comprendido todo desde el primer momento: adquiría esperiencia, daba consejos.

I un dia, a escondidas, a eso de las diez de la mañana, Juan se metió en la ajencia, en donde pontificaba doña Gabriela. No salió hasta despues de medio dia. Acabó por ir todos los dias, a despecho de la pobre

Clarisa; i ese mozo de mirada cariñosa, de voz tan dulce, se volvía tan ávido, tan sutil i tan rapaz, que doña Gabriela nadaba en la felicidad que ello le producía. I, para ir a la agencia, la corpulenta patrona se adornaba con sus mejores alhajas, sus mas vistosos sombreros i sus mas ricos vestidos. Todas las mañanas, Clarisa la veía salir i la seguía con la vista, presa de involuntario miedo; i, algunas veces, nerviosa, inquieta, esperaba su vuelta con una impaciencia que no podía esplicarse. El hecho es que una tarde, desde el balcon que daba a la plaza, vió regresar a doña Gabriela en compañía de Juan. Clarisa se echó atras, asustada, pero sin comprender nada todavía.

La madrastra subió sola.

—Me encontré con Juan i me acompañó un poco, —dijo al entrar.

—¡Ah! exclamó Clarisa.

Pero en la noche, ya no tuvo duda alguna: Juan trabajaba en la agencia! Porque la gorda ajenciera dijo sonriendo al novio de su hijastra:

—¿Se acuerda usted, Juan, de ese sujeto que quería empeñar un reloj de níquel?

—Si yo no hubiera estado ahí, se la hubiera pegado a usted—respondió Juan sin alterarse, pero sin mirar a Clarisa.

—Es cierto. Es un pícaro. Lo dicho: usted ha nacido para el oficio.

La jóven se levantó bruscamente i salió. El novio i la madrastra se miraron i durante algunos minutos quedaron en silencio. El primero que habló fué Juan: afectaba tranquilidad; pero, de vez en cuando, su voz temblaba. Como Clarisa no volviese, doña Gabriela llamó a la sirvienta.

—Cármén, ¿qué hace Clarisa?

— Está rezando—respondió secamente la beata.

I, al decirlo, envolvió con una mirada oblicua a Juan i a su ama. Luego, se retiró.

Algunos minutos despues, apareció Clarisa. Se detuvo en el umbral:

—¡Madre!—dijo con voz alterada.— ¡Madre!

—¿Qué hai?

—Permítame decirle dos palabras a Juan.

—¡I bien, dílas!

—Perdon, quiero decírselas a solas.

—¿No puedes decirlas delante de doña Gabriela? preguntó Juan, que queria evitar la entrevista.

—Nó, Juan, no puedo. Es preciso que te hable a solas—repitió Clarisa, casi llorando.

—Ande, pues, Juan, déla gusto; dijo la usurera con tono de maternal proteccion.

—Solo por obedecerle a usted—dijo él inclinándose ante la madrastra.

Clarisa le tomó de la mano i le llevó afuera, a la terraza en que se abria el pozo, en la cual habian tenido tan deliciosos coloquios, cuando su amor era contrariado. La noche estaba oscura. Del pozo abierto subian oleadas de frescura. Abajo, en la terraza del primer piso, la criada de la gorda doña Pepita, canturreaba, sacando trabajosamente un balde de agua, a la luz de una vela.

Clarisa continuaba estrechando convulsivamente la mano de su novio.

—¿Cómo tienes valor de hacer eso?—le preguntó con voz que se ahogaba en su garganta.

—¿El valor de qué?

—¿Cómo, amor mio, cómo puedes hacerlo? ¿Ese oficio tan vergonzoso, tan cruel?

—¡Siempre con tus exageraciones, Clarisa!

—¿No sabes que es un oficio alimentado con lágrimas i con sangre? ¿No sabes que es la causa por que

todo el mundo nos odia, por que somos objeto de las maldiciones de los pobres?

—Exajeras, exajeras.

—¿No sabes que mi padre murió del disgusto i del horror que la agencia le inspiraba?

—Exajeras.

—¿No sabes que yo tambien me moriré de pena?

—No se muere nadie por tan poco—dijo Juan burlesonamente.

—¡Oh! Amor mio, amor mio!—gritó la jóven retorciendo los brazos con infinita angustia—¿cómo puedes hacer eso, si me amas?

—Cálmate, Clarisa, cálmate—dijo él, asustado por la exaltacion de su novia.

I, en la sombra, la cojió las manos i se las cubrió de caricias; le dijo en voz baja palabras vagas, como para adormecer su dolor. Temblorosa todavía, ella le oia i se tranquilizaba poco a poco. Despues fueron los argumentos mas prácticos, mas positivos.

—Vida mia, tú misma me has aconsejado que busque trabajo, para no vivir de la limosna de tu madrastra. I he buscado, he buscado mucho, i no he encontrado nada. Todo depende de la suerte i de los empeños. Ademas, hai una porcion de jente que tiene mas mérito que yo. No he encontrado nada. Entónces, se me ocurrió la idea de ser útil a tu madrastra. ¿Crees que no me ha costado nada resolverme? Me ha costado muchísimo, te lo aseguro. Pero me he resignado porque te amo, porque no quiero que vivas de limosna. . . .

Clarisa sollozó en la oscuridad.

—No llores, Clarisa, no hai por qué. Ya sé que no es bonito oficio; pero, por tí lo acepto todo. I, en el fondo, tu madrastra no es una mujer mala. Se ha conducido mui bien con nosotros, i tú no tienes por qué

quejarte. Además, piensa que sus intereses son los nuestros. ¡Comprende, tontina, que seremos sus herederos! I, después de todo, si hai quienes necesitan empeñar, es preciso que haya quien les acepte el empeño.

—¡Oh! no digas esas cosas!—murmuró la jóven.

—Bueno, no las diré. Pero, mi amor, es menester no censurarme porque me preocupo de nuestros intereses. ¿Sabes lo único que temo? Que tu madrastra se case. Entónces sí que quedaríamos frescos!

Clarisa le miró en la sombra.

—Yo no creo que tenga ganas de volver a casarse —agregó Juan vivamente, para atenuar el efecto de sus anteriores palabras.—Es ya una mujer de edad: una buena mujer: pero es preciso saber manejarla. ¿Estás ya tranquila?

—Sí.

—¿Me amas siempre?

—... Sí.

—¿I crees que yo te amo, que te amo mucho?

—... Sí.

—Dame un beso.

Hasta entónces nunca habia necesitado pedirlo. Clarisa se echó un poco hácia atrás, se apoyó en la pared, i dijo:

—Nó.

—¡Vean la picaronaza! Bueno, me lo darás otra vez —dijo Juan riendo forzadamente, para ocultar su despecho.

Volvieron al salon; pero Clarisa dijo que estaba fatigada i queria acostarse.

En verdad, desde esa noche, Clarisa no durmió ya. Su temperamento nervioso, exaltado por el dolor i el amor, no le dejaba un momento de tranquilidad. En la noche, se paseaba en su cuarto, escribia a Juan,

rompia las cartas que le escribía. . . . Para serenarse, hundía la cabeza en una taza llena de agua fría. Algunas veces, oía leve ruido de pasos por el pasadizo: era Cármen, que dormía en una pieza cercana, i que, a pié desnudo, iba a atisbarla.

—¿Señorita?

—¿Qué hai?

—¿Está usted enferma?

—Nó; pero no puedo dormir.

—Rece usted.

—Ya recé.

—Rece otra vez.

—Inútil, Cármen, inútil.

—Encomiéndese a la Vírjen.

—¡Ya la Vírjen no se acuerda de mí!

—¡No diga usted eso!

—Buenas noches.

—Buenas noches. Quede usted con Dios.

Durante el día, Cármen estaba siempre cerca de Clarisa, halagándola con cariños que nunca se le habían visto. Cuando hablaba con los vecinos, la sirvienta decía *la novia*, sonriendo como los enfermos a quienes consume la fiebre cuando se les pregunta por su salud.

La beata procuraba llevar con frecuencia a la iglesia a Clarisa, i la jóven, que no encontraba la paz en ninguna parte, iba con gusto. El frío de las naves calmaba el ardor de su cabeza, i la oracion coordinaba un poco sus confusos pensamientos. Todas las tardes iban a las vísperas: la hora era la del crepúsculo; las mujeres cantaban melancólicamente i, a menudo, la novia se ponía a llorar. Ya no tenía valor: su enerjía sucumbía ante la decepcion profunda, la profunda amargura que habia invadido su alma en pleno amor. Una tarde, sobre todo, se puso tan mala, que

estuvo a punto de desfallecer. Empalideció como una muerta.

—Vámonos, dijo a Cármen.

—El oficio no ha concluido, exclamó la sirvienta.

—Si me quedo, me desvanezco.

Contra su voluntad, la beata se levantó i siguió lentamente a su jóven ama, como queriendo obligarla a demorar su marcha. Pero, Clarisa, impaciente, nerviosa, le preguntó:

—¿Tienes la llave?

—No sé. . . .

—Debes tenerla. . . . ¡Dámela!

Maquinalmente, Cármen le dió la llave, i la jóven empezó a correr, angustiada, deseosa de llegar a la casa i tenderse en la cama como una muerta.

Abrió rápidamente la puerta; en la antesala sintió ruido de voces, voces que pusieron lívido su pálido rostro. Tuvo, sin embargo, fuerzas para avanzar. Levantó con precaucion las cortinas de brocado amarillo, i vió a Juan que daba a doña Gabriela un beso en la boca.

Un grito, agudo, terrible, que no parecia humano, atravesó el departamento, llenó toda la casa, asustando a los pacíficos arrendatarios del palacio de Santobuono: un grito que ellos jamas olvidaron. Luego, fué un correr furioso a traves de los cuartos, el golpear de puertas, dos voces que suplicaban. La puerta de la terraza se abrió con tanta violencia, que un vidrio cayó hecho pedazos.

En el crepúsculo, una sombra apareció al borde del pozo.

A los gritos, todas las ventanas se habian abierto. En la terraza, doña Gabriela gritaba:

—¡Se ha echado al pozo! Se ha echado al pozo!. . . .

El pocero llegó diez minutos despues. Cármen ha-

bia ido a buscarlo. Era un hombre grande i robusto, en mangas de camisa, desnudo de piés, de ojos vivos. Los cocheros i palafreneros le ataron una gruesa cuerda a la cintura i empezó a descender. Silencio profundo. Arrodillada en el corredor del segundo piso, Cármen rezaba fervorosamente. Doña Gabriela se inclinaba sobre la barandilla, miéntras Juan miraba el pozo fijamente.

—¡Bueno!—gritó desde adentro del pozo una voz débil.

El pocero habia llegado al fondo.

Tres o cuatro minutos despues, ajitó fuertemente la cuerda i los cocheros i palafreneros comenzaron a izarlo.

¡Cómo pesaba!

El pocero traia el cuerpo de Clarisa.

Doña Pepita Ranaudo, con la voz llena de lágrimas, preguntó:

—¿Muerta o viva?

—¡Muerta!—dijo una voz débil i ahogada.

I, en todas partes, de alto abajo de la casa, en las calles, en las callejuelas, fué un jemido, un sollozo:

—¡Muerta! ¡Muerta! ¡Muerta!

MATILDE SERAO.

FIN

ZOROASTRO

CAPRICHIO FANTÁSTICO

PERSONAJES

Zoroastro, reformador.

Goulda, joven enamorada de Zoroastro.

Noram.

Chiras.

Antar.

Astarco.

(La escena tiene lugar en Persia 500 años ántes de la era cristiana.)

ESCENA I

ANTAR—NORAM

ANTAR.—Hai una nueva era, Noram, que ya se anuncia por palabras proféticas: un hombre las pronuncia. Viene desde los reinos de la azul Samarcanda dormida entre los montes. Es peregrino, i anda entre las multitudes que siguen su camino por oír de sus labios el prodijio divino. Si vieras en sus ojos la luz que centellea como en las negras noches la estrella de Astartea,

i que despues parecen dormirse en honda calma cuando eleva a los cielos la oracion de su alma.

NORAM.—¿A qué viene, decidme? Es él, el que desea destrair de nuestros dioses la culminante ídea? aquel que nos predica no sé qué culto extraño de los reinos de Memphis? Oh Antar ¡es un engaño! ¿Cuál es su Dios?

ANTAR.— El fuego que todo purifica es símbolo divino: he ahí lo que él esplica.

NORAM.—Pero el fuego es materia: no puede ser divino!

ANTAR.—El fuego es mensajero del supremo destino, Cuando braman los vientos i se oscurece el cielo ¿Cómo reconocemos la maldicion de Belo? No es en que surca entónces la llama fulminante? los espacios etéreos, siniestra, amenazante? La sombra es el espíritu que todo lo oscurece, la llama es el misterio de luz que resplandece..

NORAM.—Estrañó es lo que dices. Mas ¡ai! esa doctrina de nuestro viejo imperio ¿no traerá la ruina?

ANTAR.—Escucha ¡oh Noram sabio! Allá tras de los montes de Bactria, hai otros pueblos, hai otros horizontes otro mar, otros Dioses.. Un mundo que ha vivido cien siglos i nosotros no lo hemos conocido! Sus sabios son instruidos en todos los misterios de las antiguas razas de los muertos imperios; Sus leyes son el fruto de mil jeneraciones que han recojido santas, venerables lecciones.. Quizas ese hombre sea algun brahman, un santo..

NORAM.—Quisiera conocerle. No sé qué extraño encanto, Antar, me han producido tus palabras proféticas.

ANTAR.—Ese hombre está iniciado en las ciencias herméticas.

ESCENA II

CHIRAS—GOULDA

CHIRAS.—¿Le has visto?

GOULDA.— Oh sí! pasaba distraido a mi lado cuando yo le seguia. Su túnica he tocado i el me miró sonriendo: era su risa suave como el dulce aleteo purísimo de una ave.

CHIRAS.—Sabes, mujer, que creo que ese hombre es de otra raza?

¿Le has visto con sus ojos nostálgicos que pasa mirando allá muy lejos?.. Sus frases misteriosas me dejan impresiones de muy lejanas cosas.. A veces se estremecen sus labios, y murmura frases en una lengua mágica. Su figura parece de esos santos de aquel país ignoto donde dicen mis padres que ha florecido el Loto.

GOULDA.—Si él habla todos callan; si él mira, pensativos bajan todos la frente como seres cautivos; es cierto que en sus labios de flores virginales hai frases que revelan arcanos inmortales; sus ojos melancólicos tienen la luz de un astro.

CHIRAS.—¿Sabes cómo se llama?

GOULDA.— Su nombre es Zoroastro; allá viene. Aquél es. Le siguen multitudes inmensas

CHIRAS (*viendo a Goulda pensativa*)

Mas ¿qué tienes? oh Goulda dí ¿en qué piensas?

GOULDA (*como despertando de un sueño*)

En que si él me dijera «sigueme», yo seria su esclava, y como el ave a su reclamo iria..

ESCENA III

ZOROASTRO (*seguido de numerosos discípulos*)

ZOROASTRO.—Cuando salió del caos la gran naturaleza y el mundo no tenia ni forma ni belleza, dos seres, dos principios, hijos del verbo mismo, disputábanse el cetro del cielo y el abismo. Uno era aquel principio que es la eterna armonia, amor e inteligencia, el que produce el dia; el otro el que destruye la vida y la hermosura, de donde nace el odio como la sombra oscura. Ambos al fin se hallaron en el inmenso imperio del caos; de su lucha nació el hondo misterio del hombre: amor y odio.. Aún la tremenda lucha desde lejanos tiempos sordamente se escucha: Es el rumor del viento cuando combate a solas con las oscuras selvas, el golpe de las olas

destruyendo las rocas i la siniestra saña
con que arroja sus lavas la secular montaña.

GOULDA (*postrándose a los pies de Zoroastro*)

Maestro, yo la siento. Quizá esta ansia sublime
que me dan tus palabras ¿es esa fuerza, dime?

ZOROASTRO (*levantándola*) ¿Qué sientes?

GOULDA (*tocándose el pecho*).—Aquí dentro como una mar in-
[mensa

que surcan tempestades cuando mi alma piensa
en esas grandes cosas que prometen tus labios..

ZOROASTRO.—Eres sencilla, Goulda.

GOULDA.— Lo que dicen los sabios
ante lo que tú dices, es vulgar i pequeño.
Cuando hablas me parece vagar como en un sueño,
i se abren a mi vista mundos que resplandecen
de luz.. Mas tú te alejas, i ellos desaparecen.

ZOROASTRO.—Ese es Ormuz que en tu alma penetra cual san-
[tuario.

Ese es Ormuz! Adórale. Ofrécele incensario
de sándalo i de mirra.

GOULDA.— Maestro ¡oh yo le adoro!
¿Qué bien puedo ofrecerle? Este zarcillo de oro
(*Se descubre su cuello*)
¿seria digna ofrenda? Todo lo que poseo
(*Se dirige a la estatua de Belo*)
Señor, a ti lo ofrezco..

ZOROASTRO.— Retírate ¿qué veo?
Idólatra inconciente! no adores ese mito
Tu Dios está en los cielos, tu Dios es infinito.

GOULDA.—Perdóname, maestro.

ZOROASTRO.— ¡Qué has hecho! Idolo vano,
él no es el Dios eterno, él no es el soberano..
Copia que el vulgo adora, hecho de escoria i tierra
(*se dirige a él i lo derriba*)
En nombre del Eterno te declaro la guerra!

UN SACERDOTE.—Sacilejio!

EL MAGO.— Es un hombre que destruye al Dios Belo
i él está allí tranquilo ¡i no le mata el cielo!

(*Algunos se retiran. En tanto Zoroastro enciende una
hoguera*)

ZOROASTRO (*encendiendo la hoguera*)

Oh Luz que purificas! Inalterable esencia
 principio de la vida, motor de la existencia!
 Tú eres la que, elevándote sobre el orbe terreno,
 llegas como una aurora hasta el eterno seno.
 Tú eres la Salamandra que da la llave de oro
 del ideal oculto, tú eres el gran tesoro
 de la verdad, el arca de la sabiduría.
 Por tí las sombras huyen en el triunfo del día..

ASTAREO.—Maestro, tus palabras parecen misteriosas
 ¿Es tu Dios ese fuego?

MENES.— Háblanos de esas cosas
 que no sabemos.

ZOROASTRO (*que ha hecho algunos signos cabalísticos.*)

Nunca podréis saberlo todo!
 Este es el sacro símbolo de la verdad, i el modo
 como vuestras plegarias se elevarán mas tarde..
 Pero él es solo símbolo que purifica i arde..
 El infinito es foco de luz, do las pupilas
 del hombre no penetran. Tan solo las Sibilas .
 i los jenos supremos pueden subir la cumbre
 de los gloriosos montes.. i divisar su lumbre!

(*Varios hombres se acercan i le rodean*)

UN HOMBRE.—Maestro, creeremos todo lo que nos dices.
 Si acaso lo creemos ¿seremos mas felices?

ZOROASTRO.—¿Quién lo dirá?

OTRO HOMBRE.— Mas, dadnos entónçes una prueba
 de que no nos engañas.

ZOROASTRO.— La llama que se eleva
 ¿nada os revela? En ella van jérmenes fecundos
 del bien. Son los espíritus que iluminan los mundos.

VARIOS HOMBRES.—¿Espíritus? Maestro, ¿dónde se ocultan ellos?

ZOROASTRO.—Entre las llamas pálidas flotan en los destellos

VARIOS.—Muéstralos!

ZOROASTRO.— Vuestros ojos su resplandor seráfico
 soportar no podrian.

VARIOS.— Muéstralos!

ZOROASTRO.— Por el májico

imperio de la sílaba sagrada e inviolable,
apareced espíritus.

(*Pronuncia la sílaba AUM de la teosofía brahmánica i una luz intensa aparece en el aire. Todos ménos Zoroastro i Goulda caen desvanecidos.*)

GOULDA.— ¡Oh! el prodijio admirable!
Señor, todo tú lo haces, tú mandas las esferas
del cielo que se inclinen.

ZOROASTRO (*viendo a Goulda que se arrodilla ante él.*)
Sigueme.

GOULDA.— ¡A donde quieras!

ESCENA IV

ZOROASTRO I GOULDA (*Una gruta. Noche de luna.*)

ZOROASTRO.— Descansa, pobre Goulda. Larga ha sido la ruta
pero aquí hai agua i dátiles. Es de Rustan la gruta.

GOULDA (*sentándose a la luz de la luna*).

Ayer era una jóven placentera i dichosa.
Mis padres me llamaban «del Gulistan la rosa».
Tranquila era mi vida como el agua del lago
cuando detiene el viento la invocacion del mago.
Hoi, solo soi esclava.

ZOROASTRO (*escuchándola*).— Goulda ¿suspira tu alma
por lejanos anhelos?

GOULDA (*continuando*).— Quisiera ser la palma
serena del desierto; quisiera ser la aurora
que nace en la mañana, i las montañas dora
con una luz de nieve para extinguirse luego.
Quisiera ser espíritu, e ir en alas del fuego.

ZOROASTRO.— Oh Goulda, te alimentas de una vana quimera!
¿Talvez volver deseas?

GOULDA.— Oh no! nadie me espera.
Déjame que te siga por donde vayas. Triste
o alegre, soi la esclava que por tí solo existe.
No temas mi cansancio, no temas mi fatiga.
Esa fuerza invencible que a tu mision me liga
no puede destruirse, porque ella es la que inflama
la sangre de mis venas como una intensa llama.

ZOROASTRO.—Pobre Goulda.

GOULDA.— Lo sabes. Soi toda tuya: te amo!
Te consagro mis días, i en mis sueños te llamo.
Haz de mí lo que el dueño de algun precioso objeto,
de un talisman sagrado, que le mira en secreto
i en seguida le guarda sobre su pecho oculto:
Yo seré aquel objeto; te rendiré mi culto!

ZOROASTRO.—Goulda, tú te estravías. Yo no soi Dios, no puedo.

GOULDA.—No eres mi Dios? No te amo cual Dios? No te concedo
mis pleglarias, mis sueños ¿No eres mi Dios? Mas ¿dime
quien eres tú?

ZOROASTRO.— Profeta tan solo que redime
la humanidad, queriendo destruir la idolatria
del pais de los Gules de la Astartea impía.

GOULDA.—Pero tú lo haces todo! Tu haces bajar del cielo
las estrellas que jiran en incesante vuelo,
tú sabes de los mundos las secretas virtudes,
i triunfas i dominas sobre las multitudes..
No eres un Dios! I entonces, porque ante tí se inclina
la jente..?

ZOROASTRO.— Ella es esclava de aquel que la fascina!

*(Mientras se desarrolla el diálogo Goulda está como hipnoti-
zada contemplando a Zoroastro).*

Goulda, mírame ahora fija, bien fijamente..
¿que tienes?

GOULDA.— Algo estraño que pasa por mi mente..
Me parece que el velo que oculta los misterios
se rompiera de pronto.. Veo inmensos imperios
de los tiempos que fueron, veo grandes ciudades
populosas i tristes de las muertas edades.

ZOROASTRO.—No mires el pasado, Ve el circulo divino
del porvenir. Acercate al cielo del destino
que jira en espirales ¿que ves?

GOULDA.— Veo la guerra
que destruye los pueblos i estremece la tierra..

ZOROASTRO.—No es eso.. Ahora penetra cual las sacras Sibilas
al circulo mas corto que cerca tus pupilas.
¿que ves?

GOULDA.— Espera. Espera.. Contemplo un peregrino
marchando por un largo, tenebroso camino,

erizado de zarzas i tupido de abrojos.
 Un resplandor de fiebre hai en sus grandes ojos..
 Le veo que vacila cual si un presentimiento
 siniestro, aniquilara su altivo pensamiento.
 Se detiene. A su lado las multitudes rezan
 himnos, i las mujeres su túnica le besan.
 Dicen que es el enviado del sol. Por otras partes
 se oyen gritos de guerra; surjen los estandartes
 de rebelion. I entonces el caminante escucha.
 Ya vá a empezar la guerra, suena el clarin de lucha.
 Los soldados rodean al peregrino, i luego
 se vé una inmensa hoguera. Al rededor del fuego
 pronuncia el peregrino la májica promesa
 del sacrificio eterno i el voto de pureza..
 —«Sé libre», esclaman todos, «sé libre, i abandona
 esa mujer!»—«Si quieres del mártir la corona
 sacrificiala!»—«Muera la esclava del maestro!»
 —«O eres el Señor de ella, o eres el Señor nuestro!»
 El peregrino tiembla, i sus miradas fija
 en una jóven pálida.. Es acaso una hija
 que van a arrebatarse! I ébrio i vacilante
 arroja a aquella jóven en la hoguera humeante..

ZOROASTRO (*que le escucha consternado se cubre el rostro con las manos*).

¡Oh Ormuz! ¡eso está escrito! ¡Por qué fatal desgracia
 la permitiste entónces con su amor i su gracia
 venir a mí!.. ¿Aun debo someterme a las pruebas
 que por tu amor me tienden los implacables Devas?
 ¿No he soportado todo por tí ¡oh Mitra! que ardes
 con brillo esplendoroso al declinar las tardes?
 Mi cerebro se llena de aspiracion sublime..
 i el corazon en tanto, lleno de angustia, jime!

ESCENA V

GOULDA—ZOROASTRO (*coro de espíritus*)

PRIMERA VOZ.—Por qué tiemblas ¡oh gran Zoroastro!
 Tu eres jenio sublime! Eres astro
 que en los mundos esparces tu llama.
 Una virjen hermosa te ama

—la de blonda i real cabellera—
i la nueva i jentil primavera
te promete en su lecho de flores
festejar tus primeros amores.

SEGUNDA VOZ.—Nuestra vida es un sueño mui triste.

I la gloria del mártir consiste
en llevar la corona de espinas,
suspirando por ansias divinas.
Solo es cierto la dicha, el encanto
del amor de la vírjen, que es santo,
i beber en su boca amorosa
el perfume ideal de la rosa.

TERCERA VOZ.—Contéplala! Es hermosa. Mira su cabellera

blonda, sus labios vírjenes que invocan la quimera
de una pasion soñada. Mira su seno—el lirio
blanco que ondula lleno de amoroso delirio—
Tú puedes ser dichoso! No temas i abandona
¡insensato profeta! del mártir la corona.

ZOROASTRO (*que ha salido de su abatimiento*)

Es tu voz ¡oh Deva! que al placer me incita.
Yo siento en mi espíritu la angustia infinita.
Ariman me tienta con el real tesoro
de Goulda, mostrándome sus cabellos de oro.
Ariman me enseña sus ojos azules,
sus labios de rosa que envidian los gules,
su seno que tiembla de amor e impaciencia
en la primavera de la adolescencia

(*Se acerca a Goulda*).

Bella, sí, sus labios abrirse parecen
como arcas de amores que perlas ofrecen.
Su cuello es mas terso que el del pelicano,
su mejilla es rosa del jardin hircano.

(*Con pasion*)

Emblema del dulce placer ignorado,
¿por qué tu misterio me ha de ser vedado?
porque yo no puedo buscar en tus labios
la ciencia divina que ignoran los sabios?

(*Aparece una estrella*).

VOZ LEJANA.—Aun es tiempo. Detente un instante!

En el círculo etéreo i radiante
de los astros, tú eres un Deva:
tu destino es martirio i es prueba!
Insensato! que tu alma descende
a la torpe materia i se enciende
con el fuego vulgar del deseo:
¡Sál entonces del alto Pireo!

Rompe entonces la fórmula mágica
que te ha dado la gloria seráfica
de elevarte hasta el alto misterio.
Vuelve al mundo, al mortal cautiverio...
Ser pequeño ¿por qué sustraerte
a la lei de los hombres, la muerte?
por qué entonces quisistes un día
contemplar la celeste armonía?

Es del Deva la mísera vida
por el soplo del mal combatida,
pero él noble i magnífico sube
cual en lo alto del monte la nube,
i al llegar a la cima en que sueña
le parece la tierra pequeña
i se estásia en las lumbres intensas
de las altas esferas inmensas...

ZOROASTRO (*abatido*).—Es un sueño!... Cómo arde mi frente.

Mas ¿qué veo? Es la luz esplendente
del gran Mitra! Esa luz me presajia
la simbólica fé de la majia!
¡Pobre Goulda! Tu amor el destino
ha interpuesto en mi duro camino...
Mas si quieres ser vírjen i bella
convertida serás en estrella!...

GOULDA (*despertando*) —He escuchado mi nombre. ¿Me llama-
bas, Maestro?

(*viéndolo en éxtasis*)

No me escucha! En sus ojos hai un brillo siniestro...
Me parece que he oído como un mágico coro:
vírjenes que tocaban en sus guzlas de oro.

Sin duda él ha querido entretener mi sueño
(*Toma una guzla*).

Yo se tambien un canto de ese pais risueño
donde mis padres dicen que ha florecido el Loto:
es un hermoso canto de un tiempo mui remoto.
(*Canta*).

ZOROASTRO.—Calla Goulda. No es tiempo de alegría. ¿No escuchas

ese clarin guerrero que va a anunciar las luchas?
No sientes los caballos que pisan el desierto
formando con las trompas un bélico concierto?
Ora, porque ha llegado ya el día de la angustia:
Caerás ¡oh pobre Goulda! como una rosa mustia...

GOULDA.—Maestro, qué me anuncian tus palabras estrañas?
¿debo morir, sin duda? I es por tí?... En las montañas
del Mazanderán fértil, yo he visto en las alturas
por Astartea pálida morir vírjenes puras.
Yo moriré como ellas... No temas...

ZOROASTRO.— ¿Porque me amas?

GOULDA.—Cual mueren los bulbules del marsabré, en las
ramas. (1)

ESCENA VI

ASTAREO.—NORAM.—GUERRERO.—JENTES DEL PUEBLO

ASTAREO.—I bien ¿crees ahora en el maestro?

NORAM.— Creo!

Yo lo he visto una tarde magnífica, Astareo,
subiendo majestuoso hasta el eterno astro.

Es un Mago, es un Deva, es el Dios Zoroastro!

ASTAREO.—Todos combatiremos por él i por su gloria!

NORAM.—El pueblo a nuestro lado le dará la victoria
contra sus enemigos.

ASTAREO.— Porque el pueblo le ama.

NORAM.—Grandes son sus prodijios!

ASTAREO.— Grande será su fama!

(1) Marsabré, árbol venenoso.

NORAM.—¡Es extraño Astareo, que esa mujer le siga...

ASTAREO.—¿Quién?

NORAM.— Goulđa. Se diría que una pasión les liga.
Ella es su sombra; síguele como la luz al día.

ASTAREO.—Ah! no es un Dios entonces... ¿Por qué le seguiría
si no hallara en ese hombre la constante ternura
del amor?

NORAM.— Muera Goulđa!

VARIOS GUERREROS.— Muera, muera la impura!

MUJERES.—Muera! purificándose la esclava del Maestro

Si él es señor de Goulđa, no puede ser Dios nuestro!

UNO DEL PUEBLO.—Yo combatiré solo por esta fé sublime.

Hace ya mucho tiempo que nuestro reino jime
esperando la aurora de redención. El día
ha llegado de muerte para la idolatría.

VARIOS.—Si ese hombre es el que esperan inquietas las naciones,
si es el hijo del cielo ¿por qué tiene pasiones?

Esa mujer le sigue... ¡Si esa mujer le ama
purifíquela entonces en la gloriosa llama!

UN DISCÍPULO.—Encendamos el fuego! Que suba hasta las nubes
nuestra oración en alas de invisibles querubenes.

Aticemos la hoguera! Que la materia inerte
ceda el lugar al alma, destruida por la muerte!

Mitra brilla en la altura con una luz magnífica.

Tiene sobre los astros su morada pacífica,
i el coro de querubenes que en la llama se esparce
llega hasta su alto trono temblando a arrodillarse.

OTRA VOZ.—Juremos defenderlo por siempre si alcanzamos
de Goulđa el sacrificio. Juremos.

TODOS.— Lo juramos!

ESCENA VII

ZOROASTRO (*descendiendo con Goulđa la montaña*).—LOS MISMOS

CHIRAS.—El viene. Me parece que un nimbo refulgente
de luces estelares circa su altiva frente.

¿Le veis? Él no es un hombre como nosotros. Viene
de una región ignota i en sus pupilas tiene
el fulgor de los magos. Se ha detenido i mira
el fuego que se eleva de la humeante pira.

ZOROASTRO (*se acerca seguido de Goulda*).

Hermanos, yo he sabido que me llamabais. Mi alma
vagaba en las rejiones de la infinita calma,
cuando blanca paloma que descendió del cielo
detuvo ante mis ojos su misterioso vuelo.

Al sacudir sus plumas nevadas en mi frente
una gota de sangre cayó, roja i ardiente...

«Esto es lo que te piden, me dijo, tus hermanos.»

«Quieren sangre!» Pues cúmplanse los eternos arcanos!

Nada de lo que es bueno, nada de lo que es bello
puede triunfar, si acaso no lleva el triste sello
de la sangre del hombre... Ariman lo desea!

I Ariman es principio que vence con su idea,

GUERREROS.—Todos combatiremos por tu santa doctrina,

i a Bactria i a Persépolis llevaremos la ruina!

Que a tus pies se prosterne temerosa la tierra.

Ormuz que todo sabe nos guiará en la guerra!

UNA MUJER (*viendo a Goulda que contempla fijamente a Zoroastro*)

¡Esa esclava ¿qué quiere?

GUERREROS.— Si eres un Dios augusto

¿por qué esa mujer llevas? Sacrificala! Es justo!

GOULDA.—Soy una pecadora i una esclava sumisa...

UN HOMBRE.—Oid lo que nos dice!

OTRO HOMBRE.— Es una profetiza!

VARIOS.—Nosotros no queremos oír su profecía:

que Ariman se haga cargo de la hechicera impía!

ZOROASTRO (*tratando de proteger a Goulda*)

La aborreceis? Qué os hace esta mujer?

(*aparte i conmovido*)

Es ella

la gota de rocío que cae de una estrella
sobre el cáliz del lirio... Oh pobre Goulda! Halléla

a mi lado una tarde como inquieta gacela

mirando los reflejos del sol... La hablé del cielo

i me siguió temblando, llena de amor i duelo...

Mas si es inevitable que el ciclo del destino...

(*al pueblo*) ¿quereis que ella se marche por lejano camino?

GOULDA.—No quiero separarme de tí! Mi único ruego

es morir a tu lado...

VARIOS.— Arrojadla en el fuego.

OTROS.—Que muera!

OTROS.— Sí, que muera

ZOROASTRO (*en actitud de adoración*).

I bien, que el gran misterio
de Isis vuelva a cumplirse en el Irano imperio!
Que el bien nazca i florezca del sacrificio humano
de la inviolable vírjen. Flor del jardín hircano,
sube purificándote a las altas estrellas
donde en las negras noches alumbrarás como ellas!
Tu reino es el Pireo. Como blanca paloma
te adorarán las jentes, te ofrecerán aroma
de inciensos i de aloé. I por tu honda desgracia
serás despues la vírjen, símbolo de la gracia!
(*arrojándola al fuego*).

GOULDA.—Zerduſt! Siento en mis carnes dolor inestinguible,

ZOROASTRO (*haciendo un signo cabalístico*).

Goulda!

GOULDA.— Ya voi subiendo por el mundo invisible!

¡Adios!

(*Aparece en la altura una estrella ascendente*)

ZOROASTRO.—Ella os contempla con su luz blanca i pura
coronada de rayos desde su inmensa altura...

(*Todos quedan silenciosos contemplando a Zoroastro*).

EL PUEBLO.—Maestro ¿qué nos mandas?

ZOROASTRO (*retirándose lentamente*).—Que continueis mi ejemplo
i destruyais los idolos que dominan el templo!

EL PUEBLO (*arrodillándose delante de Zoroastro*).

Por tí todo lo haremos. Tu eres Dios! I todo hombre
deberá prosternarse cuando escuche tu nombre...

GUSTAVO VALLEDOR.

EL POEMA DEL CID

Reconstruido sobre la base de la antigua Jesta,
por Eduardo de la Barra

I

No siempre la cultura filológica ha sido patrimonio exclusivo de los gramáticos i retóricos de profesion, ni siempre ese caudal de ciencia lingüística, paciente-mente adquirido, se ha manifestado en libros de erudicion, áridos por naturaleza, i de franca tendencia docente.

En mayor o menor grado, puede afirmarse que casi todos los grandes escritores han sido a las veces apreciables filólogos, porque han necesitado dominar su propia lengua para dar a sus obras formas serenas i definitivas, que les aseguren la supervivencia, a que en vano aspirarian con solo la grandeza i novedad de las ideas.

«Matad la forma, ha dicho Víctor Hugo, i casi siempre matareis el pensamiento.»

Pero no es a esta clase de filólogos a los que hemos querido referirnos, sino a aquellos que, sin el apremio

de las necesidades del oficio, ni el propósito directo de doctrinar a nadie, i solo por afición i solaz, han llegado a poseer en altísimo grado la erudición arqueológica de un idioma, manifiesta en obras de índole peregrina, en que contrastan casi siempre lo serio i laborioso de la ejecución, con lo travieso i ligero del intento.

A esta clase de eruditos los podríamos dividir perfectamente en cuatro categorías, según la naturaleza de las obras que han producido.

Pertenecerían a la primera, aquellos que han empleado sus conocimientos en el arreglo o refundición de obras antiguas, labor que, aplicada al teatro, estuvo muy en boga en España en las postrimerías del siglo XVIII i primer tercio del XIX, épocas ambas de penuria literaria, i en la que se distinguieron, entre otros muchos, Solís, Gorostiza i Hartzenbusch.

Corresponderían a la segunda, los que han dado a luz obras que son a veces un remedo exactísimo del modo de pensar, de sentir i de hablar de jeneraciones anteriores; casi siempre apellidadas *hallazgos literarios* por sus autores, i atribuidas a algun escritor célebre de la época a que dicen pertenecer, con el travieso propósito de burlarse de sus contemporáneos. Entre estos debemos contar al escocés Macpherson, que con sus poemas *Fingal i Temora*, publicados a nombre de Ossian, engañó a Europa; i entre los españoles, al ignorado autor de la *Carta puebla de Aviles*, en cuya autenticidad todavía creen algunos; al abate Marchena, que se burló de la docta Alemania con el fragmento latino que atribuyó a Petronio, i a don Adolfo de Castro, autor de *El Buscapié*, que tanto dió que hacer a los cervantistas; i en Chile, a don Eduardo de la Barra, que, a pesar de lo desfavorable de las circunstancias, logró engañar a un distinguido crítico

cubano con la publicacion de su *Hoja perdida del Poema del Cid*.

En la tercera categoría podríamos colocar a aquellos que por gala de ingenio han escrito en lenguaje anticuado sobre asuntos de su época, como Moratin, el hijo, Duran, Amador de los Rios, Hartzenbusch i otros; i reservaríamos la cuarta, para los que han publicado traducciones de obras que jamas han existido, como el gran Leopardi, que imprimió en italiano su *Himno a Neptuno*, diciendo ser traducido del griego antiguo, para afirmar lo cual forjó en este idioma dos versos, que aseguró ser el primero i el último de la composicion orijinal. El autor de la *Carta puebla de Aviles* acaso estaria mejor clasificado tambien entre estos últimos.

Por la calidad de los pocos nombres que hemos citado, ninguno de los cuales pertenece a filólogos de profesion, se puede juzgar, no solo de la exactitud de nuestro primer aserto, sino de la importancia que han dado a esta rama de la lingüística ingenios que no buscaban ciertamente por ese camino el paso a la inmortalidad.

Hemos creido oportunas las observaciones precedentes, ántes de ocuparnos en dar cuenta sumaria del *Poema del Cid, reconstruido sobre la base de la anti-tigua Jesta*, obra póstuma de don Eduardo de la Barra, tanto porque no está de mas relacionar estas raras producciones con otras de su especie, como porque deseábamos anticipar una contestacion a dos desatinadas objeciones que ya ántes, con motivo de trabajos análogos del señor de la Barra, hemos oido formular, i que de seguro se renovarán ahora; i es la primera, la de que esta clase de obras solo pueden realizarlas los filólogos de profesion, no los poetas i literatos; i la segunda, la de que es puerilidad,

si no chochez, el emplear el tiempo en semejantes tareas.

¡Reparos tan necios i contradictorios no se han oido jamas!

II

Pero basta ya de preámbulos.

Como fruto de doce años de estudios pacientes i bien dirigidos, el señor don Eduardo de la Barra nos ha dejado al morir la reconstruccion de la antigua *Gesta de Myo Cid*, que ahora acaba de salir a luz. Esta magna obra, cuyas partes principales conociamos, por lectura que su ilustre autor nos hizo de ellas, fué el canto del cisne de aquel privilegiado ingenio, i es la que mejor resume, no solo por ser la última, sino por su intrínseco valer, las ideas, conocimientos e intuiciones del señor de la Barra en punto de la arqueología de nuestro idioma.

No es nuestro intento, al escribir estas líneas, analizar el testo mismo de la obra de que tratamos, tarea que, si ha de ser completa, exige una preparacion especial que confesamos no tener, i que mucho dudamos tenga álguien entre nosotros. Solo pretendemos hacer una rápida esposicion de la obra, señalando de paso *la manera* como el autor ha procedido en su reconstruccion.

La Jesta o Poema del Cid, que es sin disputa, despues de desechada como apócrifa la *Carla puebla de Aviles*, el monumento mas antiguo de la lengua castellana, ha sido objeto de variados i profundos estudios, singularmente despues de la publicacion paleográfica del códice de Vivar. Resumiendo las noticias que de este códice nos da Janer, sabemos que consta de 74 fojas útiles (aunque hai numeradas 75, pues falta

la 48) con un total de 3,735 versos, i que faltan algunas fojas al principio.

Casi todos los eruditos convienen en que el poema primitivo debió abrazar la vida entera del héroe, i como la parte que nos queda comienza con el destierro que el rei Alfonso VI impuso al Cid, hácia 1076, es evidente que falta todo lo comprendido entre esta fecha i la del nacimiento del Campeador, o si se quiere, por parecer exajerada esta presuncion, entre el citado año de 1076 i el de 1065, época histórica de sus primeras hazañas.

Sobre este punto no cabe discusion. Pero cábela, i mucha, sobre si el códice de Vivar nos da la verdadera conclusion del *Poema*, o si el copista Per Abbat suprimió una buena parte de él, contentándose con añadir, despues del verso

Grado el rei del çielo, mis fijas vengadas son

los veintiuno restantes, en catorce de los cuales refiere el segundo matrimonio (históricamente el único) de las hijas del Cid, i la muerte del héroe en el *día de cinquesma*.

Ticknor i otros eruditos opinan que el códice está completo en esta parte; pero no faltan algunos que piensen lo contrario, lo cual no es aventurado, dadas las muchas omisiones i alteraciones que todos descubren en el códice de Vivar.

Pero hai un punto importante en que hoi están de acuerdo los críticos, i cabe a nuestro gran Bello la gloria de haberlo señalado el primero: es el de las relaciones que existen entre la *Crónica del Cid*, o de *Velorado*, i la antigua *Jesta*. Ellas son indudables, i de su estudio ha resultado que el *Poema*, tal como ha

llegado hasta nosotros, comienza en el capítulo XCI de la *Crónica*.

Que la *Crónica* es posterior al *Poema*, nadie lo ha puesto en duda, i que aquélla está tomada de éste, unas veces directamente i otras por intermedio de la *Crónica Jeneral*, es cosa evidente para todos; luego, lo que del principio falta a la *Jesta*, es lo referido en los primeros 91 capítulos de la *Crónica*.

El señor de la Barra, dando a la opinion de Bello, que es hoi la de todos los eruditos, el valor que realmente tiene, tomó como principal guía, para completar el *Poema* en las partes que faltan en el códice de Vivar, la vieja *Crónica de Velorado*.

Todo el *Segundo Cantar* está hecho con materiales proporcionados por la *Crónica* (capítulos 28 a 87 inclusive). En el *Tercer Cantar*, los cincuenta i nueve primeros versos han sido escritos tambien sobre la *Crónica* (capítulos 88 a 91), i con el verso 60 comienza la *Jesta*, cuya restauracion llena este cantar, i ademas el *Cuarto* i el *Quinto*. Los 3,735 versos del *Poema*, segun la edicion de Janer, se convierten en la restauracion del señor de la Barra, descontando la *Hoja perdida*, la *Hoja hallada* i el *Epilogo*, que son orijinales suyos, en 4,057 versos.

Sabemos ya lo que contienen i cómo se han formado los cantares *Segundo*, *Tercero*, *Cuarto* i *Quinto*; réstanos hablar ahora de los cantares *Primero* i *Sesto*.

La *Crónica de Velorado* toma al Cid desde su nacimiento, bien que mui sumariamente, i el señor de la Barra pudo servirse de los veintisiete primeros capítulos de esa obra para componer el *Primer Cantar*, así como se sirvió de los sesenta i cuatro siguientes para escribir el *Segundo* i principio del *Tercero*; pero sedújole con su belleza poética un otro libro, de mas valor legendario que histórico, el llamado *Crónica Ri-*

mada de las cosas de España, i lo adoptó por guia en este caso.

El *Sesto Cantar* es casi todo orijinal del señor de la Barra, i en él se completa la vida del Cid. La historia ha contribuido para la formacion de este Cantar, con el episodio del mensaje del Soldan de Persia al Cid, el del matrimonio de sus hijas con los príncipes de Navarra i de Aragon, i el levantamiento de los moros, capitaneados por el rei Búcar; la leyenda, con la aparicion de San Pedro al Campeador, i la salida de Valencia que hicieron los suyos, llevando el cadáver del héroe sobre su caballo Babieca, lo que, por el espanto que infundió el suceso entre los moros, decidió el triunfo en favor de los castellanos; i la imaginacion brillante del poeta, con la lujosa descripcion de los presentes pérsicos, i el cuadro final del panejórico del héroe hecho por el rei don Alfonso.

Este es el *Poema del Cid*, reconstruido sobre la base de la antigua *Jesta*, i aquéllos los elementos que han entrado en su composicion; con lo que deberíamos dar por terminado este artículo de mera esposicion, si no se nos antojara necesario recapitular algunas de las pocas ideas que hemos bosquejado, i manifestar, no sin natural desconfianza, la opinion que el conjunto de la obra nos merece.

Por lo que toca a la manera como el señor de la Barra ha procedido para restaurar la *Jesta*, nada tenemos que decir, sino que la consideramos la única posible, i ya Bello la practicó en varias ocasiones. Es evidente que en el código de Vivar, el testo del *Poema*, ademas de incompleto, está viciado por agregaciones, supresiones, repeticiones i transposiciones de hemistiquios i aun de versos enteros, que solo pueden explicarse «por el grosero descuido, por la increíble estolidez i barbarie de los copiantes», segun la enér-

jica espresion de Bello. Inútil es decir que ese copiante no es otro que el enigmático Per Abbat.

¿Usó siempre prudentemente el restaurador de la relativa libertad en que estas especiales circunstancias le dejaban, o la estremó en ocasiones? . . . A la crítica que analice el testo es a quien corresponde decidir.

Con respecto al método empleado para reconstruir el *Poema*, completando el códice de Vivar, creemos que el señor de la Barra optó por el único racional, aconsejado implícitamente en las monografías de los eruditos despues de establecidas las estrechas relaciones que existen entre la *Crónica* i el *Poema*; i en este punto, al juzgar el *Segundo Cantar*, nos parece que no discreparan mucho las opiniones de los críticos.

No sucederá lo mismo, tal vez, al tratarse de los cantares *Primero* i *Sesto*. El desden con que los eruditos miran la *Crónica Rimada*, de la cual el señor de la Barra, como él mismo lo dice, se ha valido para componer el *Primer Cantar*, hará arrugar el ceño a ciertos críticos, partidarios ante todo de lo que ellos llaman la verdad histórica, sin admitir mas que una sola, la mas vulgar, la de los hechos, como si no existiera tambien la verdad artística, cuyo valor simbólico proclamó Vigny en sus *Reflexiones* i desarrolló mas tarde Hegel en su *Estética*.

Para los que así juzgan, para los que nadan conceden a la poesía, ni aun dentro de sus propios i naturales dominios, este *Primer Cantar* va a servir probablemente de tema de mui curiosas observaciones. Miéntas tanto, veamos nosotros las razones que seguramente tuvo en vista el señor de la Barra para aseorsarse, en este caso, de la *Crónica Rimada*, con preferencia a la del *Cid*.

En primer lugar, la *Crónica de Velorado* pasa tan rápidamente por sobre la juventud del *Cid*, que ape-

nas si proporciona escasos datos sobre el héroe, i ninguna materia poética susceptible de aprovecharse al tratar de sus primeras hazañas. Tenemos entendido, por lo que de ella sabemos, que la *Crónica Jeneral* no es mas pródiga de noticias a este respecto: i aunque lo fuera, como no existe en Chile ningun ejemplar, el señor de la Barra no tenia para qué pensar en ella. Igual cosa sucedió a Bello, segun él mismo lo cuenta.

Para la composicion del *Primer Cantar* no quedaban al señor de la Barra sino estos dos caminos: asesorarse de la *Crónica Rimada* o campar por su propia cuenta. Con mui buen acuerdo, a nuestro entender, optó por el primero. Ficcion por ficcion, prefirió la de la *Crónica Rimada*, escrita para el pueblo español, o por él mismo, en época relativamente próxima al héroe.

Ademas, ¿a quién se le puede ocurrir hoi sostener el valor histórico de la mayor parte de los sucesos narrados en la antigua *Jesta*, de donde pasaron a la *Crónica Jeneral* i a la de *Velorado*?... El erudito Malo de Molina dijo a este respecto: «entre los hechos que refiere el *Poema* se mezclan infinitas fábulas, i solo se pueden contar dos o tres como históricos i admisibles.» Lo que en buen romance quiere decir, haciendo la aplicacion al caso de que tratamos, que tan falsa es la *Crónica del Cid* como la *Rimada*, i que no hai en este punto razones de peso que obliguen a dar la preferencia a la una sobre la otra.

Por lo que hace al *Sesto Cantar*, la accion del poeta moderno ha debido ser forzosamente mas libre, en parte a causa de la oscuridad que envuelve los últimos sucesos de la vida del Cid. Ya hemos dicho qué clase de elementos entran en la composicion de este cantar: a la crítica toca, pues, pronunciarse sobre él, singularmente sobre el episodio final, en que el autor

pone en boca del rei don Alfonso el panejrico del Campeador. No dudamos que este recurso, que a nosotros nos parece mui en armonía con la índole caballeresca del pueblo español i de la época misma, merecerá reparos de aquellos que para juzgarlo atiendan solo a lo que la historia i la tradicion, en acuerdo perfecto, dicen de los nunca estinguidos rencores de don Alfonso contra el Cid, motivados, en parte por lo que él llamaba la villanía de Carrion, i en parte por el humillante juramento de Santa Gadea.

Ahora, i para terminar, cabe preguntarnos, volviendo al principio de este ya largo artículo: ¿en cuál categoría, de los cuatro que hemos propuesto, podríamos colocar el nombre del señor de la Barra, atendiendo al carácter i amplitud de su obra?

Ninguna, probablemente: él se ha conquistado un lugar aparte que nadie le disputará.

Fuimos i somos admiradores de los talentos que adornaron al autor; nos constan las largas i laboriosas vijilias que dedicó a su obra predilecta, i estamos convencidos de lo concienzudo de su labor, cosa que, por otra parte, se adivina a primera vista, al recorrer el libro: así es que, como chilenos, aguardamos impacientes el fallo de la crítica, que de seguro sabrá apreciar con justicia este esfuerzo jigantesco que enaltece a su autor i honra a la patria.

Pero queremos suponer que la pasion nos ciega, i que la obra póstuma del señor de la Barra no es tan definitiva como nosotros nos sentimos inclinados a considerarla, siempre podremos decir con Propercio:

*. . . Si deficiant vires, audacia certe
Laus erit: in magnis et voluisse sat est.*

JULIO VICUÑA CIFUENTES.

LA ECONOMIA POLITICA ⁽¹⁾

(LECCION INAUGURAL DEL CURSO DE 1900)

SUMARIO

- I. Las ciencias sociales.—II. Concepto i definicion de la Economía Política.—III. Lugar que la Economía Política ocupa entre las ciencias.—IV. Carácterés científicos de la Economía Política: La Economía Política i el altruismo.—V. Importancia de los estudios económicos.

(Continuacion)

IV

La idea de constituir una ciencia reguladora de los fenómenos económicos, idea que, en los párrafos anteriores, hemos supuesto universalmente aceptada, suscita, sin embargo, objeciones fundamentales que es preciso examinar.

Se dice que la Economía Política no puede ser una ciencia, que no podrá reunir nunca los carácterés que distinguen a las ciencias verdaderas, porque lo impide

(1) Véase el número 6 de LA REVISTA NUEVA.

la naturaleza de los fenómenos que pretende estudiar, como quiera que los hechos sociales, resultado de la actividad libre de los hombres, no pueden ser sometidos a generalizaciones científicas.

Esta objeción es, como se ve, la más trascendental de todas las que pueden formularse contra la Economía Política, pues tiende a negarle sus caracteres científicos i condena, de antemano, a irremediable esterilidad todos sus trabajos. No parecerá extraño, por lo tanto, que nos empeñemos en desvanecerla i en reivindicar, para la Economía Política, los caracteres distintivos de la dignidad científica.

Ciencia, en su más amplia acepción, es un conjunto sistemático de verdades generales acerca de un orden determinado de fenómenos. Cuando el espíritu descubre un lazo de unión entre fenómenos aparentemente heterojéneos, lo que era simple noción empírica acerca de hechos particulares i separados, se convierte en conocimiento científico.

Para que exista la ciencia se requiere, pues, que haya un orden determinado de fenómenos que tengan estrecha conexión entre sí i que sean rejidos por leyes generales: el conjunto de esas leyes constituirá la ciencia. Es preciso, además, que ese conjunto de verdades generales forme un todo sistemático, susceptible de progreso, i que permita, a los cultivadores de la ciencia, prever con más o menos precisión i más o menos estensamente, los fenómenos futuros.

Estas son las condiciones que los filósofos exigen para discernir a un conjunto sistemático de verdades el título de ciencia; i tenemos que ver si cumple con estas condiciones la Economía Política.

No es discutible que existe un conjunto de hechos económicos: los esfuerzos que los hombres realizan

en pos de la riqueza i de su bienestar material determinan en todas las sociedades, segun lo hemos dicho ya, una serie de fenómenos ligados entre sí por un fin comun de utilidad, i que constituyen lo que se llama el *orden social de las riquezas*.

Ahora bien, este conjunto inmenso de hechos sociales ¿está entregado al azar, o hai leyes naturales que lo gobiernan?

Los que niegan la existencia de leyes naturales en Economía dicen que tales leyes serian la negacion del libre albedrío: si cada hombre es dueño, en plena libertad, de su actividad personal: si puede ejercitarla o desaprovecharla; si puede imprimirle cualquier rumbo, ¿cómo puede haber leyes naturales, es decir, vínculos obligatorios que dirijan esa actividad, por encima i con prescindencia de la voluntad individual? —Seria preciso, para ello, creer en un determinismo absoluto, i convertir a los hombres, de seres libres i conscientes, en meros autómatas.

Como se ve, esta argumentacion va contra la existencia de todas las ciencias sociales: cualquiera tentativa para formular leyes científicas sobre hechos sociales, ya en el orden económico, ya en el jurídico, ya en el moral, etc., tiene que significar una negacion del libre albedrío.

Hai, en esta manera de racionar, una confusion de ideas. Cuando se habla de leyes que rijen los fenómenos sociales no se quiere dar a entender que esas leyes gobiernan despóticamente la actividad de cada hombre. Un hecho social no es un acto individual: aquél resulta, sobre todo, de la persistencia i jeneralidad de una tendencia colectiva; éste es resultado de la determinacion que adopta un hombre segun las circunstancias en que se halla. Que Pedro establezca en Santiago una casa de comercio es un hecho indi-

vidual; pero que en Santiago haya, normalmente, una proporcion casi invariable de comerciantes con relacion al resto de la poblacion, es un hecho social. Cuando sube, en el mercado universal, el precio del cobre, no podrá el economista asegurar que Pedro, Juan i Diego, precisa i determinadamente, se dedicarán a explotaciones mineras; pero sí podrá prever que afluirán capitales a esas explotaciones, que la produccion del cobre aumentará, i podrá decir que este hecho social debe ser tomado en consideracion por gobernantes previsores para favorecer el desarrollo de la riqueza nacional.

Las ciencias sociales estudian hechos sociales, colectivos, jenéricos; i no ha de confundírselas con la sicología que estudia actos personales, individuales, específicos. Estudia esta última un aspecto de la vida orgánica, i aquéllas estudian aspectos de la vida llamada por Spencer superorgánica.

Nadie negará que cada hombre es libre para hacer o no hacer algo, i que, si lo hace, procede sin ninguna coaccion esterna: los actos individuales, en jeneral, son libres.

Pero el libre albedrío no es la insensatez ni la locura. Aunque libre en su actividad, el hombre la ejercita i se determina por motivos, porque es un ser racional. I basta esto para que pueda emprenderse el estudio de los hechos sociales con propósitos científicos.

La libertad humana no es un desenfreno anárquico, sustraído a toda regla racional: es una fuerza que, lójicamente i por tácito acuerdo de todos, se mueve dentro del círculo de las tradiciones, de la educacion i del medio esterno con todas sus variadas influencias. Dentro de lo normal, las condiciones particulares de carácter de un hombre, sus diferencias específicas

respecto de los demas, tienen un campo de accion relativamente reducido.

Siendo así, es indudable que los hechos sociales, conjunto de todos los hechos individuales, no quedan entregados a la arbitrariedad i al desórden. I puede agregarse aun que, tratándose de ellos, se verá mas claramente que en los hechos individuales la actuacion constante de ciertas tendencias que los determinan.

Todo hombre normal preferirá, entre dos cosas, la que mas le convenga habida consideracion a las circunstancias. Es posible que esta regla jeneral tenga alguna vez una escepcion; es posible que un hombre prefiera, por capricho, hacer lo que no le convenga. Pero estas escepciones individuales no influyen en el hecho social. Porque, cuando se examina el conjunto de los actos que los hombres ejecutan; cuando se contemplan los grandes números de la estadística, esas aberraciones específicas se pierden en la masa jeneral, i el observador descubre fácilmente una tendencia colectiva jenérica.

Que existen esas tendencias sociales, que hai en la sociedad fuerzas espontáneas, cuyo conocimiento científico constituye el fin de las ciencias sociológicas, es cosa que no puede dudarse. La vida de las sociedades humanas no es un cáos; no es el azar quien la gobierna. El mas superficial observador tiene que reconocerlo.

Por ejemplo, la historia del desarrollo económico revela que en todas partes se ha operado una evolucion cuyas líneas jenerales son análogas, cuando no idénticas, en todos los casos.

La pequeña produccion, hecha dentro de la familia patriarcal, para abastecer tan solo las necesidades de

la propia familia, sin intervencion del cambio ni del crédito, se transforma poco a poco en la mediana produccion, hecha dentro del reducido taller del artesano, ya no para satisfacer solo las necesidades del productor, sino con fines de especulacion, para cambiarla por la produccion de otro; i esta especie de produccion se transforma, a su vez, cuando se alcanza un grado mas alto del desarrollo económico, en la gran produccion, que se efectúa en forma de empresa, en grandes talleres, con fuertes capitales i para el mercado universal. Esta evolucion se observa infaliblemente en todas las naciones en progreso. El fenómeno universal del cambio ha nacido en todas partes como resultado de unas mismas causas; i se puede asegurar que, cuando se ha visto cómo nace la moneda, como se difunden el maquinismo i la division del trabajo, cómo se perfeccionan el cambio, el comercio, el crédito, etc., en un pais, se ha asistido a la jénesis de estas instituciones económicas en los demas pueblos. Por todas partes, el organismo económico se desarrolla en una misma forma, pasando por las mismas etapas, suscitando i robusteciendo en cada período las mismas mejoras i perfeccionamientos.

I lo que pasa en el terreno de lo económico, obsérvase tambien en los demas órdenes de la actividad social, sea jurídico, político, moral, artístico, intelectual, etc.: el desarrollo de este organismo que se llama sociedad sigue en todas partes una marcha paralela, sintiendo unas mismas necesidades, creando unos mismos órganos i recorriendo un mismo camino, sin que alteren el proceso fundamental las modificaciones de detalle que comportan las circunstancias i el estado particular de cada pueblo.

Esta sorprendente uniformidad no podria ser la obra del acaso: si hai quienes se resisten a creer en

la existencia de leyes sociales, en cambio nadie podrá aceptar que es una casualidad ciega la que dirige la vida de las naciones con una fijeza, un orden i una inteligencia tan sobresalientes.

Esta uniformidad está denunciando la existencia de leyes naturales que rijen la vida social. El sabio plan de la naturaleza sigue cumpliéndose tambien en esta esfera: no hai, en el vasto universo que abarcan nuestra inteligencia i nuestros sentidos, ningun hecho anárquico, ningun sér abandonado al azar, ningun átomo sustraído a la influencia constante de alguna lei natural. I así como hai leyes naturales para la materia inerte i los seres organizados, así las hai tambien para estos seres colectivos, para los grupos hermanos: existen tendencias espontáneas i poderosas que dirijen e informan su vida, i que son anteriores i superiores a las leyes de los hombres. Descubrir las, estudiarlas, facilitar su accion, servirse de ellas para aumentar el bienestar de nuestra especie: hé ahí la mision de las ciencias sociales (1).

La Economía Política es, por lo tanto, una ciencia, pues hai una serie de fenómenos sociales, ligados entre sí i sometidos a leyes naturales, que le proporcionan la materia para su estudio.

I no se diga que es imposible fijar leyes para los hechos económicos a causa de que varian perpetua-

(1) «El abate Galiani refiere que un napolitano supo una mañana, al salir de su casa, la muerte del prefecto de la ciudad, la del cardenal-arzobispo, la del virrei i la de otros personajos importantes; i, poseído de terror, exclamó: «¡Dios mio! Todo se ha perdido!» i se apresuró a volver a su casa i a fortificarla en espera de un cataclismo social. Entre tanto, el día trascurrió en medio de la calma; los comerciantes siguieron vendiendo, los artesanos trabajando, i nuestro hombre hubo de decir, al caer el día: «No comprendo ya nada de lo que pasa; Por lo visto, el mundo marcha por sí solo! *Il mondo va da sel!*»—Citado por *Levasseur*.

mente, en el tiempo i en el espacio. Es cierto que el valor de las cosas continuamente varia i que todas las relaciones económicas son teatro de trasformaciones incesantes. Pero eso nada arguye contra la verdad de las leyes que presiden a esos cambios, del propio modo que la física no pierde su carácter de ciencia por el hecho de que la temperatura de los objetos varie de un minuto a otro.

La ciencia se consagra a constatar la lei, la influencia jeneral que determina esos cambios específicos: las leyes del valor o las del calor sirven para explicar i para prever las variaciones concretas en el precio o en la temperatura de las cosas. I, precisamente, si el valor de las cosas cambia, si los objetos no tienen siempre el mismo grado de calórico, esas variaciones son la mas triunfante comprobacion de la verdad científica de la Economía i de la Física, pues éstas tienen anunciado que esos cambios se producirán i han señalado las leyes a que obedecen.

Los hechos que estudian la Economía Política i las demas ciencias sociales son mas complejos que los estudiados por las ciencias naturales i físicas; i por eso, es mas difícil formular las leyes a que aquellos hechos están sujetos. Pero esa circunstancia no autoriza para negar a las sociales el carácter de ciencias; lo único que eso significa es que el progreso de ellas será mas lento i que, para establecer sus verdades, será preciso hacer constaciones numerosas i prolijas i revisar continuamente todas sus partes.

I esta observacion nos conduce a hablar de otro de los caracteres científicos de la Economía Política. Hemos dicho que toda ciencia verdadera debe ser progresiva, es decir, que el conjunto de las verdades

que enseñe debe ir ensanchándose, precisándose i organizándose cada vez mas.

Ahora bien, la Economía Política viene progresando sin cesar. Si fuera posible hacer en este momento una excursion en los dominios de la historia de la ciencia, veríamos comprobada plenamente esta verdad. Desde los tiempos de Adam Smith hasta hoi, la Economía Política ha ensanchado i precisado sus limites; ha formulado verdades que están ya definitivamente adquiridas para el acervo comun de las ciencias; i si respecto de muchos de sus problemas se sostienen todavía ardientes controversias, esa agitacion es fecunda i necesaria.

La Economía Política no está formada aun, i por eso, observadores superficiales, al ver que se controvierten puntos fundamentales de la ciencia, se imaginan que ésta no progresa. Olvidan, al racionar así, que las ciencias sociales, las mas nuevas si se atiende al momento de su aparicion, son tambien las que mas dificultades tienen que vencer en su camino.

Se ha recordado mui amenudo que la Economía Política nació casi junto con la Química; i se hace un reproche a aquélla porque aun no está definitivamente formada cuando ésta, si no ha agotado sus investigaciones, ha llegado por lo ménos a fijar sólidamente todas sus bases fundamentales.

Para apreciar la justicia de esta observacion, es preciso tener presentes dos circunstancias.

En primer lugar, la Economía Política es una ciencia de observacion, mientras que la Química es una ciencia experimental. El economista no puede provocar a su antojo los fenómenos, no puede realizar esperiencias de laboratorio con el organismo social; tiene que esperar que el hecho económico se produzca. En cambio, el químico puede experimentar, re-

producir los fenómenos cuantas veces quiera i verificar en cualquier momento la exactitud de sus doctrinas.

I todavía, el economista tiene que limitarse a observar un hecho que, en la práctica, se presenta mezclado con muchos otros: de un hecho social, heterojéneo i confuso, no bien limitado ni separado de otros, tiene que extraer, mentalmente, pues materialmente no podría ser, la parte económica, la influencia de la utilidad, i así, basar en él sus conclusiones. El químico, en tanto, aísla por completo el fenómeno que quiere observar, lo sustrae a toda influencia perturbadora, i sobre esa base inequívoca levanta el edificio de su ciencia.

En segundo lugar, las verdades de la Economía Política, para abrise paso, tiene que luchar con obstáculos, preocupaciones e intereses desconocidos para las ciencias naturales. Cuando un químico descubre un cuerpo nuevo o dota a la industria de un elemento ántes ignorado, nadie protesta i, por el contrario, todos aplauden i estimulan al sabio. Pero, cuando un economista demuestra que la libertad de los cambios es preferible al monopolio i al privilejio, que las relaciones pecuniarias del Estado con los bancos son perniciosas, que el réjimen del papel-moneda es un grave mal, de todas partes se alzan voces de protesta que desautorizan sus enseñanzas e impiden su aplicacion.

Ocurre, además, que, tratándose de cuestiones sociales, hai pocas personas bastante modestas para declararse incompetentes: los mismos que guardan silencio cuando se trata de un problema aljebraico o del mejor sistema para beneficiar los minerales de oro, son los que primero se adelantan a emitir sus opiniones cada vez que se trata de salvar una crisis económica, o de combatir el alcoholismo, o de organizar un buen réjimen electoral.

Cuando, venciendo tal cúmulo de dificultades, ha conseguido una ciencia, en el espacio reducido de un siglo, organizar un sistema de verdades incontestables, no hai derecho para desconocer su carácter progresivo; i hacen bien los economistas al perseverar en la tarea de descubrir nuevas verdades i de precisar las ya establecidas: el camino que se ha recorrido i los beneficios que ha reportado el jénero humano de las enseñanzas de la Economía Política justifican i hacen necesaria esa perseverancia.

La tercera condicion que debe llenar toda ciencia es la de ser capaz de prevision. I ello es natural: desde que la vida universal es una sucesion no interrumpida de causas i de efectos; desde que se conocen las influencias jenerales a que obedecen los fenómenos de un órden determinado, es posible prever lo que sucederá en un caso concreto. I de hecho, todas las ciencias conceden, mejor que cualquiera revelacion celeste, la facultad de prever i de anunciar los hechos del órden físico o los actos de los hombres; i precisamente por eso se cultivan las ciencias, i por eso son útiles.

Este poder de prevision no es, sin embargo, el mismo para todas las ciencias: ese poder, que no reconoce limites tratándose de las matemáticas o de la astronomía, va reduciéndose a medida que se asciende a otros órdenes de fenómenos mas complejos. Los fenómenos del órden matemático o astronómico, influidos únicamente por sus respectivas leyes, cuyo mecanismo se conoce por completo, pueden ser previstos con absoluta precision: ejemplo de esta verdad son los anuncios de los eclipses, de las conjunciones estelares, etc. Pero, cuando se pasa a los fenómenos físico-químicos o a los de la vida organizada, la dificultad es mucho mayor, pues hai que tomar en cuen-

ta la influencia de una infinidad de leyes, algunas no bien conocidas todavía, i determinar cuál o cuáles han de prevalecer. Sin embargo, la prevision en estas materias es suficientemente vasta para dar base segura a las industrias técnicas i a profesiones como la medicina. Donde las dificultades de la prevision científica alcanzan el máximum de su intensidad es en el orden sociológico: en la enmarañada red de las influencias que determinan la vida social, es aventurado predecir, en cada caso particular, cuáles prevalecerán; toda profecía en materia social tiene que ser restringida en el tiempo i en el espacio, i tiene que ser resultado de una mui discreta, minuciosa i prudente observacion.

Pero, aunque limitada, la facultad de prevision de las ciencias sociales existe; i podrian citarse ejemplos mui perentorios en apoyo de esta afirmacion. La Economía Política permite, tratándose sobre todo de cierta clase de fenómenos sociales, como la moneda o las finanzas, prever con certidumbre las consecuencias de una medida lejislativa. En la historia abundan los ejemplos de verdaderas profecías hechas por los economistas i que se han realizado literalmente: en nuestro propio pais, acaso no seria imposible descubrir ejemplos.

Resulta de todas las observaciones anteriores que la Economía Política es una verdadera ciencia: las verdades que enseña, las tendencias jenerales i constantes que descubre en la vida económica, son verdaderas leyes científicas.

Cuestion mui diversa de la relativa a la existencia de leyes económicas, es la relativa a su aplicabilidad en cada época i lugar. Algunos economistas inclinados a dogmatizar, han sostenido a veces que las medidas que la Economía Política preconiza, deben tener

inmediata i absoluta aplicacion en todos los tiempos i paises. (1)

Esta es, a todas luces, una pretencion injustificada: la aplicabilidad de las leyes i verdades económicas está subordinada, en cada caso concreto, a numerosas condiciones.

La ciencia constata ciertas tendencias fijas en el órden económico: afirma, por ejemplo, que el ensanche del mercado estimula la produccion, que la actividad particular hace las cosas mejor que la autoridad pública en las materias económicas, etc.; i por eso, declara que el libre cambio es científicamente un estado económico superior al proteccionismo, i que el Estado debe limitarse, en cuanto sea posible, a sus funciones cardinales de conservador del órden i creador de las condiciones colectivas del progreso. I sin embargo, ningun economista pretenderá que todos los paises se abran a un libre-cambio absoluto, ni que los Estados dejen en todas partes, de dar instruccion, de hacer ferrocarriles, de fomentar la marina mercante, etc.

La distincion entre la existencia de leyes económicas, es decir, de tendencias sociales fijas i uniformes, i la aplicabilidad de esas mismas leyes, es fundamental. No consienten los límites de este trabajo una exposicion detallada al respecto; i por eso, nos limitaremos a transcribir algunas frases escritas sobre este

(1) No estará de mas advertir que en este error no cayeron nunca los grandes maestros de la ciencia. Hemos citado ántes algunas palabras de J. S. Mill respecto de A. Smith, i algo análogo puede decirse de Malthus, de Say, de Roscher, etc. Talvez el mas dogmatizador de los grandes economistas es David Ricardo, quien, dejándose llevar a veces de un criterio metafísico, olvidó las condiciones verdaderas de la vida social. Pero, aun respecto de él, han de tenerse presentes las siguientes frases de un economista inglés, Marshall:

“Por censurables que hayan sido Ricardo i sus principales imitadores a causa de las omisiones en que incurrieron, la verdad es que ellos no han cometido, por lo ménos hasta el extremo que de ordinario se supone, la falta de atribuir a sus doctrinas un carácter de universalidad i de necesidad de que carecen.”

punto por M. Paul Leroy Beaulieu, a quien nadie sospechará de heterodojo o revolucionario en materias de Economía Política:

«Sucede con las leyes económicas como con las de cualquiera otra ciencia, con las de la mecánica, por ejemplo: ellas no son las únicas que actúan en los fenómenos; leyes de otro orden vienen a menudo a mezclarse con ellas, a modificarlas, a enervarlas i a veces a anularlas. El error, hasta cierto punto frecuente, del economista consiste en que, a la vista de un fenómeno complejo, sujeto a la acción de causas de mui variada índole, pretende pronunciarse con el conocimiento de solo una parte de esas causas, las del orden económico. Entre tanto, solo en los fenómenos completamente simples se manifiesta con perfecta claridad la acción de las leyes económicas. Ellas existen i obran igualmente en los fenómenos mas complicados; pero su acción en ellos es mas difícil de percibir i de separar, porque causas de otro orden que, desde el punto de vista de la ciencia económica, pueden llamarse causas perturbadoras, obran en combinación i a veces en contradicción con ellas.

«Si se considera, por ejemplo, la tan debatida cuestión del libre-cambio, es indudable que, conformándose a las solas leyes económicas, se optará por la mas amplia extensión posible del mercado, como el mejor medio de aumentar la división del trabajo, de desarrollar la concurrencia, de adaptar cada producción a las aptitudes del suelo i de los hombres, de acrecer, por consiguiente, los resultados, o sea, los productos por cada cifra determinada de esfuerzos. Pero sería erróneo deducir de aquí que sea necesario, en toda circunstancia, en todo país, practicar el libre cambio absoluto. Otras consideraciones pueden intervenir para impedirlo: el desaliento profundo, la

depresion moral que podria producirse en una poblacion mediocrementemente educada, con su colocacion repentina en frente de los productos de una rejion mejor dotada por la naturaleza, con mas capitales, o mejor preparada; la perturbacion profunda i aun el desperdicio de capitales, la crisis en fin que puede resultar de una revolucion económica radical i súbita la emigracion de capitales i de personas que puede provocar. Consideraciones políticas, a veces mui importantes, pueden tambien presentarse en condiciones de exigir consideracion especial. Así, pues, al paso que la fecundidad de la division del trabajo, el poder estimulante de un mercado vasto deben ser mirados como leyes económicas, la superioridad de libre-cambio absoluto en todas las circunstancias, no es sino un pretendido dogma económico que no tiene título alguno para imponerse.

«La ciencia constata leyes que, como todas las leyes de la naturaleza, son sencillas; pero no suministra fórmulas que se puedan aplicar sin discernimiento a los fenómenos, cualquiera que sea su complejidad.

«Ciertamente, esto no quiere decir que las leyes económicas no existan. Los móviles de las acciones humanas que tienen por objeto la produccion i la distribucion de las riquezas, son idénticos, aunque desigualmente poderosos, en los diversos estados de civilizacion. Lo que hai es que las diversas civilizaciones, los diversos medios sociales han sido, son i serán siempre desigualmente favorables a la penetracion pronta de los móviles económicos en los grupos humanos, a su propagacion, a su repercusion. La Economía Política no es la única ciencia condenada a estos errores de cálculo. En la práctica, todas las ciencias están sometidas a ellos. Segun que el medio sea el aire, el agua, o el mercurio, la lei de la gravi-

tacion i muchas otras se aplicarán de una manera mas o ménos evidente para el espectador, sin que ellas en sí mismas se hayan modificado en lo mas mínimo.

«Hai medios sociales que no oponen a la accion de las leyes económicas mas resistencia que el aire a la caida de los cuerpos; al paso que otros se conducen (*se comportent*) frente a frente de esas leyes como el agua o el mercurio respecto de esta última.

«No hai en esto ni negacion de los principios económicos, ni infraccion de esos principios. Nada, en estas atenuaciones que la aplicacion impone, indica que las leyes económicas no sean leyes naturales i universales. La existencia de leyes económicas naturales está ampliamente demostrada.»

Podemos, pues, afirmar que la Economía Política es una ciencia, porque existe, entregado a su estudio, un estenso conjunto de fenómenos sociales estrechamente ligados entre sí i sujetos a leyes naturales universales i constantes. Además, esta ciencia, como todas las otras, tiene un carácter eminentemente progresivo, i posee la facultad de prever seguramente el porvenir.

Antes de abandonar el estudio de los caracteres científicos de la Economía Política, queremos decir algo acerca de un reproche que a esta ciencia generalmente se dirige. Se pretende que la Economía Política es una ciencia inmoral, pues preconiza como único móvil de los actos humanos el interes personal i, prescindiendo de los estímulos altruistas, tiende a deificar el egoismo i a perpetuar un estado de lucha despiadada entre todos los hombres.

En primer lugar, es preciso establecer que la Economía Política no habla del interes personal, del egoismo, sino del interes privado, que es mui distinta cosa.

El interes privado es esa natural preocupacion que todo hombre siente por mejorar su condicion i por asegurar su propio bienestar ántes que el de los demas. Ese interes privado no escluye sentimientos altruistas; por el contrario, dentro de él se comprenden el sentimiento de amor a la familia i el de solidaridad nacional. Un hombre ilustrado, como verá que su bienestar propio está vinculado al de los demas, no cifrará su empeño en perjudicar a otros, sino que procurará su propia ventaja en armonía con los intereses ajenos. El interes privado no escluye, pues, el sentimiento de justicia que nos lleva a discernir a cada uno lo que le corresponde, ni el sentimiento de caridad i filantropía en favor de los que sufren: todos estos son sentimientos que no se escluyen, que, por el contrario, se ayudan i se estimulan recíprocamente. El interes privado coexiste en todo hombre normal, con los impulsos mas elevados i jenerosos.

Por la inversa, el interes personal o egoismo es un sentimiento odioso, esclusivo, que solo se preocupa del bienestar personal de quien lo siente, sacrificando si es preciso, el derecho i la justicia de los demas, a quienes el egoista mira como simples instrumentos de su comodidad personal: el egoismo escluye todo estímulo altruista i es, por lo mismo, estéril i pernicioso.

Lo que la Economía Política enseña, es que el interes privado, no el egoismo, es el mas vigoroso i eficaz de todos los estímulos que impulsan el progreso económico i que la lei de la economía de las fuerzas, esto es, la tendencia a obtener el máximum de productos con el mínimum de trabajo, es una de las bases cardinales de la organizacion social. Con decir esto, no condena el altruismo ni deifica el egoismo.

Por lo demas, esas afirmaciones de la Economía Po-

litica son perfectamente verdaderas: corresponde a la realidad de las cosas; no son sino la jeneralizacion científica de lo que vemos diariamente, de una tendencia que reside en la propia naturaleza humana. I si es así, ¿qué reproche puede dirigirse con justicia a la ciencia, que no hace sino señalar estas verdades?

El único reproche justo que, en este sentido, puede dirigirse a una ciencia, consiste en probar que las leyes que proclama no son verdaderas; pero desde que su exactitud se reconoce, no cabe sino agradecerle que las haya dado a conocer.

La ciencia es esencialmente *amoral*: persigue el descubrimiento de las leyes que gobiernan el mundo, leyes que residen en la naturaleza de las cosas, que son superiores a la voluntad humana, que han existido siempre i que continuarán dirigiendo la vida universal, indiferentes al juicio que acerca de su moralidad formulen los hombres. Cuando ha descubierto esas verdades, la ciencia ha cumplido su mision; i al hacerlo, presta al hombre un inmenso beneficio, pues éste podrá mejorar su condicion continuamente con solo respetar aquellas leyes i hacerlas servir al bien de nuestra especie. Desde que los hombres llegan a saber, por medio de la ciencia, que están actuando en el mundo ciertas influencias naturales constantes, adquieren una gran ventaja en la lucha por la vida; i si se empeñan en contrariar esas influencias naturales, los inevitables desastres que producirá tan desatentada conducta no deben ser cargados a la cuenta de la ciencia que señaló esas leyes, sino a la de la soberbia o ignorancia humana que no quiere o no sabe respetarlas.

Si un hombre se deja caer desde una torre i se estrella en el suelo i muere, nadie pretenderá por eso que es inmoral la Física, que ha constatado las leyes de la gravedad i de la inercia. De igual modo, si un hom-

bre se dedica a una industria, i en vez de guiarse por las indicaciones del interes privado, lo contraría regalando, por ejemplo, su dinero i los objetos que fabrica, lójicamente se arruinará, sin que por eso sea justo acusar por inmoral a la Economía Política.

Esta, como todas las ciencias, se limita a constatar leyes: da a conocer las leyes de la vida económica. Su único fin es la verdad; i no seria razonable hacerle un reproche si esa verdad no resultara de acuerdo con las ideas de otro orden que prevalecen entre los hombres en una época determinada.

Pero, llevando mas léjos todavía nuestro exámen, debemos recordar que la Economía Política no ha dicho que el interes privado sea el único móvil de los actos humanos que dicen relacion con la riqueza. Hai que establecer aquí una distincion indispensable: hai que distinguir los actos que tienen por objeto producir la riqueza, de aquellos que tienen por objeto emplearla o consumirla.

Tratándose de los primeros, ciertamente el móvil mas eficaz es el interes privado, i aun puede agregarse que, sin él, la produccion de la riqueza se detendria. Tratándose de los segundos, prevalecen jeneralmente estímulos de otro orden, ya la filantropía, ya la vanidad, ya un elevado altruismo, ya el deseo de proporcionarse comodidades i placeres.

«El interes privado es el móvil dominante, cuando no absolutamente esclusivo, en la produccion i distribucion económica de los bienes. Una vez producidos i repartidos los bienes, la simpatía, el altruismo, el desinteres, recuperan sus derechos, su parte, su papel, en el uso de los bienes producidos.

«Es curioso constatar que algunos, i talvez podria decirse que todos los hombres que han hecho grandes fundaciones de beneficencia o de interes jeneral, se

han mostrado, en la producción i en la repartición de las riquezas, muy atentos a su propio interés, muy mirados, muy ásperos aun. Este era el caso de Manton, el célebre fundador de los premios de Virtud. Para adquirir, en una época en que las fortunas eran módicas, los siete u ocho millones que consagró a fundaciones literarias, científicas i filantrópicas, necesitó estar toda su vida «muy encima de sus intereses», según la frase vulgar. Con sus inquilinos i sus dependientes se mostró sumamente estricto. La jeneralidad de los hombres que persiguen un fin serio i elevado proceden así: no quieren dejar que se pierda nada en derroches i se ocupan de evitar continuamente el abandono de sus derechos i el desmenuzamiento de su haber. I tienen razón: obedecen en su vida económica a los móviles económicos, lo cual constituye el único medio de tener una regla i un método. Después, en el empleo de esos bienes penosamente acumulados, es cuando despliegan sus sentimientos altruistas o simpáticos.

«Esta distinción de las dos esferas de acción es indispensable. Solo ella explica las grandes obras privadas, que serían imposibles si, en el curso ordinario de la vida, se atenuasen los móviles económicos por una mezcla excesiva de móviles de otro orden». (1)

I todavía, téngase presente que el hombre tal como lo quiere la Economía Política, es igual al que proclama la Moral. Un hombre virtuoso, amante de su familia, deseoso de la prosperidad de su patria, será un hombre económico mejor. I recíprocamente, los consejos de laboriosidad, de honradez en los tratos,

(1) LEROY-BEAULIEU, *Traité théorique et pratique d'Economie Politique*.—Son en extremo interesantes los datos que, en confirmación de esta verdad, aduce el autor, tomándolos de la vida de los grandes millonarios franceses, ingleses, griegos, búlgaros, norte-americanos, etc.

de economía en los gastos, etc., que da la Economía Política, son también virtudes que la Moral ensalza.

No es, por consiguiente, la Economía Política un obstáculo al desarrollo de los sentimientos altruistas: i si el género humano está llamado a alcanzar una época en que la solidaridad i el amor reemplacen al actual régimen individualista de lucha por la vida, no han de ser ciertamente las enseñanzas económicas las que a ello se opongan: las leyes generales que ha demostrado la Economía Política i que nada tienen que ver con aquellos sentimientos, continuarán siendo verdaderas, cualquiera que sea la aplicación que den los hombres a las enseñanzas de la Moral.

I no podría ser de otra manera: las ciencias tienen que ser armónicas, como es armónica la vida universal. Decir que la Economía Política está en contradicción con la Moral, sería como decir que la Mecánica está en contradicción con la Química; sería como declarar que en el Universo no existe ese orden admirable que preside todas las manifestaciones de la vida; sería como negar «la unidad final de la ciencia, que es el reflejo de la unidad de lo verdadero».

ARMANDO QUEZADA A.

(Concluirá)

LA REFORMA

EN LA INSTRUCCION SECUNDARIA

RECTORADOS DE LICEOS

Los continuos nombramientos para ocupar las vacantes de rectores que se producen en los liceos de la República han debido llamar, i llamado seguramente, la atencion de las personas interesadas en el éxito de la reforma. De aquí por qué anhelamos, por nuestra parte, contribuir a solucionar este problema de tan vital importancia en la segunda enseñanza.

Iniciada la reforma en los liceos fiscales sobre la base del Instituto Pedagógico, destinado a dotar de personal idóneo a esos establecimientos, parecia lógico esperar los frutos que produjera para realizarla en toda su amplitud; pero consideraciones inaceptables, a nuestro juicio, que no hai para qué analizar aquí, determinaron su implantacion, facilitándola con el auxilio de programas pacientemente elaborados por distinguidos pedagogos alemanes i chilenos.

Producida esta situacion, muchos pensábamos en el seguro fracaso a que apresuradamente caminaba

la reforma, no encontrando para ella otra salvacion que el rumbo acertado i conveniente que supieran imprimirle los rectores de liceos, haciéndose, en consecuencia, indispensable que estos caballeros fueran mui bien escojidos entre los muchos candidatos que se presentan, llenos de competencia i aptitudes, cada vez que se produce una vacante, bien entendido que solo a la larga i despues de algunos años podrian palpase los frutos i beneficios de tan importante labor, ya que no seria posible cambiar en un momento todo un sistema, sin contar con los requisitos propios i adecuados para conseguirlo.

En repetidas ocasiones se ha hablado sobre la necesidad material e imprescindible de llamar al desempeño de las rectorías a éstas o aquellas personas, fundándose en que basta *el simple buen sentido, cierta dosis de criterio, voluntad para el trabajo i algunos conocimientos, administrativos principalmente*, para llevarse bien i para que todo marche sin tropiezos ni dificultades. La reforma, para su éxito, no necesita mas, agregan, le basta i le sobra.

Estas i otras consideraciones se hacen i en fuerza de tanto repetirlas, se han abierto camino, pasando al dominio público, si nó como un axioma, a lo ménos como una verdad fácil de comprobar i de establecer. Tanto es esto cierto, que hasta personas entendidas en achaques de educacion lo han creído i, si mis informaciones no me engañan, lo creen así.

Descorramos este velo i veamos si a la luz de los modernos principios pedagógicos, de las conveniencias de la reforma i de los intereses de la instruccion, es o nó aceptable que se lleve a las rectorías de los liceos a personas que posean las condiciones apuntadas, o, si es necesario, que a ellas se agreguen otras mas i en qué proporcion deben figurar las unas i las otras.

A primera vista, sin demostrar gran perspicacia i sin mayores conocimientos, se puede asegurar que una persona de buena voluntad i demas cualidades dichas, puede, sin duda alguna, con esperanzas de éxito, ocupar el puesto de rector de un liceo; i no es raro el caso, hai mas de uno a nuestra vista, de personas que reuniendo esas condiciones, sean magníficos empleados i tengan los establecimientos que dirijen en envidiable situacion entre los de su jénero. Pero si todo esto es cierto, no lo es ménos que hai casos, con visos de jeneralidad, en mi concepto, en que esas cualidades no bastan, haciéndose indispensable buscar otras que por sí solas o auxiliadas con las manifestadas, vengan a llenar cumplidamente el objeto que se persigue, esto es, llevar a la direccion de los liceos a las personas mas competentes, capaces de ayudar ventajosamente, dentro de su esfera de accion, al propósito perseguido por el honorable Consejo de Instruccion Pública con la introduccion del nuevo sistema i los nuevos métodos.

Se podrá argüir que así como hai malos rectores entre las personas antedichas tambien los hai entre aquellos que son concedores i están al tanto de los adelantos pedagójicos modernos. Bien, digo yo: exacto el argumento; pero me pregunto a mi vez: ¿Dónde los hai ménos malos? Claro está que donde se encuentre el menor número, allá habrá que ir a buscarlos, puesto que las probabilidades están por éstos i no por aquéllos, i no seria posible desconocer esta evidente verdad sin hacerse reo de una falta grave que andando el tiempo puede entrañar la ruina i el mas solemne desprestijio de los establecimientos de instruccion secundaria.

Considerando separadamente estos dos elementos, estos dos factores que se disputan la preferencia en el

personal de la direccion de los establecimientos de instruccion secundaria, es indubitable que en la jeneralidad de los casos el poseedor de los modernos principios pedagójicos se llevará la palma i obtendrá resultados muchos mas benéficos i saludables, así como es evidente que defenderá mejor un pleito el abogado que el tinterillo, i un enfermo curará sus dolencias atendido por un médico ántes que por un curandero, sin perjuicio que haya casos en que el tinterillo i el curandero se espidan a mayor altura que el abogado i el médico; pero de aquí a deducir la preferencia de los segundos sobre los primeros hai un abismo que estimo insalvable.

A mayor abundamiento, quiero suponer que en la jeneralidad de los casos obtengan buenos resultados i se lleve bien el que no posea completas i exactas nociones pedagójicas. Es incuestionable, en tal evento, que si las poseyera, sus resultados serian muchísimo mas satisfactorios; esos conocimientos le servirian de ausiliares poderosos i le harian un modelo de rector. No desearia mas como satisfaccion a los ideales de la reforma, a mis ideas i aspiraciones en tan importante materia.

Podrán los unos tener mui buena voluntad i demas condiciones mencionadas; pero ello no basta, es insuficiente si se toma en cuenta que los liceos necesitan de algo mas, de personas posesionadas de la reforma misma, de sus ventajas i conveniencias, de la necesidad de darle base sólida, de un estudio serio i meditado de nuestro modo de ser social, para así poder vencer el sinnúmero de dificultades que diariamente se presentarán, fuera de que son imprescindibles los preceptos pedagójicos para el propio prestigio moral con que debe estar revestida ante sus subalternos la autoridad del jefe, requisito, que por faltar mas de

una vez i en mas de una ocasion, ha hecho fracasar reformas destinadas a procurar grandes bienes i a prestar utilísimos servicios.

No nos detendremos mas en este punto que estimamos sencillo, asegurando sí que conocemos varios casos prácticos de personas mui bien dispuestas, con las cualidades apuntadas, que nada han podido hacer ni conseguir por falta de la materia prima, de la que habilita a todo individuo para desempeñarse a la altura i como corresponde a las funciones que ejerce: conocimiento i preparacion de las facultades para el campo en que va a especular.

Ahora bien, si a la direccion de los liceos se lleva a caballeros conocedores de la reforma, impregnados, por decirlo asi, del espíritu i de las ventajas de los nuevos métodos, claro está que se da un gran paso en el camino de sus consecuencias, porque son ellos los directamente responsables, los llamados a prestigiar i a dar vigor i fuerza a los principios sustentados con honradez i altura. Así se ha entendido siempre i quien necesita los servicios de otras personas llama a los técnicos, a los que poseen las facultades que busca, sirviéndose en subsidio de los que se les aproximan mas o de los meros aficionados, así como a falta de médico se llama al curandero, i como a falta de abogado viene el tinterillo o simple aficionado.

Habrà casos, no lo negamos porque tambien está de manifiesto, en que personas conocedoras de la reforma en toda su magnitud no deban ser llamadas a la direccion de los liceos por faltarles todas o algunas de las cualidades referidas. ¿Qué se haria en esta situacion? Contestamos que el principio no es absoluto i que queda reservada la eleccion al tino i al acierto de los encargados de velar por el mejoramiento i progreso de nuestra instruccion secundaria. Medios

tienen para evidenciar en cada caso si tal o cual candidato es acreedor o no, por sus conocimientos i demas antecedentes, al puesto que desea desempeñar; ellos resolverán, bien entendido que la designacion que hagan lleva envueltas ciertas responsabilidades, tanto mayores cuanto menor es el cuidado que han empleado para cerciorarse de las condiciones, cualidades i vicios del opositor.

Ampliando el argumento en favor de los que sostienen que basta buena voluntad, etc, para desempeñarse bien a la cabeza de un liceo, agregan otros que requiriéndose tan varias condiciones para el acertado desempeño de estos puestos hai que atender, ya que no se reunen todas en los candidatos, a las principales i mas importantes i que las dichas priman sobre los preceptos pedagógicos porque sin ellas no seria posible nada ni valdria nada la pedagogía. No se puede negar que *prima facie* el argumento engaña i tiene alguna fuerza, tanto, que ante la expectativa de una descompajinacion radical se hace preferible algo, i entre lo malo hai que aceptar lo ménos malo cuando la fuerza de los acontecimientos impulsa i obliga a preferir determinadamente el camino tal o cual; pero la bondad i el mérito de las argumentaciones dependen muchas veces de la táctica con que proceden los contendientes i nadie podrá negar que situadas las cosas en ese terreno el racionio es incontestable, pero que sacadas de aquí, cambia radicalmente. Tanto es esto cierto, que bastará con manifestar que es inexacto que falten individuos en que se reunan unas i otras cualidades, e inexacto tambien que las segundas primen sobre las primeras por las consideraciones espuestas i que no hai para que repetir aqui.

I digo que es inexacto que falten personas en que se reunan unas i otras condiciones porque, para com-

probarlo, bastará con pasar la vista por los nombres de los distinguidos caballeros que en diferentes ocasiones i desde que se implantó la reforma se han opuesto a los rectorados de liceos, i veremos que generalmente han figurado algunos que poseyendo las primeras cualidades han tenido tambien en alto grado las segundas. No citaré nombres porque lo estimo innecesario i porque creo que el único camino compatible con las discusiones, para que de ellas brote i salte la verdad, es impersonalizarlas, llevándolas al terreno de las doctrinas i de las ideas, que no se aviene bien con el de las personas i de los hechos.

Dejando a un lado esta cuestion voi, aunque sea someramente, a formular algunas observaciones sobre la absoluta, sobre la imprescindible necesidad de llevar a la direccion de los liceos a personas posesionadas i conocedoras del sistema i métodos impropriamente llamados concéntricos, bien entendido que al hacerlo no persigo otro propósito que desvanecer juicios i opiniones preconcebidas que imposibilitan i perjudican de buena fé al mas acertado éxito de la reforma.

Nadie podrá negar que el mayor o menor beneficio de una reforma cualquiera depende en gran parte de la mayor o menor habilidad que gasten los que a ella consagran sus esfuerzos, todo ello sobre la base de poseer los medios i los elementos que para el caso se requieren. Siendo esto cierto, claro está que no podrá desempeñarse bien el que no posea estos requisitos i que la reforma fracasará, en consecuencia, no por falta de bondad en sus principios, sino por falta de tino en los encargados de sacarla triunfante de los entorpecimientos que han de colocar en su camino los que se consideran perjudicados con su implantacion.

Hai que tener presente i no olvidar que, estando

encomendada a los rectores la instruccion secundaria, deben ellos trabajar i trabajar mucho, tanto mas cuanto que las cuatro quintas partes de nuestros establecimientos carecen de un profesorado idóneo i competente. Queda entónces reservado a la sagacidad de los rectores dirigir a esos maestros, haciéndoles observaciones discretas i prudentes dirigidas a corregir los defectos mas graves para gradualmente atacar los mas insignificantes, perfeccionando así hasta donde es posible la táctica de los maestros.

Un rector que no posea los conocimientos pedagógicos necesarios, es evidente que no podrá, por mas buena voluntad que le asista, enrielar debidamente la marcha de la enseñanza en armonía con los preceptos i con las exigencias de la reforma, siendo preferible en este caso que los profesores continúen con su sistema i con su método i que siga trabajando la memoria de los jóvenes sin que se ejerciten ninguna de las otras facultades, ya que es preferible el desarrollo de una, aunque sea imperfectamente.

El peligro que anoto no sería tan grave, pasaria a ser insignificante, si tuviéramos un profesorado competente, apto para el desempeño de sus asignaturas, dispuesto al trabajo e imbuido en los últimos progresos de la pedagogía, porque conocedores de sus responsabilidades, pondrian todo empeño en llenar las deficiencias del jefe, ayudándolo con sus consejos i con su consagracion sería i decidida a la enseñanza. Oportunidades tienen para ello: los consejos de profesores les permiten hacerse oír en condiciones ventajosas i sin desmedro para la autoridad del rector.

La reforma exige una asistencia regular, buena, mejor dicho, de los alumnos a las clases, circunstancia que debe un jefe de establecimiento hacer comprender a los padres i apoderados de los jóvenes educandos,

manifestándoles la estricta necesidad de cumplir con esta exigencia i las consecuencias que se derivan de su inobservancia. No basta el simple dicho, es necesario que se les demuestre con consideraciones al alcance de cada uno i no con disposiciones jenerales i reglamentarias que a nada práctico conducen. Sencillo parece todo esto, pero si examinamos uno a uno nuestros establecimientos de educacion veremos que, salvo honrosas escepciones, la mayoría de los rectores incurre en esta falta de tan trascendentales consecuencias para el éxito de la reforma,

Por mas buena voluntad i sano criterio que tenga un rector, no podrá ejecutar aquellos actos ni tomar aquellas medidas que piden conocimientos especiales en un ramo determinado: ni le será posible regular las tareas de los niños en conformidad al desarrollo fisico, mayor o menor potencia intelectual, inclinacion i gustos preferentes, etc., etc., i tantas otras circunstancias que influyen poderosamente en la marcha que los jóvenes imprimen a sus estudios, contrariando abiertamente, muchas veces, facultades naturales que los predisponen de antemano a recorrer un camino sembrado de glorias i de conquistas, bien sea por la habilidad de un profesor, o por la supina ignorancia de otros, en el caso contrario.

Es cabalmente en estas situaciones i en estos casos cuando se aquilatan los méritos i valía de un rector; aquí es cuando su autoridad debe hacerse sentir, interviniendo en favor de la verdad desnuda i sin ambages. Aprovechará la habilidad de los unos, corregirá la torpeza de los otros con sanos consejos i prudentes amonestaciones: todo en favor de los niños confiados a su direccion. ¡Ah! Si esto pudiera hacerlo un rector sin el auxilio eficaz de buenas nociones pedagógicas, estaria bien; pero, desgraciadamente, para los que

piensen de otra manera, no sucede así. I de aquí por qué sea tan poca, tan escasa, tan nula, permítaseme decirlo, la influencia que muchos de nuestros rectores ejercen en la enseñanza i direccion de la juventud.

No continuaré en la enumeracion de las mil exigencias de la reforma i que pueden satisfacerse cumplidamente con un rector bien escojido: seria tarea larga, fuera de los límites que me he propuesto dar a estas observaciones. Considero, por lo demas, que lo espuesto basta en obsequio de la tesis que vengo sustentando: llevar a la direccion de los liceos a personas que por sus conocimientos pedagójicos inspiren garantías de seriedad i sean auxiliares eficaces de la reforma. Si así no se obra, mucho temo que dentro de poco tengamos que arrepentirnos de haber procedido en otra forma.

EXEQUIEL FERNÁNDEZ

EL POETA I LA NINFA ECO

(FANTASÍA)

(Sale el Poeta a la escena con muestras de gran agitacion i lanza algunas exclamaciones, que el Eco contesta desde los ángulos del proscenio).

POETA.—¡Oh! ¡Ha!...

ECO.—¡Ha!...

POETA.—¿He?...

ECO.—¿He?

POETA.—Oh! ¿Quién sois, sonido hueco,
Que de los montes venis,
I mis oidos heris,
Con acento breve i seco?

ECO.—¡Eco!

POETA.—¿Eres la ninfa que aquí
Anda eternamente errante,
La que escucho en este instante,
La que me responde así?

ECO.—¡Sí!

POETA.—Yo quisiera, Ninfa hermosa,
Decirte... Pero no puedo...
Esos ruidos me dan miedo...
¿Cómo te diré la cosa?

ECO.—¡Osa!

- POETA.—Mas mi osadía ¡ai de mí!
Tendrá premio? ¿Concluirá
Mi penar, i volverá
Esa dicha que perdí?
- ECO.—¡Dí!
- POETA.—Diréte el crudo dolor
Que mi corazon fatiga...
Pero ¡oh, Ninfa! ¿quién lo obliga
A lanzar este clamor?
- ECO.—¡Amor!
- POETA.—¡Amor! ¡Has adivinado!
Siento un no sé qué... Un delirio..
¡Bella Ninfa! A tal martirio,
Dime ¿quién me tiene atado?
- ECO.—¡Hado!
- POETA.—¿I podré librarme yo
Del Hado que me atormenta?
¿Podré yo hacer que no sienta
Mi corazon? ¿Sí o nó?
- ECO.—¡Nó!
- POETA.—¡Fatalidad que me inflama,
I al corazon hace arder!
¿Cómo llegar a no ser
Consumido por la llama?
- ECO.—¡Ama!
- POETA.—¡Amaré! ¡Sí! amo una estrella
Cuya luz me tiene loco:
Pero ¿cuál es ese foco
Que tan clara luz destella?
- ECO.—¡Ella!
- POETA.—¿I quién ella? ¿Es un ser
Parto de mi loca mente,
O ese foco refulgente
Es, acaso, una mujer?
- ECO.—¡Mujer!
- POETA.—¡Mujer! ¿La que nunca cesa
De presentarse a mis ojos,
La que causa mis enojos
Con su crudo desden? ¿esa?
- ECO.—¡Ésa!

POETA.—¿Quién me volverá la calma
Que me roba su desvío?
¿Quién le dará al amor mio,
De la victoria, la palma?

ECO.—¡Alma!

POETA.—Alma tengo enamorada
Pero amo i temo... ¡Ai dolor!
¿Qué obtendré, con el temor
Que mi espíritu anonada?

ECO.—¡Nada!

POETA.—¡Oh, Ninfa! ¿Qué has dicho? Quiero
Que me esplices... Si amor arde
En el pecho de un cobarde,
¿Qué obtendrá ese amor sincero?

ECO.—¡Cero!

POETA.—¡Cero! ¡Nada! Si desden
Obtiene la cobardía,
¡Valor, valor, alma mia,
Para llegar a mi bien!

ECO.—¡Bien!

POETA.—¿Apruebas mi valentía,
Ninfa de mi corazón?
Pero ¡ai! ¿I si a compasion
No la mueve mi porfía?

ECO.—¡Porfía!

POETA.—¡Sí! porfiaré i a los cielos
De mi dicha he de llegar...
Pero ¿qué me hace dudar?
Quién causa en mí estos recelos?

ECO.—¡Celos!

POETA.—¡Celos! De tan cruel dolor,
Amando a mi dulce bien,
Me curaré; pero ¿quién
Vencerá su desamor?

ECO.—¡Amor!

POETA.—¡Ninfa! La razon te sobra:
¡Quién porfía, mucho alcanza!
Dices bien: con la esperanza,
Nuevo aliento el alma cobra.

ECO.—¡Obra!

POETA.—Obraré como lo manda
El Destino, i a la altura
Llegaré, de mi ventura,
O moriré en la demanda!

Eco. —¡Anda!!!

(El poeta sale de la escena apresuradamente).

DANIEL BARROS GREZ.

DANIEL CALDERA ⁽¹⁾

III

Analizaremos ahora la tragedia intitulada *Arbáces o el último Ramsés*, que Caldera llamó drama, sin que atinemos a saber por qué; pero que no vacilamos en llamar tragedia, porque es la representación de una acción extraordinaria, porque intervienen personajes elevados, i por la majestad i nobleza del estilo, traducidas en una versificación fluida, fácil i llena de naturalidad i corrección esquisitas. El verso que Caldera eligió es también el que exigen los más rigurosos preceptistas para este género de obras: el endecasílabo aconantado.

El argumento está tomado de la novela de Bulwer, titulada «Los últimos días de Pompeya».

Yona es una joven hermosa que ha quedado con su hermano, Apecides, bajo el cuidado de Arbáces, gran sacerdote de Isis, que la ama i quiere hacerla su mujer; pero Yona ama a Glauco, i ambos se han hecho

(1) Véanse los números 3 i 5 de LA REVISTA NUEVA.

promesas de amor i de fidelidad. Sabedor de esto, Arbáces urde una intriga contra Glauco, i ademas llama a Porcia, esclava de éste, i a quien compra con grandes promesas para que le dé a Glauco un tósigo que

penetre en su razon, i denso manto
le oculte hasta su nombre, cuando quiera
restaurar ese nombre hoí infamado.

Pero Caleno i Marco, sacerdotes secundadores de Arbáces, sienten sordas voces que se alzan de sus conciencias contra tantos años de crímenes i torpes infamias; oyen que mil sangrientos espectros de la pasada vida rondan sus lechos ahuyentando el sueño de sus párpados, i convienen en dar aviso al pro-cónsul.

Entre tanto, Arbáces llama a Yona i le asegura que Glauco es un asesino; Yona no cree, ni quiere creer; Arbáces la hace recurrir a la estatua de Isis, que le confirma tal opinion, i ademas le ordena que tome por esposo a Arbáces. Yona, presa de la mayor desesperacion, quiere huir del templo; pero Arbáces la detiene i entónces ella mueve los recursos mas patéticos para deshacerse de él, que al fin, sin lograr seducirla, la hace encerrar.

Aparece en ese momento Apecídes, que viene en busca de su hermana i declara a Arbáces que ya está cansado de tanto crimen; Arbáces a su vez le confiesa que esos dioses ha sido necesario inventarlos para que el hombre sabio pueda imperar sobre aquellos cuyos espíritus no iluminó el saber. Apecídes aterrado lo insulta i le pide a su hermana, a lo cual Arbáces se niega i termina por herirlo mortalmente. En ese momento llega Glauco que viene furioso en busca de su Yona; en el primer momento no ve a Apecídes, i tan pronto va a observarle i coje el puñal manchado de

sangre, aparecen Yona i los sacerdotes i piden venganza. Yona, al ver a Glauco puñal en mano, grita ahogada por el dolor: tú Glauco! pero en ese instante entran el pro-cónsul, Caleno i Marco, i Apecides moribundo logra hablar i señala al asesino, que al verse descubierto, se clava el puñal.

A pesar de lo descolorido i falto de interes que se ve, separado del conjunto, transcribiremos el monólogo que pronuncia Yona en la primera escena del segundo acto. En él podrá admirarse la soltura del verso, al par que el tino concienzudo con que espresa el estado de ánimo de Yona, despues de oír la irrevocable respuesta de la estatua de Isis.

¿Qué fué lo que escuché? Por qué no quise
 presa mas bien quedar de tristes dudas,
 ántes que al testimonio de los dioses
 la verdad arrancar, tremenda i pura?
 Como un eco de muerte mis oídos
 los solemnes acentos aun escuchan,
 que robándole a mi alma para siempre
 la postrera esperanza de ventura,
 me ordenan, por consuelo a tantos males,
 un sacrificio atroz, prueba mas dura!...
 I fué la diosa misma, quien, oyendo
 los ruegos que mas bien no oyera nunca,
 descendió a responderme!... con mis ojos
 yo temblando la ví, yo la ví muda
 cabeza de la estatua hacerse viva...
 animarse la pálida figura...
 Ví el celeste fulgor de su pupila,
 i oí, por fin, lo que su voz me anuncia,
 con vibraciones tales, que no dejan
 de su divino origen duda alguna...
 «Te engañas, dijo, i es tu amado Glauco
 un criminal infame, que se escuda
 en vil hipocresía: de los dioses
 la cólera sobre él fulgura»...
 I despues! desdichada! qué mas quise

pedir ante las aras? ... Qué locura
me arrastró a demandar de los acentos
que fueran mensajeros de mi angustia,
lenitivo i consuelo, cual si dado
fuera a los mismos dioses hacer cura
en males que el destino hizo incurables!....

.....
Ser la esposa de Arbáces! aun retumban
las amenazas que me dió en respuesta
cuando piedad clamaba: «O ejecutas
mis órdenes, me dijo, o si no tiembla
de mi divino arrojó» ¡Oh! desventura!....

Implacables deidades! por qué dieron
al hombre un corazón, si sin ninguna
compasión destrozarlo a cada instante
parece es su placer? ¿i en qué se fundan
cuando el amor i el odio nos ordenan,
mientras poder en ellas no se auna
a su voz i amenazas, que haga nazca
en el pecho un amor i otro destruya?....

Odiar a Glauco yo!.... Jamas! En vano
todo en redor de mí, todo le acusa,
los hombres, mi razón i hasta los dioses;
morir sabré, pero no amarle ¡nunca!
¡Yo de Arbáces! ¡Jamas! Miedo me inspira
en vez de amor!.... Jamas, yo seré suya....

(Delirante) Impotentes deidades, que de piedra
teneis el corazón, cual las figuras
en que os venera el hombre, haced que llueva
sobre mí vuestro enojo, en vuestras furias
destrozaed si quereis mi frágil vida,
que a pesar de vosotras aquí es jura
una débil mujer, vuestros mandatos
soberbia despreciar!... *(volviendo en sí)* Pero que huya
de esta mansión! ese hombre es necesario!

Es preciosa también la respuesta que da Yona a
Arbáces cuando éste le declara su ardiente pasión:

Ah! no mas hables por piedad! ¿No miras
que no te puedo amar? Di, cómo tu osas

hablar de amor a la que el nombre de hija
 mas de una vez le dieras? ¿Incestuosas
 no fueron las caricias que me ofreces?
 Renuncia a violentarme! no habrá cosa
 que me obligue a ser tuya!... De rodillas
 Yo te lo ruego Arbáces... no se esconda
 en tu alma la piedad!... Las mil promesas
 que a mi padre le hicieras en la hora
 en que el mundo dejaba, nó, no olvides!...
 Mi llanto i el dolor que me devora
 a compasion te muevan, i que parta
 permite de este templo!... De congojas
 i de angustias ya basta!... i si te irrita
 mi resistencia, Arbáces, si te enoja,
 no temas que me escape del castigo;
 tú quedarás vengado: de la diosa
 escuchaste cual yo las amenazas!...

Sentimos mui de veras no dar cabida aquí, porque
 nos llevaria mui léjos, a la postrer súplica de Yona
 a Arbáces, tan trájica, como bien cincelada i que em-
 pieza asi:

Por las cenizas de tu padre ¡piedad! Oh! no me pongas
 en el terrible trance de matarme!

IV

Daniel Caldera, como poeta, merece ocupar un
 lugar al lado de nuestros bardos mas distinguidos.

Si sus poesias, bien que poco numerosas son las
 que hemos logrado conocer, hubiesen sido reunidas
 en un volúmen, seguramente habrian salvado los mon-
 tes i los mares, i estarian en boca de cuantos saben
 amar i comprender lo bello.

Hé aquí la bibliografía de las que hemos logrado co-
 nocer: «No despiertes!», «A María», «A...», «El des-

tino de Livio», «Ven a gozar», «Decepcion», «Adios», «A una niña», «Símil», «Viva la vida», «Je t'aime», que es una de las mas celebradas, «La espada de Damócles», (narracion en verso), «En la playa», «Dorila», «Niñas i flores», «A una rosa», «El otoño», «La madre», «Lisis», «A una niña», ¡Ah!...», «Cantares», «A una niña jóven», «Vivir es luchar», «La niña del arroyo», «Sin alma», «La amada», «Contrastes», «Dolores», «A una rosa», «Sombras», «La mas pobre ofrenda» (poesía en el álbum de la señora Aurora B. de Arrieta).

Como ya lo hemos dicho, Caldera trabajaba tan solo cuando sentia mucha inspiracion, i miraba sus trabajos con suma indiferencia.

Cuando se fué al Perú en la campaña del 79, dejó en un canasto un gran número de composiciones en verso, que al volver no encontró, porque habian sido arrojadas a la basura, pues nadie se figuraba que aquellos serian orijinales inéditos.

Sus cantos están impregnados de sana filosofía, al par que de notas delicadas, que respiran una alta poesía i dejan traslucir las bellas prendas de su carácter.

AGUSTIN CANNOBIO G.

LOS MOLINOS

Allá... se ve de la vecina aldea
las burladoras aspas de molino
jirando arrebatadas i sin tino
con fé que impulsa i rabia que jadea...

Una estrofa en las aspas voltejea,
lanzando al cielo el cántico divino,
del hombre triunfador sobre el Destino
i del viento enfrenado por la Idea.

Cuando entre las penumbras de la tarde
veo allá... los molinos, donde en vano
un gran beso de sol palpita i arde,

espero ver que de las aspas brote
sobre f'aco rocín, con lanza en mano,
el tipo espiritual de don Quijote!

JOSÉ S. CHOGANO.

CONRADO FERNANDO MEYER

No aparecen ya en Alemania ni en Austria, esos dos hogares de la cultura jermánica, libros literarios de esos que duran mas de un año. Sin duda, la librería alemana no cesa de producir en gran cantidad volúmenes de todos formatos, con o sin ilustraciones, i los editores, que son numerosos en Leipzig, Berlin, Munnich, Stuttgart, Viena, agregan todos los meses algunos números a sus catálogos, tan ricos en novedades; pero ellos mismos confiesan que la mayor parte de los autores del día no se elevan mucho sobre la altura que determinan la mediocridad e insignificancia de las obras. Por su parte, la crítica se acoje desesperadamente a las reimpresiones, aprovechando la ocasion de tal muerte o de cual aniversario para derramar olas de tinta a propósito de escritores u obras que eran célebres hace veinticinco años i que figuran en todas las antologías.

Es el caso de Conrado Fernando Meyer, que murió en 1898, a los setenta i tres años de edad.

En realidad, la actual pobreza literaria alemana es tan jeneral, salvo raras escepciones—en la poesía,

Ricarda Huch; en prosa, José Roederer i Walter Siegfried—que los jueces mas sinceros no trepidan en acordar la palma a los maestros antiguos, i condenar a casi todos los que han venido despues de ellos. Este es un juicio quizas demasiado absoluto, pero que descansa, como hubiera dicho La Bruyère, sobre razones claras i argumentos que producen conviccion. La mas reciente i estensa historia de la literatura alemana en el siglo XIX, la de Ricardo Meyer, llama a Conrado Fernando Meyer «el único gran talento de nuestra época».

Al lado de Meyer, los austriacos Fernando von Saar i Anzengruber, muerto en 1889, figuran, con Nietzsche, en el número de los *Dii majores* del estrecho Olimpo cuyo Júpiter es Goethe, i en el cual suele colocarse tambien a Godofredo Keller, a Teodoro Fontane, i, con mas reservas, a Jerardo Hauptmann i a Jerman Sudermann.

Los criticos mas induljentes creen ver despuntar el alba de los grandes poetas futuros i de los grandes años del porvenir. Otros, repiten, con Ricardo Dehmel, que la Alemania está en un período de renacimiento en que los talentos reales jerman silenciosamente en medio de las *coteries*. Otros, por fin, creen que, con el cambio de siglo, el alma alemana volverá a su antiguo brillo. Miétras tanto, es C. F. Meyer el que se gana las simpatias de Berlin. Figura, en la admiracion jeneral, en el mismo orden que los héroes de que está tan orgulloso la juventud alemana: Bismarck, Nietzsche, Menzel, Boecklin, Helmhotz, Mommsen.

Un extranjero no comprende ese entusiasmo por Meyer, no se esplica su éxito, si acaso conoce la poca afecion de los alemanes por sus poetas o novelistas. ¿No lo demuestran así el fracaso de la Asociacion Detler von Siliencron, i la apelacion a la caridad pú-

blica que ha sido preciso hacer para arrancar de la miseria a la viuda i a los hijos de Sacher Masoch, que tuvo tambien su hora de gloria? Es verdad que las nueve décimas partes de los letrados extranjeros ignoran casi completamente la existencia de ese astro cuya magnitud proclama la Alemania entera. La causa es sencilla: Meyer no ha sido traducido al frances....

Conrado Fernando Meyer es suizo, de Zurich. Lo mismo que su conciudadano, no ménos célebre, Godofredo Keller, ha sido adoptado por la Alemania, que se apropia naturalmente del talento, cuando tiene algunas afinidades u orígenes jermánicos. Ambos poetas zuricheses tienen, por lo demas, indiscutible parentesco intelectual con el aleman riniano Guillermo Enrique Riehl i con el aleman suave Uhland. Como el primero, descuellan en el delicado i difícil jénero novelesco; como el segundo, fueron los renovadores de la balada.

Nacido rico, i pudiendo dar rienda suelta a sus instintos epicúreos, colocando encima de todo la alegría de vivir, Conrado Fernando Meyer empezó por abandonar su imaginacion a los placeres del arte i de la poesía, sin tener que preocuparse del dia siguiente. De esa suerte, haciendo versos que solo leia a algunos amigos, llegó hasta los treinta años. Uno de sus amigos traicionó su secreto, le llevó ante un editor, obligó al poeta a entregarle su manuscrito, le impulsó a hacerlo imprimir, i le empujó, por decirlo así, a la arena. Sus primeros pasos fueron discretos i tímidos. Su primer volúmen, aparecido en 1864, encontró una prensa benévola, gracias a sus relaciones de amistad; pero como se imprimieron pocos ejemplares, no reveló sus cualidades de pensador i de psicólogo sino a reducido número de personas, despues de lo cual se encerró de nuevo en su silencio.

La gran tormenta de 1870, le conmovió hondamente. Se juntó a los alemanes para quienes la pluma era también una espada. Sus *Últimos días de Hutten*, que aparecieron en 1871, fueron ante todo, una obra nacional en que se cifraba el patriotismo germánico. Transfiguró la heroica fisonomía del valiente campeón de la libertad que, en sus aventuradas correrías a través de la Alemania i de la Italia, combatió sin descanso por la independencia del pensamiento, sostenida por la Reforma. Esa obra fué la liberación, por decirlo así, del alma del poeta, que se despojó de su egoísmo, de sus satisfacciones personales, a fin de consagrarse al deber de escribir, deber imperioso para todo el que siente en sí el dón i el poder de escribir. Su camino quedó trazado; se lanzó a él con la resolución de no tomar reposo. Sus volúmenes de novelas i de cuentos, empezaron a sucederse en incansable abundancia, i todos fueron aplaudidos: *Jürg Jenatsch*, en 1876; *El Santo*, en 1880; *El Amuleto*, *Plauto en el monasterio*, *La Pájina de Gustavo Adolfo*, *Los sufrimientos de un niño*, en 1883; *La boda del Monje*, en 1884; *La justiciera*, en 1885; *La tentación de Pescaire*, en 1887; *Anjela Borjia*, en 1890; i, entre tanta prosa, muchos poemas, publicados desde 1882 hasta 1892.

En todas esas obras domina, en el brillo de la forma, el propósito de no abandonar la concepción, siempre valientemente mantenida, de que lo bello es inseparable de lo verdadero, i de que un libro, cualquiera que sea, no puede dejar de ser un acto de fé. Realista, en el sentido estético, Meyer se preocupó especialmente de no separar jamás el acto de la realidad, i fué el artista quien, en la abundancia de los temas que se ofrecían al escritor, dictó la selección.

! esa seleccion se hizo, en todo caso, con prudente discernimiento.

Su realismo, tal como él lo concebía, no admitía sino el cuadro histórico, pero, al revés de todos los que ántes de él habían explotado ese jénero, Meyer proscribió de sus obras la fantasía i la conjetura hasta en los menores detalles. Cada una de las épocas que pinta, tiempos de Carlo-Magno, el Renacimiento, la Reforma, época de Luis XIV, es una reconstitucion: cada uno de sus personajes es una evocacion; i, con impecable i minuciosa exactitud, describe todos los componentes del paisaje, todo lo que precisa el lugar i el momento de la escena; todo lo que define al actor mismo dentro de su vestido i en su actitud. Meyer sabe que todas esas pasiones que pinta se han ajitado verdaderamente, i, trazando sus conflictos, quiere que éstos sean exactamente tales como se produjeron.

Ninguno como Meyer ha pintado los claro-oscuros de esa alma; ninguno ha espresado mejor que él sus tempestades, relámpagos i truenos, las fuerzas misteriosas que lo conducen, los poderes ineluctables, orgullo, ambicion, voluptuosidad, debilidad, a las cuales fatalmente esa alma sucumbe. Tomas Becket en *El Santo*, es de ello una soberbia muestra.

ALBERTO RICHTER.

NOTAS E IMPRESIONES

LA MORAL EN LA VIDA PRIVADA I EN LA PÚBLICA.—

Tal es el título del último trabajo del célebre Adolfo Pilo, publicado por la *Rivista Moderna di Cultura*, introducción al curso libre de filosofía moral, que debía dar en la Universidad de Génova el ilustre Profesor italiano. El autor estaba escribiendo su última página cuando la muerte vino a sorprenderle en la flor de la edad i de la gloria.

He aquí un extracto de ese trabajo:

Entre la teoría i la práctica, entre las enseñanzas de la escuela i las exigencias de la vida real, aparece frecuentemente el mas visible contraste, que se patentiza, mas que en ningun otro dominio de la existencia, en la moral. Cualquiera que se tome la molestia de mirar a su alrededor verá, que hombres de la mas correcta i honesta vida privada incurren en la vida pública en graves incorrecciones, i en todo un sistema de culpables transacciones entre lo lícito i lo ilícito, sin experimentar por ello vergüenza ni remor-

dimiento, i sin provocar en el público censura alguna. Es mas: la mentira, la corrupcion, la violencia, la parcialidad, el favoritismo, todo lo que en la vida privada de un ciudadano parecería indigno i reprochable, no solo se disculpa en el hombre político, sino que hasta forma o acrecienta su fortuna, ganándole amigos i crédito.

¿Cómo es esto posible? ¿Hai, acaso, dos morales diferentes?

En doctrina, no. Todas las escuelas están de acuerdo: teólogos, idealistas, positivistas, evolucionistas, edonistas i utilitaristas, admiten un solo criterio i una sola moral; solo el utilitarismo parece admitir la hipótesis de otra moral, pero como hecho transitorio únicamente, i en todo caso viene a parar a un criterio —la utilidad jeneral colectiva—que escluye todo desdoblamiento de la moral. I es natural que sea así, porque la ciencia es monismo, bastando esto para escluir, al menos en teoría, lo que Sighele dice sobre la existencia de «morales diversas, segun el ambiente en que el hombre habla i obra»: moral de la familia, de la secta, de la casta, del Estado, etc. Bien está que se haga constar el hecho; pero sacar de él una lei i afirmar que «el hombre necesita muchas i diversas morales» no es admisible.

I, sin embargo, si el hecho existe, es preciso que la ciencia lo esplique, lo justifique i lo clasifique, i esto es lo que nadie ha hecho i lo que debe hacerse, porque la vida pública corrompida es el principal obstáculo para el progreso jeneral de la humanidad; porque esa corrupcion es la que detiene tambien los adelantos de cada pueblo, i porque la corrupcion moral es contagiosa. No se obtendrá la paz universal sino cuando en las relaciones internacionales rijan los mismos principios que en las individuales. Se

tiene miedo del Estado i de quienes lo representan, porque el Estado es un malvado i es el enemigo de todos; por eso se desconfía de él i se le odia. Si un Ministro distrae fondos de la caja del Estado «para hacer elecciones», cualquier empleado se considerará autorizado para sacar dinero de la caja de su principal, para su uso. Si no refrenamos estas tendencias, no solo arruinaremos las instituciones liberales, que ya es mucho, sabiendo la sangre i las lágrimas que han costado, sino que envenenaremos la vida privada, sofocando en nosotros el pedazo de moralidad individual que diez i ocho siglos de cristianismo nos han dejado en herencia.

El núcleo de la cuestion es este: ¿por qué el criterio moral, que sirve de guía en la vida privada, se abandona de golpe al entrar en la vida pública?

La moral, como todo aquí abajo, muda i evoluciona: primero fué sensacion, esto es, simple representacion sensible de ventajas o daños de determinados modos de conducta; luego fué sentimiento, es decir, conmocion íntima i simpática ante dolores o alegrías de que nos dábamos cuenta por representacion; despues fué intelecto, esto es, valoracion precisa de consecuencias buenas o tristes, útiles o nocivas, derivadas de la conducta del hombre; luego, en fin, será idealidad, es decir, elevacion, purificacion, aspiracion íntima al bien, despojado de todo lado sensible, separado de todo sentimiento inconscio, puro de todo cálculo de utilidad.

Nuestra moralidad actual está lejos, mui lejos todavía, de esta perfeccion. Nos falta el ideal; i esta falta, que en otros terrenos se ha comprobado i se comprueba diariamente, se nota principalmente en la moral.

¡La justicia! Sólo la sentimos por representacion:

nos abstenemos de ofender, no porque nos lo impida la idea pura de lo justo, sino porque nos representamos con suficiente viveza el dolor ajeno, fruto de una acción injusta.

¡La caridad! Estendemos la mano piadosa al hambriento o consolamos al desventurado, sólo porque sabemos los dolores que el hambre i la desventura han despertado i despertarán en nosotros.

La compasión de otro es compasión de nosotros mismos, no alto ideal humano. Socorremos a la mendiga que tiembla de frío i de hambre en una esquina; pero al hacerlo, cuando lo hacemos, apartamos la mirada, huyendo i casi temiendo que una parte de aquel gran dolor se nos pegue; tenemos miedo de que nuestros nervios se impresionen, siquiera sea pasajeraamente. ¿Es esto caridad? ¿Es moralidad?

La máxima «no hagais a otro lo que no querais que os hagan» es del pasado i no del porvenir de la moralidad; i es la que hoy sirve todavía de guía; todo lo referimos a nosotros, i nos tomamos por medida de la bondad de nuestros actos. Nuestra moral es la moral de antropomorfismo. En la mayor parte de los casos somos impulsivos o calculadores, casi nunca puramente morales.

En tales condiciones, ¿es posible, o al ménos probable, una alta moralidad en la vida pública? No, porque falta la representación. La repugnancia que sentimos para defraudar a otro en un negocio privado, se debilita o desaparece cuando se trata del erario público o de un ente moral. La personalidad jurídica, ficticia, que la ley concede a estos entes públicos no se representa capaz de dolor como las personas reales, i por eso creemos lícito causar un daño que en el fondo no lo siente nadie. I cuanto mayor es el ente, mas se verifica el fenómeno: de una sociedad de po-

cos socios a una anónima, al Municipio, a la Provincia, al Estado, hai toda una escala ascendente de personalidades respecto de quienes parece cada vez mas fácil i ménos culpable la inmoralidad.

Pasemos a otro punto de vista de la cuestion. Un dia la sirena política nos llama, i sin insistir demasiado en un exámen de conciencia, cuyo severo juicio de impreparacion e incompetencia podíamos temer, nos dejamos arrastrar por la fuerza de los sucesos, i nos vemos lanzados en el vértice, chico o grande, de la vida pública, i nos afiliamos a un partido. Doble daño para la moralidad, tanto por el desarrollo del instinto sectario que destruye la responsabilidad, como por el sacrificio de las propias convicciones a la bandera del partido.

I si se llega al poder, fin supremo de la carrera política, el daño será mucho mayor, porque mas que nunca se es esclavo de aquella bandera i de los amigos políticos; pues si antes era un mérito sufrir en silencio aquella constricción, luego el mérito está en hacerla sufrir a los demas, impidiendo murmuraciones o rebeliones. I en estas condiciones el hombre político se creará necesario para el bien del país, i nada le parecerá mas penoso que perder ese poder que tantas fatigas le ha costado; i para no perderlo le parecerán buenos todos los medios, invocando siempre la *salus populi*, confundida por él con su permanencia en el Gobierno.

Por eso se dice, con razon, que el poder embriaga. Sólo las almas grandes, fuertemente templadas, saben resistir a esta embriaguez i vencer sus seducciones. I si de las alturas del poder descendemos a los ejecutores, funcionarios, majistrados, militares, a todos, en fin, los que están llamados a obedecer, traduciendo prácticamente el criterio político de los gobernantes,

siempre tropezamos con el mismo hecho de la depresion moral. La rigurosa observacion del deber, que caracteriza en jeneral su conducta privada, no es la que mas brilla en su vida pública; hai un hábito, la bondad, que se deja, como la capa o el sombrero, al entrar en la oficina, i que no se vuelve a recojer hasta la salida. Es la oficina la que nos hace tan diversos de nosotros mismos, i por eso se grita tanto contra la burocracia descortés.

Pero la razon es siempre la misma: la falta de un claro concepto del bien i del mal, i, por lo tanto, del deber, con relacion al cual, de un lado, falta la individualidad del ajente, que obra como instrumento de una voluntad estraña, la lei, i de otro se obscurece la conciencia de las consecuencias ménos inmediatas del acto.

Sin idealidad ética, el hombre político será, o pécora en la grei de su partido, o lobo para los partidos contrarios, i le será casi imposible desplegar una conducta verdaderamente digna i moralmente buena. En el antiguo réjimen, bastaba el honor i la fidelidad al rei, en el moderno, i mas en el futuro, es indispensable la virtud, i no solo la virtud pasiva, mas bien formada por la abstencion que por la intervencion sino la virtud activa i gallarda que crece con el esfuerzo i el peligro.

Es preciso poner mano al remedio, i pronto, antes de que un estado de cosas, mui grave en todos los países latinos, haya producido el indefectible efecto de la desorganizacion ética de la sociedad i del Estado.

UNA ESTATUA DE ENRIQUE HEINE.—

El escultor dinamarques Hasselúes ha dado ya los últimos toques al monumento que en memoria de

Enrique Heine se levantará en el cementerio de Montmartre en París.

«Es difícil contemplar sin emoción—dice R. Bonghi—todo lo que se relaciona con el gran poeta. A cualquier escuela literaria, a cualquier partido político que se pertenezca, todos los que hemos pasado el límite de los 40 años, hemos leído en nuestra juventud las poesías del romántico de Düsseldorf. Ha sido éste un intérprete tan sincero i profundo de todo lo que conmovió el alma humana desde 1830 a 1850, que de aquellos que no han sentido el encanto de su estilo, la inmensa poesía de sus imágenes, el lúcido fulgor de sus ideas, puede decirse que no han vivido esos 20 años de la historia con los tormentos, las esperanzas i las desilusiones de aquel período borrascoso en que se incubó la unidad de Italia i la unidad de Alemania.

El busto del escultor Hasselües representa al poeta de los últimos años, ya enfermo i que desde el lecho del dolor siente el murmullo de las calles de París, cuyo eco ajita su alma como un veneno dulce i perturbador. Los ojos entreabiertos nublan el brillo de la mirada; en el cráneo enorme se adivina el cerebro bullente ajitándose a impulso de la idea; todo el mundo romántico de 1830 está allí dentro: las estrellas de oro de las nebulosas noches del Rhin, las catedrales góticas iluminadas por la luna, los mágicos filtros de Loreley, los apasionados cantos de amor, todo bulle en aquel cráneo: el observador lo ve, lo siente; parece como que una lenta melodía se elevara desde el monumento, melodía impregnada de lágrimas i de amor, de noches estrelladas, de palmeras que se reflejan en el agua del río sagrado de la India.

Casi sobre el pecho del poeta va esculpida una mariposa, símbolo de la inmortalidad: i un poco

mas abajo, una corona de rosas, cuya frescura eterniza el mármol, indica que será eterna la primavera de su renombre.

Una lira, i el fruto del pino, artísticamente sobrepuesto, simbolizan el amor i la muerte.... pero las hojas de palma i un volúmen de sus poesías nos dicen que Heine ha triunfado de la muerte i que, mas grande que Enio, puede repetir con el viejo poeta latino:

.... *hominum vivus per ora volo!*

Sobre la tumba del poeta van escritas estas tres palabras

Heine
Mme. Heinz

Matilde Mirat la *pródiga*, como la llamaba Heine, la mujer que fué su tormento i su consuelo, descansa bajo la misma losa, donde el poeta la ha esperado cerca de 30 años. Allí duerme uno al lado del otro en aquella paz i aquella calma que tanto necesitaban.»

LA CUESTION CHINA.—

Casi todos los publicistas europeos han aplaudido la actitud invasora i hostil que las grandes potencias han asumido en China. Sólo unos cuantos espíritus independientes han resistido a esa corriente de la opinion jeneral del Viejo Mundo. Entre ellos, figura Mr. Stead, el director de la *Reviews of Reviews* de Lóndres, que con franca i noble valentía ha condenado la guerra sud-africana. «Somos nosotros, los europeos —dice Stead— los que obramos en China mas como bandidos que como cristianos».

En Francia, Pedro Nesles ha alzado también su voz para condenar la guerra de China. Después de trazar sucinta, pero brillantemente una *esquisse* de la civilización e historia chinas, dice Nesles:

«Con semejante pasado, la China tiene derecho para enorgullecerse i de resistir a las pretensiones de Europa. Por lo ménos, es preciso comprender que asuma esa actitud. Opone a nuestra civilización una civilización de carácter muy diferente, es verdad, pero tan real, tan profunda i tan perfectamente unida como la nuestra. Además, la civilización china tiene la ventaja de su antigüedad, cosa no despreciable. Es difícil decir cuál de las dos civilizaciones es superior. Sin embargo, si la civilización debe definirse como el estado de un pueblo en que el desenvolvimiento moral de un individuo es mayor, i en cuya masa de individuos se encuentra repartida la mayor suma de felicidad compatible con la humana naturaleza, no dudo en afirmar que, entendida en ese sentido, la civilización china es superior a la nuestra. La criminalidad es allí menor que entre nosotros, que, para prevenirla i combatirla, mantenemos a gran costo un verdadero ejército de jendarmes i de policiales de todas clases, que la China está muy lejos de necesitar.

«Fuerte con el sentimiento que tiene de la grandeza de su civilización, i desconfiando, por otra parte, de los procedimientos de Europa, cuya avidez i mala fé ha tenido muchas ocasiones de constatar, la China se cierra ahora, resuelta i absolutamente ante las pretensiones de la civilización del Occidente. En buenas cuentas, ejercita un derecho. Nada sería más sencillo que respetarlo. Nuestros industriales, nuestros ingenieros, nuestros capitalistas podrán quejarse de ello, pues que empleen su actividad en nuestros países i que se contenten con ganancias módicas. Por otra

parte, pasados los primeros choques, el campo quedará libre a las empresas individuales, emprendidas con espíritu de concordia.

«La China no se ha cerrado nunca a esas empresas. I ya es tiempo, lo repetimos, de que el cañon, que fué durante tantos siglos, la *ultima ratio regum*, no sea tambien la última razon de las naciones.»

EL ESTADO DE LA CRÍTICA LITERARIA EN FRANCIA.—

Son bastante pesimistas las observaciones que, sobre este particular, hace Camilo Mauclair en *La Nouvelle Revue* del 1.º de agosto último. El ya célebre crítico hace notar que la crítica literaria ha perdido en Francia los tradicionales caracteres de autoridad i respeto que ántes tenia. Los diarios, preocupados únicamente de las noticias de última hora i de los sucesos de sensacion, tienen relegada la crítica a ínfimo lugar, i muchos de ellos sólo se ocupan de los libros o dramas nuevos mediante la correspondiente paga de los editores o directores de teatro. Apénas si quedan en Paris dos diarios, *Le Temps* i *Le Journal des Debats*, que conservan sus secciones especiales de crítica, servidas por escritores de primera nota. Las revistas mismas desdeñan ocuparse de las obras nuevas, con escepcion del *Mercurio de Francia*, la *Revue des Revues*, la *Revue Blanche* i alguna otra, que les dedican especial atencion.

Cree Mauclair que la crítica francesa ha perdido su prestigio i su autoridad, porque se ha vuelto frívola, en los diarios, i tambien por la influencia de la crítica impresionista, que llama «el fin de la crítica». La salvacion estaria en que los pocos críticos que quedan—

Emilio Faguet, Andres Allays, Spronck, Case, Deschamps i otros, se dedicaran a escribir *Ensayos*.

«El *Ensayo* es la forma superior de la crítica. Está directamente relacionado con las ciencias psicológicas i contemplativas; conviene tanto a la filosofía como a la psicología; es la expresión moral de las artes. El ensayista es el propio tipo del hombre de pensamiento, tal cual el espíritu moderno puede comprenderlo, es decir, el que lleva en sí mismo una síntesis de conocimientos técnicos suficientes para ampliar su noción razonada del mundo i de sus direcciones espirituales. El ensayista puede ser el hombre prudente que clasifique las riquezas, defina las fuerzas, clasifique las nociones, precise la significación moral de las obras, indique a la humanidad qué beneficios nuevos nacen para ella de la labor humana.

«¿Quién se atreverá a decir que un espíritu semejante no equivale al de los creadores? Es el hermano i el consejero de los poetas. Produce una claridad pura i constante, con las irregulares llamaradas de su creación irregular i dolorosa.»

LA ESPANSION ALEMANA.—

La última edición del «Atlas Pan-Americano», publicado en la ciudad de Berlin, i cuyo objeto no es otro que señalar al pueblo alemán la importancia de su raza, indicando aquellos puntos del globo donde ésta se encuentra, contiene, entre otras cosas de interés, los siguientes importantes datos:

En el año 1895 la población de Alemania era de 49.000,000 de habitantes, i en la misma época había fuera del imperio alemán 39.475,000 personas de nacimiento alemán descendientes en línea directa de los

mismos. De esta suma se calculan habian 10,000,000 en los Estados Unidos; 400,000 en el Canadá; 493,000 en los países del Centro i Sud-América i las Antillas; 106,000 entre Australia i Nueva Zelandia, i cerca de 300,000 en los países del sur de África.

Segun el mismo estadístico que compiló los anteriores datos, existen hoy dia en los Estados Unidos 2.993,000 alemanes. En el Estado de Nueva York es donde mayor número de éstos residen, calculándose el número en unos 553,000. Luego sigue Illinois con 336,000 i Wisconsin con 283,000. La proporcion en que figuran los alemanes con respecto al total de habitantes de varias ciudades americanas es como sigue: Milwaukee, 66 por ciento; Hoboken, 57; Detroit, 43; Cincinnati i Buffalo, 41 cada una; Jersey City i Cleveland, 40 cada una; Nueva York, 38 Newark i Chicago, 37; i Boston, 3 por ciento.

LOS FERROCARRILES DEL MUNDO.—

Un periódico aleman que trata de ferrocarriles, el *Archiv für Eisenbahnwesen*, ha publicado últimamente una tabla en que se da la estension total de los ferrocarriles del mundo. Segun dicha publicacion, habia a principios de 1899, 466,500 millas de vias férreas. De este total correspondian a Europa 167,000 millas; a la América del Norte, 213,000; a la América del Sur, 27,000; al Asia, 33,000; al Africa 11,000; i a Oceanía, 14,500. Los Estados Unidos tenian en aquella fecha 135,800 millas, o sea cerca de 20,000 millas mas que toda Eupora. La construccion de vias férreas no progresó tan rápidamente en 1898 como en años anteriores. En cuanto al total de millas i a la proporcion entre el número de millas i el número de

habitantes, se nota gran diferencia en las diversas naciones. A continuacion se verá una tabla en la cual se da el número de millas existentes en diferentes paises i la proporcion entre el número de habitantes i las millas de vía férrea:

| Paises | Millas | Núm. de millas por cada mil habitantes |
|-----------------------------|---------|--|
| Estados Unidos..... | 186,800 | 2,645 |
| Alemania..... | 30,776 | 568 |
| Rusia..... | 26,400 | 248 |
| Francia..... | 25,897 | 670 |
| India Británica..... | 21,970 | 76 |
| Austria..... | 21,805 | 484 |
| Gran Bretaña e Irlanda..... | 21,528 | 534 |
| Canadá..... | 16,860 | 3,210 |
| República Argentina..... | 9,822 | 2,080 |
| Italia..... | 9,759 | 310 |
| Brasil..... | 8,718 | 509 |
| Méjico..... | 8,498 | 627 |
| España..... | 8,102 | 445 |
| Suecia..... | 6,359 | 1,247 |
| Bélgica..... | 3,781 | 571 |
| Japon..... | 2,948 | 68 |
| Chile..... | 2,662 | 830 |
| Suiza..... | 2,302 | 758 |
| Ejipto..... | 2,085 | 174 |

CORREO DEL TEATRO

PARIS.—*El Teatro i la Esposicion.*—

Casi todos los críticos hacen constar que la Esposicion de Paris, deja mucho que desear en lo relativo al teatro. Las brillantes promesas de los empresarios no han sido cumplidas. En los principales teatros, se acude a las *reprises* de piezas cuyo éxito estaba de antemano asegurado; i en los de orden inferior, los espectáculos nada ofrecen digno de llamar la atencion de la crítica.

«Aparte de la Comedia Francesa—dice Enrique Fouquier—casi nada encuentro que señalar en los teatros. En el *Jimnasio* se ha representado «La hija de la Etranjera», obra de *amateur* que no carece de mérito, pero que es forzosamente efímera. *Las Novedades* repiten «La dame de chez Maxim», en que la hermosa Mme. Casive, continúa alegrando al público en su papel de la Crevette, i el *Ambigu* ha resucitado los eternos «Dos pilletes». Pero estas son obras conocidas, clásicas a su manera, sobre las que no se puede insistir. I como lo habíamos previsto desde el primer dia, la época de la Esposicion, insignificante o nociva para muchos teatros, feliz para tres o cuatro, no ha traído absolutamente nada de nuevo ni de interesante en el movimiento del arte dramático. No podía ser de otra manera.»

LONDRES.—

En el famoso teatro de Drury Lane ha tenido un éxito colosal, *Hearts are trumps*, drama en cuatro actos de Cecil Raleigh.

En este drama, de accion mui complicada, se fustigan algunos vicios sociales.

«*Hearts are trumps*—dice Paul Villars—tiene todos los elementos que constituyen un drama popular conforme a la tradicion de Drury Lane. Mundanos, alusiones a ciertos escándalos de juego, un judío usurero, i un lord que es un miserable. Hai tambien una cantante de café concierto, sin ortografía ni distincion, pero que tiene un corazón de oro i que es representada a maravilla por miss Beatriz Ferrar, jóven actriz de mucho talento i porvenir.»

LIMA.—

En la capital peruana se ha estrenado, con mucho éxito, *El comisario del 6.º*, zarzuela de costumbres limeñas, escrita por don Federico Blume, con música de Vallerriestra.

Como Lima es la ciudad hispano-americana que conserva mas rasgos típicos i propios, al par que tiene muchas costumbres orijinales, el teatro nacional, o criollo, mejor dicho, encuentra allí, mas que en otras capitales americanas, mejor campo para su desarrollo.

SANTIAGO.—

En Santiago hánse estrenado, en los últimos meses, algunas obras de escritores nacionales que no han tenido el éxito que las anteriores.

Nótase en los escritores que a ese jénero se dedican, demasiada precipitacion en la factura de sus obras, i poco estudio de lo que es el teatro i la materia *teatral*, por decirlo así.

Es de esperar que, mediante las lecciones de la esperiencia, i no confiando demasiado en la benevolencia del público para con todo lo nacional nuestros autores teatrales hagan obras mas completas i ménos apresuradas en su factura.

BIBLIOGRAFÍA

Las Mercedes de Agua, por PEDRO LUIS GONZALEZ.—Santiago, 1900.

Después de la vijencia de la lei orgánica de Municipalidades de 22 de diciembre de 1891, todo lo relativo a concesion i reglamentacion de mercedes de agua, sea para el regadío o para fines industriales, ha dado lugar a numerosas dificultades. Quedan ellas en su totalidad salvadas en el interesante proyecto que sobre esta materia don Pedro Luis González ha sometido a la deliberacion de la Sociedad de Fomento Fabril. Si ese proyecto se convirtiera en lei de la República se evitarian no pocos litijios i la agricultura i la industria tomarian gran desarrollo.

Deberes de los Alumnos, por JUAN B. MIRANDA.—Concepcion, 1900.

El señor Miranda trata de los deberes de los alumnos en la escuela i fuera de ella. Es un librito que prestará valiosos servicios a los maestros, sobre todos a los que no han recibido educacion en las Escuelas Normales.

El Poeta Popular Pedro Díaz Gana, por PEDRO PABLO FIGUEROA.—Santiago, 1900.

Este libro es una importante colaboracion al estudio de nuestra poesia popular, que en manera alguna merece la indiferencia con que hasta ahora se la ha mirado. Prestaría el señor Figueroa un señalado servicio a las letras nacionales si continuara sus investigaciones i llegara a formar un volúmen con las mejores producciones de nuestros poetas populares.

Movimiento de la Casa de Orates de Santiago en el primer semestre de 1900.—Santiago, 1900.

Contiene datos llenos de interes i la estadística prolija i completa del movimiento de la Casa de Orates. Podria servir de modelo a nuestros establecimientos de beneficencia, donde, por lo jeneral, tan escasa importancia se da a la estadística.

El Embarazo, por SALVADOR FELIÚ GANA.—Valparaiso, 1900.

El doctor Feliú, en una forma sencilla i esencialmente práctica, se ocupa en este libro de la hijiene del embarazo, de los cuidados que necesitan los niños recién nacidos i de la lactancia de los mismos. Contiene un gran número de consejos sencillísimos i de mui conveniente aplicacion.

Guía Ilustrada de Buenos Aires para el viajero en la República Argentina.—Buenos Aires, 1900.

Esta publicacion está a la altura de las mejores europeas de su jénero. Contiene una descripcion completa de la ciudad de Buenos Aires, todas las indicaciones útiles para los viajeros i un sinnúmero de datos e informaciones que permiten formarse una idea exacta de esa populosa capital. Está admirablemente ilustrada.

Intimas, por JOSÉ FLAMENCO.—Guatemala, 1900.

Es un hermoso volúmen de poesías, tiernas i delicadas en su mayor parte, sin que falten estrofas de entonacion verdaderamente viril. Flamenco es un poeta ya conocido i goza en su patria de gran reputacion. Su libro lo hará apreciar en todos los paises de habla castellana.

Metamorfosis, por FEDERICO GAMBOA.—Méjico, 1899.

Es una nueva obra del justamente afamado autor «Del Natural», de «Impresiones i Recuerdos», de la «Ultima Campaña» i de tantas otras creaciones de primer orden. *Metamorfosis* es una de las mejores novelas que se han publicado en América en estos últimos años.

Gramática de la Lengua Castellana, por la REAL ACADEMIA ESPAÑOLA, 1900.

La 13.^a edicion del Diccionario de la Real Academia Española hacia necesaria una nueva gramática castellana de la mis-

ma corporacion. Ella acaba de ver la luz pública, i prestará, a no dudarlo, utilísimos servicios a los literatos i al público en general.

El Gobierno Municipal, por ALFRED R. COMKLING.—Nueva York, 1900.

El autor de este libro fué miembro del Consejo Municipal de Nueva York i de la Asamblea del mismo Estado. Los lemas de su obra son los siguientes: «El Gobierno Municipal es negocio, no es política» i «La ciudad por el pueblo». Ellos manifiestan con toda claridad la índole de sus opiniones. Contiene capítulos interesantísimos i de actualidad palpitante sobre el gobierno de las ciudades americanas, el alcalde municipal, la Junta de Rejidores, la Policía, los impuestos, las calles las obras públicas, la instruccion, la beneficencia, las elecciones, la Reforma Municipal, etc.

L'Angleterre et l'Imperialisme por VICTOR BÉRARD.—Paris, 1900.

Es un estudio interesantísimo sobre las nuevas tendencias de la política inglesa. Los capítulos dedicados a Chamberlain, al imperialismo i al Panbritanismo están llenos de útiles enseñanzas i se leen con sumo agrado.

The Columbian and Venezuelan Republics, por WILLIAM L. SCRUGGS.

Mr. Willian L. Scruggs, que fué Ministro de los Estados Unidos en Colombia de 1873 a 1875 i de 1884 a 1885, i en Venezuela de 1889 a 1893, ha publicado un libro muy interesante con este título: «The Columbian and Venezuelan Republics, with Notes on other parts of Central and South America» («Las Repúblicas de Colombia i Venezuela, con apuntes relativos a otras partes de la América del Sur i Central»). La casa editora es la de Little, Brown & Co. La obra es una adquisicion muy valiosa, porque los trabajos que existen sobre esa parte de la América del Sur son muy pocos.

Lo que el autor dice acerca de los países de que trata es el resultado de su propia experiencia en un período de mas de veintiocho años, durante el cual sus relaciones oficiales i de otro jénero con los Gobiernos de Colombia i Venezuela le ofrecieron oportunidades muy favorables para hacer sus investigaciones.

SPORTS

LA MUJER I LOS SPORTS MODERNOS.—

Una revista de Paris abrió no hace mucho una *enquête* sobre los puntos siguientes.

1.º ¿Deja la mujer de ser mujer al entregarse a los ejercicios físicos conocidos con el nombre de sports?

2.º ¿Son estos recreos saludables para la mujer moderna, o pueden estimarse como nocivos?

De entre las muchas respuestas enviadas a esa Revista, vamos a entresacar algunas:

—Admito para la mujer todos los sports de nuestros días, si sigue siendo graciosa i conmovedora como Sakuntala; si socorre a los desgraciados como Santa Jenoveva; si hace música como Santa Cecilia; si alimenta tantos hijos como Blanca de Castilla; si hila como la reina Berta; si teje como Penélope; si borda como las antiguas princesas rumanas; si pinta libros de horas como Ara de Bretaña; si cuida a los heridos como Florencia Nightingale; si hace versos como Margarita de Navarra i la emperatriz Isabel de Austria.—*Cármén Sylva*, reina de Rumania.

—Sin querer reducir a la mujer a hilar lana, temo que lo que la saca del hogar i hace de la casa moderna un corredor por donde se pasa para cambiar de ropa, o una estacion para las comidas, en lugar de la casa activamente cuidada i adornada, como lo entendian nuestras abuelas i nuestras madres.—*Mme. Alfonso Daudet*.

—Nuestra mision en esta tierra, es representar el encanto, la bondad, la dulzura. Mi franqueza me obliga a decir que algunas mujeres no buscan en la bicicleta sino una ocupacion nueva, una embriaguez, un vértigo, i frecuentemente tambien se apoderan de este medio para escapar a toda vijilancia, tomar contacto i hacer brotar la chispa... Nosotras no somos ya mujeres, ni podemos todavía ser hombres; tengamos cuidado, no vayamos a ser neutros.—*Lucía Tassart.*

—La mujer sigue siendo mujer, psíquicamente, haga lo que quiera. En los sports, hasta las mas varoniles, tiene la mujer otras ambiciones i otras satisfacciones que el hombre. La cuestion de traje la preocupa siempre. Quiere agradar con sus proezas. Es otra forma de coquetería, pero siempre coquetería.—*Max Nordau.*

—La práctica de los recreos físicos equivale en la mujer a la ovariectomía de la gracia; la moda i el *chic* consienten el traje de amazona para la equitacion, pero reprueban los pantalones de la ciclista i las gafas de la automovilista. La mujer tiene otros medios—no digo otros *sports*—aerostacion i el alpinismo, para acercarnos al cielo.—*Jorje Vanor.*

ERRATA

Por un error de compajinacion, en este número aparecen las páginas **365** a **396**, en lugar de las páginas **265** a **296** que corresponde.

ENRIQUE SIENKIEWICZ

Enrique Sienkiewicz no es un nombre nuevo.

Hará cosa de diez años mas o ménos a que algunas revistas europeas, atentas al cosmopolitismo literario, dieron la noticia de que en el centro de la antigua Polonia existia un artista digno sucesor de Mikiewicz i de que su obra era un prodijio de gusto i de vigor. Este hombre era Sienkiewicz. En su primera educacion habia seguido las huellas del arte contemporáneo. Habia sido pintor de costumbres realistas i autor de novelas psicológicas, algunas de las cuales como *La Familia Poniatesk* i *Hania* son verdaderamente hermosas. Pero aun así era casi un desconocido. Solo en 1885, despertando el entusiasmo de sus compatriotas i conquistando las simpatías de su raza, empezó su nombre a pasar las fronteras del hogar. Un corazon patriota i cristiano ardia tras su cerebro de artista. Lo que éste no pudo conseguir fué mas fecunda i sencilla tarea para aquél. Con la mano del hijo querido golpeó en la tumba de su patria lejendaria, ya proscrita del mundo de los vivos; evocó los fantasmas de la historia muerta i los heróicos secretos de las memorias

pasadas, i como si quisiera calmar los tristes i dolorosos recuerdos de sus conterráneos, se puso a narrar las antiguas hazañas de los cosacos del Don, de los tártaros de Tugay-bey i de las tribus zaparogas, bajo la gloriosa espada de los Casimiro i Jeremías. Desde entónces la trompa épica, largo tiempo silenciosa, pareció resonar nuevamente. Dijérase que otro Homero cantaba sobre las ruinas de una moderna Troya. Por lo ménos así lo creyeron sus compatriotas. Despues, saliendo aun de las propias tradiciones de la tierra, pero guiado por sus sentimientos relijiosos, intentó el estudio de épocas mas conocidas, mas interesantes, por decirlo así, mas humanas. Como ántes interesaba el amor patrio, de los suyos, quiso interesar el amor relijioso de la humanidad. El éxito correspondió a sus ambiciones. Con la publicacion de *Quo vadis*, las miradas todas de la Europa literaria se fijaron en este semi-bárbaro que con arte grandioso hablaba de las glorias pasadas, de las hazañas caballerescas i de los sacrificios heróicos.

A manifestar algunos de los motivos de esta celebridad, a señalar las cualidades que se encuentran en las obras conocidas de Sienkiewicz, i a indicar la importancia de su tarea, van enderezadas las presentes pájinas. En ellas me he ceñido en lo posible a un criterio meramente artístico. Es el único que pueda interesarnos cuando se trata de esta clase de obras estranjeras. Es el único que debe dejarnos una buena enseñanza a los neófitos en materias de arte.

*
**

Las obras de Enrique Sienkiewicz pueden dividirse en dos partes.

En la primera, i en ella se comprenden sus nove-

las de carácter i sus novelas de costumbres, sigue mas bien la tradicion de los grandes maestros de su raza, sin que por esto se desconozca lo mucho que debe en la ciencia de la composicion al arte extranjero. Así es como poseen sus novelas la sobriedad i el equilibrio de la escuela realista, cosas difíciles de encontrar fuera de las comarcas latinas. Tiene el gusto de la observacion de la vida, principalísima condicion del arte contemporáneo, i aun de todo arte; pero es mas aficionado a la vida interior i psicológica, a la misma en que Stendhal i los románticos fueron verdaderos iniciadores. Con todo, el realismo occidental parece como filtrarse maravillosamente al traves del nativo idealismo de su alma eslava, i buscar una compensacion al modo estrecho de contemplar la vida en el estudio i en la espresion de ciertos elementos morales, que la misma escuela realista ha desechado. Sigue en esto las huellas de Tourguenef, que, a pesar de ser realista tambien, poseia un alma profundamente romántica. Como él, no toma de su asunto sino lo que estéticamente interesa. Prescinde del lujo detallista, de la nimia exactitud de las cosas i del escrupuloso inventario del movimiento pasional. Da lo que es solo importante para gravar la figura del personaje i caracterizar profundamente un estado de alma. En cambio, es mucho ménos pesimista que Tourguenef. Hasta podria decirse que de los autores contemporáneos es el ménos aquejado de tan negra enfermedad i el que nos da de la vida una impresion mas sana, mas serena i casi alegre.

Llega a tener a veces la injenuidad i frescura de sentimientos que, a principios de este siglo, poseian aun los mas desencantados discipulos de René. Así, cuando sus personajes espresan sus afectos, lo hacen con cierto entusiasmo lírico, parecido al de entónces

i que hoi ya no conocemos, barrido como está, quizás para siempre del campo literario por el gusto de la observacion materialista i fria. Este se nota sobre todo en la manifestacion del amor, no solamente del amor en los personajes de sus novelas contemporáneas sino aun en los de sus grandes obras históricas. Lo mismo en Hania i Selim, que en Ligia i Vinicio, que en Elena i Sketuski. En el transporte de la pasion amorosa recuerda a veces las mejores pájinas de Lamartine, del injenuo i cristalino Lamartine de Prócida, de tal modo que podria pensarse que Sienkiewicz se habia inspirado en él ampliamente. I así seria, en efecto, si olvidáramos que estos puros i sencillos sentimientos han existido en la humanidad juntamente con los mas revueltos i groseros desde que el hombre guarda memoria de sí mismo. Son, por consiguiente, universales, forman parte de la naturaleza humana i en ellos no cabe imitacion, o mas bien dicho, desde que el arte es arte no hace otra cosa que imitarlos. Como la naturaleza, son constantemente viejos i constantemente nuevos. Su espresion se repite diariamente desde mui atras i sin embargo, gracias a la eterna novedad del alma humana, aparecen cada dia mas nuevos i lozanos, i los artistas que logran fijarlos tambien son como sus verdaderos creadores.

Del modo propio de Sienkiewicz para concebir i tratar el asunto de sus obras emana un perfume de dignidad i alteza morales que no estamos acostumbrados a encontrar en los novelistas del dia. No se detiene en el fango, ni se deleita en la innoble humillacion de sus propias creaciones. Ejerce su arte con seriedad i nobleza vecinas al misticismo tolstoiano, pero sin sus pretensiones reformadoras i sin su ira contra la especie humana. Como todo espíritu sinceramente idealista, es religioso i casto, aun en las escenas mas

difíciles de la vida. Sobre ellas pasa como el rayo o deja caer la túnica de una severa discrecion. De aquí la ausencia en él de esas escabrosas situaciones que nos prodigan eternamente los autores realistas, haciéndolas creer soberanamente hermosas i dignas cuando lo que en verdad logran es producir, en unos, las náuseas de la vida i, en otros, el deseo de un arte mas sano i mas noble que ensanche al mismo tiempo el misterioso horizonte que tenemos derecho a abarcar con los poderosos ojos del espíritu. ¿Será debido a esto la creciente popularidad de las que en Francia se llaman *litteraturas septentrionales*, i se deberá a esto tambien la gloria de Enrique Sienkiewicz?

*
**

La segunda parte de su obra comprende las grandes novelas históricas que le han dado su mayor fama. Entre ellas figuran *Quo vadis* i una gran trilogía que abraza un largo período de historia polaca: el período mas interesante, aquel en que siendo una potente i valerosa nacion se ocupó como atalaya de toda la cristiandad en impedir las invasiones de los turcos, tártaros i demas tribus semi-bárbaras que amenazaban entónces el centro de la Europa.

Bajo el punto de vista literario, son estas novelas muchísimo mas importantes que las otras. Respecto de ellas no pocas cosas habria que observar.

Desde luego llama la atencion el hecho del renacimiento de la gran novela histórica en las postrimerías de un siglo que con su procedimiento de observacion directa de las cosas, parecia haberla muerto para siempre. Si quisiéramos encontrar algo parecido, tendríamos que remontarnos al primer tercio de este siglo i evocar la simpática figura de Walter Scott, que ejerció

sobre el arte de su tiempo una influencia tan grande como benéfica i que a la vez hizo nacer muchas flores hermosas en el campo de la Historia. Pero semejante influencia, por lo mismo que fué intensísima, no fué duradera. Por muchas causas, entre las cuales se contaron los propios excesos del romanticismo, este modo de resucitar poéticamente lo pasado fué decayendo cada dia mas hasta convertirse en un fenómeno aislado dentro del jeneral movimiento artistico del tiempo. Ninguna de las novelas históricas venidas mas tarde alcanzó la celebridad de las de Waverley. Por otra parte, los novelistas dedicados a este jénero han tratado mas o ménos históricamente de asuntos contemporáneos, sobre los cuales podian aplicar fácilmente los métodos modernos. Para renovar la novela histórica se necesitaba que un estraño viniera a hablarnos de nuestras propias cosas, de nuestras lejanas tradiciones. Este es el papel que ha venido a desempeñar el autor de *Quo vadis*. I a riesgo de que los que lean estas líneas las encuentren ambiciosas, me atrevo a pensar que la obra de Sienkiewicz importa una verdadera resurreccion de la novela histórica dentro de las posibles condiciones del arte contemporáneo.

Llegar al fondo de esta cuestion i decir el por qué de fenómeno semejante, seria tarea difícil para mí. Algo puede deducirse, sin embargo, del estudio de estas mismas obras.

Hai en todas ellas dos acciones que si bien se encuentran estrictamente subordinadas, pueden distinguirse claramente. Una es el gran fresco histórico, es la época descrita o estudiada con cierto escrúpulo de severo historiador. La otra es la novela propiamente dicha, compuesta de ordinario por los amores de dos personas i sus aventuras en medio de la escena donde ocurren acontecimientos superiores en las

cuales ellas toman parte. Ambas se prestan a grave interés i se completan mutuamente. Quitando, por ejemplo, de *Hierro i fuego* los amores de Sketuski i Elena, la obra quedaria reducida a una pintoresca i artística historia. Sustrayendo de *Quo vadis* las tétricas figuras de Neron i sus cortesanos, los amores de Vinicio constituirian una simple aventura. En toda esta segunda parte la concepcion de los caractéres i su desarrollo guarda armonía con el procedimiento de sus novelas de costumbres contemporáneas. Los caractéres son mas simples, eso si son como estraidos del fondo existente en la naturaleza humana. Antes que ser romanos o polacos son humanos, i, por lo tanto, comunes a todos los tiempos i a todas las historias. El modo de concebirlos, i su psicología, es sin embargo, el mismo.

No así la parte propiamente histórica de estas mismas novelas. Un soplo de grandeza verdadera épica majestuosamente las anima. La accion es vasta i grandiosa. En ella se mueven a veces, un pueblo entero contra otro pueblo, una nueva relijion contra una antigua, un nuevo órden de cosas que a va tomar posesion de una raza o de una nacionalidad arrojando de ella a otro decrepito o imposible. Los personajes que realizan todo esto son príncipes o reyes o valerosos caudillos. Los sentimientos que los animan son los mismos de la colectividad encarnados en ellos. Neron, con todos sus vicios i locuras, vive con el alma romana de la época. San Pedro i San Pablo son todo el espíritu severo i caritativo del cristianismo primitivo. El príncipe Jeremías es el valor de la Polonia que se esfuerza por constituir su nacionalidad. I en el fondo de todo esto se siente pasar el espíritu de los pueblos: las luchas del circo donde se halla reunida la plebe romana, el estruendo de las batallas campales, la horrible tristeza de los asedios interminables,

i las asambleas de los caudillos semejantes a los dioses homéricos.

Todo ha sido pintado con una fuerza de pincel i una realidad de colorido, que los creadores de la novela histórica no alcanzaron. Sienkiewicz ha tomado de ellos algo que necesariamente debia tomar: la verdad. La verdad de la historia i la verdad del color local: dos principios enteramente distintos. Sin embargo, en su realizacion ha hecho intervenir con gran fuerza otro elemento que faltó en las obras de los novelistas de la especie i que fué talvez motivo para la declinacion de su fama.

Hablando de Walter Scott dice Taine que «en él solamente los vestidos, los paisajes, los exteriores, son exactos; las acciones, los discursos, los sentimientos, todo lo demas está civilizado i embellecido». Sin hacer mucho hincapié en esta observacion demasiado cruel para ser dicha del gran bardo escoces, es lo cierto que puede aplicarse a la mayor parte de los que escribieron novelas del jénero histórico. Idólatras todos ellos del color local, descuidaron el estudio de las costumbres del tiempo novelado. Nos enseñaron cómo aquellos hombres se vestian, los suntuosos palacios que habitaban i la aristocrática cortesanía que usaban entre sí. Solo no penetraron en sus ideas, en sus caracteres, en sus modos de apasionarse, de sentir i de tratar las cosas de la vida; en todo aquello, en fin, que es como la causa del estado social, de la fisonomía de una época cualquiera.

Esto es precisamente lo que Sienkiewicz ha introducido en la novela histórica. Es un admirable descriptores de costumbres en el mas completo i cabal sentido de la palabra. Pide a la investigacion histórica el conocimiento de los usos i las maneras de la

época, pero a su propia fuerza psicológica debe algo que no enseñan los libros: la maestría para resucitar artísticamente los modos de pensar i sentir correspondientes a esos mismos usos i maneras. Si se quiere no serán los efectivos i reales, puesto que no podemos ni podremos jamas verificarlo, pero son al ménos los mas verosímiles i los que debemos imaginar dados los antecedentes poseidos. Al artista esto basta: esto es lo único que debemos pedirle. La figura de de Petronio a tal respecto es una maravilla. Difícil seria concebir vaciada en otro molde el alma del autor del *Satiricon*. Igual cosa se diria de algunas otras creaciones suyas, como, por ejemplo, de Melniski, el gran jefe cosaco de *Hierro i Fuego*, de Lonjino Pobjipienta, el casto i melancólico caballero lituano i varios mas.

Estas mismas observaciones pueden aplicarse aun con mayor razon a la masa anónima que constituye el último término de sus estensos cuadros. La plebe, el ejército, i demas agrupaciones de jente están briosamente manejadas. Las sentimos ajitarse con una vida tan intensa como verdadera. Los sentimientos que manifiestan son los del medio social que ellos mismos constituyen. En las grandes ocasiones aparecen vibrando en tono igual al de los personajes principales, i entónces es difícil decir si el alma de éstos es una personificación de los elementos i aspiraciones de la colectividad o si el sutil espíritu de ésta es una misteriosa emanación del de aquéllos. Tantos son el vigor i el movimiento i la verdad de la obra.

Dentro de la tendencia del arte contemporáneo no podia ser de otro modo. Ahora, despues de los progresos realizados por la erudición histórica i del desarrollo del gusto de lo exacto, no se tomaria por

lo serio a un autor que escribiera *Rienzi* o *Fabiola*, por ejemplo. No en vano los modernos métodos de investigación i estudio han influido en los destinos del arte i los artistas, dirigiendo sus rumbos por una senda si acaso mas limitada, mas humana i mas interesante para nosotros. La vana i prolija ostentacion del color local ha decaido. Los discípulos del arte parecen haber pesado aquellas fases del *Diario* de Eugenio Delacroix. «La debilidad de nuestro tiempo en los poetas i en los artistas, es creer que han realizado una gran conquista con la invencion del color local». Sin faltar el respeto a las enseñanzas arqueológicas, hoi, sin embargo, prefieren describir o pintar bajo el nombre de tales o cuales personajes, tomados de una época dada, la humanidad que conocemos, la humanidad que vemos a nuestro alrededor o la humanidad que imaginamos existir en circunstancias determinadas. Lo cual, si no es exactamente el realismo, es por lo ménos una fórmula inspirada en él, sin las limitaciones e inconvenientes con que lo han concebido las escuelas modernas.

En mi desautorizado sentir es esta la tarea que debe realizar la novela histórica para atraer sobre sí por un momento la voluble atencion de los hombres. Quizas será todo el secreto de su vida. Quizas en su realizacion se funde por no poco la fama del novelista Sienkiewicz. Ha interesado a sus compatriotas con el recuerdo de los pasados triunfos i a los aficionados a las letras con la resurreccion de la humanidad pasada, uniendo así los cultos del artista i del patriota. De su obra permanecerá velada para nosotros probablemente una parte no pequeña: aquella en que el corazon del patriota supera al cerebro del artista. Cada dia va la Polonia caminando mar adentro en el lóbrego mar del pasado, i la humanidad, desinteresada de ella como de

todo lo que fué, va olvidándola a su turno. Pero en cambio vivirán con frescura eterna aquellas no cortas páginas en que ha sabido despertarnos, con su jenio poderoso afectos, sentimientos e ideas que constituyen al mismo tiempo el mas precioso patrimonio del espíritu humano.

RAFAEL L. DIAZ L.

TOLKA

(Traducida de la version italiana de Nina Romanowsky, por J. V. C.)

Ayer todavía era estudiante, i sobre mi diploma de doctor en filosofia la tinta estaba húmeda aun; es verdad. No poseo bienes de fortuna, ni tengo hoy adquirida una posicion espectral; tambien esto es verdad. Una humilde casita, un pequeño jardin, una rentita modesta de algunos centenares de rublos, he ahí todo mi patrimonio. Comprendo por qué me han negado la mano de Tolka... ¡Pero colmarme de injurias!... ¡Pero humillarme tanto! ..

¿Por qué? ¿Qué he hecho de malo? He hablado delante de ellos con el corazon en los labios, con mi corazon de jóven honesto. He dicho:—¡Concedédmela, i seré un hijo para vosotros, i os conservaré gratitud hasta la muerte! ¡Concedédmela, i la amaré con delirio, la llevaré entre mis brazos i velaré siempre a su lado!... Es verdad, he dicho todas estas palabras como un loco; la voz que las balbuceaba era distinta de la mia; la respiracion se me estrangulaba en la garganta. Pero vosotros percibiais la emocion que

embargaba mi ánimo; vosotros comprendiais tambien que mis palabras eran el eco de un sentimiento que se encuentra raras veces en el mundo. I si habiais decidido negarme la mano de Tolka, ¿por qué no darme una respuesta franca, como lo hacen las almas buenas que conservan todavía una brizna de compasion? ¿Por qué agregar la mofa a la injuria?

Vosotros, que os dais el nombre de cristianos; vosotros, que os reputais cultivadores de lo ideal, ¿habeis pensado alguna vez en las consecuencias de vuestro proceder, en los peligros de semejante repudio?... I bien, ¿quién os asegura que yo no me romperé el cráneo, porque sin vuestra hija no puedo vivir, porque mi mente no alcanza a soportar toda esta falsedad, ni resistir a la idea de tanto contraste, entre esto que viene siendo como norma imprescindible de vida, i la vida misma? ¿Por qué no habeis tenido piedad de mí ni por un momento?... I sin embargo, tambien yo tengo el derecho de no ser ultrajado sin motivo, tambien yo tengo el derecho de ser tratado con induljencia. Soi jóven todavía, es verdad; soi todavía casi estudiante, no tengo bienes de fortuna ni posicion social, todo esto es verdad; pero el porvenir es mio, ¿i quién os ha dado jamas el derecho de despreciarlo?... ¡Oh! aquellas caras frias como el mármol, aquellos ademanes desdeñosos!... Dos dias hace apénas que la sola suposicion de que aquella jente pudiese obrar así, me habria parecido enorme. «¡Os habíamos tenido siempre por un jóven serio i honesto, i vos habeis abusado de nuestra confianza!» Hé aquí sus palabras, que me han cruzado el rostro como otros tantos latigazos. Todavía un minuto ántes se congratulaban conmigo de mi diploma, con la cordialidad mas afectuosa, como si se tratara de un hijo suyo; pero cuando, pálido, trémulo de emocion, descubrí cuál habia

sido el aguijón mas eficaz para estimularme al estudio, los rostros se endurecieron, sentí yo un escalofrío discurrir por mis venas, i solo entónces se me echó en cara el «haber abusado de su confianza». I tan acerbamente me han humillado i escarnecido, que por un instante me ha parecido a mí tambien haber perpetrado alguna acción infame i vergonzosa, haberlos traicionado talvez.

Pero ¿de qué manera? ¿Cuál es la traición de que soi reo? ¿Quién es el traidor, i quién el traicionado?... ¿O hai algo de deshonesto en el hecho de amar a otra persona con un amor sin límites, hasta dar la vida i el alma por ella?... Nó, a ménos que yo me haya vuelto imbécil. Si vuestro desden era pues sincero ¿de parte de quién estaba el error, de parte de quién la culpa?

I tambien respecto a tí me he engañado, ángel mio, tambien respecto a tí, en quien tanto confiaba. Ellos me han dicho:—¡Estamos ciertos que nuestra hija no os ha alentado jamas a dar semejante paso!—Sin duda que no me correspondia a mí el afirmar lo contrario. Pero vino despues esa «hija suya», i con toda la sumision de una señorita bien educada, balbuceó, bajando los ojos, que verdaderamente no podia convencerse de que una idea tal se me hubiese pasado por la cabeza.

¡Ah! ¿tú no puedes convencerte de ello?... ¡Escúcheme Ud. pues, señorita Tolka!... ¿Tú no puedes convencerte de ello? ¡Sí, es verdad, no me has dicho nunca que me amabas; no poseo, es cierto, documentos escritos de tu letra, con tu propia firma, o acaso, si los poseo, estás tú segura de que no los he mostrado a nadie!... Pero una sola cosa te quiero decir. Debe existir una justicia, un tribunal supremo, bajo las nubes profundas o en la íntima conciencia de los

hombres, poco importa dónde; un tribunal en suma, delante del cual serás tú constreñida a confesar tu falta: «he engañado a un hombre con lisonjas, he hecho brillar a sus ojos el rayo de mi amor, i despues lo he maldecido, lo he abandonado sin defensa al vituperio i al dolor». Talvez el valor te ha faltado, talvez no has sabido resistir, lo sé, i me has engañado cruelmente... I, sin embargo, no quiero hablar mal de ti, porque te amo aun; pero, ve, cuando se tiene entre las manos la suerte de un hombre, cuando se trata de salvarlo o de perderlo, es necesario tener valor; la justicia i el amor entónces deben triunfar del miedo.

¿Has pensado alguna vez en el estado de ánimo del arquitecto que, próximo a dar fin a su tarea, siente vacilar míseramente bajo sus pies el edificio que le ha costado esfuerzos enormes levantar? Pues tal es el estado de mi ánimo. Para mí, el porvenir se basaba todo sobre la fé ciega en tu amor; pero un golpe de viento lo ha esparcido sobre la arena, porque tú no has tenido valor, porque entre la ruina mia i la cólera pasajera de tus padres, has preferido mi ruina.

¡Oh! si en medio del fracaso de los sueños mas dulces, tú hubieses permanecido fiel al concepto que mi amor se tenia formado de tí, ménos vivo seria hoi mi dolor, pues le mitigaria el bálsamo de la esperanza! ¿No sabes que en los últimos tiempos todo lo hacia yo por tí, por tí sola, con la imájen tuya delante de los ojos? Por tí me fatigaba estudiando los dias enteros, i no dormia por las noches; por tí ganaba diplomas i medallas; por tí sola vivia i respiraba; no pensaba sino en tí. Ahora, en cambio, si echo una mirada al porvenir, veo un desierto inmenso, por el que mi dolor va aullando como un can viejo i enfermo. ¡Aun mas inválido he quedado! ¡Quién sabe si a lo ménos una vez sola volverá a tu mente el recuerdo de todos estos

males! Pero entónces, sin duda, tu padre i tu madre, personas mui razonables, te esplicarán el fenómeno diciéndote que yo soi un estudiante i que mi exaltacion es un mal pasajero. ¡Sea lo que ellos quieran! Pero tambien yo puedo decir como el Shyloch de Shakespeare:—¿No somos talvez hombres como vosotros? Si nos heris ¿no rebosa tambien la sangre por nuestra herida? Si nos ofendeis ¿no ruedan tambien de nuestros ojos las lágrimas?—No es lícito jamas ofender a un hombre, cualquiera que sea. Infundada o nó, mi exaltacion no da a nadie el derecho de insultarme i de burlarse de mí. ¡Es una gran verdad que este nuestro mundo, enorme cuerpo sin alma, amasado con avaricia, hipocresía i mentiras, ya vacila i está para arruinarse, hasta el punto que es imposible habitarlo!

Tengo mucho tiempo delante de mí. El diablo me persuadió a doctorarme en filosofía, i ahora, como filósofo, me detengo un poco, de buena gana, a considerar la naturaleza de las relaciones varias que ligan reciprocamente a los hombres, tanto mas, cuanto que tambien hace poco tales relaciones han ejercido sobre mi suerte una influencia bien grave. Vosotros, seres llenos de prudencia, vosotros, personas apellidadas razonables, estais contentos de haber pescado en otra parte un vocablo vacío de sentido, i de usarlo para denotar la manifestacion de un hecho. Que despues ese hecho resulte de naturaleza tal que haga romperse la cabeza a un sér humano, a vosotros no os importa de ello un ardite. ¡Exaltación! Pero ¿qué alivio puede llevar a un hombre este vocablo, cuando el hecho significado por el vocablo mismo es aquel que le desgarrará el corazón? ¿Esperais acaso mitigar su afán con vuestro vocabulario?... Pero no basta. Vosotros, ademas, negais la existencia de todas aquellas sensacio-

nes que no hablan a vuestros nervios debilitados; vosotros no creéis sino en el dolor de dientes, porque en vuestras viejas quijadas los dientes se mueven. Según vosotros, solo los reumatismos tienen en sí algo de grave, solo los reumatismos pueden producir dolores verdaderos; pero el amor.... ¡una simple exaltación mental, i nada más!

Cuando mi mente se abstrae en estos pensamientos, me imagino encontrar en mí dos hombres distintos: el uno, el estudiante audaz i confiado de ayer, que en nombre de las nuevas ideas se lanza ardoroso contra los prejuicios del mundo viejo; el otro, el hombre herido por una ofensa profunda, que siente la necesidad de maldecir i de llorar.... ¡Ah, nó! la vida, de este modo, se vuelve imposible! Es demasiado fuerte una tal discordancia entre el idealismo de vuestras palabras i la vulgaridad de vuestras acciones. Ya está próximo el día en que os vereis obligados a corroborar con hechos vuestras pomposas palabras; esto es, a tener la franqueza de profesar a cara descubierta vuestras cínicas opiniones, como cínicamente es vuestra manera de obrar.... Dios solo sabe cuántas veces he oído yo a los padres de Tolka decir que la riqueza no basta a constituir la felicidad; que mucho más que la riqueza vale el carácter, i que la paz de la conciencia es el tesoro más grande del mundo. ¿Es verdad todo esto?... I bien: yo tengo un carácter, yo sé trabajar, yo poseo la paz de la conciencia, i la juventud, i el amor: ¿por qué, pues, me habeis rechazado, por qué me habeis puesto desdeñosamente en la calle?... Pero si hoy, en cambio, hubiese ganado medio millón en una lotería, de seguro me habriais concedido con gusto la mano de Tolka: entónces su padre ya habria venido a buscarme a la puerta de mi casa, i estrechá-

dome entre sus brazos como a hijo predilecto. ¿No es acaso verdad todo esto?

Quien quiera comerciar, debe ser capaz de hacer sus cuentas; pero vosotros, personas razonables, no sabéis calcular; vuestro mal juicio os lleva a cometer despropósitos. ¿Comprendéis? No sabéis calcular, i os lo demostraré con calma.

Que el amor existe, es indiscutible; de aquí por qué es necesario tasarlo en su justo precio. Mas, para hacerlos comprender todo su inestimable valor, seria necesario que un insigne matemático os lo trasformase en dinero a vuestros ojos. El amor es un elemento positivo de vida, un elemento real, indispensable, ni mas ni ménos que el dinero; i no es difícil probároslo. La vida tiene tanto mayor valor, cuanto mas satisfecha está de la felicidad; i el amor es una mina de felicidad inagotable, porque equilibra la juventud i la salud conjuntamente.... ¡I vosotros, en vuestras mentes estrechas, no sabéis concebir una verdad tan sencilla! No, no, os lo repito todavia: vosotros no sabéis calcular. El millon vale un millon i no un céntimo mas; vosotros, sin embargo, aparte de su valor intrínseco, le atribuis el de todos los otros bienes posibles. Error, señores míos, error gravísimo, al que debeis el ir a tientas por un mundo ficticio, recojiendo equivocaciones al juzgar de las cosas, i estableciendo mal, por consiguiente, los precios. Vosotros sois románticos, pero vuestro romanticismo es vulgar, de comerciante, i dañoso, porque corta las alas a la esperanza, porque despedaza la vida no solo de las personas que os son estrañas—i qué os importaría de ellas?—sino tambien de vuestros propios hijos. Tolka habria sido feliz a mi lado: ¿i qué mas podeis pretender? ¡Oh! no vengais a decirme que ella me habria rechazado! Si con vuestra triste educacion no alcanzasteis a anular en ella

toda fuerza de voluntad, todo sentimiento de injenuidad i de valor, creedlo, no seré yo solo quien en este momento llore, loco de dolor. Ninguno la habria amado con un amor tan poderoso como el mio; ninguno mejor que yo sabe qué cosa habria sido Tolka si vosotros no hubieseis destilado veneno en su corazon.

¡I yo la he perdido para siempre, i he perdido con ella una infinidad de cosas que son necesarias a la vida como el pan, i sin las cuales se muere!.... ¡Oh, vosotros, a quienes habia esperado llamar con el dulce nombre de padres! ¡Oh, tú, que debiste ser mi esposa! A veces pienso que vosotros mismos no podeis comprender toda la inmensidad del mal que me habeis hecho. ¡Tendriais el deber de volverme a llamar a vosotros entónces.... porque es imposible no sentir piedad de mi dolor!

.....

Pero ¿a quién dirijo todos estos lamentos, todos estos reproches? La justicia está de mi parte. Esto que he escrito es una verdad sacrosanta, pero no basta a restituirme a Tolka. ¡Es espantoso! ¿A nadie sirven, pues, la verdad i la justicia?.... Es una enormidad, contra la cual se rebela mi pensamiento. I sin embargo, a mí no me han servido de nada, absolutamente de nada! Es imposible que el mundo esté ordenado como querria concebirlo la mente humana; pero ¿de dónde nace tal desacuerdo?.... Las ideas se me confunden; no puedo escribir mas.

ENRIQUE SIENKIEWICZ.

(Continuará)

REMINISCENCIAS DIPLOMÁTICAS (1)

LAS CONFERENCIAS DE ARICA

Una relacion, en lo posible completa, de las negociaciones diplomáticas para llegar a la paz, nos obliga a volver a una época anterior a la ocupacion de Lima, queremos decir, a aquel tiempo en que las fuerzas de Chile, despues de la batalla del Alto de la Alianza i del asalto al Morro de Arica, habian, puede decirse, destrozado para siempre la alianza enemiga, obligando a los restos del ejército boliviano a buscar refujio dentro de las fronteras de su pais, i al Gobierno del Perú a reducir sus esfuerzos a la defensa de su capital amagada.

Era la ocasion, como lo decia mas tarde el Ministro de Relaciones Exteriores de Chile al Congreso Nacional, en que «debía esperarse que en los consejos del enemigo se dejase oír la voz de la prudencia i se hicie-

(1) De un interesante libro que, dentro de poco, publicará el señor Javier Vial Solar, ex-Ministro de Chile en el Perú, ofrecemos hoy a nuestros lectores un capítulo, que debemos a la amabilidad de su autor.

ra lugar a una paz que evitara mayores e inútiles sacrificios, de una i otra parte, i que consultara las exigencias fundadas i lejitimas del vencedor», ya que «una apreciacion tranquila i justa de la situacion respectiva de los belijerantes debia en buena lójica sustentar esa opinion».

En esos momentos i despues de insinuaciones amistosas de varios de los representantes diplomáticos de las naciones amigas acreditados en Chile, el Ministro de los Estados Unidos de América, Thomas A. Osborn, dirijió, con fecha 8 de octubre de 1880, una nota al Gobierno, ofreciendo la mediacion de su pais en el conflicto armado, bajo la forma de buenos oficios i siempre que el Perú i Bolivia significaran por su parte su aceptacion a esta idea.

Las conferencias de los representantes de los tres paises en lucha, segun la referida nota i el acuerdo privado a que se habia llegado con la Cancillería chilena al respecto, tendrian lugar a bordo de una nave de guerra norte-americana en la bahía de Arica, «en presencia i con amistosa ayuda i asistencia de los representantes de los Estados Unidos ante los Gobiernos belijerantes».

La mediacion en la forma indicada, de buenos oficios, fué formalmente aceptada por la Cancillería chilena en nota de fecha 7 de octubre del mismo año, dejándose en ella constancia, «para evitar dudas i ambigüedades, que esta aceptacion no envolvia la suspension de nuestras hostilidades».

Dado este primer paso, pronto se supo que los representantes de los Estados Unidos en el Perú i en Bolivia, Isaac P. Christancy i Carlos Adams habian obtenido la aceptacion de los Gobiernos ante los cuales se hallaban acreditados, i el dia 22 de octubre de dicho año pudieron celebrar la primera conferencia

a bordo de la corbeta de guerra *Lackawanna*, en el puerto de Arica, los Plenipotenciarios de los tres países, que lo fueron, por parte de Chile, los señores Euojio Altamirano, José Francisco Vergara i Eusebio Lillo; por parte del Perú, los señores Antonio Arenas i Aurelio García, i por parte de Bolivia, los señores Mariano Baptista i Juan Crisóstomo Carrillo, con la asistencia de los representantes norte-americanos ántes citados.

Durante la conferencia i dando principio a ella, el señor Osborn dijo que creia «inútil en este momento entrar a considerar el orijen de la mediacion propuesta por los Estados Unidos o la prioridad de su sujestion; que era mui grato constatar que la conferencia era un hecho consumado, patentizado por la presencia de los Excelentísimos Plenipotenciarios que la componian i que era de esperar que iniciaran sus deliberaciones con el propósito sincero de conseguir el alto objeto para el cual habian sido convocados; que consideraba innecesario asegurar que el Gobierno i el pueblo de los Estados Unidos sentian un interes profundo por el bienestar de las tres naciones belijerantes, i que no podia ser de otro modo, desde que los Estados Unidos inauguraron en América el gobierno republicano, siendo, por tanto, hasta cierto punto, responsable de la existencia de sus instituciones; que habiendo sido los primeros en reconocer la independenciam de estas Repúblicas, no han dejado de seguir con atenta mirada, desde entónces hasta hoi, los esfuerzos que han hecho para mantenerse a la altura de los progresos de la civilizacion, regocijándose con sus adelantos i prosperidad; que, como es sabido, las instituciones republicanas están hoi puestas a prueba ante el mundo, i todas las naciones aqui representadas tienen igual interes en que se obtenga

de ella un éxito feliz; que, por tanto, es natural que deploren profundamente la existencia del estado actual de guerra i que anhelan su terminacion; que éste es el sentimiento que ha inspirado la actitud asumida por el Gobierno de los Estados Unidos, el cual abraza la esperanza de que ántes de cerrar sus sesiones esta conferencia, se pueda alcanzar una paz honrosa i duradera; que, sin duda, los Plenipotenciarios de las tres Repúblicas se hallan penetrados de la verdadera posicion que ocupan los representantes americanos; que, no obstante, no consideran de mas advertir que se proponen no tomar parte alguna en la discusion de las cuestiones que se sometan a la conferencia, i que las bases bajo las cuales pueda celebrarse la paz, son materia de competencia exclusiva de los Plenipotenciarios; pero que, sin embargo, se hallan dispuestos i deseosos de ayudar a los negociadores con su amistosa cooperacion, siempre que ella sea estimada como necesaria».

Estas palabras, llenas de sagacidad i circunspeccion diplomáticas, a la vez que apropiadas para dar a la mediacion de los Estados Unidos su verdadero carácter, alejando toda interpretacion que pudiera halagar los sentimientos de hostilidad con que alguno de los tres beligerantes habia imaginado encontrar en ella algo contrario a una estricta neutralidad, produjeron la mas satisfactoria impresion en los Plenipotenciarios de Chile i debieron alejar de sus enemigos toda esperanza de que a aquel acto diplomático siguiera una intervencion o imposicion favorable a sus planes de resistencia al vencedor.

Es importante dejar nota de las palabras del representante de los Estados Unidos en esta ocasion, porque ellas son como la fórmula clara i comprensiva de las ideas que la Cancillería norte-americana man-

tuvo en seguida durante el curso de la contienda, i que bien estudiadas en los hechos, no dan, a nuestro modo de pensar, materia a las críticas acerbas de que ordinariamente han sido objeto para muchos de los hombres que entre nosotros han escrito sobre el asunto.

Dando forma a esta apreciacion, el Plenipotenciario de Chile don Euljio Altamirano, contestó al señor Osborn que, «en su nombre i en el de sus colegas, se apresuraba a cumplir el primer encargo de su Gobierno, manifestando que los nobles i desinteresados esfuerzos hechos por los dignísimos representantes de los Estados Unidos para poner término a los sacrificios de la guerra, empeñaban la gratitud del Gobierno i del pueblo chilenos, i que, cualquiera que fuese el resultado de la conferencia i aun cuando no se alcanzara el acuerdo para llegar a la paz, Chile no desconocería nunca la magnitud del servicio; que se complacia en reconocer la exactitud de la observacion del Excmo. señor Osborn, cuando para comprobar el interes con que la gran nacion del norte mira nuestro desarrollo i prosperidad, recordaba que ella habia sido la primera en reconocer nuestra independenciam».

Cumplidos, en seguida, los trámites usuales en estos casos sobre los procedimientos a que las conferencias se ajustarian, el señor Altamirano puso en manos de los Plenipotenciarios enemigos una minuta de las condiciones en que el Gobierno de Chile estaba dispuesto a proponer i aceptar un tratado de paz.

«Primera.—Cesion a Chile de los territorios del Perú i Bolivia que se estienden al sur de la quebrada de Camarones i al oeste de la línea que en la cordillera de los Andes separa al Perú i Bolivia hasta la quebrada de la Chacarilla, i al oeste tambien de una línea que desde este punto se prolongaria hasta tocar

en la frontera argentina, pasando por el centro del lago de Ascotan.

«*Segunda.*—Pago a Chile por el Perú i Bolivia, solidariamente, de la suma de veinte millones de pesos, de los cuales cuatro millones de pesos serán cubiertos al contado.

«*Tercera.*—Devolucion de las propiedades de que han sido despojados las empresas i ciudadanos chilenos en el Perú i Bolivia.

«*Cuarta.*—Devolucion del transporte *Rimac*.

«*Quinta.*—Abrogacion del tratado secreto celebrado entre el Perú i Bolivia el año de 1873, dejando al mismo tiempo sin efecto ni valor alguno las jestionés practicadas para provocar una confederacion entre ambas naciones.

«*Sesta.*—Retencion por parte de Chile de los territorios de Moquegua, Tacna i Arica, que ocupan las armas chilenas, hasta tanto se haya dado cumplimiento a las obligaciones a que se refieren, las condiciones anteriores.

«*Sétima.*—Obligacion de parte del Perú de no artillar el puerto de Arica cuando le sea entregado, ni en ningun tiempo, i compromiso de que en lo sucesivo será puerto esclusivamente comercial.»

Los Plenipotenciarios acordaron reunirse de nuevo en una fecha próxima, que el Plenipotenciario del Perú señor Arenas indicaria por conducto del señor Osborn, una vez que se hubiera estudiado la minuta de condiciones presentada por el señor Altamirano.

La segunda de las conferencias tuvo lugar el veinticinco de octubre del mismo año que la anterior i con la asistencia de todos los Plenipotenciarios de las tres Repúblicas beligerantes i la de los representantes de los Estados Unidos, i en ella se tomaron en consideracion las proposiciones de paz hechas por el Gobier-

no de Chile en la reunion anterior, que fueron unánimemente desestimadas por los Plenipotenciarios de los paises aliados.

En ella el Plenipotenciario del Perú, señor Arenas, declaró que las proposiciones de Chile le causaban penosa impresion, por cuanto cerraban las puertas a toda discusion, sobre todo la primera de ellas, que consideraba como obstáculo insuperable a la consecucion de la paz, ya que la anexion territorial, como resultado de la guerra, era incompatible con la base tutelar de las instituciones republicanas que no podian conciliarse con la implantacion de un principio peligroso en sumo grado para la existencia de todas las Repúblicas sud-americanas.

«Pasando, dijo, de estas consideraciones jenerales, que se refieren a los intereses i al reposo de los Estados de esta parte de la América, entro a examinar la primera de las bases de paz formuladas por Chile. La República del Perú, por sus ideas dominantes, por sus principios que profesa i por los sentimientos que animan a todas sus clases sociales, es incapaz de consentir en que se le despoje de una parte de su territorio, i ménos aun del que constituye en la actualidad la fuente principal de su riqueza. No desconozco que los Estados, por carecer de un juez supremo que decida sus contiendas, regularmente las resuelven en los campos de batalla, exigiendo el vencedor que ha obtenido la victoria definitiva, el cual no existe en la presente guerra, que la parte vencida i sin medios para continuar resistiendo, ceda a las pretensiones que motivaron las hostilidades. En el Perú están arraigadas estas ideas en la conciencia pública, siendo a la vez las que profesa i respeta la América republicana. Por esto creo que, dadas las actuales condiciones de los beligerantes, una paz que tuviera por base la desmembracion

territorial i el renacimiento del caduco derecho de conquista, seria una paz imposible. Aunque los Plenipotenciarios peruanos la aceptaran i la ratificase su Gobierno, lo que no es permitido suponer, el sentimiento nacional la rechazaria i la continuacion de la guerra seria inevitable. Si se insiste en la primera base, presentándola como condicion indeclinable para llegar a un arreglo, la esperanza de la paz debe perderse por completo, siendo así esterilizados los esfuerzos que se hacen actualmente i con la perspectiva de nuevas i desastrosas hostilidades para los beligerantes. Los representantes del Perú deplorarán este resultado, mas que como patriotas, como americanos i como amigos sinceros de la humanidad, sin que nos sea imputable culpa alguna, porque, si fracasan las negociaciones, será por influjo de ciertas pasiones que se han inflamado para presentar como necesaria la prosecucion de una lucha de esterminio, cuyas consecuencias, si no se miden hoy, se sufrirán mañana...»

Hemos transcrito a la letra la parte principal del discurso del Plenipotenciario peruano, porque ella tiene la importancia de poner de manifiesto cuál era, en esa época, a pesar de los desastres que los ejércitos de la Alianza habian experimentado en Pisagua, San Francisco, Tacna i Arica i que debian haberles hecho abandonar toda esperanza de fortuna, el espíritu que dominaba en las rejiones oficiales de los países vencidos en aquellos campos de batalla i que un sentimentalismo, avivado por ilusiones impropias de su situacion, alimentaba todavía.

El lenguaje del señor Arenas no es, en efecto, otro que el que por ese tiempo empleaba todavía la prensa del Perú i Bolivia, basando argumentos contra el vencedor en teorías de un pretendido derecho público continental, que condenaba todo cuanto era desfavo-

rable a los países vencidos, dejando al vencedor solamente la muy justa satisfacción de haber manifestado la superioridad de sus fuerzas, o apelando a los sentimientos altruistas de un americanismo de declamación o de una solidaridad republicana que los países aliados habían roto en momentos de imprevisora locura, sin medir las lógicas consecuencias que la guerra trae forzosamente siempre para los que libran a sus sangrientos fallos el sostenimiento de su causa.

El señor Altamirano, dice el acta de la conferencia, contestó al señor Arenas, manifestando la razón de las exigencias del Gobierno de Chile en los siguientes términos:

«Mi Gobierno, dijo, cree que para dar a la paz estas condiciones, es indispensable avanzar la línea de frontera. Así procura compensar en parte los grandes sacrificios que el país ha hecho i asegurar la paz del porvenir. Esta exigencia es para el Gobierno de Chile, para el país i para los Plenipotenciarios que hablan en este momento en su nombre, indeclinable, porque es justa. Los territorios que se extienden al sur de Camarones deben en su totalidad su desarrollo i su progreso actuales al trabajo chileno i al capital chileno. El desierto había sido fecundizado con el sudor de los hombres de trabajo, antes de ser regado con la sangre de sus héroes. Retirar de Camarones la bandera i el poder de Chile, sería un abandono cobarde de millares de conciudadanos i renovar, reagrándola, la antigua e insostenible situación.

«No se explica cómo ha podido afirmar el Excelentísimo señor Arenas que esta pretensión de Chile choca con los principios aceptados i con las prácticas establecidas. La historia de todas las guerras modernas contradice a Su Excelencia, i en América los casos de rectificación de fronteras son numerosos i pertene-

cen a la historia contemporánea. En la pretendida conquista de Chile solo hai una novedad, i es la de tratarse de territorios que, como lo decia hace un momento, deben lo que son al esfuerzo i al trabajo chileno.

«Lo repito una vez mas, concluyó el Plenipotenciario chileno: Chile no puede sacar su bandera de esos territorios. Los Plenipotenciarios chilenos no pueden suscribir un pacto que eso ofreciera, i si lo suscribieran, el Gobierno i el pais le negaria su aprobacion.»

El Plenipotenciario de Bolivia señor Baptista pronunció en seguida un hermoso discurso, sosteniendo que el tratado secreto de alianza celebrado entre el Perú i Bolivia el año 1873 i para el cual se habia procurado tambien la aceptacion de la República Argentina, no habia tenido, como se juzgaba, por objeto real una intencion de hostilidad contra Chile, sino, por el contrario, sentar prácticamente el principio histórico de la federacion i solidaridad política de los paises americanos, i se estendió en largas consideraciones, de carácter que podria calificarse de académico, sobre este tema, proponiendo al fin la idea de que los territorios cuya anexion pretendia Chile quedaran en prenda en poder de éste, hasta que no se le pagara por las Repúblicas aliadas una indemnizacion de guerra que le indemnizara de los gastos bélicos que habia hecho en la campaña.

Naturalmente esta insinuacion no fué aceptada por los Plenipotenciarios chilenos, quienes, despues de refutar los conceptos del señor Baptista acerca de la naturaleza i objeto del tratado de 1873, insistieron i acentuaron sus exijencias que, con el carácter de indeclinables, habian señalado para aceptar la paz.

El Plenipotenciario del Perú propuso entónces,

como recurso de avenimiento, la idea de someter al arbitraje de los Estados Unidos las diferencias existentes, que se produjeran en discusiones posteriores, reconociendo con ello el gran papel que a la República del Norte correspondia por «su alta moralidad, su posicion en el continente i el espíritu de concordia que revela por igual a favor de todos los países beligerantes aquí representados».

Los Plenipotenciarios de Chile, señores Vergara i Lillo, rechazaron la proposicion de arbitraje como contraria en absoluto al derecho que asistia a Chile, despues de sus victorias sobre los aliados, para dictar la paz, i al cual, la naturaleza de la situacion en que los beligerantes se hallaban en esos momentos colocados, le impedia renunciar en esas circunstancias, ya que tal renuncia importaria la de las ventajas que le daba la prosperidad de los sucesos de una campaña que lo favorecia.

El señor Lillo, desarrollando este tópico, agregó:
«El arbitraje despues de la lucha no puede ser una solucion aceptable para Chile. ¿Qué iria a pedir al árbitro? ¿Que estimase los sacrificios hechos por Chile en una guerra a que fué provocado? ¿Que pudiese el precio a la sangre de sus hijos? ¿Que calculase las indemnizaciones debidas a sus esfuerzos? ¿Que fuese a prever todo lo que necesita en el porvenir para no encontrarse en la dolorosa situacion de tener otra vez que tomar las armas en defensa de su tranquilidad i de sus derechos? Soluciones semejantes, despues de victorias costosas i sangrientas, solo puede i debe darlas la nacion que ha consumado con fortuna tan grandes sacrificios.

«Se ha invocado por alguno de los Plenipotenciarios de Bolivia la fraternidad americana, la necesidad de no hacer figurar en la solucion de esta contienda

antecedentes que pudieran establecer en el derecho público de estos países la idea de conquista. Como el que mas, acepta i aplaude las ideas de fraternidad invocadas; pero la guerra será mas difícil en el porvenir a medida que los sacrificios que ella imponga sean mayores para los que intenten provocarla. Chile ni quiere ni consentirá jamas establecer el derecho de conquista; lo que pide es la justa compensacion de sus esfuerzos en esta fatal contienda; es la proteccion de poblaciones esencialmente chilenas, que no aceptarían el hecho de verse abandonadas cuando hoy viven i se desarrollan al amparo de su bandera. Las cesiones de territorios, despues de grandes ventajas obtenidas en la guerra, son un hecho que se ha producido con frecuencia en los tiempos modernos i en la América republicana. Las naciones que así obraron no han tenido por qué arrepentirse, puesto que buscando una justa compensacion de sus esfuerzos, llevaron el progreso i la riqueza a las rejiones que les fueron cedidas. El arbitraje, i el arbitraje en manos de la Gran Nacion que es modelo de las instituciones republicanas, sería siempre aceptado por Chile con popular aplauso; pero pasó el momento oportuno, i en estas circunstancias el consentirlo sería para Chile un acto de vacilacion i de debilidad que nadie podrá ya aceptar.»

Despues de las palabras pronunciadas por el señor Lillo, los Plenipotenciarios de Bolivia insistieron todavía en la idea del arbitraje, dejando, entretanto se produjera el fallo arbitral, en poder de Chile los territorios ocupados por sus armas, i recordando que cuando se ofreció a Bolivia la mediacion del Gobierno de los Estados Unidos i que habia dado por resultado la reunion de los Plenipotenciarios de las tres naciones, el Gobierno i la opinion bolivianos aceptaron,

persuadidos de que la paz era un hecho, «porque esa mediación estaba acompañada de otra palabra: el arbitraje, que significa justicia i honra para todos, sin humillacion de nadie. En ese sentido i con una política franca han venido a estas conferencias los Plenipotenciarios bolivianos».

El representante de los Estados Unidos, señor Osborn, dijo en seguida que le parecia oportuno, así como a sus colegas, «hacer constar que el Gobierno de los Estados Unidos no busca los medios de hacerse árbitro en esta cuestion. El cumplimiento estricto de los deberes inherentes a tal cargo le ocasionaria mucho trabajo i molestia, i aunque no duda que su Gobierno consentiria en asumir el cargo en el caso en que le fuera debidamente ofrecido, sin embargo, conviene se entienda distintamente que los representantes no solicitan tal deferencia».

Despues de estas palabras i de algunas rectificaciones hechas por el señor Altamirano a algunos de los conceptos emitidos por los Plenipotenciarios del Perú i de Bolivia, se dió término, por indicacion del señor Osborn, a la conferencia, quedando los asistentes citados a una nueva reunion para el dia 27 del mismo mes.

Esta tercera reunion fué corta i se puede decir que no tuvo otro objeto que dar por terminadas las conferencias, en atencion a las exigencias manifestadas por Chile i la resistencia de los paises aliados para aceptarlas.

Pocos dias despues, la Cancillería chilena dirijió una nota-circular a los miembros del cuerpo diplomático extranjero residente en Santiago, a fin de que pusiesen en conocimiento de sus respectivos gobiernos las causas que hicieron quedar frustrado el objeto de las conferencias que acababan de tener lugar en

Arica, por la mediación oficiosa de los Estados Unidos, i en las que las Repúblicas aliadas se habian negado tenazmente a aceptar las bases de avenimiento propuestas por Chile, sin embargo de ser ellas, en su parte sustancial, las que en las guerras modernas han puesto término a los conflictos armados entre las naciones.

Tal fué el desarrollo i término de esta negociacion diplomática, que en la época a que vamos refiriéndonos dió materia a apasionadas controversias en la prensa i en el Congreso de Chile, sea por la forma i el momento en que se procedió por parte de la Cancillería a aceptar i talvez a provocar la mediacion de los Estados Unidos en la contienda armada, sea por los resultados que la presentacion por Chile de bases de paz, sin que los vencidos solicitaran la suspension de las hostilidades o se manifestaran dispuestos a aceptar imposicion de condiciones para llegar a este fin, de manera transitoria o permanente, podia tener en el curso de las operaciones de la guerra.

Felizmente, hoi en dia estas apreciaciones, en su mayor parte, carecen de la importancia que en esa época tuvieron, i contemplando solamente el hecho, sin los antecedentes que lo produjeron, podemos decir que sus consecuencias fueron mas bien felices que adversas para Chile, cuya Cancillería en esa época, si por algo puede ser criticada, es talvez por el espíritu de jenerosidad seguramente excesiva de que dió prueba en tal ocasion, anticipándose al curso regular de los sucesos, en homenaje a la paz con los vencidos, que, por cierto, ningun bien podria traerle en esas circunstancias.

Es cierto que la mediacion norte-americana, mas bien que aceptada, provocada por Chile en esta ocasion, pudo ser peligrosa i hasta así fué un momento

juzgada durante el curso posterior de la guerra; pero, tambien es verdad que las consecuencias de ella no fueron en adelante sino la justificacion de las palabras pronunciadas por el Ministro Osborn, como que la Cancillería norte-americana en su accion respecto de los belijerantes no ultrapasó la línea que desde los comienzos de la guerra fijó a sus procedimientos, limitándose en toda ocasion a mediar con sus buenos i desinteresados oficios.

Igualmente, es verdad que las conferencias no dieron otro resultado que poner en claro i de manifiesto el espíritu que dominaba en los consejos de la opinion i del Gobierno peruanos, dejando talvez al Gobierno de Chile en la situacion desairada del que estiende la mano a un enemigo que se la rechaza; pero tambien es cierto que los posteriores triunfos de Chile en las cercanías de la capital enemiga trocaron en acto de jenerosidad el acto de candor diplomático que llevó al pais a las conferencias de Arica.

De esta suerte, pues, los antecedentes i las consecuencias de dicha negociacion diplomática, que pudieron ser razon de desconfianza i motivo de alarma para la crítica política en los momentos en que la negociacion se desarrollaba, carecen de importancia ante el juicio desapasionado de la historia, sobre todo cuando ese juicio solo afectaria en este caso, a personalidades determinadas.

JAVIER VIAL SOLAR.

INFORME

SOBRE LA BATALLA DE CHACABUCO I LA PER-
DIDA DEL REINO DE CHILE POR EL DOCTOR
DON JUAN FRANCISCO MENESES.

1827

Aunque por mi destino de Asesor de la Presidencia del Reino de Chile, solo tenia intervencion en los negocios de justicia, hallándome separado de todo conocimiento en los militares i políticos, como V. S. lo sabe, cumpliré con dar a V. S. el informe que me ha pedido verbalmente sobre los últimos desgraciados acaecimientos de aquel reino, trasladando al papel las noticias que conservo en mi memoria i adquirí con el cuidado propio de un ciudadano interesado en la conservacion del orden i en la verdadera felicidad de su pais.

Es hecho constante que el insurgente Gobernador de Mendoza don José de San Martín, no ha perdido

medio que condujese a restituir la revolucion en el reino de Chile, i que los muchos que emigraron despues de la decisiva batalla de Rancagua han sido los mas activos ajentes para conseguir los fines de aquel mandante. Por medio de éstos, mantuvo siempre una correspondencia franca con los que, por desgracia, quedaron en nuestro suelo adictos a las novedades, correspondencia tanto mas imposible de cortar cuanto son los muchos caminos que presenta la vasta estension de la cordillera de los Andes. Por ella logró tener siempre exactas noticias de nuestra situacion para dirigir sus planes; i, en ejecucion de ellos, debimos ser atacados a principios del año pasado de 1816, segun lo oí decir sin contradiccion, luego que llegué a la capital desde la provincia de Concepcion donde me hallaba desempeñando el cargo de Asesor desde fines del año 1815.

Suspendido por San Martin el acometimiento espresado, sin duda por la pérdida que ocasionó a los insurjentes la accion de Ayouma, tomó sus medidas para verificarlo en el año presente. A este fin mandó al famoso salteador José Miguel Neira para que, formando partidas de los de su clase, pusiese en conmocion en la parte del sud los partidos del Maipo al Maule, lo que verificó, llegando al extremo de resistir las fuerzas considerables de tropas destinadas a su persecucion, sin que pudiese lograrse la aprehension de este facineroso, ni de la mayor parte de sus compañeros, que cuando se veian oprimidos por nuestras partidas se dispersaban i ocultaban en los montes con el favor de los caballos que tenian a su disposicion, i de los muchos aposentadores que en todo tiempo ha tenido en aquellos partidos esta clase de jente.

A la mision de Neira se siguió la de Manuel Rodriguez, insurjente prófugo de Chile, secretario que fué

de José Miguel Carrera, hombre de talento i de atrevimiento bastante para emprender. El fin de éste fué preparar los ánimos para una insurreccion i hacerse de partido, a efecto de facilitar cuantos recursos se necesitaban en el reino. Rodríguez principió a ejercer su comision en el partido de Colchagua, con no poco fruto, pues logró atraer a su devocion muchos hacendados i vecinos de facultades i de influjo bastante con la jente de aquellos campos. En la capital tuvo despues su albergue i no menor éxito. El gobierno, que vivia ignorante de sus tramadas, llegó por fin a tener noticias de ellas i de sus cómplices, sin que pudiese conseguir adquirirlas del lugar donde existia Rodríguez para aprehenderlo, por mas que dobló sus esfuerzos i prodigó ofertas considerables. En este estado se hallaban las cosas, cuando, principiándose a abrir el paso de la cordillera, principiaron tambien los movimientos que debian preceder a un ataque formal de los enemigos. Manuel Rodríguez, con alguna jente de la que tenia a sus órdenes, asaltó el pueblo de Melipilla, a principios del mes de enero último, robando los caudales que pudo i las lanzas del rejimiento de milicias de aquel partido, i llevándose consigo al subteniente del rejimiento de Talavera, don José Tejero, que se hallaba de paseo en una hacienda inmediata a la villa cabecera. Luego que se tuvo noticia de este suceso en la capital, se destinaron diversas partidas a la persecucion de aquel cabecilla, sin que pudiese lograrse otra cosa que la aprehension de cinco de sus compañeros i la restauracion del soldado asistente del oficial Tejero, por cuyas noticias se descubrió la correspondencia de Rodríguez, sabiéndose con dolor que era auxiliado de varias personas de la capital con dinero i cuanto se le ofrecia, sin que pudiese descubrirse uno solo de esos individuos, a escepcion del estanquero

Felipe Cáceres que fugó sin que pudiese ser aprehendido.

A los pocos días se tuvo noticia de igual acometimiento hecho al pueblo de San Fernando, cabecera del partido de Colchagua, por otra partida en que, según oí decir, se hallaban dos hermanos Uretas, que fueron oficiales de los insurjentes i emigrados para Mendoza.

En el mismo tiempo don Francisco Villota, hijo de una familia distinguida de la capital, hacia sus correrías por los partidos de Curicó i Talca, en donde tenia grandes conocimientos i relaciones con motivo de haber estado a cargo de las haciendas de su casa tituladas Teno i Comalle. Tenia a sus órdenes gran número de aquellos campesinos i otras muchas jentes que por el modo de batirse, por el armamento que perdieron en algunas refriegas i por su lenguaje demostraron ser soldados de Buenos Aires disfrazados, que sin ser sentidos habian entrado al reino por caminos estraviados. Las diversas partidas de éstos dieron bastante que hacer a nuestras tropas, i no se extinguieron aunque fueron batidas diferentes ocasiones i muerto su caudillo Villota, por una partida nuestra que mandaba el Teniente Coronel graduado don Lorenzo Reyes. Oí decir que a Villota se habia encontrado alguna correspondencia; pero no la ví, ni supe su contenido.

Los sucesos referidos i los avisos que el señor Presidente tuvo de sus confidentes en Mendoza le confirmarían, a mi parecer, en la idea de que pensando San Martín acometer al reino de Chile, no lo verificaria por otro punto que por el camino del Planchon, situado entre los partidos de Curicó i San Fernando, por la comodidad que presenta para conducir artillería. Con este motivo, sin duda, se remitirían a aquellos partidos,

a mas del Cuerpo de Carabineros (que de antemano habia salido a perseguir los facinerosos), los escuadrones de Húsares, el Regimiento de Dragones, el Batallon de Infantería de Chillan i dos compañías del de Chiloé.

No obstante esto, deseoso sin duda el señor Presidente de reconocer todos los puntos por donde podia ser atacado, dirijió por el camino principal de la cordillera la espedicion mandada por el Sarjento Mayor de Talavera, don Miguel Marqueli, cuyo resultado, por ser constante en las gacetas de aquel gobierno, omito puntualizar.

A los pocos dias, estando aun en la villa de los Andes las tropas del mando de Marqueli con el agregado de algunas del Batallon Valdivia i una compañía de los escuadrones de Húsares, fué sorprendida por los insurjentes la guarnicion que se hallaba en el espresado camino principal, en el lugar nombrado la Guardia. Esta guarnicion, a lo que oi, se componia de una compañía de Valdivia i algunos Húsares, que se defendieron valerosamente contra un número de enemigos infinitamente mayor, teniendo por mejor el perecer que rendirse. Mas, sin embargo de haber sido heróica su resistencia, oi decir jeneralmente que aquella tropa pudo haberse retirado i defendido mui bien en los estrechos caminos de la cordillera. El señor Coronel don Miguel Atero, que habia sido mandado a la villa de los Andes, no sé con qué objeto, mandó reforzar el punto dicho, en la mañana del dia en que fué acometido, por la compañía de granaderos de Talavera, la que en la ladera de los Papeles se encontró con el teniente de Húsares, don N. Sorondo, que con algunos soldados fugaba de la Guardia. Instruido por este acontecimiento del suceso, se retiró segun órden que tenia, al rio Colorado, dando el correspondiente parte; i de allí, sin esperar el refuerzo, mudó de posicion, a

pesar de no haber novedad. Sabido esto por el señor Atero, mandó salir el resto de la tropa i artillería al cargo del capitán de Talavera, don José Casariego; i al tiempo de salir él mismo a incorporarse con las espresadas tropas, tuvo aviso de que los enemigos venían en cuatro divisiones: una por el camino real del río Colorado, otra por el camino que llaman de Villarroel i otras dos por la serranía que divide del río Aconcagua la hacienda de mi particular dominio nombrada San Vicente, que linda con cuesta de Chacabuco. Comprendiendo por estos antecedentes que el intento era cortarle la retirada, no teniendo caballería con que practicar un reconocimiento, i siendo mas de las doce de la noche, determinó retirarse al pié de la espresada cuesta de Chacabuco, por el camino real de la capital, donde podia observar los movimientos de los insurjentes, quedándole libre la retirada en caso necesario.

Al siguiente día llegó al lugar donde se hallaban los nuestros el señor coronel don Antonio Quintanilla, con su Cuerpo de Carabineros, que habiendo entrado en los días inmediatos a Santiago con el fin de reponer su armamento i vestir sus soldados, fué enviado con precision para auxiliar a los de los Andes. A éste se dió orden para reconocer con su caballería el campo de San Vicente e inmediaciones de Santa Rosa; i de su reconocimiento resultó falsificada la noticia que la noche anterior habia ocasionado la retirada de nuestras tropas, las que volvieron a ocupar su antigua posicion.

Poco ántes del suceso de la Guardia, el sarjento mayor del cuerpo de Valdivia, don Domingo Vila, habia dado parte de que los insurjentes entraban al valle de Putaendo, partido de Aconcagua, por el camino nombrado Los Patos, i en consecuencia de esto pidió

refuerzos a los Andes, que se le mandaron; mas fueron suspendidos por la noticia de la Guardia; con cuyo motivo se ordenó a Vila que se uniese al todo de nuestro destacamento.

Reunidas las tropas en los Andes, e informado el señor Atero que las enemigas que invadieron por el camino principal se habian retirado, determinó reconocer a las que habian entrado por Putaendo, cuyas avanzadas habian llegado ya hasta la villa de San Felipe el Real, cabecera del partido de Aconcagua. Así lo verificó, retirándose del dicho valle hasta donde rechazó al enemigo porque conoció que la fuerza presentada por éste era una pequeña parte de la que tenia, i comprendió que sus intenciones eran cortarle la retirada, juicio que han acreditado los sucesos posteriores.

Cuando nuestras tropas habian procedido del modo espuesto, i el señor Atero dado parte de todo al señor Presidente, desde el convento de San Francisco de Curimon, sin que hubiese llegado a manos de Su Señoría por culpa del soldado conductor, tuvimos en la capital la falsa noticia de que nuestra division habia sido enteramente derrotada, lo que comunicaron dos soldados que decian haberse hallado en la accion; i que hicieron del mayor bulto los dichos de algunos paisanos, de los cuales uno llamado don Francisco Noba llegó a asegurar ante el señor Presidente, estando presentes varios señores comandantes, que los insurjentes que venian avanzando sobre la capital la noche del dia viérnes ocho de febrero próximo pasado, debian hallarse ya en el valle de Colina, distante solo cinco leguas de la ciudad. La confusion que ocasionaron estas nuevas fué grande, i de sus resultados, despues de haber mandado algunos oficiales para que indagasen la verdad, se formó una junta a que ví

asistir al Illmo. señor Obispo, señores del Tribunal de la Real Audiencia e Ilustre Cabildo, sin que hasta ahora haya sabido lo acordado en aquella sesion.

Esa misma noche ví a V. S. en disposicion de marchar para el puerto de Valparaiso en comision que le confirió el señor Presidente, cuyo asunto me ha sido desconocido. El día nueve siguiente se desvanecieron las noticias adversas, porque noticioso el señor Atero de la pérdida de su primer parte, dió otro por el que supimos la existencia de nuestras tropas i volvió a nuestros corazones el consuelo i la esperanza.

El domingo diez llegaron a la capital los Escuadrones de Húsares, i el siguiente lúnes el Rejimiento de Dragones i el Batallon de Infantería de Chillan, que el señor Presidente habia mandado venir, conociendo ya sin duda que el todo o la principal fuerza de los insurgentes le acometia por la parte del norte, en los partidos de Aconcagua i los Andes.

Entre tanto nuestras tropas que se habian batido en Putaendo habian pasado la cuesta de Chacabuco, i situándose en la hacienda de este nombre, hácia la capital, desamparando, de consiguiente, el partido de los Andes.

El señor don Miguel Atero, despues de la retirada de Putaendo i de haber repasado el caudaloso rio de Aconcagua, que divide el partido de su nombre del de los Andes, se situó a sus inmediaciones, en el lugar ya nombrado de San Francisco de Curimon. De allí, dejando el mando al coronel don Miguel Marqueli, se dirijió a la capital a dar cuenta de sus comisiones, previniendo al señor Marqueli no abandonase aquel punto, en donde podia observar la fuerza del enemigo, si venia a acometerle, quedándole espedito el camino de la capital para retirarse si consideraba mayores fuerzas en los insurgentes. Le previno asimismo que

por motivo alguno se situase, como pensaba, en la villa de Santa Rosa, punto el mas inmediato a la cordillera, porque puestas sus tropas en él podian muy bien las enemigas ocupar el punto de Curimon que dejaba, cortarle el camino de la capital i batirlo con ventaja, sin que pudiese esperar el menor refuerzo.

El señor Marqueli, a pesar de estas prevenciones, se trasladó a los Andes el mismo dia ocho, i apenas hubo llegado cuando tuvo noticias que los enemigos en gran número venian de Aconcagua, segun lo habia anunciado el señor Atero; siéndole preciso en este caso, en que ya consideraba ocupado el camino real de Chacabuco, tomar una senda fragosa i estraviada por mi hacienda de San Vicente, en que se debió la mayor parte de la salvacion de las tropas a tres hermanos míos que con las inquilinas i sirvientes de aquella hacienda la sacaron a la ántes citada (cuesta) de Chacabuco, facilitando cuantos auxilios fueron necesarios, pues de otro modo hubiera sido el paso imposible. Las tropas, trabajadas ya en la accion de Putaendo, en la retirada de este valle i en su marcha a los Andes, padecieron grandes quebrantos en su tránsito a Chacabuco, i solo su valor i constancia les pudo hacerse sostener en aquella posicion con los deseos mas vivos de acometer al enemigo.

El señor Presidente, llevando adelante sus designios de batir a los insurjentes, que segun las últimas noticias ocupaban ya los partidos de los Andes i Aconcagua, resolvió reforzar a Chacabuco con el Rejimiento de Talavera, Batallon de Chiloé, Dragones, Húsares de la Concordia i no sé que número de artillería, con mas algunos milicianos de lanzas, escogidos del Rejimiento de caballería del Príncipe; de suerte que de todo el Ejército debia solo quedar en la capital el Batallon de Infantería de Chillan i algunos

restos del de Valdivia, por estar el Batallon de Concepcion en aquella provincia. La Concordia no alcanzaba a contar trescientas plazas, sus soldados eran, en su mayor parte, inespertos i su armamento escaso. Talavera i Chiloé salieron el lúnes por la noche, quedando los cuerpos de caballería, sin duda porque la precipitada marcha que hicieron desde sus destinos de Curicó i San Fernando les pondria en necesidad de reparar algunas faltas. Del de Húsares supe que la tenia de espadas, i que se le dieron en la capital las necesarias. Este cuerpo no salió hasta el miércoles por la mañana, i el de Dragones, segun se decia, lo verificaria hasta el dia siguiente.

En este estado, el enemigo que tenia, a lo que entiendo, noticias positivas de nuestros movimientos, determinó batirnos ántes que se reforzase la division que debia perseguirlo; i así es que el mismo dia miércoles acudió a Chacabuco, siendo el resultado de la accion la pérdida del reino de Chile.

He oido hablar con tal variedad sobre lo que ocurrió en este lance, que verdaderamente no puedo formar concepto de él. No sé si en los dias anteriores a la accion se pusieron descubiertas en los caminos de los Andes a Chacabuco, de Curimon al mismo punto i de Tabon a la capital, con algunas salidas al espresado camino real de Chacabuco. Yo dificulto que las hubiese, o si existieron, me atrevo a decir que no cumplieron con su deber, porque en todos los caminos espresados, especialmente en el de Curimon, podian haber observado perfectamente, a favor de las alturas inmediatas, las tropas enemigas que venian a acometer; i habiendo dado noticias exactas al señor Brigadier don Rafael Maroto, Comandante Jeneral de la espedicion, sabiendo éste que le atacaban fuerzas superiores, podia mui bien haberse retirado a los por-

tezuelos de Colina, punto distante ocho leguas de Chacabuco, anticipando avisos para que con precision se le reforzase, lo que podia mui bien haberse hecho en un corto término, porque de dichos portezuelos a la capital media poco mas terreno que el de seis leguas.

El citado dia miércoles, como a las cinco de la tarde, se tuvo en la capital noticia de la derrota.

El señor Presidente inmediatamente hizo alistar el resto de tropas, i ántes de oraciones estaban todas formadas en la plaza. Con ellas salió Su Señoría, i yo tuve el honor de acompañarle, por el camino que se dirijia a Chacabuco. A la distancia de doce cuabras de la capital nos encontró el coronel don Manuel Baraño, comandante de los Escuadrones de Húsares, quien habiendo dejado su tropa, creo que en la posicion en que lo encontró la noticia, con el fin de contener i ordenar a los dispersos, se regresaba a la capital, sin duda a dar parte de cosas interesantes al señor Presidente. Apénas nos avistamos, cuando dirijiendo este señor coronel la voz a Su Señoría, le dijo que si nuestras tropas habian sido derrotadas el enemigo habia padecido bastante i se hallaba en estado que de acometerlo inmediatamente seria seguramente arruinado. Esta noticia obligó al señor Presidente a activar sus providencias para la mas pronta marcha, a cuyo fin mandó a la capital primero al ayudante de Dragones don Felipe Gálvez, en seguida al coronel don Pedro Asenjo i despues a mí con varias órdenes que fueron inmediatamente ejecutadas. Luego que el señor coronel Baraño dió sus noticias, que sabidas por los soldados les infundieron el mayor entusiasmo, oí al coronel don Antonio Morgado proponer al señor Baraño seria conveniente que partidas de guerrillas de su cuerpo de Dragones i de Húsares incomodasen al

enemigo aquella noche; mas no supe la contestacion. Pasados estos momentos fué cuando volví a la ciudad; i habiendo hecho lo que se me mandó, me restituí a incorporar con el resto del ejército, al que encontré a poca distancia de donde lo habia dejado, en el punto en que se mandó hacer alto por el Jeneral. Allí vi llegar al señor Brigadier Maroto i otros oficiales que se habian encontrado en la accion de Chacabuco, vi que hablaron con el señor Jeneral, mas no supe de que trataron; i luego vi a este señor montar a caballo i dar la órden para que el ejército reunido marchase hácia la cuesta de Prado, camino de Valparaiso, sin pasar a la capital, lo que al fin no se verificó por no encontrarse de pronto sujeto que supiese el camino que debia seguirse para tomar esta direccion. En consecuencia volvimos a entrar por la calle nombrada Cañadilla, a cuyo término, ántes de llegar al puente nuevo, hubo una junta de jefes compuesta de los señores comandante de Artillería, Talavera i Dragones, del jefe del Estado Mayor i del Auditor de Guerra, don Prudencio Lazcano, en la que segun entiendo nada se resolvió. Luego entramos en la capital, i dando vuelta sobre la derecha, seguimos marchando en órden por la calle que llaman de San Pablo, camino de Valparaiso. El señor Jeneral mandó volver sobre la izquierda, continuando siempre la marcha por la calle de las monjas Rosas hasta la plaza, en donde vi se tomaban las primeras providencias para defensa en la capital. Me separé de este punto por un instante, en que fui a saber la suerte de mi familia, i cuando volví supe se habia mudado la determinacion i que nuestra retirada era a Valparaiso, para pasar por mar a Concepcion, i sostener aquella provincia. En esta inteligencia traté de marchar, me diriji de nuevo al sitio

donde estaba mi familia, para sacar de allí a mi esposa i no dejarla comprometida bajo el gobierno de los insurjentes, i luego volví con el objeto de seguir la suerte del jefe. No lo encontré i marché en su seguimiento camino de Valparaiso, creyendo precisamente hallarlo. A las 7 i media de la noche del dia siguiente a la derrota, llegué a aquel puerto, creido firmemente que deberíamos permanecer en él al ménos cuatro dias para hacer un embarque arreglado i capaz de lograrse por su medio el fin de llegar a Concepcion con las tropas; mas luego ví todo lo contrario: en el resguardo de rentas habia multitud de jente que trataba de embarcarse i por quien supe que al dia siguiente darian los buques la vela.

En seguida fui a casa del señor Gobernador, donde pensaba encontrar al señor Presidente; pero fué grande mi confusion cuando el Gobernador i yo mutuamente nos preguntábamos por el paradero de este señor; mayor fué cuando ví que no se trataba de otra cosa que de embarcarse inmediatamente; i en este caso, temiendo quedarme en tierra, como sucedió a muchos, traté de embarcarme a las diez de la noche, lo que conseguí a costa de vencer mil dificultades. Fué a bordo de la fragata *Bretaña* en que hice mi navegacion. Como a la media hora ví entrar al señor Brigadier Maroto con su esposa e inmediatamente le ví tambien dar varias órdenes relativas al embarque de los soldados que estaban en la playa. A este tiempo se hallaban ya los buques con familias enteras de Valparaiso i con muchas mujeres sueltas, cuyo comprometimiento me es enteramente desconocido. En suma, para decirlo todo de una vez, el embarque fué tanto o mas desordenado que la retirada de las tropas desde la capital hasta Valparaiso, en

lo que, a mi concepto, un cuerpo enemigo de 400 hombres pudo habernos deshecho sin la menor dificultad.

Hasta cerca de las diez de la mañana del día viénes se estuvieron recibiendo soldados a bordo, i a eso de las diez principiaron a dar la vela los buques, sin que pudiese contenérseles. Solo la *Bretaña* permaneció en el puerto, i arrió su costado a uno de los castillos desde donde nos principiaron a hacer fuego los insurjentes del pueblo levantados ya desde ántes de amanecer. Muchos de nuestros valientes soldados se quedaron en la playa, i, segun oír decir, algunos pensaban dirigirse reunidos a la provincia de Concepcion.

Por fin, la fragata *Bretaña* salió del puerto, i se dirigió al de Coquimbo, a cuya llegada supe que el objeto de aquella direccion era proveernos de víveres i demas cosas necesarias para emprender nuestro viaje. En Coquimbo habian entrado tropas de Buenos Aires, segun los informes que se reunieron, i a nuestra vista se enarboló la bandera bicolor de aquellos insurjentes, así es que solo conseguimos perder el tiempo. Nos condujimos por este motivo al puerto del Huasco, cuyo partido estaba tambien en insurreccion. Allí, a la fuerza, pudimos hacer una aguada tan escasa que apenas alcanzó hasta el puerto de Pisco, i tomamos unos carneros que duraron pocos días. Estas causas obligaron a seguir nuestro viaje al Callao, donde tuvimos la felicidad de venir despues de haber experimentado indecibles trabajos en la navegacion.

Lo espuesto es cuanto puedo decir a V. S con la sinceridad que me es característica. Puede haber en ello algunos errores de concepto; pero todo es la verdad segun la comprendo. Nada digo sobre el número de tropas enemigas que nos acometieron, porque sobre este particular carezco enteramente de nociones, pu-

diendo asegurar a V. S. como hecho constante que el señor Presidente jamas las tuvo por mas que hizo singulares esfuerzos para conseguirlo, prodigando a este efecto las recompensas.

Dios guarde a V. S. muchos años. Lima i marzo 17 de 1817.

DR. JUAN FRANCISCO MENESES.

Al señor Oidor don Antonio Luis Pereyra.

ANTE LA TUMBA DEL JENERAL
DON MIGUEL GOMEZ DE SILVA

EN LA IGLESIA CONVENTUAL DE

SANTO DOMINGO DE SANTIAGO

A los piés del altar i diestro lado
bóveda oscura, que atender espero,
guarda los restos de inmortal guerrero:
Miguel Gómez de Silva el afamado.

Prócer excelso, inclito soldado,
alzóse entre los suyos el primero:
de la cristiana jente valedero
ganó la silla del réal estrado.

Memorando una edad caballeresca
la fria losa sepulcral advierte
que deste Silva la abundosa i fresca

estirpe reverdece. ¡I en tal suerte,
aparece su sombra jigantesca
triunfante del olvido i de la muerte!

ABRAHAM DE SILVA I MOLINA.

LA ECONOMIA POLITICA ⁽¹⁾

(LECCION INAUGURAL DEL CURSO DE 1900)

SUMARIO

- I. Las ciencias sociales.—II. Concepto i definicion de la Economía Política.—III. Lugar que la Economía Política ocupa entre las ciencias.—IV. Carácterés científicos de la Economía Política: La Economía Política i el altruismo.—V. Importancia de los estudios económicos.

(Conclusion)

V

En cierta ocasion dijo M. Thiers que la Economía Política no era mas que «una literatura fastidiosa.»

Aunque hoi, probablemente nadie se atreveria a decir otro tanto, la verdad es que existen todavia muchas personas para quienes la Economía Política carece de importancia i que se imaginan que puede prescindirse, en la vida privada i en la pública, de conocer i respetar las verdades que ella enseña, I de

(1 Véanse los números 6 i 7 de LA REVISTA NUEVA.

consiguiente, por extraño que parezca, es necesario todavía emplear tiempo en demostrar que la Economía Política es una de las ciencias mas importantes i que su estudio es uno de los mas indispensables.

Nos limitaremos, en esta parte, a repetir observaciones que los economistas han formulado muchas veces.

La Economía Política tiene importancia indiscutible, ya se la considere desde un punto de vista teórico en cuanto a las ventajas que puede producir el conocimiento de sus principios fundamentales, ya se la mire desde un punto de vista mas práctico, en cuanto al provecho que puede obtenerse de las normas i reglas de conducta que suministra el arte económico.

Desde el punto de vista de la ciencia pura, la Economía Política tiene una grande utilidad jeneral. Forma ella parte importante de toda ilustracion completa, pues da a conocer las leyes del orden social de las riquezas. La compleja e interesante serie de los fenómenos económicos, que constituye uno de los aspectos mas notables de la vida social, no debe quedar completamente inadvertida o solo conocida imperfectamente para quien quiera que aspire a ser persona instruida.

I el conocimiento de las leyes económicas, útil siempre, se ha hecho en nuestros dias casi indispensable: la forma actual de las organizaciones políticas, las grandes transformaciones que han sufrido las instituciones sociales, i especialmente la preponderancia actual del elemento económico, que es hoy el fundamento principal del poder político, superior a otros elementos que prevalecieron ántes; todo esto hace, como hemos dicho, que sea en la época actual casi indispensable el conocimiento de la Economía Política.

I por lo mismo esta ciencia debería formar parte de las materias de la enseñanza secundaria. No se comprende por qué los jóvenes a quienes se enseñan los teoremas de las matemáticas, las leyes de la física, de la química i de la historia natural, las reglas del idioma, etc., hayan de ignorar completamente las leyes de la vida social i en particular las de la Economía.

Los rudimentos de un conocimiento sólido en lo tocante a los asuntos económicos pueden, segun ha demostrado la esperiencia, comunicarse aun en la primera infancia. Debieran, pues, los encargados de dirigir, patrocinar o promover la educacion, considerar este punto como de no poco momento e introducir, con tiempo, en el espíritu público, nociones justas sobre asuntos con los cuales tienen que familiarizarse todos prácticamente en el curso de la vida, i respecto de los cuales no puede, sin gran riesgo, estar en la ignorancia o en el error ninguna clase de personas, desde la mas elevada hasta la mas humilde, al ménos en paises como el nuestro.

El estudio de la Economía Política presenta una grandísima ventaja: forma el juicio. Es seguramente mui limitado el número de los que practican, por profesion, la aplicacion de los preceptos de la física; i con todo, la física se comprende entre los ramos de la enseñanza jeneral que se cree necesaria para formar un hombre ilustrado. ¿Por qué? Porque la física nos hace conocer bajo ciertos respectos el mundo material en que vivimos; nos da cuenta de los fenómenos de que cada dia somos testigos i sobre los cuales no podemos dejar de tener una opinion fundada o errónea. Así, la enseñanza de esta ciencia nos preserva de los errores i preocupaciones populares relativamente a los hechos del orden físico, al mismo tiempo que abre nuestra intelijencia a las investigaciones i la

acostumbra por el ejercicio al método de inducción. Iguales o mayores beneficios pueden reportarse de la enseñanza económica. ¿Quién, por poco curioso que sea, habrá dejado de preguntarse alguna vez: ¿por qué la vida económica se halla organizada en la forma que conocemos? Por qué unos hombres se consagran a unos trabajos i otros a otros? Por qué los productos se reparten entre los productores con arreglo a principios siempre iguales? Por qué de tantos esfuerzos aislados i al parecer diverjentes, de tantos intereses contradictorios, de tanta actividad independiente, resulta, sin embargo, una armonía final indiscutible? Sin duda que, por poco que se haya reflexionado sobre todas estas cuestiones, cualquiera ha de sentirse dispuesto a ver en los fenómenos que constituyen la vida social otra cosa que un efecto del capricho de los legisladores o del acaso. I si estos fenómenos obedecen a leyes regulares ¿no será, el conocerlas, tan interesante como saber por qué la tierra no sale de su órbita ni el acéano de su nivel?

Los que estudian las ciencias históricas, jurídicas i políticas tienen razones especiales para estudiar a fondo la Economía Política que les suministra los criterios indispensables para la elección, la organización i la crítica de los hechos: sucesos históricos de la mayor trascendencia tienen su origen en circunstancias económicas, muchas de las mas importantes instituciones jurídicas deben organizarse con arreglo a los principios económicos; i ninguna medida grave sobre política podrá implantarse con éxito si no se atiende a sus consecuencias económicas: el historiador, el jurisconsulto i el político han de conocer, pues, la Economía Política.

Desde el punto de vista de las aplicaciones, el estudio de la Economía Política tiene una grande im-

portancia práctica, jeneral i particular, para la vida pública i para la vida privada.

En primer lugar, no ha de olvidarse que las leyes económicas ejercen una influencia tan universal como irresistible sobre todos los hombres, considerados como miembros de la sociedad civil. Por lo mismo, todos los hombres tienen interes en estudiar esas leyes, por lo ménos elementalmente, ya para procurarse las ventajas que resultan de conocerlas, ya para evitar los inconvenientes que resultan de ignorarlas.

En seguida, la Economía Política ilustra al pueblo sobre las verdaderas causas de muchas perturbaciones económicas, i disipa así prejuicios que renacen de tiempo en tiempo i que pueden llegar a ser mui peligrosos para la tranquilidad pública. Bastará recordar las crisis de cereales, las monetarias, las bancarias, etc., para acordarse simultáneamente de las preocupaciones corrientemente admitidas acerca de la influencia que los comerciantes en granos, los panaderos, los banqueros, etc., ejercen sobre esos fenómenos.

En la vida privada, el estudio de la Economía Política es del mayor provecho, sobre todo para los empresarios, los capitalistas i aun los obreros.

En efecto, los empresarios i los capitalistas deben poseer, no solo los conocimientos técnicos necesarios para el ejercicio de las industrias que dirijen o en las cuales emplean sus capitales, sino tambien una estensa porcion de conocimientos económicos a fin de que puedan dirigir bien sus empresas i no sucumban en la lucha ante competidores mas experimentados i mas instruidos. El pleno conocimiento de las necesidades del mercado, la coordinacion i la discreta i juiciosa aplicacion de los instrumentos productivos, la compra de las materias primas, la venta de los pro-

pios productos, efectuadas en las condiciones mas favorables, son funciones mui delicadas que los empresarios deben saber desempeñar; i para ello, el estudio de la Economía Industrial, que tiene su necesario complemento en el de la Economía Política, puede serles de grande utilidad.

Ademas, este estudio, aun en forma elemental, será mui útil aun a los obreros, que aprenderán así la verdadera naturaleza de sus intereses i los medios mas propios para hacerlos prosperar, respetando los derechos ajenos. La Economía Política les enseñará la necesidad del capital i su verdadera funcion económica, las ventajas del ahorro, los peligros de la ociosidad, los perjuicios que resultan de las huelgas, la utilidad de las instituciones de prevision i cooperacion, etc. La enseñanza de la Economía Política dada, en forma popular, a la clase obrera, ademas de las ventajas ya enumeradas, procura tambien a la sociedad la ventaja inapreciable de preservarla de muchos peligros, porque pone un dique a la difusion de ciertas doctrinas subversivas que encuentran terreno propicio en los espíritus incultos i en las imajinaciones fácilmente exitables de los obreros.

No cabe duda de que es mui de desear que se disemine el conocimiento de las verdades de la Economía Política en todas las clases de la sociedad por todos los medios que puedan ser de algun provecho. Muchos de los males sociales de mas gravedad provienen de ignorarse estas verdades, contándose entre ellos huelgas i cierres desastrosos, oposicion a los adelantos, imprevision, miseria, caridad mal dirigida i fracaso desalentador en muchas medidas bien pensadas.

A este propósito, es preciso observar que la difusion de las doctrinas funestas del socialismo es relativamente menor en Inglaterra que en los demas paises,

precisamente porque en Inglaterra las nociones económicas están mas ampliamente esparcidas que en las otras naciones, gracias especialmente a ciertas escuelas, accesibles aun a los obreros, que se hallan instituidas ahí desde hace largo tiempo.

Desde el punto de vista de la vida pública, es evidente que la Economía Política debe ser estudiada por todos los que toman parte mas o ménos activa en esa vida pública; i esto con mayor motivo todavía si se piensa en las formas políticas que dominan hoi en las naciones mas civilizadas.

El estudio de la Economía Política es particularmente necesario para todas las personas que entran en las asambleas deliberantes i en los cuerpos consultivos del Estado o de la comuna, senadores, diputados, municipales, consejeros de Estado, miembros de las comisiones lejislativas o de otras corporaciones análogas instituidas para ilustrar ciertas materias, para tener la tuicion superior de ciertos intereses o para asesorar a los Ministros en el estudio de ciertos asuntos especiales. Como quiera que las leyes i las medidas en que todos esos diferentes cuerpos toman parte afectan casi siempre, por lo ménos de un modo indirecto, a los intereses económicos del Estado i a los de los particulares, se comprende que sus autores no pueden o no deben ignorar los principios de la Economía pública. ¿No es acaso perfectamente lícito pensar que la prodigalidad de ciertas administraciones públicas, refractaria en nuestros dias a toda clase de censuras, puede ser atribuida, al ménos en parte, a una falsa concepcion de los fenómenos económicos, hija, a su vez, de la falta de preparacion científica suficiente?

Aun los funcionarios del poder ejecutivo, encargados de velar por el cumplimiento i buena aplicacion

de las leyes fiscales, administrativas, judiciales, etc., tienen interes en conocer la Economía Política, porque están llamados a veces, por sus funciones, a administrar o a proteger las empresas públicas o privadas o a resolver controversias en las cuales está mezclado casi siempre algun interes de orden económico.

Finalmente, es preciso recordar que en los Estados libres la opinion pública, que encuentra sus lejitimas manifestaciones en la prensa i en el ejercicio de los derechos de asociacion, de reunion i de peticion, ejerce una influencia tan considerable sobre los asuntos políticos i administrativos, que no hai casi persona instruida i cuidadosa de los intereses de su país que no participe directa o indirectamente en el gobierno jeneral o local, i a la cual, por lo tanto, le sea lícito descuidar estudios que son necesarios para que esa influencia sea verdaderamente útil a la prosperidad pública i privada.

Por lo demas, desde el momento que se reconoce (i creemos haberlo demostrado ya) que la riqueza i la prosperidad de los pueblos están sometidas a leyes invariables que es posible conocer con certidumbre, la utilidad de la ciencia que enseña esas leyes no puede ser puesta en duda, a ménos que se pretenda negar la utilidad de la prosperidad nacional misma. Cada persona, individualmente considerada, no será talvez ni mas rica ni mas perfecta por haber estudiado la Economía Política; pero, si el Gobierno conociese i respetase los principios de esta ciencia i si todos los ciudadanos concurriesen con él para conformarse a ellos en su conducta pública i privada, se aseguraria la prosperidad jeneral de la nacion sobre la sólida base del bienestar individual de cada uno.

Parece supérfluo insistir en probar la utilidad i la importancia de la Economía Política, mas bien dicho,

su indispensable necesidad, en particular para los que aspiran a tomar alguna participacion en los negocios públicos. Todo contribuye hoy a dar testimonio del alto rango que la ciencia económica debe ocupar en el orden de las ciencias sociales. El prodijioso desarrollo de la industria, los nuevos rumbos que abre para las sociedades, los intereses que crea, los sufrimientos que ocasiona, los graves problemas que suscita; todo concurre a fijar la atención pública sobre una ciencia a la cual se considera capaz de dar solución a todas estas cuestiones; la importancia de la Economía Política la proclaman de consuno la confianza de sus amigos i los clamores de sus adversarios (1).

Creemos que las observaciones anteriores habrán dejado el convencimiento de la utilidad e importancia de las verdades económicas.

A esta demostracion, puramente doctrinaria, queremos agregar otra, por decirlo así, mas palpable. Vamos a pasar en revista algunos de los problemas de actualidad en Chile, para hacer ver hasta qué punto se facilitaria su solución si estuvieran mas difundidos entre nosotros los conocimientos económicos.

Un clamor jeneral se levanta de todos los puntos del país para denunciar su abatida situación, la debilidad profunda de su organismo i para pedir medidas que solucionen la crisis. Toda clase de proyectos, sensatos, aventurados o absurdos, se han exhibido ante la opinion; cada quince dias se da a luz un arbitrio nuevo, que seduce momentáneamente los espíri-

(1) Las observaciones que quedan hechas son la reproducción, en gran parte literal, de lo que sobre esta materia han escrito Luis Cossa, Courcelle-Seneuil, P. Rossi, Storch, Stanley, Jevons, etc. Hemos creído innecesario, i talvez perjudicial, introducir, por cuenta propia, alteraciones en la demostracion que autores tan eminentes han hecho de la importancia de la Economía Política,

tus, que despierta alguna agitacion; i luego viene otro arbitrio a reemplazarlo para ser, a su vez, sustituido prontamente. No llegan a fijarse las ideas; la mayoría de las personas se sienten ya desorientadas o escépticas; i entre tanto, el tiempo pasa sin que se vea implantado un sistema lójico de medidas lejislativas i administrativas, que se desarrolle con firmeza i en el cual se persevere de un modo consciente.

¿Cuál es la causa de que tanta agitacion resulte siempre infecunda?—Creemos descubrirla en la falta de ideas claras acerca de la organizacion económica de las naciones, acerca de los males que suelen aquejarlas i acerca de los medios naturales i eficaces de estimular su vitalidad cuando se encuentra decaída.

La falta de nociones científicas sobre un órden determinado de la vida social, impide al espíritu realizar la crítica de las medidas que se proponen a ese respecto; se corre el riesgo de tomar como remedios serios los que no son sino arbitrios fantásticos; se pierde, o, mas bien dicho, falta un criterio fijo al cual referir toda las ideas que se lanzan al debate; i los espíritus fluctúan perpetuamente entre unas ideas i otras sin poder decidirse por ninguna.

Si se entrega un enfermo a los cuidados de personas que carecen de conocimientos médicos, hai grave riesgo de que el doliente se empeore, por mas bien intencionados que sus cuidadores sean; porque, si sobreviene cualquiera complicacion, no sabrán ellos cómo conjurarla; se inventarán i se aplicarán los tratamientos mas contradictorios, i al lado de los remedios de la ciencia se recomendarán los de la supersticion.

Algo parecido nos viene pasando en Chile desde hace varios años. No hai fijeza de rumbos, porque son pocos los tienen conciencia plena del mal i sus

remedios. Después de contratarse cuantiosos empréstitos para rescatar el papel-moneda, se vuelve al curso forzoso a la primera dificultad; en cierto momento se insinúa i llega a tomar consistencia una corriente que quiere dictar leyes para proteger el trabajo nacional, i esa corriente pierde su fuerza antes de que haya implantado un sistema completo i eficaz; al lado de medidas prudentes, lejitimas i útiles, se acojen, con igual fervor, medidas desatinadas, injustas i a la larga perniciosas.

Si hubiera, difundidas en una porcion considerable de nuestras clases dirijentes, ideas fijas i claras de Economía Política, esta anarquía i estas vacilaciones habrian desaparecido, i probablemente, las dolencias de la economía nacional estarian ya en vias de seria curacion.

En efecto, el caso de Chile tiene caractéres tan precisos, los males del pais presentan síntomas tan definidos, que basta tener nociones, aunque sean elementales, de Economía Política, para comprender cuáles son las medidas que pueden devolver a la nacion su perdida prosperidad económica.

El tema es de positivo interes, i por eso vamos a insistir sobre él. Nos alienta la esperanza de que, con lo que vamos a decir, quedarán comprobadas la utilidad de la ciencia económica i la temeridad de los que pretenden sanar los males del organismo económico sin mas auxilio que la buena voluntad i las indicaciones, a menudo vagas i engañosas, de un buen sentido que cada uno entiende a su manera.

Padece Chile, en la actualidad, las consecuencias del estado, siempre precario, en que se hallan los pueblos jóvenes i con pocos capitales en presencia de pueblos viejos i ricos: está viviendo, desde hace años, con un constante desequilibrio de su balanza econó-

mica: el estado de sus créditos i deudas internacionales es desfavorable para él.

En el réjimen de vida de los pueblos modernos, se opera entre todos ellos un incesante movimiento de valores: cada operacion del comercio internacional significa, al mismo tiempo, una deuda para un pais i un crédito para otro.

Cuando el balance de esos créditos i deudas internacionales se salda dejando a favor de un pais un exceso de créditos sobre el extranjero, ese pais se enriquece, su vitalidad se entona, su organismo económico cobra reciente robustez: su cambio internacional se torna favorable, i afluyen hombres i capitales a radicarse a firme en él. Cuando, por el contrario, el saldo es desfavorable, ese pais se empobrece, su vida se hace lánguida, i sus esfuerzos productivos, como las pulsaciones de un enfermo que decae, se debilitan mas i mas: su cambio se torna desfavorable i su numerario metálico, los capitales que hai en su seno i hasta los hombres que en él viven, comienza a emigrar.

¿Por qué ocurre esto?—Es fácil esplicarlo.

Ninguna operacion de comercio se hace por altruismo; todo lo que un pais o, mas bien dicho, todo lo cada uno de los habitantes de un pais debe al extranjero tiene que pagarse. Ahora bien, ¿cómo se pagan las deudas internacionales?—Con los créditos internacionales: por medio de las letras de cambio se compensan los créditos i deudas recíprocas.

I bien, puede ser que un pais, como suele ocurrir a menudo a un individuo, contraiga deudas por mayor suma que la de sus créditos. Tendrá, ciertamente, que pagar el exceso; buscará letras de cambio en el mercado; pero, como no encontrará todas las que necesita precisamente porque sus créditos sobre el extranjero son limitados, tendrá que entrar por un camino

de paulatino empobrecimiento, cuyas gradaciones sucesivas han sido señaladas por los economistas con perfecta claridad.

«¿No corre el riesgo de arruinarse un país cuando, sumado todo, tiene que pagar al extranjero mas que lo que ha de recibir?—Hai que contestar ciertamente con la afirmativa. Sí; si, no teniendo un país créditos contra el extranjero para restablecer la balanza, compra mas de lo que vende, o se ve que sus habitantes mas ricos van a disfrutar de sus rentas en el extranjero (ausentismo), habrá que reconocer que está obligado a esportar su numerario. Para remediar la huida de éste, emitirá papel-moneda; pero, como este papel-moneda, si bien puede reemplazar al metal en la circulación interior, no puede emplearse en pagar al extranjero, el país se verá obligado a levantar empréstitos en el exterior por las sumas que no puede pagarle; i se hallará así en el camino que conduce a los Estados, del mismo modo que a los individuos, a la bancarrota. No será difícil encontrar en la América del Sur i aun en Europa, varios ejemplos que ilustren esta historia (1).

Es muy importante, pues, para un país el estudio

(1) Cfr. GIBB, *Principios de Economía Política*.—La marcha de un país hacia la ruina por causa de un prolongado desequilibrio entre sus créditos i deudas internacionales, no termina en la contratación de empréstitos; o por desconfianza de los capitales extranjeros, o por una mas discreta gestión financiera, el periodo de los empréstitos puede pasar; pero si la desequilibrada situación de la balanza económica se mantiene, comienzan a operarse fenómenos mas graves aun: los capitales que pueden realizarse emigran poco a poco anemando mas i mas el organismo económico; i todavia, el suelo mismo, las fuentes de la vitalidad nacional van pasando a manos de acreedores extranjeros por intermedio de las agencias de bancos extranjeros o de cualquier otro modo. I esta situación continúa hasta que se absorbe toda la fuerza económica de un país: para pagar sus consumos ha ido éste entregando sus capitales fijos, los medios de producción, i se ha imposibilitado mas i mas para salir del atolladero. Una política enérgica e inteligente puede detener el mal i traer la reacción; si ella no viene, la ruina se consumará, i el país que la haya sufrido tendrá que empezar de nuevo la tarea de su organización económica.

atento del estado de sus créditos i deudas internacionales. Hubo un tiempo en que dominó, en el terreno de las doctrinas, la teoría de la «balanza del comercio», según la cual el único origen de deudas o de créditos internacionales para un país eran, respectivamente, la importación de artículos extranjeros i la exportación de artículos nacionales, tales como las manifiestas la estadística aduanera; de modo que bastaba mirar las estadísticas de la aduana para saber si un país resultaba deudor o acreedor del extranjero. La razón i la experiencia han desautorizado hace mucho tiempo esa teoría, i hoy los economistas declaran que, además de las deudas i créditos internacionales que anota la estadística, hai otros factores, que M. Giffen ha llamado las exportaciones e importaciones ocultas.

En efecto, un país puede ser deudor o acreedor de otro no solo por lo que le importa o exporta; hai otros factores que pueden dar origen a créditos i deudas. Veamos los principales:

a) Los gastos de transporte de las mercaderías exportadas, es decir, el flete i el seguro. Si el país que exporta tiene una marina mercante nacional suficientemente poderosa para hacer por sí mismo el transporte de sus mercaderías, lo cual no siempre sucede, adquiere un crédito contra el extranjero. Por el contrario, un país que exporte sus productos en buques ajenos, tendrá que pagar este servicio, contraerá una deuda a favor del transportador. I ni en el primero ni en el segundo de estos casos, el crédito o la deuda figurará en los números de la aduana. Se calcula que la Inglaterra tiene, por este concepto, sobre el extranjero, un crédito que no baja cada año de mil doscientos millones de francos, pues la Inglaterra, no solo transporta la totalidad de sus propias mercaderías, sino también la mayor parte de las mercaderías de los

demás países; i este transporte, naturalmente, no lo hace grátis.

b) Los intereses de los capitales colocados en el extranjero.—Los países ricos colocan sus ahorros en el extranjero, jeneralmente en los pueblos jóvenes i con grandes riquezas naturales; i por este concepto, tienen que recibir del exterior todos los años sumas muy considerables en cupones de rentas, de acciones, etc., o a título de beneficios en empresas comerciales o industriales. Los empréstitos emitidos, por ejemplo, por los países sud-americanos han sido proporcionados por capitalistas ingleses, franceses o alemanes; i una gran parte de las empresas industriales establecidas en esos países han sido fundadas i mantenidas por capitales extranjeros, a cuyos dueños, residentes en Europa, hai que servirles los correspondientes intereses. Estas colocaciones de capitales en el extranjero se traducen, pues, en definitiva, en deuda para los países que reciben esos capitales, i en crédito para los que los envían (1). Inglaterra, Francia, Alemania, aun los Estados Unidos son, por este capítulo, acreedores de los pueblos sud-americanos, de la Australia, de la España, del Egipto, etc.

c) La venta de buques.—Los buques comprados no figuran en los registros de las aduanas, ni a la entrada ni a la salida; de modo que es éste un origen de crédito, i deudas internacionales que no figura en los

(1) No es esto decir que un país nuevo i con elementos no explotados de riqueza, deba rechazar los capitales extranjeros. Nó: por el contrario, el medio más eficaz i rápido de desarrollarse económicamente consiste en atraer capitales que vivifiquen nuevas fuentes de producción. A los dueños de capitales habrá que pagarles sus intereses o enviarles sus beneficios respectivos, i es ésta la deuda internacional que hai que pagar; pero, si esos capitales están productivamente empleados, crearán riquezas nuevas i sus intereses o beneficios podrán pagarse sin atentar a la vitalidad nacional, dejando, por el contrario, ventajas a todos.

números de la estadística aduanera. Así, Inglaterra, que construye buques para todo el mundo, es acreedora por sumas bastante considerables.

Hai todavía otros factores que dan origen a importaciones o esportaciones ocultas, como los gastos de los extranjeros que llegan de paseo a un país; las comisiones de los banqueros, etc. Pero los tres que hemos indicado ántes son los principales.

Así, pues, para hacer el balance exacto de los créditos i deudas internacionales de un país, hai que tomar, desde luego, los números de la estadística aduanera: sus importaciones son deudas, sus esportaciones son créditos. En seguida hai que tomar en cuenta las esportaciones e importaciones ocultas, como quedan espresadas. Comparados todos estos factores, se puede formar la que llama Leroy-Beaulieu la «balanza económica» de un país.

Esto es lo que esplica la aparente anomalía de que la Inglaterra, la Francia etc., países prósperos, revelen en sus aduanas, constantemente, importaciones superiores a sus esportaciones; el exceso está compensado con lo que los demas países les deben por fletes, por intereses de capitales colocados en el extranjero, por ventas de buques, por gastos de los extranjeros en el país, etc. Por el contrario, países pobres o nuevos, como Chile, presentan el fenómeno de que sus esportaciones son constantemente superiores, segun la aduana, a sus importaciones, a pesar de lo cual esos países, como pasa con Chile, no se enriquecen ni prosperan: ello se debe a que tienen que pagar anualmente fuertes deudas que no figuran en la estadística.

En efecto, todos los factores de las importaciones i esportaciones ocultas se traducen para Chile en fuente de deudas: careciendo de una marina mercante prospia suficientemente poderosa, vése obligado a arrendar

los servicios de trasportadores ingleses, franceses o alemanes, a quienes debe pagarles, sin retorno alguno, esos servicios; teniendo radicados en su seno considerables capitales ingleses, alemanes i franceses que dan vida a la industria salitrera, a empresas ferrocarrileras i a todo jénero de trabajos, i reconociendo, al mismo tiempo, una deuda pública esterna bastante considerable, tiene que enviar al extranjero, sin posible retorno tampoco, muchos millones para hacer el servicio de esa deuda i para pagar los intereses o utilidades de esos capitales; i por fin, habiendo tenido que comprar, para el Gobierno o para particulares, buques de guerra o de comercio, debe cubrir esa deuda que no corresponde a un crédito simultáneo correlativo.

En el año de 1899, Chile, segun las estadísticas de la aduana, importó por valor de 106.260,358 pesos i esportó por valor de 163.106,133 pesos, es decir, ha tenido un exceso de esportaciones ascendente a 56.845 mil 775 pesos. A primera vista, podria creerse, pues, que ha resultado acreedor del extranjero por mas de 56.000,000 de pesos. Entre tanto, si analizamos los factores de las demas deudas internacionales del pais, la situacion se presenta mui diversa. Se ha calculado que los gastos de transporte representan, para el comercio internacional de Chile, mas de quince millones de pesos; el servicio de nuestra deuda esterna exige anualmente mas de diez i siete millones de pesos; el servicio de los capitales extranjeros empleados en industrias particulares exige muchos millones, cuyo monto fijo fuera difícil precisar, pero de los cuales puede formarse una idea con recordar que toda la industria salitrera casi, se halla en manos de extranjeros radicados en Europa i que la industria minera en gran parte se halla en igual situacion, así como los ferro-

carriles particulares que tenemos (1). Aquel saldo favorable de cincuenta i tantos millones de pesos se desvanece, pues, para ser reemplazado por un saldo desfavorable.

Lo que pasó en 1899 ha venido ocurriendo en el país desde hace varios años i ántes de ahora con caracteres mas acentuados, puesto que en los últimos años se ha iniciado una reaccion en nuestra situacion económica, que ojalá se acentúe sólidamente.

No es de estrañar, por lo tanto, que hayamos visto esportarse nuestro circulante metálico, que vivamos bajo la amenaza constante de la vuelta o del mantenimiento del papel-moneda, que en diez años hayamos casi doblado nuestra deuda esterna i que las agencias en Chile de bancos extranjeros comiencen a adquirir los títulos hipotecarios i los valores de todo jénero que representan, no ya productos de nuestra actividad nacional, sino la fuente misma de nuestra riqueza, los instrumentos i medios de produccion permanentes.

Posible es, ciertamente, i debemos desearlo, que vengán circunstancias imprevistas i estraordinarias a favorecernos e impedir o detener esta desastrosa caída. Ha de recordarse tambien que los pueblos, como los individuos, si son realmente vigorosos, consiguen superar estas crisis supremas i levantarse i reaccionar espontáneamente cuando parecen mas abatidos. Se ha hecho notar, en los últimos años, una relativa mo-

(1) Un corresponsal en Buenos Aires de *L'Economiste Français* calcula en 122.000.000 de francos lo que anualmente debe esportar la República Argentina como intereses o utilidades de los capitales extranjeros radicados en el país. Chile tiene mucho ménos capitales extranjeros que la República Argentina; pero, en cambio, mucho de los capitalistas extranjeros han concluido por ir a radicarse, junto con sus capitales, en la República Argentina, al paso que de Chile emigran i dejan sus capitales.

deracion en el consumo de artículos importados; i por otra parte, ha subido el precio del cobre i ha aumentado la produccion del salitre.

El quebranto del pais es, sin embargo, demasiado profundo, tiene una historia demasiado larga para que sea prudente descansar en la confianza de que convalecerá por sí solo. Todo el mundo lo comprende así; i por eso, como lo recordábamos ántes, todos piden a los poderes públicos medidas eficaces para apresurar la vuelta de nuestra prosperidad económica.

Hemos visto ya como los males de nuestro pais son de aquellos cuyo origen i cuyos caracteres se hallan espuestos en cualquier tratado de Economía Política con tanta claridad como podrian estar espuestos en un tratado de medicina la causa i los síntomas de una enfermedad cualquiera. Pues bien, vamos ahora a buscar en la misma ciencia el remedio para estos males económicos de que sufre Chile.

Lo que agobia i va debilitando al pais es la escasez de su produccion, que no le basta para pagar todo lo que debe al extranjero. Si Chile produjera en salitre, en minerales, en trigo, en maderas, en vinos, en carbon, en artefactos, etc., una suma de millones bastante para alimentar el consumo interior i para compensar, ademas, lo que queda adeudando por importaciones, por intereses de su deuda, por utilidades de los capitales extranjeros, por fletes de su esportacion, etc., se veria mui pronto que, restablecido el equilibrio de su balanza económica, la holgura volveria a todas partes i que brotarian poco a poco nuevas industrias i nuevas fuentes permanentes de riqueza, atrayendo hombres i capitales del extranjero.

Todo el problema económico de Chile es, pues, por ahora, un problema de produccion: hai que dar expansion a las fuerzas productivas. Los paises euro-

peos, que han realizado ya la evolucion completa de su organismo productivo, que han dado todo el vuelo posible a sus elementos de produccion, preocupanse hoi, sobre todo, de abrir mercados a sus productos i de resolver los problemas relativos a la reparticion de la riqueza. No se halla Chile en igual caso: comienza apénas a desarrollar su produccion i hai industrias que solo de nombre conoce todavia.

Ahora bien, la Economía Política señala con la mas evidente claridad, cuáles son los elementos que impulsan la produccion. Esta, dice la Economía, se halla subordinada a tres condiciones principales: la estension del mercado; la abundancia de capitales; i la preparacion técnica de la poblacion.

Un mercado es estenso cuando existe una poblacion numerosa i homogénea que vive en un territorio i cuya cohesion se mantiene por medio de un sistema mui perfeccionado de vías de comunicacion. Los capitales abundan, no cuando hai muchas riquezas naturales ni cuando hai muchos millones inmovilizados en forma de capitales fijos, sino cuando hai disponibles para el trabajo, para compra de materias primas, de maquinarias i de útiles i para el pago de salario, fuertes sumas de capitales circulantes. I una poblacion tiene preparacion técnica cuando las diversas ramas de industrias disponen de una poblacion obrera ejercitada en las diferentes labores que cada trabajo necesita.

Así, los Estados Unidos, aunque sus setenta millones de habitantes viven esparcidos en ocho millones de kilómetros cuadrados, forman un mercado estenso, porque la cohesion nacional se mantiene, merced a su excelente sistema de viabilidad marítima, fluvial i terrestre; al paso que la China, con sus cuatrocientos millones de habitantes, no forma verdaderamente un estenso mercado a causa de la imposibilidad de comuni-

car fácilmente entre sí las diferentes rejiones del pais. Los capitales no abundan ni en el Brasil, ni en Bolivia, ni en Chile a pesar de las riquezas naturales que estos paises poseen; al paso que abundan en Inglaterra, en Francia, en Alemania. Finalmente, las poblaciones técnicamente preparadas para toda clase de industrias no se ven sino en las naciones que han llegado a un estado industrial complejo.

Cuando el mercado es estenso, cuando los capitales abundan, cuando la poblacion es apta, la industria crece i la produccion se desarrolla en grande escala, porque, en esas condiciones, son posibles una amplia division del trabajo i un estenso empleo de las máquinas. Pretender que un pais sin esas condiciones desarrolle una estensa produccion es como querer que brote un árbol en un a roca; es querer que venga un efecto sin que haya existido su causa.

Chile se encuentra, a este respecto, desfavorablemente colocado: su poblacion es reducidísima; está en un territorio relativamente estenso, i las vías de comunicacion puédese decir que no existen. En seguida, los capitales son estremadamente escasos, i en los últimos tiempos, por causas que no es preciso traer a la memoria, se han visto aun disminuidos, pues muchos se han perdido i muchos han emigrado. Finalmente, la poblacion no conoce sino los trabajos agrícolas i algunas primitivas industrias urbanas: la poblacion industrialmente preparada no existe.

Con semejantes condiciones, dictense las medidas que se quiera, la produccion nacional será lánguida, sus proporciones modestas, su vida precaria.

Científicamente, es decir, racionalmente, no hai otro medio para que la produccion de Chile se desarrolle, que la realizacion, en el organismo nacional, de las tres condiciones que hemos enumerado ántes.

El problema es complejo, i por lo mismo, no se re-

solverá sino atendiendo simultáneamente a todas sus fases. Hai que emprender un plan de conjunto i realizarlo con perseverancia hasta que rinda sus frutos. Afrontar un solo aspecto del problema, o realizar durante un año o dos únicamente, la obra de resolverlo, es condenarse al fracaso.

En esta tarea, corresponde una parte preponderante i principal a la accion del poder público, desorientado hasta ahora segun parece o, por lo ménos, inconstante i voluble en sus esfuerzos: es Chile un pais que debe las tres cuartas partes de su relativo progreso a la accion del Estado, i que por muchos años tendrá todavía que aguardar toda grande iniciativa i todo esfuerzo prolongado, de la mano de la autoridad. Es precisamente en los paises nuevos donde la funcion del Estado, como ajente del progreso, ha de cumplirse con mas decision i amplitud, i es en ellos tambien donde esa funcion resultará mas fecunda.

Así, pues, hai que empeñarse por hacer que el mercado para la produccion chilena sea estenso. No cabria en los límites de este trabajo, ni corresponderia a su índole una disertacion prolija acerca de los medios de obtenerlo. Ellos, por lo demas, se imponen: hai que difundir i practicar la hijiene pública para detener la pavorosa mortalidad de párvulos i adultos, que contrasta con la prolificidad de nuestra raza (1); hai que dictar leyes draconianas, que sean inexorablemente cumplidas, para detener los estragos del alcoholismo que está diezmando i desmejorando nuestra raza a toda prisa; hai que invertir dinero i esfuerzos en crear i consolidar una apreciable corriente inmigratoria de

(1) No necesita comentarios este hecho: en doce años, desde 1885 hasta 1896, segun datos oficiales, nacieron en Chile 1.134,193 personas i murieron 1.078,305: el aumento vejetativo de la poblacion fué, pues, en doce años de 55,888 habitantes nada mas.

capitales i de hombres hácia Chile; hai que aprovechar la feliz circunstancia de ser el Estado dueño de grandes estensiones de tierras, para difundir la pequeña propiedad i para hacerla deseable i buscada por nuestros nacionales.

I por lo que respecta a vías de comunicacion, precisa tambien hacerlo todo: hai que unir los extremos del territorio por medio de grandes líneas férreas, i llevar la viabilidad a su mayor perfeccionamiento posible, a fin de que todas las vías de comunicacion se conecten entre si i hagan circular por todo el territorio la riqueza, las ideas i el espíritu de progreso, como circula la sangre por todo el organismo. Miétras eso no suceda; miétras haya rejiones del pais aisladas de las demas, o miétras el sistema de viabilidad sea tan imperfecto que, en cada invierno, quede Chile fraccionado en infinitas secciones aisladas por completo unas de otras, no hai produccion estensa que sea posible. Hai que trabajar con empeño por la creacion de una marina mercante nacional, como uno de los medios indispensables de obtener nuestro resurjimiento económico (1). I todavía, entre los medios de ensanchar el mercado nacional, figura como de los pri-

(1) Si consiguiera Chile poseer una poderosa marina mercante, para lo cual lo favorecen de una manera especial las circunstancias, obtendria enormes ventajas: se libraria del pesado tributo que hoi paga a los trasportadores extranjeros, tributo ménos pesado por su valor preciso que por la depresion mortal a que condena al pais; aseguraria el mejor de los agentes i propagadores de su industria, de su comercio, de sus riquezas todas; reportaria ventajas políticas enormes, no solo porque su escuadra estaria en todo momento provista de los trasportes que necesitara, sino tambien porque tendria una amplia escuela de marineria i porque, en jeneral, gana inmensamente un pais en influencia i prestigio por el hecho de que se despliegue su bandera en todos los mares. Cuando Colbert dictó en Francia sus *Ordenanzas de Mar* i cuando Cromwell dictó en Inglaterra el *Acta de Navegacion*, esos dos patriotas gobernantes dieron al poderio de su respectiva patria el mas sólido fundamento. No hai un solo pais deseoso de surjir i de vivir independiente entre las naciones, que no se apresure a crear una marina mercante nacional i a realizar cuantos sacrificios exija la ejecucion de ese propósito.

meros la celebracion de tratados de comercio con los paises sud-americanos de la costa del Pacífico, tendiendo a hacer de todos ellos una especie de *Zollverein* aduanero.

Esto en cuanto se refiere a crear la primera de las condiciones, la estension del mercado. Por lo que hace a la existencia de capitales, no debemos esperar que los cree nuestro propio esfuerzo, pues ese camino seria mui lento: hai que atraer una parte de los enormes capitales sobrantes que hai en Europa. I para atraerlos, es preciso tener una politica amplia i severa, una jestion financiera económica i discreta, ménos volubilidad en materia monetaria i hasta mejores reglas de procedimiento en juicios de comercio.

I por fin, la preparacion técnica de la poblacion ha de obtenerse como resultado precisamente de la existencia de industrias variadas. Pero es posible ayudar a esta evolucion por medio de la multiplicacion de las escuelas de enseñanza técnica i especial, agrícolas, mineras, fabriles, comerciales, etc. (1)

Estas son, ante el criterio científico, las medidas fundamentales que corresponde adoptar para mejorar radicalmente la situacion del pais; ellas, por cierto, habrian de ser completadas por medidas de detalle. Si se emprendiera con decision i con fé la tarea de realizarlas, no pasarian quince años sin que Chile entrara en un período de prosperidad sólida e indefinida.

Ya nos parece oír que alguna voz se levanta para decirnos que precisamente cada una de las medidas

(1) Naturalmente, la difusion de la enseñanza jeneral, haciendo si es posible obligatoria la instruccion primaria, tiene que ser el mejor auxiliar en este sentido; cuando la poblacion es universalmente alfabeta, es decir, cuando todos saben leer i escribir i poseen nociones de cálculo, dibujo, etc., se facilita mucho la introduccion de procedimientos industriales nuevos, i se realiza con mucho mayor rapidez la preparacion técnica de la poblacion.

que quedan indicadas ha sido ya propuesta por alguien i aceptada por el tácito asentimiento de todos.

No podríamos ni queremos negarlo; pero preguntamos: ¿por qué ninguna se ha realizado, sin embargo?—I nuestro criterio nos dice que ha sido la falta de nociones claras i sólidas de Economía Política lo que ha esterilizado hasta ahora todas esas patrióticas iniciativas.

Lo prueba, en primer lugar, el hecho de que, junto con esas medidas racionales, eficaces, aconsejadas por la ciencia i por la ajena esperiencia, se han propuesto tambien medidas desatinadas, injustas, contraproducentes; i todavía, lo que es mas significativo, han sido precisamente las medidas de esta última clase las que han recibido adhesiones mas numerosas, mas entusiastas o, por lo ménos, mas activas.

Lo prueba, en segundo lugar, el hecho de que, si las medidas que dejamos indicadas han merecido la aceptacion jeneral, ellas hasta ahora no se han realizado, ni están, a lo que parece, en vías de pronta ejecucion. ¿Por qué?—Porque se las acepta superficialmente, sin que todos se den cuenta de su naturaleza i de su alcance, con tibieza, sin conviccion profunda i completa; de tal modo que, ante las primeras dificultades, se las abandona, se renuncia a librar batalla por medidas acerca de cuya eficacia no se tiene un convencimiento verdadero.

Se requiere, para que esto se haga, que haya perseverancia; no hai perseverancia sin conviccion profunda; i la conviccion profunda no la da sino la ciencia al poner de manifiesto la organizacion económica en todos sus detalles i al enseñar qué influencias i hasta qué punto la dominan.

El caso de lo que ocurre en Chile es, a nuestro juicio, un argumento práctico de inapreciable valía

para demostrar la necesidad de los estudios económicos. I en presencia de él, podemos decir, modificando un poco la frase de Rossi: la importancia de la Economía Política la prueban de consumo la fijeza de ideas de los que la conocen i las vacilaciones i desaciertos de los que la ignoran.

ARMANDO QUEZADA A.

SONETO

—«Vuelve, amado Efrain; cruza los mares;
torna del Cauca a la feraz ribera,
donde la vírjen de tu amor te espera
en medio de la paz de estos lugares.

¡Tu ausencia me consume! hondos pesares
han marchitado en flor mi primavera;
¡tu pobre María desespera
de ceñirse los blancos anahares.

Solo el ansia de verte me conforta:
si vuelves viviré... ¡Torna a mi lado,
que el destino traidor mi vida acorta!

Ven a hermostear siquiera mi agonía,
ántes de que mañana, desolado,
llores sobre la tumba de María.»

FEDERICO GONZÁLEZ G.

INCONSOLABLES (1)

(CUENTO)

I

Un día límpido i sereno. El guardian del cementerio barre las hojas que el viento de la noche ha arrancado i derramado sobre las tumbas. El viejo tiene sus muertos, a quienes ama i cuyo reposo vela cuidadosamente.

Cuando los parientes o amigos descuidan poner flores en las tumbas o dejan la lamparilla sin aceite (2), Moche (3) Simion se acerca a la tumba abandonada, contempla larga i compasivamente las coronas mar-

(1) Alejandro Vlahutza es uno de los mas aplaudidos escritores rumanos del día. El cuento suyo, que hoi ofrecemos a nuestros lectores, ha sido traducido especialmente para *La Revista Nueva* por uno de sus colaboradores, de la version francesa de JANE FINELLE.

(2) Es costumbre, en Rumania, colocar en las tumbas una lamparilla que arde constantemente.

(3) *Moche* es una espresion familiar con que el pueblo rumano designa a los viejos. A las viejas les dicen *Baba*.

chitas, la lámpara estinguida, sacude la cabeza i habla al muerto, lastimándose de su abandono.

—¿Ves? Yo sabia que tambien te olvidarian. Nadie viene a verte, eh! ¿Qué les importa? Beben, comen, se divierten.... Pero, déjalos, déjalos; ya les llegará su turno, como a los demas.... Ya les veo venir.... Uno mañana, otro pasado; entrarán por ahí, los piés adelante.... Sus hijos les llorarán uno o dos dias, i despues se quedarán solos, sin flores, sin aceite, sin lámpara. Así es el mundo.... No tiene remedio.

Pero hoi, Moche Simion está silencioso. No monologa. ¿Por qué? La tumba cerca de la cual barre, nueva i cuyas letras de oro grabadas en el mármol brillan al sol, le retiene especialmente. El epitafio dice así: —«Alejandro Cornea, nacido el 6 de marzo de 1849, muerto el 2 de setiembre de 1884. Descansa». No se oye sino el arrastrar de la escoba i el crujir de las hojas secas. Espesas bandadas de cuervos cargan i ennegrecen las ramas de los árboles vecinos. El cielo está sereno, la tierra duerme.

Moche Simion sabe bien quién va a bajar del coche que acaba de detenerse a la puerta del cementerio. Es Mme. Cornea. Grande, pálida, pasa lentamente, los ojos opacos i húmedos por el dolor. A su espalda, ondea lheramente el crespon de duelo que la envuelve de la cabeza a los piés. No ve nada. El viejo se retira. Comprende i respeta el dolor i las lágrimas que todos los dias vienen al ausente como un tributo de eterna fidelidad.

— ¡Pobre mujer! Es jóven, bella, rica! ¡Verla llorar, arrodillada ante una tumba! ¡Cuánto dolor! Eh, sí!... Así, cada uno lleva en sí mismo el gusano que le roe. Pero.... ya se le pasará.... vendrá otro.... i todo durará hasta el momento en que a su vez duerma bajo la tierra.

En cuarenta años de vecindad con los muertos, Moche Simion había llegado a creerse inmortal.

Pero ¿por qué las visitas de Mme. Cornea parecen preocuparle tan especialmente? Es que recuerda las tumbas olvidadas, descuidadas.... I todas las mañanas, desde hace algun tiempo, Moche Simion piensa: —«No creo que venga hoi.»

I espera.... Escucha.... El trote de los caballos, el rodar del coche le son ya familiares.... Ella llega ... I tanta constancia le contraría. ¿Será, acaso, distinta de las demas?....

El invierno ha llegado. El cementerio está cubierto de espeso manto blanco. ¿Quién deja esa huella en la nieve?

—Mira, Moche Simion, soi yo, soi yo. Mi corazon no es de los que olvidan.

El viejo mira. Ella ha enflaquecido i parece una sombra tan diáfana, tan lijera como su negro velo. Piadosamente, como siempre, se arrodilla i sus lágrimas, inundando la piedra funeral, corren como de una fuente que parece inagotable. No mas amor, no mas felicidad para ella. Una tumba se ha cerrado sobre el que la ligaba a la tierra....

—Pero, Moche Simion, ¿por qué sacudes la cabeza con tanta incredulidad? ¿Acaso la vecindad de los muertos te ha endurecido el corazon i no tienes ya lástima por los pobres vivos?

II

Es la primavera. Los árboles reverdecen. De la tierra de los muertos brota una vejetacion lujuriosa. En el aire flotan perfumes de juventud que llaman al

amor. Las puertas del cementerio se abren. La multitud se precipita dentro de la fúnebre mansion. Se oyen gritos i jemidos. Es un nuevo huésped que viene a gozar el reposo supremo.... Se acercan a la fosa.... Los lamentos son cada vez mas conmovedores i desesperados.... Los sacerdotes salmodian las últimas oraciones.... Los cirios arden dulcemente; en finas volutas azuladas se eleva en el aire el humo del incienso.

—Nó, nó, no me la quiteis... ¡Oh! ¡Dejad que la vea una vez mas!

¡Qué desgarradores acentos! Un jóven, vestido de negro, enloquecido por el dolor, se ajita como un loco i rechaza a los amigos que le rodean. Quiere escaparse de sus manos para arrojarse a la tumba en que se acaba de bajar el ataud. Le contienen; jime; llora....

¡*De profundis!* ¡*Requiescat in pace!*.... La música fúnebre ahoga las lágrimas i el ruido de los sollozos; la multitud se dispersa, i el dominio de los muertos queda de nuevo en silencio.

El sol se alza en el cielo con imperial majestad.

I es un nuevo desgraciado que todas las mañanas va a arrodillarse ante una tumba.

Moche Simion mira al viudo i a la viuda con el rabillo del ojo, i murmura:

—¡Toma! No se miran! ¿Es posible? Pero, luego veremos....

I es verdad: entre ambos inconsolables la distancia es tan pequeña que les seria fácil verse i oirse. ¿Pero están sus almas en situacion de recibir una impresion del mundo exterior? Están tan abismados en su pena que el hundimiento del universo entero no los distraeria del dolor que los absorbe.

I llegaron los risueños dias del verano con su verde

vestidura i sus árboles cargados de flores. ¡Ah! ¡Qué dulce es la vida!...

¿De quién son esos bonitos niños cuya claras risas suenan tan alegremente en el silencioso imperio de los muertos?

Moche Simion se aproxima. Se diría que quiere tener su parte en esa alegría infantil, que, ignorante de todo, se derrocha cándidamente en el triste recinto.

Son tres los niños. ¡Qué bulla hacen!

La rubiecita, ya crecida, es la hija de Mme. Cornea. La chiquilla morena i su hermano son los hijos de la pobre muerta.

El padre llora, llora como una mujer.

El corazón se destroza con solo verle.

Desde el primer día que se encontraron, los niños se hicieron grandes amigos.

—¿I tú qué dices, Moche Simion? Nó, nó; yo sé lo que piensas; pero sería locura imaginar que entre esos dos séres, quebrantados por el dolor, por un mismo dolor, pudiera.... No muevas así la cabeza. Míralos: si ni siquiera se ven. ¿Cómo quieres que lleguen a conocerse? Para ellos no hai ya ni mundo, ni vida, ni esperanza: la muerte les ha arrebatado todo. I tú dices que se conocerán i que.... pero si dos tumbas separan sus corazones!

III

El sol de las mañanas de verano derrama los torrentes de su luz sobre la tierra, una luz cálida, benéfica, bajada del cielo. La tierra exhala vapores. Los árboles han sacudido sus flores. En el aire flota el amor.

—Perdon, señora, ésa es su sombrilla, si no me engañó.

—Gracias, caballero.

Los dos tienen la vista en el suelo, pero la dama ha enrojecido lijeraamente.

Los niños, con las manos en los labios, se envían alegremente besos i se dicen adios.

Moche Simion los mira i sonrío, con el aire de un hombre astuto que comprende i se calla.

En un día de otoño, los tres niños llegaron al cementerio cojidos de la mano. Algunos pasos mas atras, lentamente, uno al lado del otro, siguen... los padres de los tres niños.

I ahora, las hojas se amontonan sobre las dos tumbas. Moche Simion no las barre. Pero cuando pasa por ahí, entorva el ceño i masculla:

—¡Ya lo veis! Pero yo, yo sí que sabia que tambien habrian de olvidaros!

ALEJANDRO VLAHUTZA.

OJOS NEGROS

Si, a favor de la noche, a tu reja
temblando me acerco,
i en su lumbré tan clara me envuelven
tus ojos tan negros,
me parece que el día radiante
se asoma por ellos,
ilumina las ásperas cumbres,
los valles risueños,
el color a las flores devuelve
i al pájaro el vuelo,
i ceñidos de luz i alegría
resplandecen gloriosos los cielos.

Mas, de día, al fulgor con que irradian
tus ojos serenos,
me parece que inmensa la noche
despréndese de ellos,
i llanuras i abismos invade,
i un hondo silencio
la quietud i el olvido en las almas
esparce i los sueños.
I el Amor, de los mundos dormidos
oficia en el templo,
al silente rodar de los astros
i al rumor apacible del viento.

MOISES NUMA CASTELLANOS.

UNA NOVELA GUATEMALTECA

En Centro-América se escribe mucho.

Ese pedazo de mundo que sirve como de broche que une a ambas Américas, al propio tiempo que de dique para que no se junten i mezclen las aguas del Pacífico i del Atlántico, mezcla que nos seria provechosisima, ya que en este océano parece navegar mas a gusto la barca de la civilizacion moderna; en esa *Amériquita* de cuyas bellezas i riquezas naturales cuentan primores los que la conocen, i cuyas ruinas colosales atestiguan la remota existencia de una civilizacion talvez rival de la de Méjico i de la del Cuzco: en ese monton de republiquetas que unas a otras se hacen guerra i cuya historia, de la Independencia a nuestros dias, parece una sombría leyenda medioeval i semeja, *mutatis mutandi*, un trasunto de la historia de algunas repúblicas o ducados italianos; en Centro-América, repetimos, se escribe mucho. Los libros nuevos no son allá caso raro, ni su publicacion parece costar tanto a los escritores centro-americanos como a los de otras

partes: será que las impresiones son mas baratas, o los escritores ménos pobres, o ambas cosas a la vez.

Porque, a juzgar por lo que dice el escritor guatemalteco, don Rafael Pineda de Montt—el público centro-americano no es mas amplio de horizontes ni sobrado de estímulos que el nuestro, por ejemplo. Pineda aplaude a los escritores que tienen el valor de publicar un libro sabiendo que «entre nosotros—los centro-americanos—raramente se compran libros; que el círculo apretadísimo de los que aquí leen, mira con olímpico desden i con sonrisilla despreciativa lo poquísimo que producen los ingenios de la tierra; que no tenemos prensa literaria que sirva de palanca i de estímulo a los nuevos, que les aliente i les esperance con su crítica».

Mas, a pesar de todo ese pesimismo, lo cierto es que en Centro-América, a atenernos a los libros i revistas que allá se publican, hai vida intelectual bastante activa, i se sigue con atencion i al dia el movimiento literario europeo, especialmente el parisiense de los jóvenes. En Centro-América han encontrado las escuelas o capillas modernistas sus mas autorizados apóstoles americanos i sus mas ardorosos neófitos, que han propagado i propagan la *buena nueva* por los demas paises americanos, algunos de los cuales, como Méjico, Colombia i Venezuela, van casi apareados con Centro-América en ese terreno. Esos paises sirven tambien como de foco del cual diverjen sobre los mas *atrasados* a ese respecto, esos rayos literarios de todos matices, cuyo color i brillo medio ciega a muchos escritores i poetas de por acá, que tienen especial predileccion por los escritores de los trópicos, cuyos versos i cuya prosa constituyen buena parte del material de algunas efímeras revistas literarias que aquí suelen publicarse.

No es posible negar que los escritores de Centro-América, Venezuela, etc., poseen ciertas condiciones que les hacen merecedores de las simpatías de que entre nosotros gozan, i que alcanzan tambien a los arjentinos, a pesar de todos los pesares. Viven mas cerca que nosotros de Europa; tienen mayor comercio intelectual con el Viejo Mundo, por intermedio de una multitud de escritores de esas naciones que viven en Paris, Roma o Madrid; son mas fácilmente asimilables a las diarias variaciones de los ideales i sentimientos del *parisismo* literario i artístico; sus inteligencias son mas vivas; su verbo mas abundante i fácil; su fecundidad casi morbosa.

Mas, dejemos de divagar, i vamos al libro que da motivo a estas líneas:—*Humo*, novela del escritor guatemalteco don Enrique Martínez Sobral.

Este escritor no es desconocido en Chile ni él desconoce este país. Ha estado aquí; en su libro *Prosas*—de que oportunamente hablaron nuestros diarios—ha apuntado recuerdos gratos de su estada entre nosotros, i su novela *Humo* viene dedicada a don Miguel Luis Amunátegui Reyes.

En su nombrado libro *Prosas*, Martínez Sobral se nos presentó como un *conteur* ameno i dotado de apreciables dotes de observador de estos medios hispano-americanos tan sin relieve en las manifestaciones de su vida ordinaria, al propio tiempo que como crítico, o mejor, *ensayista* literario de vuelo no mui alto, pero sereno i firme.

Humo es una novela, una novela de costumbres guatemaltecas. I aquí cabe hacer, brevemente, una observacion que cuadra a casi todas las novelas que se escriben en la América Española. La pintura del medio social de su país, es el propósito que siempre persiguen esos novelistas, i a la cual parece conce-

den mas importancia de la que efectivamente tiene en la obra de arte que es o debe ser una novela. En estos paises no hai propiamente un medio social especial a cada uno. Con ligeras discrepancias, que dia a dia van borrando los avances niveladores de la civilizacion, el medio social, los caractéres fundamentales de la vida nacional, son los mismos desde Méjico hasta el Plata. Naturalmente, existen matices, mas o ménos acentuados, líneas, mas o ménos diverjentes, que marcan diferencia entre pueblo i pueblo, sobre todo si se toman como término de corporacion Chile i cualquier pais en que las razas indíjenas conserven alguna influencia en la economía social; pero esas diferencias van borrándose a medida que la observacion se acerca a las capas sociales que están en mas inmediato contacto con la comun civilizacion que de fuera nos viene, de modo que en esas capas casi ya no existen sino a modo de tenues, casi invisibles matices, salvo en lo relacionado con las manifestaciones externas de la riqueza i del poder que, naturalmente, no son las mismas en Santiago que en Guatemala, ni en Buenos Aires que en Quito. Mas, como por regla jeneral, los novelistas escojen como campo de sus observaciones, sobre todo ahora que priva cierto *snobismo* aristocrático pegado de Bourget, las altas capas sociales, o por lo ménos, las medianas, resulta que tal novela cuya accion pasa en Carácas o en Méjico, nada rara ni estraña pareceria, si se trasladara—mediante mutaciones de nombres i de tal cual paisaje peculiar—su accion a Lima o a Santiago. En la novela americana, pues, en nuestro concepto, ocupa lugar secundario la pintura del medio con fines especializadores, es decir, con el propósito de pintar algo que se supone peculiar de este o aquel pueblo. Eso nos parece que debe ser lo secundario. Lo principal,

creemos que está en la parte esencialmente artística de la obra, en la ejecución, en escribir bien novelas que hagan sentir i pensar, o que, por lo ménos, agraden i entretengan, mediante otros recursos que la pintura un poco *a fortiori* de medios nacionales, que de tales no suelen tener sino los nombres de las calles o pueblos que en la novela figuran.

Pero como no es ésta ocasion propicia para desarrollar estas ideas que brevemente quedan esbozadas, volvamos a *Humo*, que no consideraremos como novela guatemalteca, sino como novela, lisa i llanamente.

Es la eterna aventura del mozo pobre que desea ser rico a toda costa para gozar de la vida epicúreamente; que juega; hace fortuna; se envilece; trueca el amor sincero i tierno de su juventud cándida, por el amor interesado de la hembra rica; que se da a todos los placeres de la carne, del mundo i del demonio; que pierde su fortuna como la ganó; que, a la postre, demasiado tarde, se desengaña, i termina por cancelar sus deudas con un pistoletazo. I, al rededor de Nicomédes Cortina—el héroe de *Humo*—su familia pobre i honesta; los amigos medradores i desleales; Crispi, el inmigrante enriquecido e insolente que une sus millones a los abolengos rancios de una mujer hueca i estulta, de la cual pareja ha nacido Hortensia Crispi, la novia de Nicomédes, frívola, insustancial i en todo digna hija de sus padres.

Sobre esta armazon, Martínez Sobral ha escrito *Humo*. I como tiene condiciones de novelista, en cuanto se relaciona con interesar al lector aun con asunto tan poco nuevo como ése, *Humo* se lee con interes i se cierra sin fatiga. Escrita en estilo fácil i colorido—aunque no del todo correcto i hasta salpicado de innecesarios galicismos i de fácilmente evitables quebrantamientos de la sintáxis—*Humo* es una novela

bien hecha. Sin recargar demasiado el color *guatemalteco* de su obra, Martínez Sobral ha dado mas importancia a la novela en sí que a ese color, procediendo, segun nuestra opinion, mui acertadamente.

El protagonista de la obra, Nicomédes Cortina, está pintado con enerjia i brio. La aventura de esa víctima del mareo plutocrático, su inconsciencia enfermiza, sus ansias de *arriviste forcené*, como dicen los franceses, su fin trájico, su caída desde la cima hasta lo mas hondo, impresionan vivamente al lector, que ve en el desgraciado agente comisionista de Guatemala, un nuevo ejemplar de esa juventud destornillada, sin sindéresis i locamente ambiciosa de fortuna, que cree que la línea angulosa es mas corta que la recta para unir los dos puntos extremos de la vida. I al rededor de Cortina, qué falanje de hombres i mujeres parecidos a él, todos poseidos por el mismo demonio de la riqueza rápida, de los goces materiales, de la incansable guerra al propio corazon i a la propia alma!

I el humo del pistoletazo con que el pobre Nicomédes cierra su desventurada vida, se eleva en azules espirales por la limpia atmósfera tropical de un día de verano, formando, a impulsos del viento, figuras extrañas, a veces diabólicas, que parecen reirse siniestramente de toda esa juventud que quiere conquistar Zamora en una hora, i que no hace sino estrellarse contra la impía fuerza de las cosas, que nos enseña que el amor, el trabajo, el corazon, el alma, son algo mas que humo

E. H.

NOTAS E IMPRESIONES

EL INFORME DE DON JUAN FRANCISCO MENESES.—

Don Juan Francisco Meneses i Echanes, autor del informe que publicamos en otra seccion de este mismo número de la REVISTA, nació en 1785, de nobilísima ascendencia.

«Por la línea paterna, dice don M. L. Amunátegui, subia, segun un espediente de nobleza que tengo a la vista, hasta Gonzalo Alvarez de Toledo, uno de los españoles que vinieron a Chile en el primer tiempo, i por la materna, hasta Alonso de Córdova el viejo, uno de los conquistadores mas antiguos de este pais.»

Hizo buenos estudios en el Convictorio Carolino i en la Real Universidad de San Felipe.

A mediados del año 1808 fué nombrado por el Capitan Jeneral don Francisco Antonio García Carrasco, escribano de Gobierno.

Mui pronto obtuvo un gran ascendiente sobre García Carrasco i fué uno de los principales i mas influentes consejeros de ese gobernante. «Tenia una

aficion decidida a las providencias vigorosas i aun violentas».

Pensaba que los Gobiernos deben imponer, ántes que todo, el respeto mas sumiso.

Tuvo una parte principal en la prision de Rojas, Ovalle i Vera, i en todas las medidas violentas del Gobierno de Carrasco.

En el Cabildo abierto del 11 de julio de 1810, el vecindario de Santiago solicitó i obtuvo, entre otras cosas, la separacion de Meneses.

Despues de separado, Meneses se retiró a la ciudad de Santa Rosa de los Andes.

Durante el período de la Reconquista sirvió Meneses el cargo de asesor de la provincia de Concepcion, i despues, de la Capitanía Jeneral en Santiago.

Con motivo de la derrota de Chacabuco, fugó a Lima, i allí dió el informe a que nos hemos referido.

«No debiendo quedar en la oscuridad de los primeros relatos, decia el Virrei del Perú, don Joaquin de la Pezuela, al Ministro de Guerra de España en oficio número 207, de 30 de abril de 1817, un negocio de tanto bulto, exijí una historia escrita de él de varios jefes i empleados i comisioné al Ministro de la Audiencia de Chile, don Antonio Luis Pereira, i al comandante del Rejimiento del Infante don Cárlos, don Joaquin Primo de Rivera, para que ambos, con separacion i segun su diferente instituto, recibiesen una informacion sumaria de los emigrados paisanos i militares que por la representacion de sus destinos, luces i mezclas en las operaciones, podian escribir mejor su orijen, desarrollo i funestos resultados. Esta narracion es una lijera suma de lo que suministran los referidos informes i declaraciones. Me ha parecido oportuno copiar a V. E., para su mas prolija instruccion, los contenidos en los dos cuadernos ad-

juntos, números 4 i 5, que he juzgado los mas principales i exactos, porque algunos de sus autores se hallaron en las funciones de guerra, i los dichos de todos tienen en mi concepto mayor fundamento i aun una constancia moral.»

Los párrafos trascritos bastan para esplicar el origen del informe de Meneses.

No creemos necesario recordar la vida posterior de éste. Los altísimos puestos que despues ocupó i la influencia que tuvo en la política chilena, son mui conocidos.

SOBRE FEMINISMO.—

Mme. Neera ha publicado en la *Nuova Antolojia* un interesante artículo, titulado *El concepto materialista de la felicidad*, del cual traducimos las siguientes lineas:

«Ya podemos constatar los resultados de la propaganda feminista inspirada en doctrinas materialistas, en uno de los países en que es mas activa, en Béljica. Ahí, en triste barrios poblados por obreros i formados por fábricas i casas bajas, todas parecidas, i no dominadas por la majestad de la iglesia, hombres i mujeres pasan la mitad de su existencia en el taller, fuera del hogar.

«Las mujeres están representadas en el Consejo del trabajo i de la industria, tienen derecho a voto, perciben un salario igual al del hombre, pero sucede esto: libertado de su responsabilidad de jefe de la familia, privado del sentimiento de su fuerza, no encontrando ya el empleo de la necesidad, natural en él, de ser tierno i protector, el hombre se da mas que nunca al alcohol; i como su compañera ha perdido a sus ojos

todo encanto i dignidad, no siente ninguna incomodidad por ella i satisface todas sus pasiones.

«Esa es la consecuencia lójica i fatal de una doctrina que ahoga en el alma humana todo sentimiento elevado i pretende reducirlo todo, en el órden social, a un bajo comun estado en que la animalidad primitiva reaparece en todos sus salvaje instintos . . . La hora ha llegado, en verdad, en que es necesaria al mundo una nueva Juana de Arco que, fuerte con todas las virtudes de la mujer, pelee el nuevo combate del ideal i esgrima, contra ese feminismo hecho de ambicion i materialismo, el verbo del amor, secreto único del poder i de la superioridad de su sexo. I yo no quisiera que fuese, como la Juana de Arco de la historia, estéril, sino que fuese madre, i que la maternidad le revelase la grandeza de la mision femenina a traves de la historia.»

LAS ILUSIONES NACIONALES.—

El eminente sociólogo ruso J. Novicow publicará, dentro de poco, un libro titulado *La Federacion de Europa*, que, sin duda, tendrá el mismo éxito que *Los derroches de las Sociedades modernas* i otras obras del mismo autor. Una revista parisiense ha publicado un capítulo del nuevo libro de Novicow, sobre *las ilusiones nacionales*. Novicow combate, en ese capítulo, la tendencia de cada pueblo a creerse el único bueno, el único que procede con rectitud i justicia, i termina con estas palabras:

«Las páginas sombrías son tan comunes como las páginas brillantes en la historia de las naciones. Todas han cometido acciones criminales i realizado acciones jenerosas. Ninguna es la virtud personificada. Todas valen lo mismo ¡all en cuanto a egoismo, brutalidad i

crueldad. Ninguna nacion es capaz de verse, no a través de las nubes de la condescendencia personal, sino objetivamente, tal como aparece a sus vecinos. Todas tienen para sí mismas tesoros de induljencia, i para las demas, montañas de severidad.

«Ese es, ciertamente, uno de los mayores obstáculos al acuerdo internacional. Si las naciones pudieran comprender que no valen mas que sus vecinos, desaparecerian rápidamente las espantosas desconfianzas que hoy las dividen. Además, en cuanto se vieran *tales como son* i no *tales como creen ser*, no podrian conservar esa máscara de hipocresía que tantos daños hace a la humanidad.

«En nuestros dias, en efecto, todas pretenden que nunca atacan, que no hacen sino defenderse. I, bajo esa apariencia de ejemplar moderacion, se gastan centenares de millones en los mas insensatos armamentos. I la hipócrita pretension de que esos armamentos no son para atacar, está basada, precisamente, en la pretendida maldad del vecino.

«Cuando las naciones, por fin, abran los ojos, cuando se libren de la funesta ilusion que las hace creerse perfectas, se habrá dado un gran paso hácia la pacificacion de la humanidad. Cuando las naciones comprendan que no valen mas que el vecino i que éste no es un monstruo de maldad i de hipocresía, se considerarán las cuestiones internacionales desde un punto de vista mas elevado i mas justo. Comprendiendo que las faltas i defectos son mas o ménos iguales de ambos lados, sentirán la necesidad de hacerse concesiones mutuas.

«Entónces, la concordia, que ahora es, a veces, imposible, se hará fácil, i muchos conflictos, que hoy hacen correr rios de sangre humana, podrán arreglarse sin trabajo entre los diplomáticos.»

LOS ABSURDOS DE LA CÁMARA DE LOS COMUNES.—

Este es el título de un curioso artículo que T. P. Connor ha publicado en la *North American Review*.

Después de señalar algunas peculiaridades del funcionamiento i formulismo de la Cámara Baja inglesa, Connor hace notar el cambio que sufren muchos ingleses a consecuencia de su ingreso a esa Cámara.

Vemos— dice— *gentlemen* llenos de locuacidad, empeño, intelijencia, que coronan el sueño de toda su vida con su entrada en el recinto de los Comunes, respetable entre todos. Pero ¡algunos meses después! Esos legisladores que se prometían operar milagros en provecho de sus conciudadanos, se vuelven sombríos, indiferentes, casi estúpidos. No piensan sino en abandonar lo mas pronto posible el Parlamento, i en asistir a él lo ménos que puedan. ¿La causa de ello? Que se encuentran embrutecidos por el reglamento parlamentario, i, sobre todo, por las horas de sesión, fijadas a despecho del buen sentido i hasta de la higiene elemental.

Cuatro veces por semana, la Cámara de los Comunes sesiona desde las tres de la tarde hasta media noche, i los miércoles, desde mediodía hasta las seis de la tarde. Las sesiones, en realidad, empiezan a las tres i media, i se inician por una serie de interpelaciones insignificantes, de carácter local.

Fatigados, enervados, los Comunes vagan, en la noche, por los corredores o beben en el comedor, mientras en la sala de sesiones solo quedan los diputados que deben hablar o los que piensan replicar algún discurso.

LA NOVELA ESPERIMENTAL.—

Estenso i mui interesante es el estudio que L. R. Richard acaba de dedicar a la novela experimental, i en particular a la obra de Emilio Zola. Richard estudia los orijenes de esa novela, analiza una a una las obras de Zola, espone sus doctrinas i procedimientos, i termina así:

«Victor Hugo conmovió a sus contemporáneos, i fué tal el impulso de esa conmocion, que el Gobierno de entónces cedió a ella suprimiendo los presidios continentales; Flaubert quebrantaba las bases de la sociedad burguesa, provocando defensas contra su poder, miéntras que con Descaves, el Gobierno intentaba preservar una institucion social de la inmunidad de que dependen, segun la teoría militar, la paz internacional i el respeto a la lei.

«La única emocion que haya provocado la obra de Emilio Zola, es el asombro, a causa de su atrevimiento, para pintar la vida en toda su realidad individual i social. Se le acusó de ser puerco, cuando lo único que habia era que su necesidad de exactitud le impulsaba a ser naturalmente vulgar; pero su lirismo da tal énfasis a esa vulgaridad, que ésta se hace soberbia, i aunque con belleza grosera, bella.

«Indiferente al bien i al mal, Zola ha pintado el uno i el otro, i mas éste que aquél, porque esa le ha parecido la proporcion natural. Poco a poco, el público se ha acostumbrado a la crudeza de esos cuadros que se imponian por su enerjía i cuya apariencia cínica seducía; despues, con el hábito, se ha aceptado como literarias esas narraciones violentas i confusas de costumbres sociales salvajes i de instintos de bestia humana, mostradas en toda su odiosa realidad, i

la opinion unánime dijo que eso debía ser fatalmente así puesto que así era.

«Así, la obra literaria, forma un todo con las costumbres que pinta, las confirma, i acostumbra el espíritu a ellas, i su resultado natural es agravar el pesimismo consiguiendo a la aparente impotencia de remediar inmediatamente ese estado de descomposicion social, de suerte que el público sonrió con un estoicismo a la vez egoista i cobarde, i aceptó como inevitable i verídica la fatalidad de actos reunidos para una demostracion, fatalidad de que el autor no tiene conciencia, pero que justifican todos los vicios de construccion de su obra, formidable proceso de una época social, que no indica siquiera el medio de dirigir, tarde o temprano, los fenómenos hácia el desenvolvimiento de los buenos i la reduccion de los malos desde el punto de vista de la utilidad humana.»

LA ENSEÑANZA PROFESIONAL EN BÉLGICA.—

Juzgamos interesantes los siguientes datos estadísticos relativos a esta materia:

Escuelas profesionales para niñas

| | Núm. de escuelas | Profesores | Alumnos |
|--------------------------------|------------------|------------|---------|
| Escuelas i clases domésticas.. | 269 | 624 | 9,505 |
| Cursos profesionales..... | 3 | 22 | 120 |
| Escuelas profesionales..... | 45 | 425 | 4,204 |

Escuelas profesionales para hombres

| | | | |
|---|----|----|-----|
| Talleres de aprendizaje i escuelas profesionales de tejidos de Flandes..... | 37 | 78 | 620 |
| Talleres de aprendizaje de tallado de predios. | 14 | 16 | 378 |

| | Núm. de escuelas | Profesores | Alumnos |
|-----------------------------|------------------|------------|---------|
| Cursos profesionales..... | 10 | 38 | 430 |
| Escuelas profesionales..... | 24 | 138 | 1,580 |
| Escuelas de San Lúcas..... | 5 | 50 | 1,644 |
| Escuelas superiores.. | 9 | 131 | 783 |

Escuelas mistas

| | | | |
|---------------------------------|----|-----|-----------------------|
| Talleres de aprendizaje..... | 4 | 16 | { 167 M. 50 H. |
| Escuelas industriales..... | 60 | 679 | { 428 M. 17,504 H. |
| Cursos comerciales, científicos | 16 | 90 | { 173 M. 2,603 H. |

CORREO DEL TEATRO

PARIS.—

Continúan los teatros de Paris sin ofrecer nada nuevo. Pasado el verano, en setiembre, abrieron sus puertas algunos teatros que las habian clausurado a causa de los calores, entre ellos, el Gimnasio, que ha ofrecido *Le Chemineau* de Juan Richepin i *Las sorpresas del divorcio* de Bisson i Mas.

En algunos teatros se han estrenado con regular éxito algunos vaudevilles i operetas.

—Las *matinées* literarias semanales que, en la sala del Trocadero, ofrece la compañía del Teatro Frances, atraen selectas concurrencias.

«Esas *matinées*—dice un crítico—tienen a la vez un carácter artístico i pedagógico. Estimo que fué una excelente idea la de establecerlas. Son una especie de revista retrospectiva de la poesia francesa. Ha habido el dia de los clásicos, Corneille, Racine, Lafontaine; el de los poetas grandes i *minores*, del siglo XVIII. Luego, hemos llegado a la interesantísima época de la Revolucion, con los dos Chénier, Fabre D'Eglantine, los elejacos galantes de ese período singular, en que el espíritu del siglo precedente desvelaba todavía hasta a los terribles terroristas. Todavía, se nos ha dado, con ceremonial i música, una idea de las fiestas patrióticas que instituyó la Convencion. En seguida, hemos tenido la época romántica, Lamartine, Musset, Vigny, i una tarde entera consagrada a Víctor Hugo.»

—Por su parte, el Odeon ofrece sus sábados populares. Como en las *matinées* del Trocadero se leen versos: Musset, Leconte de Lisle, Hugo, etc. Las concurrencias a esa clase de espectáculos son numerosas, pues los precios son bajos i los versos dichos por los primeros actores i actrices franceses del dia.

—En la Opera, Mme. Rosa Caron ha tenido gran éxito cantando la *Ifjenia en Táuride* de Gluck.

—En el Hipódromo atrae enormes concurrencias *Vercingetórix*, pantomima de gran espectáculo, en tres actos, letra de V. Josset, musica de J. Clerice. En esta pantomima colosal, aparecen los personajes por centenares, i uno de sus mayores encantos, es la propiedad de las decoraciones i de la indumentaria que se exhiben.

—En el teatro de Loie Fuller, la célebre creadora de la danza serpentina, funciona la compañía japonesa de Sada Yacco, la Duse del Estremo Oriente. Algunos críticos encuentran mucho que aplaudir en las obras que esa compañía pone en escena, i especialmente, en la labor de los artistas, pero esos aplausos tienen cierto aire de *persiflage* que hace, involuntariamente, dudar de su sinceridad.

—Otro teatro exótico, es el teatro indo-chino, en que la célebre Cleo de Mérode baila danzas cambodjianas llenas de sensualismo i de gracia.

UN TEATRO DE AFICIONADOS EN LOS ESTADOS UNIDOS.—

La esposa del archimillonario Jorje J. Gould, Edith Kinson, fué, como se sabe, una artista mui aplaudida en los teatros de la Union. De casada, no ha perdido sus aficiones artísticas i se ha hecho construir un teatro en su casa de campo de Lakerwod, a orillas del Atlántico. Ese teatro fué estrenado hace poco ante una concurrencia de millonarios i artistas de primera fila. Mis Gould trabajó en uno de los sainetes que se representaron, i—dice un periodista—tan encantadora estuvo como en los mejores dias de su vida artística.

La opulenta Mrs. Gould se propone dar, todos los años, en su teatro, una temporada de funciones, para lo cual organiza una compañía, cuya primera dama es ella misma.

MADRID.—

Con mucha curiosidad asiste el público madrileño a las representaciones de una compañía criolla argentina que, despues de obtener ruidosos éxitos en Buenos Aires i otras ciudades argentinas, ha empezado a recorrer el mundo.

Esa compañía representa dramas o pantomimas, criollas, *gau-chas*, i cuenta con un repertorio de obras especialmente escritas para ella por autores argentinos.

Creemos que esta es la primera vez que va a Europa una compañía de este jénero.

BIBLIOGRAFÍA

Campo lírico, por ANTONIO BORQUEZ SOLAR.—Santiago, 1900.

Bastante conocido es, en nuestro mundo periodístico i literario, el autor de este libro, que tambien ha colaborado en LA REVISTA NUEVA. Perteneciente a la escuela de los simbolistas, el señor Bórquez hace sus mejores versos precisamente cuando se olvida de que pertenece a esa escuela. Por eso en este libro hai composiciones dignas de todo jénero de encomios, al lado de otras que casi no se entienden, i en que las leyes de la métrica castellana i del buen gusto son francamente violadas. *Campo lírico*, es, pues, un libro que hace honor a su nombre: hai en él flores i cardos.

Chile, su presente i su pasado, por MONTALVAN.—Lima, 1900.

Este interesante i bien escrito folleto—debido a la pluma de uno de nuestros mas intelijentes periodistas, hoi diplomático—es una refutacion, victoriosa, en nuestro concepto, del discurso que pronunció el señor don Enrique Mac-Iver en el Ateneo de Santiago, i que se publicó con el título de *La decadencia moral del pais*.—Montalvan hace breve resumen de los progresos realizados, en todo órden, por Chile en los últimos treinta años, i llega a conclusiones diametralmente opuestas a las pesimistas del señor Mac-Iver.

Fuegos fátuos, por R. JULIO VEROEJO.—Santiago, 1900.

Coleccion de composiciones poéticas que revelan en su autor un espíritu tierno i un temperamento poético. Los versos de *Fuegos fátuos* están hechos con facilidad i soltura.

El Mandarín, por EÇA DE QUEIROZ.—Santiago, 1900.

Eça de Queiroz, recientemente fallecido, era una de las pocas figuras literarias del Portugal que había logrado pasar las fronteras de su patria. Su novela *El primo Basilio*, tuvo un éxito ruidoso, i fue traducida a varios idiomas. La crítica consagró a de Queiroz como el primer novelista portugués contemporáneo. *El Mandarín* es una novelita interesante i amena, de sátira finísima i llena de observaciones curiosas.

El Mandarín ha sido cumplidamente traducido por nuestro colaborador don Abelardo Varela.

La cuestion de Tacna i Arica, por RAFAEL EGAÑA.—Santiago, 1900.

Exposicion clara i elegantemente escrita de nuestra cuestion de límites con el Perú. Servirá para ilustrar la opinion pública respecto de ese problema tan interesante como poco conocido.

Coleccion de Documentos Inéditos para la Historia de Chile, tomos 23 i 24, por JOSÉ TORIBIO MEDINA.—Santiago, 1900.

Despues de terminar la publicacion del Proceso de Villagra, quizas el documento mas interesante de toda nuestra historia colonial, el señor Medina ha comenzado la publicacion de las informaciones de servicios. Aclaran ellas puntos oscurísimos de la historia i nos permiten formarnos una idea exacta de la época.

Los Murideos de Chile, por R. A. PHILIPPI.—Santiago, 1900.

Interesante monografía admirablemente impresa e ilustrada. Puede asegurarse que es un trabajo definitivo.

El Ejército alemán, por SPECKEL I G. FOLLOT (oficiales del ejército frances).—Traduccion del teniente J. Oyarzun O.—Santiago, 1900.

El distinguido oficial de la Escuela de Clases proporciona en su elegante i pulcra traduccion del frances, una obra por demas útil a nuestro ejército.

Allí se contienen interesantes noticias sobre el oríjen i desenvolvimiento del ejército alemán, i su actual organizacion en las

armas de caballería, infantería i artillería, como asimismo detalles del servicio de sanidad, instruccion civil, militar i moral. Toda la obra está salpicada de oportunas reminiscencias i anécdotas históricas que la hacen mui amena al par que ilustrativa. El traductor ha agregado detalles obtenidos últimamente que dan una idea acabada del actual estado del ejército alemán.

Resúmen de Derecho Administrativo, por JOSÉ DOMINGO AMUNATEGUI RIVERA.—Montevideo, 1900.

El señor Amunátegui ha esplicado en este libro toda nuestra vasta organizacion administrativa. Cada capítulo viene precedido de una breve introduccion de carácter doctrinario. Espone, en seguida, i juzga con criterio segurísimo i gran erudicion, las disposiciones positivas. Hemos pedido a uno de los colaboradores de la REVISTA un estudio detenido de este interesante libro. Lo publicaremos probablemente en el número próximo.

Prólogo al Resúmen de Derecho Administrativo de don José Domingo Amunátegui R., por CARLOS MARÍA DE PENA.—Montevideo, 1900.

Este folleto es un tiraje por separado del prólogo del libro del señor Amunátegui, de que ya hemos dado cuenta. Su autor es profesor de Economía Política i de Derecho Administrativo de la Universidad de Montevideo i autor de interesantes obras juridico-sociales.

Ariel, por JOSÉ ENRIQUE RODÓ.—Montevideo, 1900.

El autor de este folleto es uno de los mas distinguidos escritores uruguayos del dia.

Como uno de nuestros colaboradores se ocupará próximamente de esta obra, nos limitamos, por hoy, a anunciarla.

Nuora, por ENRIQUE PALERMI.—Lima, 1900.

Actor i autor dramático, conocido del público de Santiago, el autor de *Nuora* ha merecido, por su obra, conceptos elojiosos de algunas personalidades literarias italianas, como Capuana, Checchi i otros.

Bismark, por H. WELSCHINGES.—Paris, 1900.

Este estudio inicia una serie de retratos de Ministros i hombres de Estado que ha comenzado a publicar la casa editora Alcan de Paris. Un crítico juzga la obra de Mr. Welschinges en los siguientes términos: «está hecha con el mayor cuidado. A decir verdad, no es una revelacion, los documentos de que su autor se ha servido eran ya conocidos del público. Pero ha sabido utilizarlos con método, coordinarlos.....i sacar de ellos algo claro i verídico. Mr. Welschinges juzga a su héroe con la imparcialidad de un buen historiador».

Chez nos Petits Fils, por EUGENE FOURNIERE.—Paris, 1900.

Novela de propaganda socialista en que su autor se ha propuesto pintar la sociedad del porvenir, la sociedad perfecta, fruto de la adopcion de la doctrina socialista en toda su integridad.

La Langue Française dans le Monde, por P. FOUCIA.—Paris, 1900.

Con motivo de la Esposicion de Paris, la Alianza Francesa ha publicado esta investigacion sobre la situacion de la lengua francesa en Europa i en el resto del mundo. Hablan el frances en el mundo cincuenta i ocho millones de personas, el aleman ochenta millones i el inglés ciento diez i seis millones.

ÍNDICE

NÚMERO 5.—AGOSTO

| | Págs. |
|---|-------|
| El derecho de propiedad, por Fanor Velasco..... | 5 |
| El sitio de Talcahuano en 1817, diario del jeneral José Ordóñez..... | 22 |
| Remembranza, Medioeval, por Julio Vicuña Cifuentes.... | 47 |
| ¡Sin cuartel! por Adolfo Valderrama..... | 51 |
| Daniel Caldera, por Agustín Cannobbio G..... | 70 |
| Dos palabras sobre el recargo escolar, por Arcadio Ducoing. | 83 |
| En el circo, por Carlos G. Amézaga..... | 95 |
| O Juan o la muerte (novela), por Matilde Serao..... | 97 |
| Lecturas extranjeras.—La novela inglesa contemporánea, por Olindo Malagodi..... | 111 |
| Notas e impresiones: El diario de Ordóñez.—La fabricación de monstruos humanos en la China.—Los reyes de Italia i el Papa.—Lo que ganan los escritores en Alemania.—La escuela de las Rocas.—Consejos de un poeta a los jóvenes apresurados.—Una página inédita sobre Leopoldo..... | 119 |
| Correo del teatro: Paris.—Bruselas..... | 129 |
| Bibliografía: Poesías, por Samuel F. Lillo.—Un viaje a Valdivia, por José A. Alfonso.—Deuda pública de Chile.—El amor patrio, por Ruperto Oroz.—Psiquiatría cri- | |

| | |
|---|-----|
| minal, por José Injengneros.—Congreso latino-americano de Buenos Aires.—Recuerdos de Infancia, por E. de Amicis. Diario de Amiel.—L'année sociologique.—Histoire de l'Economie Sociale, por E. de Girard.—L'organisation de la démocratie, por E. Benoist.—La faillite de l'Enseignement, por Paul Fesch.—L'évolution Constitutionnelle du Second Empire, por H. Berton.—Diplomatic relations of the United States and Spanish America, por J. H. Latour..... | 132 |
|---|-----|

NÚMERO 6.—SEPTIEMBRE

| | |
|--|-----|
| Setiembre de 1810, diario de don José Gregorio Argomedo. | 137 |
| Una nueva edición francesa de la Araucana, por José Toribio Medina..... | 169 |
| El canto del odio, por Z. Z..... | 174 |
| O Juan o la muerte (novela), por Matilde Serao..... | 177 |
| Los nombres indígenas en los ferrocarriles del Estado, por Tomas Guevara.... | 190 |
| Tríptico, por Abelardo Varela..... | 194 |
| La Economía Política, por Armando Quezada A..... | 196 |
| Selva de Horror, por Antonio Bórquez Solar..... | 212 |
| El diente roto (cuento), por Pedro Emilio Coll..... | 214 |
| Soneto, por Federico González..... | 217 |
| Lecturas extranjeras.—El movimiento simbolista en literatura, por H. D. Davray..... | 218 |
| Ciencias.—La tracción eléctrica..... | 223 |
| Notas e impresiones: La prensa en el siglo XIX.—La cuestión de las razas.—Luis II i Wagner.—El problema anglo-africano.—La lei Heinze.—Estadística del ahorro.. | 230 |
| Correo del teatro: Paris, María Guerrero..... | 242 |
| Bibliografía: Historia de Chile, por R. Sotomayor Valdes.—Vida de Franklin, por Francisco Valdes Vergara.—En la manigua, por A. de Géry.—Album Militar, por P. P. Figueroa.—La idea del capital, por Guillermo Subercaseaux.—Documentos inéditos de la Historia de Chile, por J. T. Medina.—El doctor Guillermo Ramson. Homenaje a su memoria.—In memoriam. Anjel Justiniano Carranza.—Invano, por H. Sienkiewicz.—Bi- | |

PÁGS.

| | |
|--|-----|
| bliothèque d'Histoire et Geographie.—The English Radicals, por C. B. Roylance i Kent.—The Government of Municipalities, por D. B. Eatan..... | 244 |
|--|-----|

NÚMERO 7.—OCTUBRE

| | |
|--|-----|
| O Juan o la muerte (novela), por Matilde Serao..... | 249 |
| Zoroastro, por Gustavo Valledor.....* | 265 |
| El poema del Cid, por Julio Vicuña C..... | 279 |
| La Economía Política, por Armando Quezada A..... | 289 |
| La reforma de la instruccion secundaria, pro Exequiel Fernández..... | 310 |
| El poeta i la ninfa Eco, por Daniel Barros Grez..... | 320 |
| Daniel Caldera, por Agustin Cannobbio G..... | 324 |
| Los molinos, por José S. Chocano..... | 330 |
| Lecturas extranjeras.—Conrado Fernando Meyer, por Alberto Richter..... | 331 |
| Notis e impresiones: La moral en la vida privada i en la pública.—Una estatua de Enrique Heine.— La cuestion china.—El estado de la crítica literaria en Francia.— La expansion alemana. —Los ferrocarriles del mundo.. | 336 |
| Correo del teatro: Paris.—Lóndres.—Lima.—Santiago.... | 349 |
| Bibliografía: Las mercedes de agua, por Pedro Luis González.—Deberes de los alumnos, por Juan B. Miranda.—El poeta popular Pedro Díaz Gana, por Pedro P. Figueroa.—Casa de Orates de Santiago.—El embarazo, por Salvador Feliú Gana.—Guia de Buenos Aires.—Interior, por José Flamenco.—Metamorfosis, por Federico Gamboa.—Gramática, por la Real Academia.—El gobierno municipal, por Alfredo R. Comkling —L'Angleterre et l'Imperialisme, por V. Berard.—The Columbian and Venezuela Republics, por W. L. Scruggs. | 351 |
| Sports.—La mujer i los sports modernos..... | 354 |

NÚMERO 8.—NOVIEMBRE

| | |
|--|-----|
| Enrique Sienkiewicz, por Rafael L. Díaz L..... | 357 |
| Tolka, por Enrique Sienkiewicz..... | 368 |

* Por un error de compajñacion aparecen en este número las páginas 365 a 396, en lugar de 265 a 296 que corresponden.